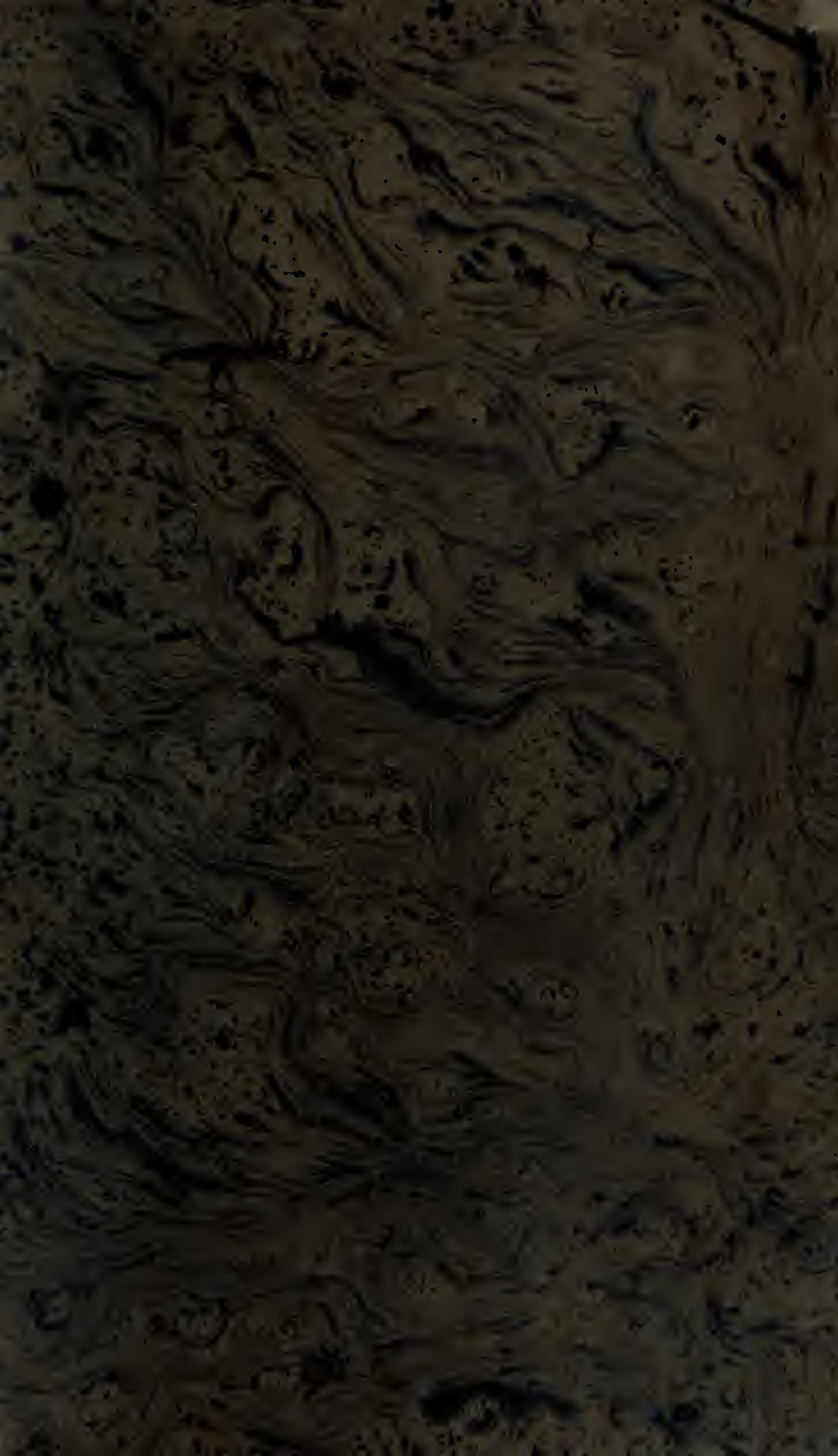
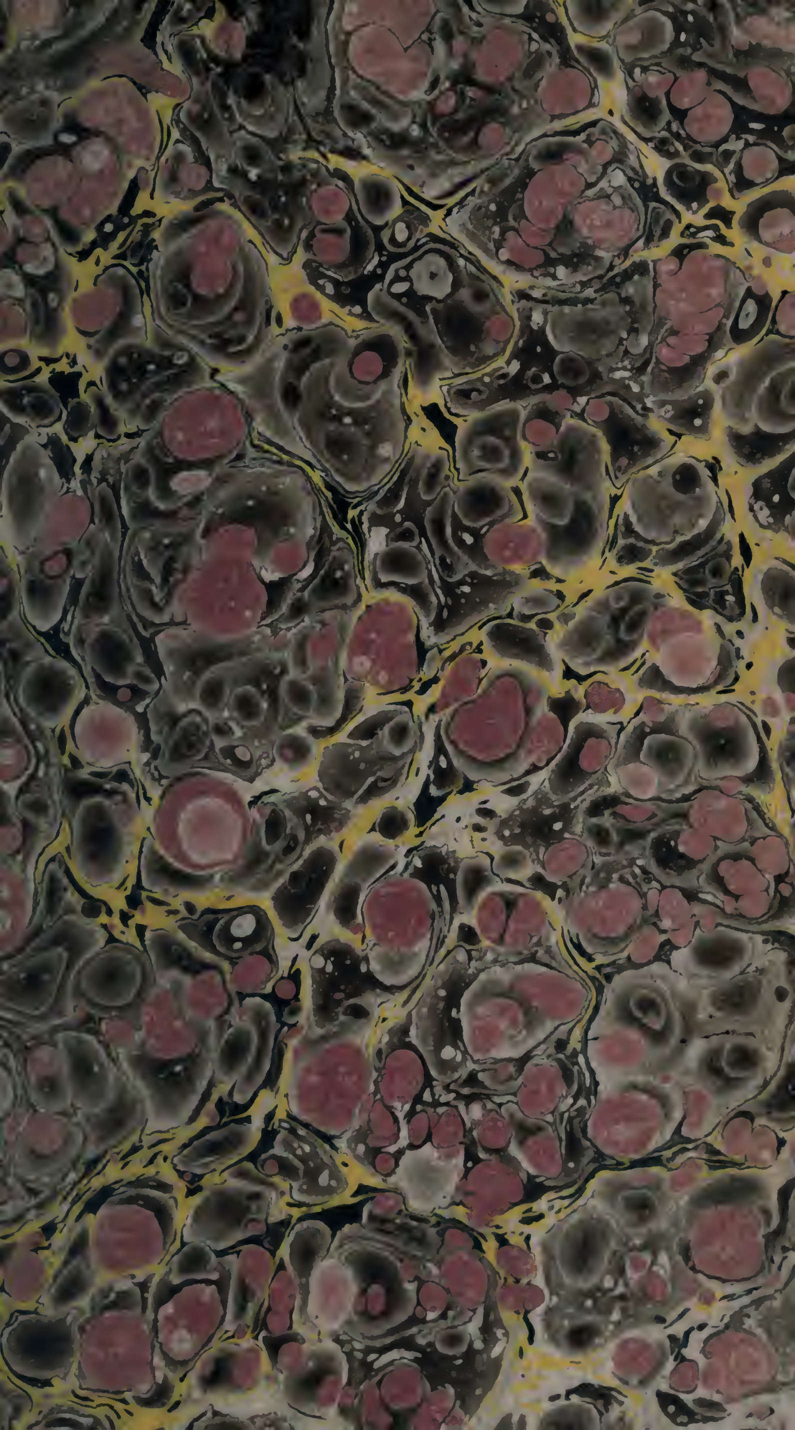



UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO



AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

*****

TOMO SEGUNDO.

AVENTURAS
DE GIL BLAS
DE SANTILLANA.

ROBADAS A ESPAÑA Y ADOPTADAS EN FRANCIA

Alain René
Por Mr. Le Sage;

RESTITUIDAS A SU PATRIA Y A SU LENGUA NATIVA

POR UN ESPAÑOL ZELOSO

QUE NO SUFRE SE BURLEN DE SU NACION.

TOMO II.

Barcelona:
IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE GORCHS.
AÑO 1836.

AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

SIGUE EL

LIBRO CUARTO.

*****

CAPITULO QUINTO.

De lo que hizo en Salamanca Doña Aurora de Guzman.

Despues que la Ortiz, sus compañeras y yo oimos esta historia salimos de la sala, donde dejamos solas á Doña Aurora y Doña Elvira. Pasaron las dos el resto del dia en varias diversiones, sin cansarse la una de la otra; y cuando partimos el dia siguiente fue tan dolorosa su separacion como pudiera serlo la de dos íntimas amigas acostumbradas toda la vida á la mas dulce y tierna compañía.

Llegamos en fin á Salamanca sin el menor contratiempo. Tomamos luego una casa noblemente alhajada, y la dueña Ortiz, segun lo quehabiamos acordado, se comenzó államar Doña Jimena de Guzman. Como habia sido dueña tan-

to tiempo, no podia menos de hacer bien su papel. Salió una mañana con Aurora una dama y un page, y se dirigieron á una posada de caballeros, donde supieron que ordinariamente se alojaba Pacheco. Preguntó la Ortiz si habia algun cuarto desocupado, y habiéndola respondido que sí, la enseñaron uno bastantemente adornado. Tomólo de su cuenta; y aun adelantó una mesada del arriendo, espresando que era para un sobrino suyo que venia de Toledo á estudiar á Salamanca, y le esperaba aquel dia.

Despues que la dueña y mi ama dejaron concertado aquel alojamiento, se retiraron al suyo; y la bella Aurora, sin perder tiempo, se vistió de caballero. Para cubrir sus cabellos negros se puso una peluca rubia, y tiñéndose las cejas con el mismo color, se disfrazó de suerte que parecia un señorito jóven, garboso y desembarazado: y á no ser que la cara era demasiadamente linda para hombre, ninguna otra cosa hacia sospechoso el disfraz. Imitóle en el mismo la criada que le habia de servir de page, y todos nos persuadimos á que tampoco esta representaria mal su papel, asi porque no era de las mas hermosas, como por cierto aire de despejo, y aun de descaro, que era muy propio del personage que la tocaba hacer. Despues de comer, hallándose las dos actrices en estado de presentarse en su teatro, esto es, en la posada de caballeros, ellas y yo nos dirigimos allá. En-

tramos en una carroza con los baules y toda la ropa que era menester.

La posadera llamada Bernarda Ramirez, nos recibió con el mayor agrado, y nos condujo á nuestro cuarto, donde comenzamos á trabar conversacion con ella. Convenimos en la comida que nos habia de dar y en lo que la habiamos de pagar, quedando el buen trato de su cuenta. Preguntámosla despues si tenia en casa otros huéspedes. Al presente, respondió, ninguno tengo, y siempre tendria muchos si quisiese recibir á todo género de gentes; pero mi genio no lo lleva, y en mi casa solo admito señoritos y personas de distincion. Esta misma noche espero uno que viene de Madrid á acabar aqui sus estudios. Llámase Don Luis Pacheco, y acaso le conocerán Vds. ó habrán oido hablar bien. Ni uno ni otro, respondió Aurora; y antes bien habiendo de vivir con él en una misma casa, tendria particular gusto en saber qué hombre es, por lo que podria importar para mi gobierno. Señor, rèpuso la huéspeda mirando al mentido estudiante, es un caballerito de linda figura, ni mas ni menos como la vuestra; y desde luego aseguro que los dos pareceis hechos para en uno. Vive diez que podré gloriarme de tener en mi casa los dos señoritos mas galanes y mas airosos de toda España. Segun eso, replicó mi ama, ese tal caballerito habrá tenido en Salamanca mil aventuras y buenos lances. ¡Oh! en cuanto á eso

respondió la vieja, debo confesar que es un enamorado de profesion. Basta dejarse ver para conquistar. Entre otras robó el corazon de una dama moza, y bella como ella sola. Es hija de un viejo doctor en leyes, y en cuanto á su amor por Don Luis es aquello que se llama locura. Su nombre es Doña Isabel. Pero dígame, la interrumpió Aurora con alguna viveza, ¿y Don Luis la corresponde igualmente? Que la amaba antes que partiese á Madrid, respondió la Ramirez, no tiene duda; pero si ahora la ama ó no la ama, eso es lo que yo no sé, porque el tal caballerito en este punto es poco de fiar. Corre de muger en muger, como lo hacen comunmente todos los de su edad y de su clase.

Apenas acababa la viuda de decir estas palabras cuando se oyó en el patio ruido de caballos. Asomámonos á la ventana, y vimos á dos hombres que se apeaban. Eran el mismo Don Luis Pacheco y su criado. Dejónos la vieja para ir á recibirlos, y dispúsose mi ama, no sin alguna emocion, á representar su personage de Don Felix. Poco despues vimos entrar en nuestro cuarto á Don Luis con botas y espuelas, en trage de camino. Acabo de saber, dijo saludando á Doña Aurora, que un caballero toledano está alojado en esta posada, y espero me permitirá le manifieste el singularísimo gusto que he tenido de lograr bajo un mismo techo tan buena compañía. Mientras respondia mi ama á este cumplimiento, me pareció que Pacheco estaba

sorprendido de ver á un caballero tan amable. Con efecto no se pudo contener sin decirle que jamas habia visto hombre tan galan ni tan bien hecho. Despues de varios discursos acompañados de mil recíprocos cortesanos cumplimientos, se retiró Don Luis al cuarto que se le habia destinado.

Mientras se hacia quitar las botas y mudaba ropa, un page que le buscaba para entregarle una carta, encontró por casualidad á Doña Aurora en la escalera; y teniéndola por Don Luis, á quien no conocia: caballero, le dijo, aunque no conozco al señor Don Luis Pacheco, no juzgo que debo preguntar á V. S. si lo es, y estoy persuadido á que no me engaño, segun las señas que me han dado. No, amigo, respondió mi ama con admirable presencia de espíritu; seguramente que no te engañas, y sabes cumplir con puntualidad los encargos que te dan. Dame esa carta y vete, que ya cuidaré de enviar la respuesta. Partió el page; y cerrándose Aurora en su cuarto con su criada y conmigo, leimos el papel que decia asi: *Acabo de saber vuestra llegada á Salamanca. Alegróme tanto esta noticia que temí perder el juicio. ¿Amais todavía á vuestra Isabel? Aseguradla cuanto antes de que no os habeis mudado. Morirá de gusto si la dais el consuelo de haberla sido fiel.*

En verdad que el papel es apasionado, dijo Aurora, y muestra una alma absolutamente prendada. Esta dama es una competidora que no de-

be despreciarse; antes bien me parece que debo hacer todo lo posible para desprenderla de D. Luis, haciendo cuanto pueda para que él no la vuelva á ver. La empresa es un poco árdua, lo confieso, mas no desconfio salir con ella. Paróse á pensar sobre este punto, y un momento despues añadió: yo me obligo á ver embrollados á los dos en menos de veinte y cuatro horas. Con efecto, habiendo Pacheco reposado un poco en su cuarto volvió á buscarnos al nuestro, y renovó la conversacion con Aurora antes de cenar. Caballero, la dijo en tono de zumba, creo que los maridos y los amantes no han de celebrar mucho vuestra venida á Salamanca, y que les ha de causar sobrada inquietud. Yo por lo menos ya comienzo á temer mucho por mis damas. Oiga V., le respondió mi ama en el mismo tono, su temor no está mal fundado. D. Felix de Mendoza es un poco temible, asi os lo prevengo. Ya he estado otra vez en este pais, y sé por esperiencia que en él no son insensibles las mugeres. Habrá un mes que transité por Salamanca, detúveme en ella no mas que ocho dias, y en este breve tiempo (os lo digo en toda confianza) inflamé á la hija de un doctor en leyes.

Conocí que se habia turbado Don Luis al oir estas palabras. ¿Y se podrá saber sin pasar por curioso, replicó él prontamente, el nombre de esta dama? ¿Qué llama V. sin pasar por curioso? repuso el fingido Don Felix. ¿Qué razon puede haber para hacer de esto un misterio?

¿Por ventura me teneis por mas callado que lo son en este punto los de mi edad? No me hagais esta injusticia. Ademas de que (hablando entre los dos) el objeto tampoco es digno de tan escrupuloso miramiento, porque al fin solo es una pobre particular, y los hombres de distincion no se emplean seriamente en estas entidades de media braga, y aun creen que las hacen mucho honor en quitarlas el crédito. Diréos, pues, sin ceremonia, que la hija del tal doctor se llama Isabel. ¿Y el tal doctor, interrumpió impaciente ya Pacheco, se llama acaso el señor Marcos de la Llana? Justamente, respondió mi ama. Lea V. este papel que acabo de recibir: por él verá si me quiere bien la tal niña. Pasó los ojos D. Luis por el billete, y conociendo la letra se quedó confuso. ¿Qué veo? prosiguió entonces Aurora en aire de admirada. Parece que se os muda el color. Creo (Dios me lo perdone) que os interesais en esta dama. ¡Oh, y cuánto me pesa de haber hablado con tan poca reserva!

Antes bien os doy gracias por ello, replicó Don Luis en un tono mezclado de cólera y despecho. ¡La pérfida! ¡La inconstante! ¡Oh, D. Felix, y cuánto bien me habeis hecho! Habeisme sacado de un error en que quizá hubiera vivido largo tiempo. Creia que me amaba: ¿qué digo amaba? me parecia que me adoraba Isabel. Me merecia algun aprecio esta muchacha; pero veo ahora que es una muger digna de todo mi desprecio. Apruebo vuestro noble modo de pen-

sar, dijo Aurora, manifestando tambien por su parte mucha indignacion); la hija de un doctor en leyes debiera contentarse y tenerse por muy dichosa en que fuese su amante un caballerito de tanto mérito como vos. No puedo escusar su inconstancia; y lejos de aceptar el sacrificio que me hace de vos, resuelvo castigarla despreciando sus favores. Por lo que á mí toca, dijo Pacheco, juro no volverla á ver en toda mi vida, y esta será toda mi venganza. Teneis sobrada razon, respondió el fingido Mendoza. Con todo, para hacerla conocer mejor el desprecio con que la tratamos, seria yo de parecer que cada uno de los dos la escribiéramos separadamente un papel que la insultase á nuestra satisfaccion. Yo los cerraré, y se los enviaré en respuesta á su billete. Mas antes de llegar á este estremo será bien que lo consulteis con vuestro corazon, no sea que algun dia os arrepintais de haber roto con Isabel. No, no, interrumpió Don Luis, no espero tener jamas semejante flaqueza, y convengo desde luego en que, por mortificar á esa ingrata, se ponga inmediatamente en obra lo que hemos pensado.

Sin perder tiempo fui yo mismo á traerles papel y tinta, y uno y otro se pusieron á componer dos papeles muy lisongeros para la hija del doctor Marcos de la Llana. Especialmente Pacheco no encontraba voces tan fuertes que le contentasen para esplicar cuanto deseaba la viveza de su irritada imaginacion; y asi hizo pe-

dazos cinco ó seis billetes por parecerle sus espresiones poco enérgicas y poco duras. Al cabo compuso uno que le satisfizo, y á la verdad tenia razon para quedar satisfecho; porque estaba concebido en estos términos: *Aprende ya á conocerte, reina mia, y no tengas la vanidad de creer que yo te amo. Para esto era menester otro mérito mayor que el tuyo. No veo en ti el menor atractivo que merezca mi atencion mas que un momento. Solamente puedes aspirar á los inciensos que te tributarán las hopalandas mas miserables de la universidad.* Escribió, pues, esta graciosa carta, y cuando Aurora acabó el suyo, que no era menos escesivo, los cerró entrambos bajo una cubierta; y entregándome el pliego: toma, Gil Blas, me dijo, y procura que Isabel reciba este pliego esta noche. Ya me entiendes, añadió guiñándome de ojo; señal cuyo significado entendí perfectamente. Sí señor, le respondí: será V. S. servido como desea.

Responderle esto, hacerle una reverencia y salir de casa todo fue uno. Luego que me ví en la calle me dije á mí mismo: ¿con que, señor Gil Blas, V. en esta comedia hace el importante papel de criado confidente? Sí señor. Pues amigo mio, es menester mostrar que tienes habilidad para desempeñar un papel que pide tanta. El señor D. Felix se contentó con hacerte una seña. Fióse de tu penetracion. ¿Entendiste bien lo que aquella guiñada queria decir? Sí por cierto. Quísome dar á entender que entregase solamente

el billete de D. Luis. No significaba otra cosa la gitanesca guiñadura. No tuve en esto la menor duda; con que diciendo y haciendo rompí el sobrescrito, saqué de él la carta de Pacheco, y la llevé á casa del doctor Marcos, habiéndome antes informado dónde vivia. Encontré á la puerta el mismo pagecito que habia visto en la posada de los caballeros. Hermano, le dije, seréis vos por fortuna el criado de la hija del señor doctor Marcos de la Llana? Respondióme que sí en tono de mozo esperto en estos lances; y yo le añadí: teneis una fisonomía tan honrada, y una cara tan de amigo de servir al prójimo, que me atrevo á suplicaros entregueis á vuestra ama este papelito de cierto caballero que conoce.

¿Y quién es ese caballero? me preguntó el pagecillo; y apenas le respondí que era D. Luis Pacheco, cuando todo regocijado me respondió: ¡ah! si el papel es de ese señorito, sígame, que tengo órden de mi ama de introducirte en su cuarto, y quiere hablarte. Seguíle en efecto, y llegué á una sala, donde muy presto se dejó ver la señora. Quedé admirado de su hermosura, tanto que me pareció no haber visto jamas facciones mas finas. Tenia cierto aire tan delicado y melindroso que parecia una niña de quince años, sin embargo de que habia mas de treinta que caminaba por sí misma, sin necesitar de andadores. Amigo, me preguntó con cara risueña, ¿eres criado de Don Luis Pacheco? Sí señora, la respondí, tres semanas ha que en-

tré á servir á su señoría; y diciendo esto la puse respetosamente en la mano el papel que se me habia encomendado. Leyóle dos ó tres veces en ademan de quien desconfiaba de lo que sus mismos ojos la decian. Con efecto, ninguna cosa esperaba menos que semejante respuesta. Levantaba los ojos al cielo, mordiase los labios, y todos sus indeliberados movimientos hacian patente lo que pasaba dentro de su corazon. Volvióse despues hácia mí con ímpetu, y toda azorada me preguntó: ¿Don Luis se ha vuelto loco desde que se ausentó de mí? Dime, amigo, si lo sabes, ¿qué motivo ha tenido para escribirme un papel tan cortesano, tan atento? ¿Qué demonio se ha apoderado de él? Si queria romper conmigo ¿es posible que no lo supo hacer sino ultrajándome con tan groseras y torpes frases?

Señora, la respondí con hipocresía, es cierto que mi amo no ha tenido razon; pero en cierta manera se vió en términos de no poder hacer otra cosa. Si me asegurais el secreto yo os descubriré todo este enredo. Te ofrezco guardarle, me respondió ella prontamente. No temas que te sacrifique; y asi esplícate con toda libertad. Pues, señora, continué yo: hé aqui el caso en dos palabras. Un momento despues que mi amo recibió vuestro papel, entró en la posada una dama de tapadillo, cubierta con un manto de los mas dobles. Preguntó por el señor Pacheco, hablóle en particular, y pasado algun tiempo, al fin de la conversacion la oí estas precisas pa-

labras: *me jurais que nunca la volveréis á ver; pero no me contento con esto. Es menester que en este punto la escribais un billete que yo misma quiero dictar. Esto quiero absolutamente de vos.* Rindióse D. Luis á todo lo que deseaba aquella muger, y entregándome despues el billete, me dijo: toma este papel, infórmate dónde vive el doctor Marcos de la Llana, y procura con destreza que esta carta se entregue á su hija Isabel en propia mano.

De aqui inferiréis, señora, que la tal carta es obra de alguna enemiga vuestra, y por consiguiente que mi amo poca ó ninguna culpa ha tenido en esta maniobra. ¡Oh cielos! esclamó ella. Pues esto es mas aun de lo que yo pensaba. Mas me ofende su infidelidad que las indignas y ultrajantes palabras que se atrevió á escribir aquella bárbara mano. Pero revistiéndose de repente de aquella fiereza que en una muger despreciada induce la vengativa sensibilidad del sexo, añadió despechada: abandónese en buen hora libremente á la ingratitud y á su nuevo amor. Nada me importa á mí: no me estimo en tan poco que me abata á perturbarle. Decidle de mi parte que no necesitaba echar mano de groserías y de insultos para obligarme á dejar libre el campo á mi competidora. Me sobra el desprecio con que miro á un amante tan ligero, para que jamas se atreva la memoria á ponérmele delante. Diciendo esto me despidió, volviéndome las espaldas muy irritada contra Don Luis.

Yo salí muy satisfecho de mi mismo, conociendo bien que si queria aprender el oficio de tercero me hallaba con suficientes talentos para salir maestro en poco tiempo. Volvíme á nuestra posada, donde encontré á los señores Mendoza y Pacheco, que estaban cenando juntos, y conversaban con tanta confianza como si se hubieran tratado y conocido muchos años. Conoció Aurora en mi alegre y risueño semblante que no habia desempeñado mal mi comision. ¿Con que ya estás de vuelta, Gil Blas? me dijo en tono festivo. Ea, danos cuenta del suceso de tu embajada. Tuve para responder que recorrer á mi talento. Dije que habia entregado el pliego en mano propia; que despues de haber leido los dos dulcísimos y ternísimos papeles prorumpió en grandes carcajadas como una loca, diciendo: por vida mia que los dos señoritos escriben en un bellísimo estilo. No se puede negar que nadie sabe imitarlo. Eso, dijo mi ama, se llama *sacar el caballo ó salir del atolladero con grande aire.* En verdad que la tal señora mia es una chula magistral y muy diestra. Desconozco enteramente en esta ocasion á Doña Isabel, interrumpió D. Luis: la tenia por muy otra. Yo tambien, replicó Aurora, habia formado otro juicio de ella. Es preciso confesar que hay mugeres que saben hacer todos los papeles. A una de estas amé yo, y en verdad que se burló de mí largo tiempo. Gil Blas lo puede decir: parecia la muger mas juiciosa

y mas honesta que habia en todo el mundo. Asi es, respondí yo introduciéndome en la conversacion: era capaz de engañar al mismo diablo, y faltó poco para que me engañase tambien á mí.

Dieron grandes carcajadas el falso Mendoza y el verdadero Pacheco cuando me oyeron hablar de esta manera: el uno por lo que yo decia de una dama imaginaria, y el otro por las espresiones de que usaba. Proseguimos nuestra conversacion sobre el arte de fingir, que en supremo grado poseen las mugeres; y la resulta de todos nuestros discursos fue que Isabel quedó legal y judicialmente declarada por una chula de profesion. D. Luis protestó de nuevo que jamas la volveria á ver, y D. Felix, á su ejemplo, juró que siempre la miraria con el mas alto desprecio. Acabadas estas protestas estrecharon mas su amistad, prometiendo que ninguna cosa tendrian reservada uno para otro; antes bien que todas se las comunicarian recíprocamente. Sobre mesa se detuvieron un rato, diciendo cosas graciosísimas, y despues se separaron para irse á dormir cada cual á su cuarto. Yo acompañé á Aurora hasta el suyo, donde dí fiel y verdadera cuenta de la conversacion que habia tenido con la hija del doctor, sin omitir la circunstancia mas menuda. Faltó poco para que me abrazase de pura alegría. Querido Cil Blas, me dijo; tu ingenio y habilidad me tienen encantada. Cuando nos arrastra una pasion en que

es preciso recurrir á invenciones y estratagemas, es gran fortuna lograr un criado tan advertido y tan ingenioso como tú, que tomas verdadero interes en nuestros asuntos. Animo, pues, amigo mio. Nos hemos desembarazado de una muger que podia hacernos mal tercio. No me descontenta el principio. Pero como los lances de amor estan sujetos á varias revoluciones, soy de parecer que cuanto antes acometamos nuestra ideada aventura, y que desde mañana empiece á representar su papel Aurora de Guzman. Aprobé el pensamiento, y dejando al señor D. Felix con su page me retiré al cuarto donde tenia mi cama.

CAPITULO VI.

Artificios de Aurora para hacerse amar de D. Luis Pacheco.

JUNTÁRONSE los dos nuevos amigos al dia siguiente. Abrazáronse luego que se vieron, demostracion que sufrió Aurora por hacer bien el personage de D. Felix. Salieron juntos á pasearse por la ciudad, acompañándolos yo con Chilindron, criado de D. Luis. Parámonos á la puerta de la universidad para leer varios carteles de libros nuevos. Habia tambien leyendo otras muchas personas, y entre ellas se me hizo reparable un hombrecillo como del codo á la mano, que hacia su crítica sobre las obras que alli se publicaban. Observé que le estaban

oyendo otros con singular atencion, y se conocia muy bien en su semblante enfático y en su tono magistral que él mismo estaba muy persuadido á que la merecia. No sabia disimular que era vano y hombre decisivo, como lo suelen ser todos los tamañitos. Esa *nueva traduccion de Horacio* que anuncia este cartel con letras gordas (decia á los circunstantes) es obra de un cierto autor hopalandas, escritor de los de antaño, muy estimada de los escolares, de la cual se han hecho ya cuatro ediciones; pero ningun hombre verdaderamente literato ha comprado siquiera uno. No era mas ventajosa la crítica que hacia de los demas libros. Sin duda que el tal crítico perinola debia ser algun autorcillo. Yo de buena gana le estaria oyendo hasta que acabase de hablar; pero me fue preciso seguir á Don Luis y á D. Felix, que fastidiados de aquel hombrecillo, y no interesándose poco ni mucho en los libros que criticaba, prosiguieron su camino alejándose de él y de la universidad.

Llegamos á la posada á la hora de comer. Sentóse mi ama á la mesa con Pacheco, y con destreza hizo que la conversacion recayese sobre su familia. Mi padre, dijo, fue un segundo de la casa de Mendoza, establecida en Toledo: mi madre es hermana carnal de Doña Jimena de Guzman, que pocos dias ha que vino á Salamanca en seguimiento de cierto negocio de importancia, trayendo en su compañía á su sobrina Doña Aurora, hija única de D. Vicente de

Guzman, á quien quizá habrá V. conocido. No tengo tal fortuna, respondió D. Luis, pero he oido hablar mucho asi de ese caballero como de su hija, prima vuestra, y mi señora Doña Aurora. Decidme por Dios si puedo creer todo lo que dicen de esta señorita. Me han asegurado que no tiene igual en hermosura y entendimiento. En cuanto á entendimiento, respondió Don Felix, es cierto que no le falta, y tambien lo es que ha procurado cultivarlo; pero en cuanto á hermosura no creo que sea tanto como ponderan, cuando oigo decir que ella y yo nos parecemos mucho. Siendo eso asi, replicó prontamente D. Luis, queda muy justificada su fama. Vuestras facciones son regulares y perfectas, vuestra tez muy delicada, y asi no puede menos de ser lindísima vuestra prima. Yo quisiera tener la dicha de ponerme á sus piés y rendirla mis respetos. Desde luego me ofrezco á satisfacer vuestra curiosidad, repuso el falso Mendoza, y á satisfacerla hoy mismo. Despues de comer irémos los dos á casa de mi tia.

Mudó entonces de conversacion mi ama, y comenzaron los dos á hablar de cosas indiferentes. Por la tarde, mientras se disponian para ir á casa de Doña Jimena, me anticipé yo á prevenir á la dueña que se preparase para recibir esta visita. Hecha esta diligencia me restituí prontamente á la posada para acompañar á D. Felix, que finalmente condujo al señor Don Luis á casa de su tia. Apenas entraron en ella cuan-

do encontraron con Doña Jimena, que con el dedo en la boca les hizo señal de que metiesen poco ruido, diciéndoles en voz baja: *paso, pasito*: no despierten Vds. á mi sobrina, que desde ayer acá ha estado padeciendo una furiosa jaqueca, la cual ha poco tiempo que la dejó, y habrá un cuarto de hora que se retiró á descansar un poco. Siento mucho este contratiempo, dijo Mendoza, porque esperaba tener el gusto de que viésemos á mi prima, queriendo hacer este cortejo á mi amigo el señor Pacheco. Lo que se difiere no se quita, respondió sonriéndose la Ortiz, y mañana podrá el señor Pacheco hacer ese honor á mi sobrina. Detuviéronse algun poco los dos caballeritos con la vieja, y despues de una muy breve conversacion se retiraron.

Condújonos Don Luis á casa de un hidalgo amigo suyo, llamado Don Gabriel de Pedrosa, donde pasamos lo restante del dia, cenamos con él, y dos horas despues de media noche volvimos á la posada. Habiamos andado como la mitad del camino cuando tropezamos en dos hombres que estaban tendidos en medio de la calle. Creimos que serian algunos infelices recien asesinados, y nos paramos á socorrerlos, en caso de llegar á tiempo nuestro socorro. Mientras nos estábamos informando del estado en que se hallaban, cuanto lo podia permitir la oscuridad de la noche, hé aqui que llega una ronda. El comandante nos tuvo por asesinos, y dió

órden á sus gentes de que nos cercasen, pero mudó de opinion, haciendo juicio mas benigno luego que nos oyó hablar, y mucho mas cuando á la luz de las linternas descubrió las nobles facciones de Mendoza y de Pacheco. Mandó á los alguaciles que examinasen y reconociesen aquellos dos hombres que nosotros creiamos asesinados, y hallaron ser amo y criado ambos atestados de vino y perfectamente borrachos. Señores, esclamó un ministril, conozco muy bien á este señor licenciado, que pretendió hacer figura en nuestra universidad. Aqui donde Vds. le ven es un grande hombre, un ingenio superior. No hay quien resista á sus argumentos; en un abrir y cerrar de ojos da en tierra con el mayor filósofo de Salamanca: es un flujo irrestañable, un diluvio impetuoso de palabras. Lástima es que sea tan inclinado al vino, al juego y á las mugeres. Ahora vendrá de cenar con su Belica, donde él y el que le guisa se habrán emborrachado. Antes de graduarse lo hacia frecuentemente, y despues de graduado prosigue de la misma manera, porque al fin no siempre es verdad que honores mudan costumbres. Nosotros dejamos á los dos borrachos en manos de la ronda que cuidó de llevarlos á su casa, y nos fuimos á la nuestra, donde cada uno trató de irse á dormir.

Don Felix y Don Luis se levantaron al dia siguiente hácia el mediodía, y su primera conversacion fue de Doña Aurora de Guzman. Gil

Blas, me dijo mi ama, vé á casa de mi tia Doña Jimena á saber cómo han pasado la noche ella y mi prima, y á preguntarla si el señor Pacheco y yo podemos ir hoy á tributarlas nuestros respetos. Partí al punto á desempeñar mi comision, ó por mejor decir á quedar de acuerdo con la dueña sobre el modo con que nos habiamos de gobernar; y despues que tomamos nuestras medidas volví con la respuesta al fingido Mendoza, y le dije: mi señora Doña Aurora me encargó ella misma os dijese de su parte que ya estaba restablecida, y que tendrá el mayor gusto con vuestra visita; y la señora Doña Jimena me encomendó asegurase al señor Pacheco que siempre seria muy bien recibido en su casa, á favor de su mérito y de vuestra amistosa recomendacion.

Conocí que estas últimas palabras habian gustado mucho á Don Luis. Tambien lo conoció mi ama, y desde luego arguyó de ello un alegrísimo presagio. Poco antes de comer vino á la posada el criado de la señora Jimena, y dijo á Don Felix: señor, un hombre de Toledo fue á preguntar por V. S. en casa de su señora tia, y dejó en ella este billete. Abrióle el fingido Don Felix, y leyó en él estas cláusulas en voz que las pudiesen oir todos: *Si quereis saber de vuestro padre, con otras noticias de consecuencia que os importan mucho, leido este venid prontamente el meson del caballo negro, cerca de la universidad.* Tengo grandes deseos

de saber cuanto antes noticias que tanto me importan, dijo Don Felix, y asi, á Dios, señor Pacheco; si no volviere dentro de dos horas, podeis ir vos solo á casa de mi tia donde concurriré yo tambien despues de comer. Ya sabeis el recado que os dió Gil Blas de parte de Doña Jimena: en virtud de él estais obligado á hacer esta visita. Diciendo esto salió de casa mandándome le siguiese.

Fácilmente se imaginará el sagaz y entendido lector que en vez de tomar el camino del meson del *caballo negro* nos fuimos derechitos á casa de la Ortiz, y nos dispusimos al enredo. Quitóse Aurora sus postizos cabellos blondos, lavóse y frotóse muy bien las cejas y pestañas, vistióse de muger, y hételа una bellísima dama con hermosos cabellos negros, mesmamente tal cual ella era. Puede decirse que el disfraz la transformaba de manera que Doña Aurora y Don Felix parecian dos personas diferentes. En trage de muger se representaba mas alta que vestida de hombre, gracias á los tacones escesivamente empinados que regalaban con su elevacion á la estatura. Luego que añadió á su hermosura natural los demas socorros que el arte la prestaba, salió á esperar á D. Luis, sintiendo en su pecho una cierta agitacion, ocasionada del combate que con fuerzas iguales hacian en él el temor y la esperanza. Unas veces se alentaba reflexionando en el atractivo de su rostro y de su espíritu, otras la aba-

tia el miedo de que la saliese mal aquel peligroso ensayo. La Ortiz se dispuso tambien por su parte á hacer lo que la tocaba para que nuestra ama no quedase desairada en el logro de su intento. Yo, como no convenia que Pacheco me viese en aquella casa, no debiendo parecer en ella hasta el fin de la visita, semejante á aquellos actores que solo se dejan ver en el teatro cuando está para concluirse la comedia, salí asi que acabé de comer.

En fin todo estaba ya prevenido cuando llegó Don Luis. Recibióle con el mayor agrado la señora Jimena, y tuvo con Aurora una larga conversacion que duró dos ó tres horas. Al cabo de ellas entré yo en la sala donde estaban, y dirigiéndome á Don Luis, le dije: caballero, mi amo D. Felix suplica á V. S. se sirva de perdonarle si hoy no pudiese venir, porque se halla con tres hombres de Toledo, de quienes no puede desembarazarse. Sí por cierto, esclamó Doña Jimena con una ironía bufonesca, estará el bribonzuelo divirtiéndose con algunas buenas bigoteras cortesanas. No, señora, repliqué yo prontamente, está en la realidad con aquellos hombres tratando de negocios demasiadamente serios, y verdaderamente le ha causado grandísimo disgusto el no poder venir aqui. Yo no admito sus disculpas, repuso mi ama. Sabiendo que yo estaba indispuesta podia y debia mostrar mas atencion con las personas que le tocan tan de cerca. En castigo de esta falta

no he de verle ni recibirle en dos semanas. Ah, señora, dijo entonces Don Luis, suspended tan cruel resolucion. Sóbrale al pobre Don Felix por castigo el dolor de no poder veros hoy.

Despues de haberse divertido alegremente por algun tiempo sobre el mismo asunto, se retiró Pacheco. La bella Aurora mudó inmediatamente de trage, y volvióse á su vestido de caballero. Transfirióse á la posada lo mas presto que le fue posible, y apenas entró dijo á Don Luis: perdonadme, amigo, sino pude ir á buscaros á casa de mi tia: halléme con unos hombres tan pesados que no pude, por mas que hice, desembarazarme de ellos. Lo único que me consuela es, que vos tuvieseis lugar para satisfacer vuestra curiosidad y deseos: y bien, ¿qué os ha parecido mi prima? habladme sin ceremonia. ¿Qué me ha de parecer? respondió Pacheco; me ha encantado. Teneis razon en decir que los dos sois muy parecidos. En mi vida he visto facciones mas semejantes. El mismo aire de cara, los mismos ojos, la misma boca, y hasta el mismo sonido de voz. No hay mas diferencia entre los dos sino que vuestra prima es algo mas alta, tiene el cabello negro y vos sois blondo; vos festivo y ella seria. Por lo demas no es mas parecido un huevo á otro huevo, que lo sois el uno al otro. En cuanto á talento no creo que pueda haber alguno superior al suyo, sino que sea un ángel. En una palabra, es una dama de un mérito completo.

Pronunció Pacheco estas últimas palabras tan fuera de sí, que Don Felix le dijo sonriéndose: siento, amigo, haberos porporcionado este conocimiento: soy de parecer que no volvais mas á casa de Doña Jimena: y os lo aconsejo por vuestra quietud. Doña Aurora de Guzman podria insensiblemente quitaros el sosiego é inspiraros una pasion... No necesito volverla á ver, interrumpió Don Luis, para estar ya ciegamente prendado de ella. El mal, si lo es, está hecho. Tanto peor para vos, replicó el fingido Mendoza; porque vos no sois hombre de contentaros con una sola, y mi prima no es una Doña Isabel. Os hablo claro como amigo: no es muger capaz de sufrir amante alguno que no vaya por el camino real. *¿Por el camino real?* repitió D. Luis en tono enfático. ¿Y puede haber hombre en el mundo tan temerario que piense ir por otro camino cuando ama á una dama de su calidad? pensar lo contrario es agraviarme. Conocedme mejor. ¡Qué dichoso seria si mereciera que vuestra prima se mostrase favorable á mis legítimos deseos, y se dignase unir al mio su destino! ¡Oh, Don Luis! repuso Don Felix, ya que la música se entabla en este tono, desde este punto me tendrá de su parte vuestro amor, y desde luego os ofrezco mis buenos oficios con Aurora. Mañana mismo daré principio á ellos, procurando ganar á mi tia, cuya autoridad y amor son los que mas pueden con la prima.

Pacheco rindió mil gracias al caballero, y mi ama y yo reconocimos con gusto que no podia caminar mejor el sutil y bien meditado estratagema. El dia siguiente añadimos algunos grados mas al amor de Don Luis con otra invencion. Pasó Aurora á su cuarto, despues de suponer que habia ido á hablar con Doña Jimena para interesarla en su favor, y le dijo asi: hablé á mi tia, y no me costó poco reducirla á que favoreciese vuestros deseos. Halléla fuertemente impresionada contra vos, porque no sé quién la habia metido en la cabeza que erais un libertino; pero me puse de vuestra parte con tal ardor, que logré finalmente desimpresionarla de todo. No obstante (prosiguió Aurora) para mayor abundamiento, quiero que los dos solos tengamos una conferencia con mi tia para asegurarnos mas de su favor y de su apoyo. Mostró Pachecho una grande impaciencia por hablar cuanto antes con Doña Jimena, y procuró Don Felix que lograse esta satisfaccion á la mañana del dia siguiente bastante temprano. Condújole él mismo á la señora Ortiz, y los tres tuvieron una conversacion, en la cual dió muy bien Don Luis á conocer el mucho terreno que el amor habia ganado en su corazon en tan breve tiempo. Fingióse la sagaz Jimena muy pagada de la tierna fineza que mostraba por su sobrina, y le ofreció hacer cuanto estuviese de su parte para persuadirla á que le diese su mano. Arrojóse Pacheco á los pies de tan buena tia, y la rin-

dió mil gracias por tan inestimable favor. A este tiempo preguntó Don Felix si su prima se habia levantado. No, respondió la dueña, todavía está durmiendo, y por ahora no se la podrá ver: pero vuelvan Vds. esta tarde y la hablarán cuanto quieran; respuesta que, como se puede creer, añadió muchos grados á la alegría de Don Luis, á quien se le hizo eterno el remanente de aquella mañana. Restituyóse, pues, á su posada en compañía del fingido Mendoza, que tenia la mayor complacencia en observar todos sus movimientos y en descubrir en ellos todas las señales de un amor fino y verdadero.

Toda la conversacion fue acerca de Aurora. Acabada la comida dijo Don Felix á Pacheco: ahora mismo se me ofrece un pensamiento. Paréceme que podrá convenir mucho el que yo me adelante un poco á casa de mi tia para hablar en particular á mi prima, y descubrir, si puedo, el temple de su corazon en órden á vuestra persona. Aprobó Don Luis esta idea; dejó salir primero á su amigo, y él le siguió una hora despues. Mi ama supo aprovechar el tiempo de manera que cuando llegó su amante ya estaba vestida de muger. Despues de haber saludado á Doña Aurora y á su tia, dijo Don Luis: yo creí encontrar aqui á Don Felix. Está escribiendo en mi gabinete, respondió Doña Jimena, y presto saldrá. Quedó satisfecho Don Luis con esta respuesta, y comenzó á entablar conversacion con las damas. Esta se alargaba y Don Fe-

lix no parecia. No pudo ya Don Luis disimular mas su estrañeza, y habiéndola manifestado, Aurora mudó de repente de tono; echóse á reir, y le dijo: ¿es posible, señor Don Luis, que ni siquiera hayais sospechado la inocente burla que os estamos haciendo? ¿Pues qué, unos cabellos blondos, pero postizos, y dos cejas teñidas me desfiguran tanto que os hayais dejado engañar hasta este punto? Desengañaos, caballero (prosiguió, volviendo á su natural seriedad), y acabad de conocer que Don Felix de Mendoza y Doña Aurora de Guzman son una sola persona.

No se contentó con sacarle de su error; confesóle tambien la flaqueza de su pasion, y todos los pasos que esta misma la habia sugerido para reducirle al estado en que le veia. No quedó el tierno amante menos encantado que sorprendido de lo que estaba oyendo y tocando con sus manos. Arrojóse á los pies de mi ama, y la dijo transportado: ¡ah bella Aurora! ¿puedo creer con efecto que soy yo el feliz y afortunado mortal que ha merecido á tu bondad tan finas demostraciones? Son de tanto precio que no basta á pagarlas el mas fiel y mas inmutable reconocimiento. A estas palabras se siguieron otras mil apasionadas y tiernas espresiones, correspondidas modesta y sinceramente por Aurora, despues de lo cual los dos amantes tomaron de acuerdo las mas justas y mas decentes medidas para acelerar el cumplimiento de sus deseos. Resolvióse que todos partiésemos inmediatamente

á Madrid, donde se daria fin á la comedia con el matrimonio de los dos. Asi se ejecutó; y quince dias despues se casó Don Luis con mi ama, celebrándose la boda con ostentacion y muchos regocijos.

CAPITULO VII.

Muda de amo Gli Blas, y va á servir à D. Gonzalo Pacheco.

Tres semanas despues del casamiento, queriendo mi ama recompensar mis buenos servicios, me regaló cien doblones, y me dijo: Gil Blas, yo no te despido de mi casa; puedes mantenerte en ella todo el tiempo que quisieres; pero sábete que D. Gonzalo Pacheco, tio de mi marido, desea mucho tenerte en la suya para su ayuda de cámara. Habléle de tí tan ventajosamente que me pidió te persuadiese á que vayas á servirle. Es un señor ya entrado en dias, pero de bellísimo carácter, y estoy persuadida á que te irá muy bien con él.

Dí mil gracias á mi señora por lo mucho que me favorecia, y la dije, que ya que su señoría no necesitaba de mí, y gustaba de que fuese á servir al señor D. Gonzalo, estaba pronto á complacerla, particularmente cuando tenia la honra y el consuelo de quedarme dentro de la familia. Fui, pues, una mañana de parte de la novia á casa de dicho señor, y me presenté á él. Halléle todavía en la cama, aunque era cerca

de mediodía. Entré en su cuarto, y ví que estaba tomando un caldo que le servia un page. Tenia el buen viejo bigotes á la papillota, ojos hundidos y casi apagados, semblante descarnado y macilento. Era de aquellos solterones que habiendo gozado del mundo á toda satisfaccion en la mocedad, no son mas contenidos, ni estan menos dominados de sus antiguas pasiones en la vejez. Recibióme con mucho agrado, y me dijo que si le queria servir con el mismo zelo con que habia servido á su sobrina, haria él solo mi fortuna, y esperaba que no tendria motivo para arrepentirme. Ofrecíle no aplicarme con menos atencion á desempeñar mi obligacion en su servicio que lo habia hecho en el de mi ama, y desde aquel mismo punto me admitió en su casa, contándome en el número de sus criados.

Y éteme ya aqui con un nuevo amo, el cual sabe Dios qué hombre era. Cuando le ví saltar de la cama me pareció que estaba viendo la resurreccion de Lázaro. Figúrese el lector un cuerpo tan seco y tan enjuto que, si se le viese en cueros, seria el esqueleto mas perfecto y mas á propósito para que un anatómico aprendiese la osteologia. Las piernas eran tan sutiles que, aun despues de tres ó cuatro pares de calcetas y medias unas sobre otras, parecian dos bastones de negrillo, á quienes servian de ñudos las pantorrillas. Para mayor gracia era asmática aquella momia viviente, acompañando con una

tos cada palabra. Luego que se puso su bata pidió chocolate; tomóle, y habiendo mandado despues que le trajesen papel y tinta, escribió un billete que entregó al page que le habia servido el caldo, para que le llevase á su destino. Apenas partió este cuando, volviéndose á mí, me dijo: amigo Gil Blas, de aqui adelante has de ser tú el confidente de mis comisiones, particularmente las relativas á una cierta Doña Eufrasia, que es una damita jóven y bella á quien sirvo y tiernamente amo, siendo de ella con igual ternura amado y correspondido.

¡Santo Dios! dije prontamente á mi capote, ¿y cómo podrán los mozos no creer que son amados, cuando está persuadido á que es idolatrado este viejo podrido, carcuezo y cazcarriento? Mañana, prosiguió el presumido Matusalen, irás conmigo á su casa, porque casi todas las noches ceno con ella. Quedarás admirado cuando veas su modestia y compostura. Lejos de imitar aquellas atolondradas que se pagan de la juventud y se prendan de las apariencias, ella, que en medio de su florida edad es de entendimiento claro y de juicio maduro, no busca en los hombres galanterías ni palabras, sino el buen modo de pensar: y prefiere los que saben amar á los que solo saben fingir y enamorarse de sí mismos. No limitó á solo esto el señor D. Gonzalo el panegírico de su dama: empeñóse en persuadirme que era un compendio de todas las perfecciones; pero encontró con un oyente difí-

cil en dejarse convencer. Despues de haber cursado en la escuela de las comediantas, y sido testigo ocular de todas sus maniobras, nunca creí que los viejos fuesen muy afortunados en amor. Sin embargo, solo por complacerle fingí que le creia; y aun hice mas, pues no solo alabé el discernimiento y el buen gusto de Doña Eufrasia, sino que me adelanté á decir que tampoco ella podria encontrar otro sugeto mas amable. El buen hombre no conoció el incienso con que yo estaba regalando á sus narices; antes por el contrario se persuadió á que todo cuanto le decia era oro puro. Tanta verdad es que nada se arriesga en adular á los grandes, porque se tragan, como si fueran confites, las lisonjas mas groseras y mas empalagosas.

Despues de esta conversacion comenzó el viejo á arrancarse con unas pinzas muy delicadas algunos pelos blancos de la barba, y se lavó con agua caliente los ojos, que estaban cargados de lagañas. Lo mismo hizo con los oidos, las manos y la cara. Concluidas sus abluciones se tiñó de negro el bigote, las pestañas y las cejas, gastando en el tocador mas tiempo que una viuda vieja, empeñada en desmentir, ya que no pueda reparar, el estrago que hicieron los años en su semblante. No bien habia acabado de vestirse y de remozarse (á lo que á él le parecia) cuando entró en su cuarto el conde de Azumar, que era amigo suyo y tan viejo como él, pero muy diferente en todo lo demas. Este traia sus

venerables canas descubiertas, se apoyaba sobre un baston, y parecia hacer alarde de su misma respetable ancianidad. Amigo Pacheco, dijo luego que entró, vengo á que me dés de comer. Bien venido, conde, le respondió mi amo, y al mismo tiempo se abrazaron, y comenzaron á hablar mientras se hacia hora de sentarse á la mesa. Al principio rodó la conversacion sobre una corrida de toros que pocos dias antes se habia celebrado. Hablaron de los picadores y caballeros en plaza que habian mostrado mayor destreza y valor. Sobre esto el viejo conde, á manera de aquel otro Nestor, á quien todas las cosas presentes le servian de ocasion para alabar las pasadas, dijo suspirando: ya no se usan hoy los hombres que se veian en otros tiempos. Ni los toros, ni los torneos se hacen con aquella magnificencia con que se hacian en nuestra mocedad.

Yo me reia interiormente de la ridícula prevencion del señor conde de Azumar, tan general en casi todos los viejos, pero su señoría no se contentó con aplicarla únicamente á los toros y á los torneos. Cuando se sirvió la fruta en la mesa tomó una pera en la mano, y dijo mirándola y remirándola: en mi tiempo eran mucho mayores las peras, porque al fin el tiempo todo lo gasta ó todo lo disminuye: la naturaleza se debilita cada dia. Segun eso, replicó mi amo, las peras en tiempo de Adan serian de grandísimo tamaño.

Detúvose el conde de Azumar con D. Gonza-

lo hasta cerca de la noche. Luego que se desembarazó de él salió de casa, diciéndome que le acompañase. Fuímonos derechos á casa de Eufrasia, distante como cien pasos de la nuestra. Encontrámosla en un cuarto alhajado con mucho primor. Estaba vestida de gala, y representaba un aire de tan florida juventud, que casi parecia niña, sin embargo de que ya llegaba á los treinta. Podia pasar por linda, y desde luego admiré su entendimiento. No era de aquellas cortesanas que brillan por su locuacidad, por su desembarazo y por su desenvoltura. Tanto en sus acciones como en sus discursos sobresalia en ella el juicio, la modestia y la penetracion. Sin afectar ingenio se echaba de ver en todo lo que decia. ¡Oh cielo (esclamé yo dentro de mí mismo) es posible que pueda ser disoluta una muger al parecer tan reservada! Y es que vivia yo persuadido á que necesariamente habia de ser desahogada toda dama cortesana. Admirábame aquella aparente modestia, sin hacer reflexion á que las tales princesas saben acomodarse á todos los genios, conformándose al carácter de los ricos y señores que caen en sus manos. Gustan unos fuego, viveza y atolondramiento, pues con estos serán intrépidas y casi locas. Si agrada á otros el sosiego y la compostura, siempre las encontrarán con un esterior tranquilo, modesto y virtuoso. Verdaderos camaleones, mudan de color segun el genio y humor de las personas que tratan.

No era D. Gonzalo del gusto de los que tienen muy en gracia las mugeres de modales libres; antes bien no las podia sufrir; y para que le agradasen era menester tuviesen un cierto aire de vestal. Asi, pues, Eufrasia se gobernaba por esta regla, y hacia ver que habia muchas comediantas fuera de aquellas que representaban en los teatros. Dejé á mi amo con su ninfa, y yo me fui á una sala donde me encontré con una criada vieja, que yo habia conocido sirviendo á una comedianta. Ella tambien me conoció inmediatamente, y me dijo: ¿aqui estás, amigo Gil Blas? ¿quién te trajo acá? Segun eso dejaste el servicio de Arsenia como yo dejé el de Constanza. Asi es, respondí yo: mucho tiempo ha que le dejé, y despues entré á servir á una dama de distincion, porque la gente de teatro no me acomodaba. Yo mismo me despedí, sin dignarme decir á Arsenia ni una palabra. Hiciste muy bien, me respondió la vieja, y poco mas ó menos lo mismo hice yo con Constanza. Una mañana la dí mi cuenta luego que me levanté. Ella me la recibió sin decirme una palabra, y de esta manera nos despedimos, como dicen, á la francesa.

Mucho celebro, repuse yo, que tú y yo nos hallemos sirviendo á gente honrada y distinguida. Doña Eufrasia muestra bien que es persona honrada, y parece señora de admirable carácter. No te engañas en tu juicio, respondió la Beatriz, que asi se llamaba la vieja, mi ama es una

muger muy bien nacida; y por lo que toca al genio será difícil hallar otra mas sosegada, mas dulce, ni mas apacible. No es de aquellas amas impetuosas, altivas y difíciles de contentar, que nada les gusta, que en todo encuentran que decir, gritan sin cesar, atormentan á todos los criados, y es un infierno el servirlas. Hasta ahora no la he oido gritar siquiera una sola vez. Cuando hago alguna cosa que no la gusta me lo advierte con mucha paz, sin honrarme jamas con aquellos epitetos y palabras de que son tan liberales las mugeres coléricas y soberbias. Tambien mi amo, repliqué yo, es un señor muy pacífico, y humanísimo con todos: por lo que toca á esto vos y yo estamos mejor que cuando estábamos con los comediantes. Mil veces mejor, repuso Beatriz. Yo tengo ahora una vida muy retirada cuando la de entonces era tan tumultuosa. En nuestra casa no entra otro hombre que el señor D. Gonzalo, y en esta mi amada soledad tendré yo el grandísimo gusto de no ver tampoco á otro que á tí. Tiempo ha que te miraba con buenos ojos, y mas de una vez tuve envidia á Laura porque eras tan amigo suyo. Pero en fin no desconfio de ser tan dichosa como ella; pues aunque no tenga su juventud ni su hermosura, en punto á fidelidad no la cedo á la mas fiel y amorosa tortolilla.

Como la buena Beatriz era una de aquellas tantas que se ven obligadas á brindar con sus favores, porque sin eso ninguno las pretende-

ria, no tuve la menor tentacion de aprovecharme de su generosidad; pero tampoco me pareció conveniente hablar de manera que pudiese aprehender que la despreciaba; antes bien tuve la advertencia de responderla en términos que no perdiese la esperanza de reducirme á corresponderla. Lisonjeábame ya con la persuasion de haber conquistado á lo menos una vieja tercerona; pero tambien me engañé miserablemente en esta ocasion. Galanteábame ella, no ya por mis bellos ojos, ni por mi linda cara, sino para empeñarme en los intereses de su ama, á quien tenia tanto amor que á ningun medio perdonaba cuando se trataba de complacerla y de servirla. Reconocí mi error la mañana siguiente, en que fui á entregar á Doña Eufrasia un billete amoroso de mi amo. Recibióme aquella dama con la manera mas afable y mas graciosa del mundo. Díjome mil cosas cariñosas; y la criada quiso tambien tirar su pincelada en mi elogio. Al oir á las dos, mi amo poseia un tesoro en mi persona. A una la encantaba mi fisonomía; otra descubria en mis palabras un fondo de penetracion y de prudencia, que verdaderamente la admiraba. Desde luego penetré todo el fin de aquellos encarecimientos; pero los oia con una aparente simplicidad que remedaba á la perfeccion todo el candor de un ánimo sencillo é inocente, con cuyo artificio engañé á las que pensaban haberme engañado; y en este

errado concepto se quitaron en fin la mascarilla. Ea, Gil Blas, me dijo Doña Eufrasia apretándome la mano: en tu arbitrio está hacer tu fortuna. Obremos todos de concierto, amigo mio. Don Gonzalo es viejo, su salud muy delicada: una calenturilla ayudada de un buen médico basta para echarle en la sepultura. Aprovechémonos bien de los pocos momentos que nos restan, y gobernémonos de manera que me deje á mí la mejor parte de sus bienes. A tí te tocará una buena porcion, asi te lo prometo, y puedes contar sobre mi palabra como pudieras contar sobre una escritura otorgada ante todos los escribanos de Madrid. Madama, la respondí, disponga V. á su arbitrio de este su fiel servidor. Solamente la suplico que me diga lo que debo ejecutar, y lo demas déjelo de mi cuenta, que espero se dará por bien servida. Pues ahora bien, repuso ella, lo que has de hacer es observar cuidadosa y diligentemente á tu amo, y darme razon puntual de todos sus pasos. Cuando hables con él procura con arte que recaiga la conversacion sobre las mugeres y toma de aqui ocasion para con destreza y con maña decirle mucho bien de mí. Tu mayor estudio ha de ser el tenerle siempre ocupado de su Eufrasia en cuanto te sea posible. Espia con sagacidad si algun pariente suyo le hace la corte con el ojo á su herencia, y avísame sin perder instante de tiempo: yo los echaré á pique. Tengo muy conocidos los diferentes genios de la parentela de

tu amo: sé el modo de hacerlos ridículos; y ya lo he desviado de sus primos y sobrinos.

Por esta instruccion, y por otras que añadió Eufrasia, conocí que era una de aquellas damas que solo se dedican á viejos generosos y liberales. Pocos dias antes habia obligado á Don Gonzalo á vender no sé qué posesion, cuyo dinero la regaló. Todos los dias le chupaba alguna cosa, y ademas de eso esperaba que no la olvidaria en su testamento. Mostréme muy empeñado en hacer todo lo que me pedia; mas por no disimular nada, confieso que cuando volvia á casa iba muy dudoso sobre el partido que debia tomar en aquel descubrimiento; si el de aprovecharme de él para engañar al viejo, ó para desviarle de aquella falaz muger. Este último me parecia mas honrado que el otro, y me sentia mas inclinado á cumplir con mi obligacion que á engañar á mi amo. Consideraba por otra parte que en suma nada de positivo me habia ofrecido Eufrasia, y quizá por esto mas que por otro motivo, no pudo corromper mi fidelidad. Resolví, pues, servir con zelo á Don Gonzalo, persuadido á que si lograba desprenderle de su ídolo seria mejor recompensado por una accion tan honrada que por la otra; pues al cabo era ruindad, y estas nunca aprovechan.

Para lograr mejor el fin que me habia propuesto, fingí sacrificarme enteramente al servicio de Doña Eufrasia. Hícela creer que continuamente estaba hablando de ella á mi amo, y

sobre este supuesto la embocaba mil patrañas, que la pobre creia como otros tantos evangelios: artificio con el cual me interné tanto en su confianza, que me contaba por el mas ciegamente empeñado en promover sus intereses. Para mayor abundamiento aparenté tambien estar enamorado perdido de Beatriz, la cual estaba tan desvanecida con la conquista de un mozo, ni zurdo, ni tuerto, ni corcobado, que no se le daba un pito de que la engañase con tal que la engañase bien. Cuando mi amo y yo estábamos con nuestras dos reinas, representábamos dos pinturas diferentes, pero ambas en el mismo gusto. D. Gonzalo, seco y pálido, como ya le he retratado, parecia un moribundo en agonía cuando miraba á su Filis con ojos lánguidos, dulces y amorosos. Mi Nise, siempre que yo la miraba apasionado, remedaba los melindres y acciones de una niña, poniendo en movimiento todos los registros de una truana vieja y bien amaestrada. Conociase que habia cursado estas escuelas por lo menos unos buenos cuarenta años. Habiase refinado en servicio de una de aquellas heroinas del partido, que saben el secreto de hacerse amar hasta la vejez, y mueren cargadas con los despojos de dos ó tres generaciones.

No me bastaba ya con ir todos los dias á casa de Eufrasia con mi amo: muchas veces iba solo, particularmente de dia; y á cualquier hora que fuese, nunca encontraba en ella á hombre,

ni menos á muger alguna que me diese malas sospechas, ó modo de descubrir en Eufrasia el menor indicio de infidelidad. Esto me causaba no poca admiracion, porque no acertaba á concebir cómo pudiese ser tan escrupulosamente fiel á Don Gonzalo una muger jóven y hermosa.

Pero en esta admiracion no habia juicio alguno temerario, pues la bella Eufrasia, para hacer mas tolerable el tiempo que tardaba en heredarle, se habia proveido de un amante mas proporcionado á su lozanía, y mas conforme á sus años.

Cierta mañana muy temprano fui á entregar un billete á la tal niña de parte de mi amo, segun la diaria costumbre. Hízome entrar en su cuarto, y descubrí en él los pies de un hombre que estaba tras de una tapicería. No dí la mas mínima señal de que le veia; y asi que desempeñé mi encargo salí sin dar entender haber notado cosa alguna; pero aunque no debia sorprenderme este objeto, y mas cuando en nada me perjudicaba á mí, no dejó con todo de agitarme mucho. ¡Ah malvada! decia yo con enfado: ¡ah traidora Eufrasia! No te contentas con engañar á un buen viejo, haciéndole creer que le amas, sino que te abandonas á otro amante para hacer mas abominable tu villana traicion. Pero muy necio era yo en discurrir de esta suerte. Fuera mejor haber reido de la aventura, y mirarla como una natural bien que indecente compensacion del fastidio que necesariamente

habia de causar á esta pobre muger el desconsolado comercio con un ochenton como mi amo. Quizá hubiera hecho mejor en no hablar palabra que en servirme de esta ocasion para acreditarme de buen criado, agradecido al pan que comia. Pero en vez de moderar mi zelo entré con mayor calor en los intereses de D. Gonzalo, y le hice fiel relacion de lo que habia visto; añadiendo ademas que Doña Eufrasia habia solicitado corromper mi fidelidad, en cuya prueba le conté de pe á pa todo lo que me habia dicho; de manera que seria un grandísimo mentecato si no venia en conocimiento del verdadero carácter de su alevosa enamorada. Hízome mil preguntas, como dudando de lo que le decia; pero mis respuestas le quitaron toda duda. Quedó atónito y asombrado de lo que habia oido; y sin que le sirviese en este lance su ordinaria serenidad, se asomó á su semblante un repentino ímpetu de cólera, que podia parecer presagio de que Eufrasia no seria impunemente infiel. Basta, Gil Blas, me dijo: quedo sumamente agradecido al zelo y al amor que muestras á mi servicio: agrádame infinito tu honrada fidelidad. Desde este mismo punto parto á romper para siempre con Eufrasia, y á decirla lo que merece su fingimiento y su torpe engaño. Diciendo esto salió efectivamente, y se fue derecho á su casa, no queriendo que le acompañase yo, por librarme de la mala figura que habia de hacer si me hallase presente á la averiguacion de aquellos hechos.

Mientras tanto quedé esperando con la mayor impaciencia que se restituyese á casa. No dudaba que á vista de tan poderosos motivos echaria á pasear á su ninfa, sucediendo una justísima aversion á un amor tan mal correspondido, y á un desengaño tan visible un eterno rompimiento. Con este alegre pensamiento me estaba lisongeando y me daba ya á mí mismo el parabien del buen efecto que habia producido mi honrado y zeloso aviso. Pareciame estar oyendo ya las gracias que me daban todos los parientes de Don Gonzalo por haber sido la causa de que este abandonase en fin una pasion tan vergonzosa á su persona, y tan contraria á los intereses de aquellos. Figurábame que todos se me confesarian obligados, y me distinguirian en tre el vulgo de los criados, mas dispuestos por lo comun á lisongear á sus amos, fomentando sus desórdenes, que á ponerles á la vista el desengaño para retirarlos de ellos. Por entonces era mi ídolo el honor, y me empavonaba ya mirándome como el corifeo de todos los sirvientes. Estando embelesado en tan alegres pensamientos volvió mi amo, y me dijo: amigo Gil Blas, acabo de tener una conversacion muy viva con Eufrasia. Llaméla ingrata, aleve: llenéla de improperios; ¿pero sabes lo que me respondió? que hacia mal en dar crédito á criados: sostiene fuertemente que me has hecho una relacion falsa desde la cruz hasta la fecha. Si he de creerla eres un solemnísimo embustero, un criado ven-

dido á mis sobrinos, por cuyo amor no perdonas á medio alguno para ponerla mal conmigo. Yo mismo la ví derramar un torrente de lágrimas, todas verdaderas, que anegaban su semblante, interrumpian su respiracion, y á mí me pasaban el alma. Juróme por lo mas sagrado del cielo y de la tierra que ni te habia hecho la mas mínima proposicion, ni ella veia jamas á otro hombre que á mí. Lo mismo me aseguró Beatriz, que tiene traza de buena muger, incapaz de mentir: de modo que sin poderlo remediar, y contra mi propia voluntad, se me fue toda la cólera.

Segun eso, señor, esclamé yo no sin algun dolor, dudais de mi sinceridad, desconfiais de... No, Gil Blas, interrumpió él, te hago justicia. No creo que vayas de acuerdo con mis sobrinos. Estoy persuadido á que solo por buen zelo te interesas en todo lo que me toca, y te lo agradezco. Pero muchas veces engañan las apariencias. Puede suceder que realmente no hubieses visto lo que te parecia ver: y en tal caso considera lo mucho que habrá ofendido á Eufrasia tu acusacion. Mas sea lo que fuere, yo no puedo menos de quererla. Asi lo manda mi estrella; y para aplacar el enojo de esta pobre muger me ha sido indispensable hacerla el sacrificio que me pide; este sacrificio solo es despedirte de mi casa. Siéntolo mucho, mi pobre Gil Blas; y Dios sabe cuántos esfuerzos la costó á ella, y cuánto dolor me costó á mí el dar semejante consentimiento. Lo que te debe consolar es que no

saldrás sin recompensa. Fuera de que he pensado ya colocarte con una dama amiga mia, donde tengo por cierto que lo pasarás alegremente.

Quedé mortificadísimo en ver que mi zelo se habia vuelto contra mí. Mil veces maldije interiormente á la embustera Eufrasia, y otras tantas dí al diablo la flaqueza, ó por mejor decir la mentecatez de Don Gonzalo en haberse dejado engañar tan fácilmente. No dejaba tampoco de conocer el buen viejo que en despedirme de su casa solo por complacer á su dama no hacia la accion mas honrosa, ni mucho menos la mas varonil. Para compensar su poco espíritu, y al mismo tiempo hacerme tragar la píldora sin sentir tanto su amargura, me regaló cincuenta ducados, y él mismo me condujo á casa de la marquesa de Chaves. Díjola en mi presencia que era yo un mozo de prendas y de talento; que verdaderamente me amaba mucho, mas que por ciertos respetos de familia se veia precisado con dolor á privarse de mi servicio, y la suplicaba con el mayor encarecimiento que me admitiese en el suyo. Desde aquel punto me recibió la marquesa, y yo me ví de repente con una nueva ama, y en una nueva casa.

CAPITULO VIII.

Caràcter de la marquesa de Chaves, y personas que la trataban.

Era la marquesa de Chaves una viuda de treinta y cinco años, bella, grande, airosa y bien proporcionada. No tenia hijos, y gozaba diez mil ducados de renta. Nunca ví muger mas seria ni que menos hablase. Con todo eso era celebrada en Madrid, y generalmente reputada por la dama de mayor talento. Lo que quizá contribuia mas que todo á esta universal reputacion era la concurrencia á su casa de los primeros personages de la corte, asi en nobleza como en literatura; problema que yo no me atreveré á decidir. Solo diré que bastaba oir su nombre para formar concepto de un genio superior, y su casa era llamada por escelencia: *el tribunal de las obras ingeniosas.*

Con efecto todos los dias se leian en ella ya poemas dramáticos, ya poesías líricas, pero siempre sobre asuntos serios. Negábase la entrada á toda pieza cómica. La mejor comedia, el romance ó la novela mas ingeniosa, mas alegre y mas verísimilmente conducida, todo esto se miraba como una pueril y ligera produccion, que no merecia alabanza alguna. Por el contrario, la mas mínima obra seria, una oda, un soneto, una égloga pasaban alli por el último esfuerzo del ingenio humano. Sucedia tal

vez que el público no se conformaba con la decision del *tribunal*, antes bien silbaba las obras que habian sido aplaudidas en aquel areópago.

La marquesa me hizo maestre de sala de su casa. Era incumbencia de mi empleo preparar el cuarto de mi nueva ama para recibir las gentes, disponiendo taburetes para las damas, sillas para los hombres, y cada cosa en su respectivo sitio; quedándome despues en la antesala, para anunciar é introducir á los que llegaban. Como todavía no los conocia yo, el primer dia el ayo ó maestro de pages me hizo compañía en la antesala para decirme el nombre de los que iban entrando, y al mismo tiempo me informaba breve y graciosamente del carácter de cada uno. Llamábase Andres de Molina el tal maestro. Era naturalmente serio, pero bufon y mofador. El primero que se presentó fue un ministro togado. Anunciéle, y despues que le introduje me dijo el maestro de pages: este garnacha es de un carácter gracioso. Tiene alguna introduccion en palacio, mas no tanta, ni con mucho, como quiere persuadirlo. Ofrécese á servir á todos, y á ninguno sirve. Encontróle un dia en la antecámara del rey un caballero que le saludó. Detúvole este, hízole mil espresiones, tomóle la mano, apretósela, y le dijo: V. S. me ha conquistado; soy todo suyo: no me niegue el favor de acreditarle mi amistad. No moriré contento si no logro alguna ocasion de servir á V. S. Correspondióle el caballero con

espresiones de reconocimiento, y apenas se separó del togado, cuando, volviéndose este á uno de los que iban á su lado, le dijo: quiero conocer á este hombre, y no me acuerdo quien es: solo tengo una idea confusa de haberle visto en alguna parte; creo que en casa del primer ministro.

Poco despues del togado se dejó ver un señorito, hijo de cierto grande, á quien introducí inmediatamente en el cuarto de mi ama. Luego que entró me dijo el señor Molina: este señorito es un ente original. Va á una casa sin otro fin que tratar con el dueño de ella negocios de importancia; está en conversacion con él una ó dos horas, y levanta la visita sin haber hablado siquiera una palabra sobre el negocio á que habia ido. A este tiempo vió el ayo de los pages entrar en la antesala dos señoras, llamadas una Doña Angela de Peñafiel, y otra Doña Margarita de Montalvan. Estas dos damas (me dijo él cuando hubieron entrado en la sala de la marquesa) en nada se parecen una á otra. Doña Margarita presume de filósofa. Se las tiene tiesas con los mayores doctores de Salamanca, y ninguno la ha visto ceder jamas á sus argumentos. Doña Angela por el contrario, aunque es verdaderamente instruida nunca hace de doctora. Sus pensamientos son finos, sus discursos sólidos, sus espresiones delicadas, nobles y naturales. Este segundo carácter, le respondí yo, es un carácter muy amable; pero el

otro me parece que cae muy mal en el bello sexo. ¿Qué dice V. *muy mal en el bello sexo?* replicó Molina prontamente. Es tan fastidioso aun en los hombres, que los hace ridículos, Tambien nuestra ama la marquesa adolece un poco de este achaque filosófico. Yo no sé sobre qué se tratará hoy en nuestra academia. Pero se disputará mucho. Quiera Dios que en ella no se ande con los huesos de la religion.

Al acabar estas palabras vimos entrar un hombre seco, muy grave, cejijunto, y fruncido. No le perdonó mi caritativo instructor. Este es, me dijo, uno de aquellos entes serios y engarrotados que quieren pasar por hombres grandes á favor de algunas sentencias de Séneca, que saben de memoria y pronuncian con recalcamiento y pomposidad, los cuales, examinados de cerca, se descubre ser unos pobres mentecatos. Tras de este entró un caballerito de buen porte, pero de furioso aire á la griega, quiero decir, de un hombre lleno y pagado de sí mismo. Pregunté á Molina quién era, y me respondió que era un poeta dramático, el cual habia compuesto cien mil versos que no le habian valido cuatro cuartos; pero que recientemente por solo seis renglones en prosa habia conseguido formarse una buena renta.

Iba á pedirle me esplicase en qué habia consistido el haber logrado tan de balde aquella fortuna, cuando oí un gran rumor en la escalera. ¡Bravo! esclamó el maestro de pages: ya

entró en casa el licenciado Campanal. A este se le oye mucho antes que se deje ver. Es un solemnísimo tronera: comienza á charlar en voz alta y sonora desde la puerta de la calle, y no lo deja hasta que vuelve á salir por ella. Con efecto resonaba en toda la casa la voz del licenciado Campanal, que en fin apareció en la antesala con otro bachiller amigo suyo, y prosiguió atronándonos á todos sin cesar en el tiempo que duró la académica visita. Este licenciado, dije á Molina, parece hombre de ingenio. Sí lo es, me respondió: tiene ocurrencias muy saladas; se esplica con gracia y con agudeza, es muy divertida su conversacion; pero es un hablador molestísimo, y repite siempre sus dichos y sus cuentos. En suma, para no estimar las cosas mas de lo que valen, estoy persuadido á que la mayor parte de su mérito consiste en aquel aire cómico y gracioso con que sazona todo lo que dice; y asi no creo que le haria mucho honor una coleccion de sus agudezas y sus gracias si se diese á luz.

Fueron entrando despues otras personas, de todas las cuales me hizo Molina muy graciosas descripciones. Entre estas no se dejó en el tintero la de nuestra ama la marquesa. Esta dama, me dijo, es una señora muy regular, no embargante su filosofía. Su genio no es enfadoso, ni caprichoso, y da poco que hacer en su servicio. Dentro de su esfera es de las mugeres mas racionales que conozco. No se le advierte

pasion alguna. Ni el juego, ni los galanteos lá gustan: solo la agrada la conversacion. En una palabra: su vida seria intolerable para la mayor parte de las damas. Este elogio del maestro de pages me hizo formar un ventajoso concepto de mi ama. Sin embargo pocos dias despues no pude menos de sospechar que no era tan enemiga del amor como Molina me habia asegurado; y el fundamento de mi sospecha fue el siguiente. Estando una mañana en el tocador, se presentó en la antesala un hombre como de cuarenta años, pero de malísima figura, contrahecho, corcovado, y mas andrajoso que el mismo Pedro de Moya. Díjome que deseaba hablar á la marquesa; y preguntándole yo quién era, me respondió ser aquel caballero con quien el dia anterior mi señora la marquesa habia hablado en casa de Doña Ana de Velasco. Apenas le anuncié á mi ama, cuando toda transportada de alegría me mandó que le hiciese entrar. No solo le recibió con estrañas demostraciones de gusto y de estimacion, sino que mandó retirar á todas las criadas, quedándose el corcovado á solas con ella cerca de una hora. Despidióle despues con mil cortesanas espresiones, que mostraban bien lo gustosa que habia quedado con su visita.

En efecto lo quedó tanto que por la noche me llamó en particular y me ordenó reservadamente que siempre que viniese el corcovado procurase introducirle en su cuarto con el ma-

yor secreto que fuese posible. Este encargo me dió sospechas; pero obedeciendo á la órden de mi ama, apenas se dejó ver aquel hombrecillo al dia siguiente, cuando le introduje por la escalera secreta en el cuarto de la señora. Lo mismo hice por dos ó tres veces; no pudiendo menos de pensar una de dos, ó que la marquesa tenia estrafalarias inclinaciones, ó que el corcovadillo la servia en el honrado oficio de tercero.

Prevenido, y enteramente preocupado de estas temerarias ideas, decia yo á mi capote: si mi ama se hubiera enamorado de un hombre bien hecho yo la escusaria; pero que se haya prendado de semejante avechucho, que se me figura un camello reciennacido, no se lo puedo perdonar. Mas ¡oh! y cuánto agraviaba yo á aquella señora. Es el caso, que aquel galápago humano se vendia por muy instruido en la magia blanca, haciendo mil juegos de manos que los no muy instruidos juzgaban no poderse hacer sin ausilio de aquella embustera facultad; pero en suma era un grandisimo bribon, que se mantenia á costa de la ignorancia y de la necia credulidad, siendo pública voz y fama que contribuian á esto muchas señoras de distincion; y la marquesa cayó en la misma debilidad.

CAPITULO IX.

Deja Gil Blas el servicio de la marquesa de Chaves: motivo que tuvo para hacerlo, y lo demas que se verá.

Habia seis meses que yo servia á la marquesa de Chaves, y estaba muy contento en su servicio. Pero mi destino no me permitió mantenerme mas tiempo en su casa, ni menos quedarme por entonces en Madrid. El motivo fue la aventura que voy á contar.

Entre las criadas de la marquesa habia una llamada Porcia, que sobre jóven y hermosa era de un carácter que me agradaba mucho, y comencé á obsequiarla sin saber que ya la festejaba el secretario de mi ama, hombre soberbio y zeloso. Luego que este llegó á entender mi inclinacion, sin detenerse á examinar si era ó no correspondida, me citó para reñir en parage retirado. Como era un hombrecillo que apenas me llegaba á los hombros me pareció un enemigo poco temible, y lleno de confianza concurrí al sitio señalado. Lisonjeábame yo de una completa victoria y de adquirir por ella nuevo mérito con Porcia; pero el suceso humilló mucho mi presuncion. El secretarillo, que tenia dos ó tres años de esgrima, me desarmó como á un niño; y poniéndome al pecho la punta de la espada, me dijo: prepárate á morir, ó dame palabra sobre tu honor de que hoy mismo saldrás de casa la marquesa, sin pensar mas

en Porcia. Prometíselo asi, y lo cumplí sin repugnancia. Corriame de parecer delante de los criados de la marquesa despues de haber sido tan ignominiosamente vencido, y mucho mas de presentarme ante la hermosa Helena, inocente ocasion de nuestro desafío. No volví, pues, á casa sino para recoger mi ropa y mi dinero, hacer mi maleta, y retirarme con ella. Aunque por ningun caso me habia obligado á salir de Madrid, juzgué que me convendria mucho alejarme de aquella villa, á lo menos por algunos años, en virtud de lo cual tomé la resolucion de girar toda España, deteniéndome en las ciudades y pueblos el tiempo que me pareciese. El bolsillo, me decia yo á mí mismo, está bien proveido: gastando con jucio tendré para correr gran parte del reino. En acabándose el dinero me pondré á servir; pues á un mozo de mi salud y de mi edad siempre le sobrarán amos cuando quiera buscarlos y tenga habilidad para escogerlos.

Vínome gana de ir á Toledo; y con efecto partí para aquella ciudad, y llegué al cabo de tres dias. Apeéme en un meson, donde pasé por un hombre de importancia á favor de mi vestido y del aire que me dí de petimetre. Podia fácilmente introducirme con dos bellas damiselas que vivian en la vecindad; pero me detuvo la consideracion de que para lograrlo era menester gastar dinero, y no poco. Creciendo cada dia mas la inclinacion que

tenia de viajar, despues de haberme detenido en Toledo lo bastante para ver lo mas digno de aquella ciudad, salí de ella un dia al amanecer y tomé el camino de Cuenca, con ánimo de pasar al reino de Aragon. Al segundo dia de viage entré á refrescar y descansar en una venta que habia en el camino. Poco despues que yo llegué entró en la misma una tropa de ministros de la Santa Hermandad. Pidieron luego vino, y se pusieron á beber. Oí que mientras estaban bebiendo hacian memoria de las señas que les habian dado de un mozo á quien tenian órden de prender: *pelo negro, cara larga, nariz aguileña, buen talle, veinte y tres años, y montado en un caballo castaño.*

Estábalos yo escuchando sin mostrar atencion á lo que discurrian, y en la realidad me interesaba poco en saberlo. Dejélos en la venta, y proseguí mi camino. Aun no habia andado medio cuarto de legua cuando encontré un mocito muy galan montado en un caballo castaño. Vive diez, dije yo, que este es el que buscan los de la Santa Hermandad. Todas las señas le convienen; y es á quien quieren agarrar. A fe que quiero hacerle un buen servicio. Caballerito, le dije saludándole con mucho respeto y cortesía, perdone V. y sírvase decirme si le ha sucedido algun pesado lance de honor. No me respondió, miróme fijamente, y mostróse muy sorprendido de mi pregunta. Señor, proseguí, no crea V. que le haya hablado asi por

una impertinente curiosidad. Creyóme luego que le conté todo lo que habia oido á los ministros en la venta. Generoso desconocido, me respondió, no puedo ni debo disimularos que tengo motivo para creer ser yo á quien busca esa gente; y asi agradeciéndoos infinitamente el oportunísimo aviso, resuelvo mudar de camino. Yo seria de parecer, repuse entonces, que los dos buscásemos por aqui un sitio retirado donde V. estuviese seguro y ambos á cubierto de una gran tempestad que veo estarnos ya amenazando. Al decir esto descubrimos una calle de árboles frondosos, espesos y muy unidos. Ganámosla, y ella misma nos condujo al pie de una montaña, donde encontramos á un venerable ermitaño.

Estaba sentado á la entrada de una profunda gruta que el tiempo habia socavado en la falda de aquel monte, y delante de ella se registraba una especie de corral ó de cortil que habia fabricado el arte; cuyas paredes se componian de una especie de argamasa formada de pedrezuelas y conchezuelas, rodeado todo para mayor defensa con una especie de foso cubierto de verdes céspedes. Los contornos de la gruta estaban sembrados de flores odoríferas que llenaban el ambiente vecino de suavísima fragrancia; y cerca de la misma gruta se descubria una hendidura en la montaña, cuyo centro brotaba un manantial de agua cristalina, que con apacible y dulcísimo murmullo corria á dilatarse por

una bella y espaciosa pradería. El solitario, que se dejó ver á la entrada de la gruta, parecia un hombre consumido por la vejez. Apoyábase sobre una muleta que tenia en una mano, y ocupaba la otra un gran rosarion de cuentas gordas y de quince dieces por lo menos. Su cabeza estaba como sepultada en un capuz de lana negra, con sendas orejeras, y su barba mas blanca que la nieve bajaba hasta poder hablar en secreto con la cintura. Acercámonos á él, y yo le dije: padre, ¿nos dará licencia para suplicarle que nos permita refugiarnos en alguna parte, donde estemos á cubierto de la tempestad que nos viene amenazando? Hijos, respondió el anacoreta, mi pobre gruta está á vuestra disposicion, y podréis estar en ella todo el tiempo que quisiereis. Los caballos, añadió, los podeis meter en aquel cortil (señalándole con la mano) donde creo que estarán bien acomodados. Metimos en él los caballos, y nosotros nos refugiamos en la gruta, acompañándonos siempre el venerable viejo.

Apenas entramos en ella cuando se desprendió una copiosa lluvia entre continuos relámpagos y espantosos truenos. El ermitaño se hincó luego de rodillas delante de una imágen de san Pacomio, encostrada en un nicho de la gruta, y nosotros hicimos lo mismo á ejemplo suyo. Cesó la tempestad de los truenos y relámpagos, y cesaron tambien nuestras oraciones. Levantámonos todos, pero como todavía continuase la lluvia nos dijo el ermitaño: Yo, hijos

mios, no os aconsejaré que os pongais en camino con este temporal, y mas estando tan cerca la noche, salvo que os obligue á ello algun negocio grave y urgente. Respondímosle que ninguna cosa nos impedia el detenernos sino el justo temor de incomodarle, y que á no ser este, antes le suplicariamos nos permitiese pasar allí la noche. La única incomodidad será la vuestra, respondió cortesanamente el anacoreta: tendréis mala cama y peor cena, porque solo puedo ofreceros la de un pobre ermitaño.

Diciendo esto nos hizo sentar á una desdichada y rústica mesilla, donde nos sirvió algunas cebollas, con algunos mendrugos, y una jarra de agua. Esta ,dijo, es mi comida y mi cena ordinaria; pero hoy es razon de hacer algun esceso en obsequio de unos huéspedes tan honrados. Dijo, y partió luego á traer un pedazo de queso y dos puñados de avellanas, que echó como al desgaire sobre la mesa. Mi compañero, que no tenia gran apetito, hizo poco gasto de aquellos esquisitos manjares. Observólo el ermitaño y dijo: conozco y veo que estais acostumbrados á mesas mas regaladas que la mia, ó por mejor decir, que la sensualidad ha estragado en vos el gusto natural. Yo tambien he vivido en el mundo. Entonces no eran bastante buenos para mí los manjares mas delicados, ni los bocados mas esquisitos; pero la soledad y el hambre han restituido la pureza al paladar. Ahora solo me gustan las yerbas, la leche, las

frutas, y en una palabra, todo aquello que servia de alimento á nuestros primeros padres.

Mientras el anacoreta estaba hablando, el caballerito se quedó como enagenado en una profunda suspension. Notólo el viejo, y le dijo: hijo mio, vos teneis atravesado el corazon con alguna espina que os aflige mucho. ¿No podré saber el motivo de la grave afliccion que os ocupa? desahogad conmigo vuestro pecho. No me mueve á este deseo la curiosidad: la caridad es la única que me anima. Hállome en edad que puedo daros algun buen consejo; y vos me pareceis en una situacion bien necesitada de él. Sí, padre mio, respondió el caballerito, arrancando del pecho un doloroso suspiro: es bien cierto que tengo gran necesidad de consejo; y pues vos me ofreceis el vuestro con piedad tan generosa, quiero seguirle. Estoy muy persuadido á que nada arriesgo en descubrirme á un hombre como vos. No, hijo, replicó el ermitaño, no teneis que temer: soy hombre á quien se le puede confiar cualquiera cosa, sea de la especie que fuere. Entonces el caballero habló en los términos siguientes.

Cap. XXVII

CAPITULO X.

Historia de D. Alfonso, y de la bella Serafina.

Nada, padre mio, os disimularé, como ni tampoco á este caballero que me escucha. Hariale gran agravio en desconfiar de él despues de la generosa accion que usó conmigo. Voy, pues, á contaros mis desgracias.

Nací en Madrid, y mi orígen fue el que voy á referir. Un oficial de guardias walonas, llamado el baron de Seteinbach, entrando una noche en su casa, se halló al pie de la escalera con un envoltorio de lienzo. Levantóle, llevóle al cuarto de su muger, desenvolvióle, y encontraron un niño reciennacido, fajado en pañales muy delicados y finos, y un billete que decia ser hijo de padres distinguidos, que á su tiempo se darian á conocer, y que el niño estaba ya bautizado con el nombre de Alfonso. Este niño era yo, y esto es todo cuanto sé de lo que soy. Víctima del honor ó de la infidelidad, ignoro si mi madre me espuso para ocultar sus vergonzosos amores, ó si engañada por un amante perjuro, se vió en la cruel necesidad de abandonarme.

Sea lo que fuere, el baron y su muger se sintieron tan movidos de mi desgracia, que como se hallaban sin sucesion resolvieron criarme como si fuera hijo suyo, conservándome el nom-

bre de D. Alfonso. Al paso que yo crecia en edad, crecia el amor en ellos. Hacianme mil caricias en pago de mis apacibles modales, y por mi docilidad. Todos sus pensamientos eran de darme la mejor educacion. Buscáronme los mejores maestros en todas letras y habilidades que podian contribuir á ella. Lejos de esperar con impaciencia á que se descubriesen mis padres, parecia por el contrario que deseaban no se manifestasen jamas. Luego que el baron me vió en estado de poder seguir las armas me aplicó al servicio del rey. Consiguióme una bandera, y mandó hacerme un pequeño equipage. Para animarme á buscar las ocasiones de adquirir gloria y darme á conocer, me representó que la carrera del honor estaba abierta á todo el mundo, y que en la guerra podria hacer mi nombre tanto mas glorioso, cuanto solo seria deudor á mi corazon y á mi espada de la gloria que adquiriese. Al mismo tiempo me reveló el secreto de mi nacimiento, que hasta alli me habia ocultado. Como en todo Madrid pasaba por hijo suyo, y como yo mismo efectivamente me tenia por tal, confieso que me turbó no poco esta confianza. No podia pensar en ello sin llenarme de rubor. Por lo mismo que mis nobles pensamientos y mis honrados impulsos me aseguraban de un distinguido nacimiento, era mayor el dolor de verme abandonado de aquellos á quienes le habia debido.

Pasé á servir en los Paises-Bajos, donde se

hizo la paz poco despues que llegué al ejército. Hallándose España sin enemigos me restituí á Madrid, y fui recibido por el baron y su muger con nuevas demostraciones de ternura. Habianse pasado dos meses desde mi retorno, cuando una mañana entró en mi cuarto un pagecillo que me puso en las manos un billete concebido poco ó mas ó menos en estos términos: *No soy fea ni contrahecha: y con todo eso V. me ve todos los dias á mi ventana con grande indiferencia: frialdad muy agena de nn mozo tan galan. Estoy tan ofendida de este proceder, que, por vengarme, quisiera inspirar el amor en ese corazon de hielo.*

Apenas leí este billete cuando me persuadí sin la menor duda á que era de una viudita llamada Leonor, que vivia en frente de mi casa, y tenia créditos de ser de cascos alegres. Examiné sobre este punto al pagecillo, que por algun breve rato quiso hacer del callado; pero á costa de dos ó tres pesetas satisfizo plenamente mi curiosidad, y se encargó de llevar á su ama mi respuesta. Deciala en ella que conocia y confesaba mi delito, el cual estaba ya medio vengado, segun lo que reconocia en mí.

Con efecto no me mantuve insensible á esta graciosa manera de conquistar. No salí de casa en todo aquel dia, asomándome frecuentemente á mis ventanas para observar á la dama, que tampoco se descuidó en hacerse ver desde las suyas. Hícela señas, que fueron bien

correspondidas ; y el dia siguiente me envió á decir por su pagecillo, que si entre once y doce de aquella noche queria yo pasear nuestra calle, podiamos hablarnos á la reja de una sala baja. Aunque no me sentia muy encendido en el amor de una viuda tan viva , sin embargo no dejé de responderla en términos que me representaban muy apasionado; y á la verdad esperé la noche con tanta impaciencia como si efectivamente lo estuviera. Luego que aquella llegó , salí á pasearme al Prado , para engañar el tiempo que restaba hasta la hora de la cita. Aun no bien habia entrado en el paseo, cuando acercándose á mí un hombre montado en un hermoso caballo , se apeó precipitadamente de él, y mirándome con torvo ceño: caballero (me dijo con voz sobradamente destemplada) ¿no sois vos el hijo del baron de Steinbach? El mismo; respondí yo en tono que conociese cuánto me desazonaba aquel incivil modo de abordarme. Luego vos sois el mismo que estais citado, prosiguió él , para dar esta noche conversacion á Leonor en la reja de su cuarto bajo. He visto su billete , y he visto vuestra respuesta, porque me las mostró el pagecillo. Os he seguido hasta aqui desde que salisteis de vuestra casa , para advertiros que teneis un competidor, el cual se avergüenza de disputar el corazon de una dama con un hombre como vos. Paréceme que no es menester deciros mas. Hallámonos en sitio retirado. Decidan

la disputa las espadas, salvo que vos, por evitar el castigo que preparo á vuestra temeridad, me deis palabra de romper toda comunicacion con Leonor. Sacrificadme las esperanzas que teneis, ó en este mismo punto voy á quitaros la vida. Ese sacrificio, que no me costaria mucho, respondí yo, se habia de pedir con modestia, y no intimarse con arrogancia. Quizá concederia á vuestros ruegos lo que no puedo menos de negar á vuestras amenazas.

Pues riñamos, dijo él atando el caballo á un árbol, porque no es decente á un hombre como yo abatirse á suplicar á un hombre como vos. Si la mayor parte de mis iguales se hallaran en el caso en que yo me hallo, se vengarian de vos muy de otra manera menos honrosa. Ofendiéronme mucho estas últimas palabras, y viendo que él habia sacado su espada, saqué yo tambien la mia. Reñimos con tanta furia que duró poco el combate. O fuese porque le cegó su demasiado ardor, ó ya porque yo fuese mas diestro que él, muy á los principios le dí una estocada, de la cual le ví primero titubear y despues caer en tierra. Entonces solo pensé en ponerme en salvo, y montando en su propio caballo, tomé el camino de Toledo. No volví á casa del baron de Steinbach, pareciéndome que la relacion de mi aventura solo podia servir para afligirle; y cuando hacia reflexion al peligro en que me hallaba conocia que no debia perder un momento en alejarme de Madrid.

Ocupado enteramente de tristísimas reflexiones caminé toda la noche y toda la mañana del dia siguiente. Pero hácia el mediodía me ví precisado á determe para que descansara el caballo y se mitigase el calor, que cada instante se hacia mas inaguantable. Detúveme, pues, en una aldea hasta que se puso el sol, continuando luego mi camino con ánimo de no desmontar hasta verme en Toledo. Estaba ya dos leguas mas allá de Illescas, cuando cerca de media noche me cogió en campo raso una furiosa tempestad semejante á la que acaba de sorprendernos. Refugiéme tras de las paredes de un jardin que ví á pocos pasos de mí; y no hallando abrigo mas cómodo me cubrí con mi caballo lo mejor que pude junto á la portezuela de un gabinete que estaba en un ángulo de la misma casa, sobre la cual habia un pequeño balcon, que sin duda servia de mirador. Arriméme á la misma portezuela para estar mas á cubierto dentro de su lintel, y á poco impulso conocí que estaba abierta, quizá por descuido de los criados. Menos por curiosidad que por estar mas resguardado de la lluvia, que no dejaba de incomodarme mucho debajo del balcon, me entré en el gabinetillo ó cuarto bajo, juntamente con el caballo, tirándole por la brida.

Mientras duraba la tempestad me divertia yo en reconocer el sitio en que me hallaba lo mejor que me era posible, y aunque solo po-

dia registrarle á favor de los relámpagos, juzgué ser una quinta de alguna persona rica y de conveniencias. Estaba siempre esperando que cesase la tempestad para volver á ponerme en camino; pero habiendo visto una gran luz á bastante distancia, mudé de parecer. Dejé encerrado el caballo en el gabinete, tirando tras de mí la puerta, y me fui acercando hácia aquella luz, persuadido á que estaban todavía algunas gentes en pie, para suplicarles me diesen abrigo por aquella noche. Despues de haber atravesado algunos corredores me encontré con un salon, cuya puerta estaba igualmente abierta. Entré en él, y habiendo visto su magnificencia á beneficio de un gran farol de cristal que le comunicaba una clarísima luz, ya no tuve duda era de algun gran señor aquella casa de campo. Era el pavimento de mármol, el techo un soberbio artesonado, dorado con esquisito primor, la cornisa trabajada con la mayor delicadeza, y en todo brillaba el esmero de los mas hábiles pintores. Pero lo que me llevó toda la atencion fue una multitud de bustos de los mas famosos héroes españoles, sostenidos sobre bellísimos pedestales de mármol jaspeado, que adornaban las paredes del salon. Tuve bastante tiempo para informarme de todas estas cosas, porque habiendo aplicado de cuando en cuando el oido para ver si sentia algun rumor, nada pude percibir.

A un lado del salon habia una puerta me-

dio cerrada, á la cual me acerqué, y ví que despues de ella se seguia una gran fila de cuartos, y que en el último de ellos habia una luz que alumbraba débilmente. Consulté conmigo mismo lo que debia hacer: si retroceder por donde habia venido, ó hacerme ánimo para penetrar hasta aquel cuarto. La prudencia dictaba que el partido mas acertado era el de retroceder y retirarme; pero pudo mas la curiosidad que la prudencia, ó por mejor decir, fue mas poderosa la fuerza de mi destino, que en cierta manera me arrastraba hácia donde no debia ir. Llevé, pues, mi empeño adelante, y habiendo pasado por todas las piezas llegué á la última, donde ardia una blanca bugía, colocada en un precioso candelero sobre un bufete de mármol. Desde luego conocí que era un cuarto de verano, alhajado con singular gusto y riqueza; pero volviendo presto los ojos hácia una magnífica cama, cuyas cortinas estaban medio abiertas á causa del gran calor, ví un objeto que me arrebató toda la atencion. Era una bizarra y jóven dama, que á pesar del estruendo pavoroso de los truenos, dormia profundamente. Acerquéme á ella paso á paso, recelando que la despertase mi aliento, y á favor de la claridad que comunicaba la bugía, descubrí una tez tan delicada y unos rasgos tan finos de belleza, que verdaderamente me encantaron. A su vista todos mis espíritus se pusieron en inquieto movimiento, y me sentí trans-

portado; pero cedió la agitacion al concepto que desde luego formé de la nobleza de su sangre, tanto, que ningun pensamiento temerario se atrevió á manchar la imaginacion, pudiendo mas el respeto que el fogoso bullicio de la sangre. Mientras yo estaba embelesado en contemplarla, ella despertó inopinadamente.

Fácil es de imaginar lo sorprendida que se hallaria cuando se vió con un hombre desconocido, á la media noche en su cuarto, y al pie de su misma cama. Toda estremecida y toda sobresaltada dió un gran grito. Hice cuanto pude para asegurarla y aquietarla; hinqué una rodilla en tierra, y lleno de veneracion y de respeto la dije: no temais, señora, que no he venido aqui para haceros ni aun el mas ligero insulto. Iba á proseguir; pero ella atemorizada, ni aun tuvo libertad para escucharme. Comenzó á dar grandes voces llamando á sus criadas; y como ninguna le respondiese, echó mano á toda priesa de una ligera bata que estaba al pie de la cama, cubrióse con ella, salta en tierra arrebatadamente, toma en la mano la bugía, atraviesa corriendo toda la hilera de salas, llamando sin cesar á sus camareras, y á una hermana suya menor, que habitaba en la misma quinta. Por momentos estaba yo temiendo ver sobre mí toda la familia, y que sin merecerlo y sin oirme me tratasen mal; mas quiso mi fortuna que por mas gritos que dió, nadie apareció sino un criado viejo, que de po-

co la sirviera si se viese en un apuro. No obstante bastó la presencia del buen viejo para que cobrase un poco de ánimo, y me preguntara con altivez quién era yo, por dónde y á qué fin habia tenido atrevimiento para introducirme en su casa. Comencé á justificarme; pero apenas la dije que habia entrado por la puerta del gabinete del jardin, que habia hallado abierta, cuando prorumpió en un lastimoso grito, diciendo: ¡justo cielo, y qué cosas son las que ahora me vienen al pensamiento!

Diciendo esto va con la bugía á registrar todos los cuartos de la quinta; no encuentra á su hermana, ni á ninguna de sus criadas; antes ve que estas se habian llevado consigo sus hatillos. Pareciéndola que se habian demasiadamente verificado sus sospechas, se volvió á donde yo me habia quedado, y articulando mal las palabras, cortadas con la cólera: infame, me dijo, no añadas la mentira á la traicion. No te ha traido á esta quinta la casualidad, ni has entrado en ella por los accidentes que finges. Tú eres parcial de D. Fernando de Leyva, y cómplice en su delito. No esperes vanamente escapar á mi venganza: tengo aun bastante gente en casa para prenderte. Señora, la respondí, no me confundais, os ruego, con vuestros enemigos. Ni conozco á D. Fernando de Leyva, ni sé todavía quién sois vos. Soy un infeliz á quien cierto lance de honor obligó á ausentarse de Madrid; y juro por cuanto hay sagrado

en el cielo y en la tierra que á no haberme precisado á ello la tempestad no hubiera entrado en vuestra quinta. Dignaos, señora, hacer mejor concepto de mí. En vez de suponerme cómplice en ese delito que tanto os ofende, vivid persuadida á que estoy aqui prontísimo á vengaros. Estas últimas palabras, que pronuncié con ardor y viveza tranquilizaron á la dama, que desde aquel punto mostró no mirarme ya como enemigo. Cesó en el mismo momento la cólera, pero entró á ocupar su lugar el mas acerbo dolor. Comenzó á llorar amargamente. Enterneciéronme sus lágrimas de manera que no me sentí yo menos afligido que ella, aun cuando ignoraba el motivo de su afliccion. No me contenté con acompañarla en el llanto. Impaciente con el deseo de vengar su injuria, entré en una especie de furor. Señora , esclamé entre enternecido y transportado, ¿quién ha tenido atrevimiento para ultrajaros? ¿y qué especie de ultrage ha sido el vuestro? Hablad, señora, porque vuestras ofensas ya son mias. ¿Quereis qué busque á D. Fernando, y que le pase de parte á parte el corazon? Nombradme todos aquellos que quereis os sacrifique. Mandad, y seréis obedecida. Cueste lo que costare vuestra venganza, este desconocido, que habeis mirado como enemigo, se espondria á todo por amor de vos.

Quedó sorprendida la dama á vista de un transporte tan no esperado; y enjugando sus lá-

grimas, me dijo: perdonad, señor, mi temeraria sospecha á la desdichada situacion en que me hallo. Vuestros generosos sentimientos han desengañado á la desgraciada Serafina. No solo eso: han desvanecido hasta el natural rubor que me causaba el que un estraño fuese testigo de un insulto hecho á mi noble sangre. Sí, generoso desconocido; reconozco mi error, y acepto vuestras ofertas; pero no quiero la muerte de D. Fernando. Bien está, señora, repliqué yo, ¿pero en qué cosa deseais que os sirva? Señor, respondió Serafina, el motivo de mi dolor es el siguiente: D. Fernando de Leyva se enamoró de mi hermana Doña Julia, á quien vió casualmente en Toledo, lugar de nuestra residencia ordinaria. Pidiósela á mi padre el conde de Polan, y se la negó por la antigua enemistad que hay entre las dos casas. Mi hermana apenas tiene quince años. Habráse dejado engañar de mis criadas, á quienes sin duda habrá sabido ganar D. Fernando, y noticioso este de que las dos hermanas estábamos en esta casa de campo habrá querido aprovechar la ocasion para el rapto de la mal aconsejada Julia. Yo solo quisiera saber en qué parte la ha depositado para que mi padre y mi hermano, que ha dos meses que estan en Madrid, tomen sus medidas. Suplicoos, pues, señor, que tomeis el trabajo de recorrer los contornos de Toledo, y de averiguar, si fuere posible, dónde ha ido á parar aquella pobre muchacha; diligencia á que

os quedará tan obligada como agradecida toda mi familia.

No tenia presente aquella dama que la comision que me encargaba no convenia á un hombre á quien importaba tanto salir cuanto antes de los términos y jurisdiccion de Castilla. ¿Pero qué mucho no hiciese ella esta reflexion cuando ni yo mismo la hice? Preocupado enteramente de gozo por la fortuna de verme en ocasion de servir á una persona tan amable, admití la comision, ofreciendo desempeñarla con el mayor zelo y diligencia. Con efecto no esperé á que amaneciese para ir á cumplir lo prometido. Dejé al punto á Serafina, suplicándola me perdonase el susto que inocentemente la habia ocasionado, y asegurándola que presto tendria noticias de mí. Salíme, pues, por donde habia entrado en la quinta, pero con la imaginacion tan fija siempre en la dama, que fácilmente me reconocí del todo prendado de ella; y ninguna cosa me lo dió á conocer mejor que la inquietud y la impaciencia con que me apresuraba á complacerla, y las amorosas quimeras que yo mismo me forjaba en mi imaginacion. Pareciame que Serafina, aun en medio de su dolor, habia conocido bien lo que pasaba en mi corazon, y que no la habia quizá desagradado. Lisonjeábame con que si lograse averiguar lo que tanto deseaba seria mio todo el honor, y de aqui levantaba yo mil castillos en el aire.

Al llegar aqui cortó D. Alfonso el hilo de su historia, y dijo al ermitaño: perdonadme, padre, si preocupado de mi pasion me detengo en menudencias, que quizá os fastidiarán. No, hijo, respondió el anacoreta, de ningun modo me cansa. Antes bien deseo saber hasta dónde llega el amor que te inspiró esa dama para arreglar mis consejos con mayor conocimiento.

Recalentada la fantasía con tan lisonjeras imaginaciones prosiguió asi el caballerito. Busqué inútilmente por espacio de dos dias al robador de Julia; desairadas todas las diligencias, no pude descubrir el menor rastro. Desconsoladísimo de ver frustrados mis pasos y mis desvelos, me restituí á presencia de Serafina, á quien me pintaba mi fantasía en el estado mas inquieto y desgraciado del mundo: pero la encontré mas tranquila de lo que yo imaginaba. Díjome que habia sido mas afortunada que yo, pues ya sabia dónde se hallaba su hermana, que habia recibido una carta de D. Fernando, en que la decia que despues de haberse casado secretamente con Julia la habia depositado en un convento de Toledo. Envié su carta á mi padre, prosiguió Serafina, no sin esperanza de que la cosa acabe bien, y que un solemne matrimonio sea el iris de paz que ponga fin á la inveterada discordia de las dos casas.

Luego que la dama me informó del paradero de su hermana, volvió la conversacion á la

fatiga que me habia ocasionado, y sobre todo, añadió ella misma, á los peligros á que os espuso mi imprudencia en seguir á un robador, sin acordarme que me habiais confiado como andabais fugitivo por cierto lance de honor; de lo cual me pidió mil perdones con palabras las mas tiernas y espresivas. Conociendo que estaba necesitado de reposo, me condujo al salon, donde los dos nos sentámos. Estaba vestida con una bata de tafetan blanco, con listas negras, y cubria su cabeza un sombrerillo de los mismos colores que la bata, guarnecido con un airoso plumage negro; lo que me hizo juzgar que podia ser viuda, aunque por otra parte parecia de tan pocos años que no sabia á qué atenerme.

Si era vivo mi deseo de saber quién ella era, no era menos viva su curiosidad por saber quién era yo. Preguntóme mi nombre y apellido, no dudando, añadió, á vista de ese noble aire, y de la generosa piedad con que os interesasteis en todo lo que me tocaba, que la nobleza de vuestro nacimiento no sea igual á la de vuestra atencion. Avergoncéme algun tanto, y algun tanto me turbé; confesándoos con ingenuidad, que por entonces me pareció menos vergonzoso disimular la verdad, que declarar mi nacimiento; y asi respondí que era mi padre el baron de Steinbach, oficial de guardias walonas. Tambien quiero saber, dijo ella, qué lance de honor fue el que os obligó á salir de Madrid; porque desde luego os puedo ofrecer todo el

crédito y los buenos oficios de mi padre y de mi hermano D. Gaspar. Esto es lo menos que puede hacer mi agradecimiento con un caballero que por servirme despreció su propia vida. Ninguna dificultad tuve en referirla por menor todas las circunstancias de nuestro desafío. Ella misma dió todo la culpa al caballero que me habia insultado, y me volvió á ofrecer que interesaria toda su casa á mi favor.

Habiendo yo satisfecho su curiosidad me animé á suplicarla que contentase la mia, y la pregunté si era libre, ó si estaba ligada al santo matrimonio. Tres años ha, respondió, que mi padre me obligó á casarme con D. Diego de Lara, y quince meses que estoy viuda. ¿Pues qué desgracia, señora, la pregunté, fue la que tan presto os privó de vuestro esposo? Voy, señor, á responderos, repuso ella, y corresponder á la confianza á que me confieso deudora.

Don Diego de Lara era un caballero de garbo, galan, airoso, bien hecho, dotado de cuantas prendas se pueden desear en un hombre de distincion. Amábame con pasion; y aunque hacia cuanto podia hacer un marido para ser amado de su muger, nunca pudo ganar mi corazon: prueba clara de que el amor es caprichoso, y que no siempre se paga del mérito, ni del obsequio mas fino y mas rendido. ¡Pero qué! (esclamó suspirando) sucede muchas veces que una persona desconocida nos encanta á primera vista. No me era po-

sible amarle. Mas avergonzada que agradecida á las continuas y ternísimas demostraciones de su amor, y forzada tal vez á corresponderlas, á mí misma me acusaba en secreto de ingratitud, y lloraba amargamente mi desgraciada suerte. No era menos infeliz la suya que la mia á motivo de su penetracion. En mis acciones y en mis discursos descubria claramente mis mas ocultos movimientos. Leia cuanto pasaba en lo mas profundo de mi alma. Quejábase á cada paso de mi indiferencia, y le era tanto mas sensible el no poder ganar mi corazon, cuanto estaba mas seguro de que ningun otro se le disputaba, no contando yo apenas 16 años, y habiendo sabido por mis criadas (todas parciales suyas) que ningun hombre se habia anticipado á llevarme la atencion. Sí, Serafina, me decia muchas veces, me alegraria mucho de que estuvieses prevenida á favor de otro, y que fuese esta la única causa de la frialdad con que me miras. Esperaria entonces que tu virtud y mi constancia triunfarian al cabo de esa fria terquedad; pero ya desespero de vencer un corazon que no se ha rendido á tantos y tan convincentes testimonios de mi desmedido amor. Cansada de oirle repetir tantas veces la misma queja, le dije un dia que en vez de turbar su quietud y afligir mi escesiva delicadeza, haria mejor en dejarlo todo en manos del tiempo. Con efecto me hallaba entonces en una edad poco pro-

porcionada para sentir los vivos movimientos de una pasion tan fogosa, y este era el prudente partido que Don Diego debiera haber abrazado. Pero viendo que se habia pasado un año entero sin haber adelantado mas que el primer dia, perdió la paciencia, ó por mejor decir la razon, y fingiendo que le llamaba á la corte no sé qué negocio de importancia, partió á los Paises-Bajos á servir en calidad de voluntario, y encontró lo que deseaba en los peligros en que se metia, es decir, con el fin de la vida el de sus inquietudes y tormentos.

Concluida esta relacion, todo el resto de la conversacion que tuvimos la dama y yo fue sobre el singular carácter de su marido. Interrumpió nuestra conferencia un correo que llegó en aquel mismo punto, el cual puso en manos de Serafina una carta del conde de Polan. Pidióme licencia para leerla, y observé que conforme la iba leyendo se iba inmutando su semblante, poniéndose pálido, y declarándose despues toda trémula. Luego que la acabó de leer levantó los ojos al cielo, arrancó un profundo suspiro, y comenzó á correr por su semblante un torrente de lágrimas. No era posible que yo viese su dolor con sosiego. Turbéme, y como si hubiera ya presentido el terrible golpe que iba á llevar, se apodero de mí un mortal terror, que heló todos mis espíritus. Señora, la pregunté con voz desmayada: ¿será licito saber de vos qué fu-

nestas noticias os anuncia ese billete? Tomadle, señor, me respondió tristemente, y leed vos mismo lo que mi padre me escribe. ¡Ay de mí! que su contenido os interesa demasiado.

Estremecíme al oir estas palabras, tomé la carta temblando, y ví que decia lo siguiente: *Tu hermano Don Gaspar tuvo ayer un desafío en el Prado. Recibió en él una estocada, de la cual murió hoy, declarando al morir que el caballero que le mató fue el hijo del baron de Steinbach, oficial de walones. Para mayor desgracia nuestra el matador escapó sin saberse dónde se haya escondido; pero aunque lo esté en las entrañas de la tierra se harán todas las diligencias posibles para descubrirle. Hoy se despachan requisitorias á las justicias, que no dejarán de arrestarle, como ponga los pies en algun lugar de su jurisdiccion, y voy tambien á practicar otros medios oportunos para cerrarle todos los caminos.=El conde de Polan.*

Figuraos el alboroto y desórden que la lectura de esta carta ocasionaria en mis potencias y sentidos. Quedé inmoble por algunos instantes, sin espíritu y sin fuerza para hablar. En medio de aquel desmayo y desaliento se me representó con la mayor viveza todo lo mas funesto y mas cruel que podia afligir á la vehemencia de mi amor. En un momento pasé de una generosa esperanza á una vil desesperacion. Arrojéme á los pies de Serafina, y presentándola mi espada desnuda: Señora, la

dije, escusad al conde de Polan la molesta fatiga de buscar á un hombre que podria burlar sus mas activas diligencias. Vengad vos misma á vuestro hermano. Sacrificadle por vuestra bella mano esta desgraciada víctima. Muera á vuestros pies su miserable homicida. ¿Qué dudais? Descargad el golpe. Sea funesto á su enemigo el mismo acero que á él le quitó la vida. Señor, respondió Serafina, conmovida algun tanto de mi accion, yo amaba á Don Gaspar; y aunque vos le matasteis como caballero, y aunque él mismo fue en busca de su desgracia, al fin soy su hermana, y no puedo menos de interesarme por él. Sí, Don Alfonso; ya soy enemiga vuestra: haré contra vos todo lo que la sangre y el cariño pueden desear de mí; pero no abusaré de vuestra adversa fortuna. En vano ha dispuesto entregaros en manos de mi venganza. Si el honor me arma contra vos, él mismo me prohibe vengarme con ruindad ó indecencia. Las leyes de la hospitalidad deben ser inalterables: segun ellas no puedo corresponder al generoso servicio que me habeis hecho con un vil asesinato. Huid, escapad, y burlad, si pudiereis, nuestras mas vivas pesquisas; poneos á cubierto contra el rigor de las leyes, y libraos del inminente peligro que os amenaza.

¿Pues qué? madama, repliqué yo: ¡está en vuestra mano la venganza, y la remitis al rigor de las leyes, que pueden quedar des-

airadas ! ¡ Ah, señora ! atravesad vos misma con esa espada el corazon de un miserable, que ciertamente no merece que le perdoneis. No, señora, no malogreis un proceder tan noble y tan generoso, gastándole con un hombre como yo. Sabed que aunque todo Madrid me tiene por hijo del baron de Steinbach soy un pobre espósito, criado en su casa por caridad. Yo mismo ignoro á quiénes debo mi ser. No importa eso, interrumpió Serafina, no sin enfado y precipitacion, como si la hubieran dado poco gusto mis últimas palabras: aunque fuerais vos el mas vil de los mortales haria siempre lo que me dicta mi honor. Bien está, señora, repliqué yo: ya que la muerte de un hermano no ha bastado á persuadiros que derrameis mi infeliz sangre, voy á cometer un nuevo delito haciéndoos una ofensa que tengo por cierto no me la perdonaréis: sabed, señora, que os adoro; que desde el mismo punto en que ví vuestra belleza quedé encantado; y á pesar de la oscuridad de mi nacimiento no perdia la esperanza de poseeros. Estaba tan ciegamente enamorado, ó por mejor decir era tan vano, que me lisonjeaba de que quizá algun dia descubriria el cielo mi orígen, y que este seria tal, que sin vergüenza podria manifestaros mi nombre. Despues de una confesion que tanto os ultraja ¿será posible que todavía no os resolvais á castigarme?

Esa temeraria declaracion, replicó la dama,

en cualquiera otro tiempo y circunstancias sin duda me ofenderia mucho; pero la perdono á la turbacion en que os veo: fuera de que ni la situacion en que yo misma me hallo me permite prestar atencion á discursos de esta especie. Otra vez vuelvo á deciros, Don Alfonso, añadió derramando algunas lágrimas, que partais luego de aqui. Alejaos de una casa que estais llenando de dolor: cada instante que os deteneis aumentais mis penas y mis tormentos. Ya no resisto, señora; voy á alejarme de vos. Mas no penseis que cuidadoso de conservar una vida que os es odiosa vaya á buscar algun asilo para defenderla. No, no: yo mismo quiero voluntariamente inmolarme á vuestro justo dolor. Parto á Toledo, donde esperaré con impaciencia el destino que vos me prepareis: haréme encontradizo con los mismos que me buscan, y anticiparé de ese modo el fin de todas mis desdichas.

Retiréme al decir esto. Diéronme mi caballo, y partí derecho á Toledo, donde me detuve de estudio ocho dias, con tan poco cuidado de ocultarme, que verdaderamente no sé cómo no me prendieron; porque no puedo creer que el conde de Polan, tan empeñado en tomarme todos los caminos, se olvidase de cerrarme el de Toledo. En fin ayer salí de aquel pueblo, donde se me hacia insufrible mi propia libertad, y sin fijarme, ni aun proponerme destino alguno determinado, llegué á esta ermita con tanta serenidad como pudiera un hombre que nada tu-

viese que temer. Estos son, padre mio, los cuidados que me ocupan al presente; ruégoos que me ayudeis con vuestros sanos consejos.

CAPITULO XI.

Quién era el viejo ermitaño, y cómo conoció Gil Blas que se hallaba en pais de amigos.

Luego que Don Alfonso concluyó la triste relacion de sus infortunios, le dijo el ermitaño: hijo mio, mucha imprudencia fue el haberos detenido tanto en Toledo. Yo miro con muy diferentes ojos que vos todo lo que me habeis contado, y vuestro amor por Serafina me parece una verdadera locura. Creedme á mí. Es menester absolutamente olvidar á la tal dama, la cual ciertamente no se destina para vos. Ceded voluntariamente á los grandes impedimentos que os desvian de ella, y abandonaos á vuestra estrella, la cual, segun todas las apariencias, os promete muy distintas aventuras. Sin duda encontraréis con alguna bella jóven que hará en vos la misma impresion, sin que hayais quitado la vida á ninguno de sus hermanos.

Iba á decirle otras muchas cosas mas para exortarle á la paciencia, cuando vimos entrar en la ermita otro ermitaño cargado con unas alforjas bien llenas. Venia de Cuenca, donde habia hecho una cuesta muy copiosa. Parecia mas mozo que su compañero, de barba roja, espesa, y bien poblada. Bien venido, hermano Antonio,

le dijo el viejo anacoreta: ¿qué noticias nos traes de la ciudad? Bien malas, respondió el hermano barbirojo; ese papel os las referirá; y entrególe un billete cerrado en forma de carta. Tomóle el viejo, y despues de haberle leido con toda la atencion que merecia su contenido, esclamó: ¡loado sea Dios! Pues se ha descubierto ya la mecha, tomemos otro modo de vivir. Mudemos de estilo, prosiguió, dirigiendo la conversacion al jóven caballero. Aqui teneis un hombre con quien juegan como con vos los caprichos de la fortuna. Escríbenme de Cuenca, distante una legua de aqui, que me han puesto muy mal en el concepto de la justicia, cuyos ministros deben venir mañana á prenderme en esta ermita. Pero no encontrarán la liebre en el nido. No es la primera vez que me veo en este apuro; y gracias á Dios casi siempre he sabido salir de él con honra y desembarazo. Voy á presentarme en otra nueva figura; porque habeis de saber que tal cual me veis, nada menos soy que ermitaño ni viejo.

Diciendo y haciendo se despojó del saco grosero y talar, que le llegaba hasta los pies; dejóse ver con una jaquetilla ó capote de sarga negra con mangas perdidas. Quitóse el capuz, desprendió de él un sutil cordon, que sostenia su gran barba postiza, y presentó á los ojos de los circunstantes un mozo de veinte y ocho á treinta años. El hermano Antonio, á su imitacion, hizo lo mismo: desnudóse del hábito y de la barba eremítica, y sacó de una arca vieja

y carcomida una raida sotanilla, con que se cubrió lo mejor que pudo. ¿Pero quién podrá concebir lo admirado y aturdido que quedé cuando en el viejo ermitaño reconocí al señor Don Rafael, y en el hermano Antonio á mi fidelísimo criado Ambrosio de Lamela? ¡Vive Dios! esclamé al punto, sin poderme contener, que yo estoy en pais y tierra amiga. Asi es, Gil Blas, dijo riendo D. Rafael. Sin saber cómo ni cuándo te has encontrado con dos grandes y antiguos amigos tuyos. Confieso que tienes algun motivo para estar quejoso de nosotros; pero pelillos á la mar; olvidemos lo pasado, y demos gracias á Dios de que nos ha vuelto á juntar. Ambrosio y yo os ofrecemos nuestros servicios, que no son para despreciados. Nosotros á ninguno hacemos mal, á ninguno apaleamos, á ninguno asesinamos. Solamente queremos vivir á costa agena; si el robar es cosa injusta, la necesidad nos obliga á la injusticia. Agrégate á nosotros dos, y tendrás una vida andante, pero alegre. No la hay mas divertida como se tenga un poco de juicio y de prudencia. No ya porque á pesar de ella el enlace y conjuncion de las causas segundas no nos produzcan aventuras molestas y poco gratas; pero se van las duras con las maduras, y suelen ser mas las buenas que las malas. Fuera de que, acostumbrados á la variedad, es parte de diversion la misma mudanza de fortuna.

Señor caballero, prosiguió el falso ermitaño volviéndose á D. Alfonso, la misma proposicion

os hacemos á vos. Paréceme que no la debeis despreciar en la situacion en que os hallais. Ademas de la precision de andar siempre fugitivo y retirado, tengo para mí que no estais muy sobrado de dinero. No ciertamente, dijo Don Alfonso, y eso mismo es lo que aumenta mi afliccion. Ea pues, repuso D. Rafael, buen ánimo, no nos separemos los cuatro: este es el mejor partido que podeis tomar. Nada os faltará en nuestra compañía, y nosotros sabrémos hacer inútiles todas las diligencias y requisitorias de vuestros enemigos. Hemos corrido toda España, y tenemos conocidos todos sus rincones. Sabemos todos los bosques, matorrales, sierras, quebradas, cuevas y escondrijos, asilos segurísimos contra las hostilidades de la justicia. Agradecióles D. Alfonso su buena voluntad; y hallándose efectivamente sin dinero y sin recurso, resolvió ir en su compañía. Yo tambien me determiné á lo mismo, por no dejar aquel jóven, á quien habia cobrado ya una grande inclinacion.

Convenimos, pues, todos cuatro en andar juntos y en no separarnos. Consultóse entonces, si partiriamos en aquel mismo punto ó si nos detendriamos primero á dar un tiento á una bota llena de escelente vino que el dia anterior habia traido de Cuenca el hermano Antonio; pero D. Rafael, como mas esperimentado, fue de parecer que ante todas cosas se debia pensar en nuestra seguridad; y que asi era de sen-

tir que caminásemos toda la noche para ganar un bosque muy espeso que habia entre Villardesa y Almodovar, donde hariamos alto, y libres de toda inquietud reposariamos el dia siguiente. Abrazóse este parecer, y los dos ermitaños acomodaron su ropa y demas provisiones en dos grandes pares de alforjas, y equilibrando el peso lo mejor que pudieron, las echaron á las ancas del caballo de D. Alfonso. Todo esto se ejecutó con la mayor prontitud y diligencia, y al instante nos pusimos en camino, alejándonos de la ermita, y dejando por herencia á la justicia los dos sacos de ermitaños, las dos barbas blanca y roja, dos tarimas, una mesa coja, una arca medio podrida, dos sillas de paja despeluzadas, y la imágen de san Pacomio encetada de los ratones, por comer el pan mascado con que estaba pegada á la pared.

Caminamos toda la noche, y cuando estábamos muy fatigados, al despuntar el dia descubrimos el bosque á donde se dirigian nuestros pasos. La vista del puerto alegra y da vigor á los marineros cansados de una larga navegacion. Zambullímonos todos en el bosque, haciendo alto en un delicioso sitio, y dejándonos caer sobre la verde yerba de un espacioso prado, circundado de corpulentas encinas cuyas frondosas copas, entretegiéndose unas con otras negaban la entrada á los rayos del sol, y formaban una fresquísima sombra, que en las horas mas abrasadas del dia se burlaba de su es-

cesivo calor. Descargamos el caballo, quitámosle la brida, y echámosle á pacer por el prado. Sentámonos, sacamos de las alforjas del hermano Antonio sendos mendrugos de pan, muchos trozos de diferentes carnes asadas y cocidas, y como unos dogos nos abalanzamos á ellas, compitiendo unos con otros en la presteza y en el valor de comer. Con todo eso obligábamos el hambre á que se esperase un poco, por las frecuentes visitas que haciamos á la bota, que en movimiento poco menos que continuo, estaba casi siempre en el aire pasando de unas manos á otras.

Al fin del almuerzo, que fue tambien comida y cena del dia antecedente, dijo Don Rafael á D. Alfonso: caballero, ya que V. nos ha hecho el favor de contarnos la historia de su vida, razon será que yo corresponda á tan estimable confianza haciéndole relacion sucinta de la mia. Gran gusto me daréis, respondió cortesmente Don Alfonso. Y á mí grandísimo, interrumpí yo; porque rabio por saber todas vuestras aventuras, que no dudo habrán sido dignas de vos. Y como que lo son, replicó D. Rafael : fuéronlo tanto, que pienso algun dia escribirlas y estamparlas para la pública instruccion y diversion. En esta obra hago ánimo de divertir mi vejez; porque ahora todavía soy mozo, y quiero añadir materiales para engrosar el volúmen: pero veo que todos estamos cargados de sueño. Durmamos algunas horas, y mientras dormi-

mos los tres Ambrosio velará y hará centinela para precaver toda sorpresa; que despues dormirá él, y nosotros estarémos á la escucha, pues nunca sobra la precaucion. Dicho esto se tendió á la larga sobre la yerba; D. Alfonso hizo lo mismo; yo imité á los dos, y Lamela comenzó á hacernos la guardia.

El pobre D. Alfonso en vez de dormir no hizo otra cosa que pensar en sus desgracias. Por lo que toca á D. Rafael se quedó dormido inmediatamente; pero despertó dentro de una hora, y viéndonos dispuestos á oirle, dijo á Lamela: amigo Ambrosio, ahora puedes tú ir á reposar. No, no, respondió Lamela; ninguna gana tengo de dormir; y aunque sé ya todos los sucesos de vuestra vida, son tàn instructivos para las personas de nuestra profesion, que tendré especial gusto en oirlos contar. Asi pues, comenzó D. Rafael la historia de su vida en los términos siguientes.)

FIN DEL LIBRO CUARTO. pag. 196

AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO QUINTO.

*****

CAPITULO PRIMERO.

Historia de Don Rafael.

SOY hijo de una comedianta de Madrid, famosa por su habilidad, pero mucho mas por sus célebres aventuras. Llamábase Lucinda. En cuanto á mi padre, no puedo sin temeridad asegurar quién fuese. Podia muy bien decir quién era el hombre de distincion que cortejaba á mi madre cuando yo nací; pero esta época no es prueba convincente de que yo le debiese á él mi ser. Las personas del estado de mi madre son por lo comun tan poco de fiar en este punto, que cuando se muestran mas entregadas á un señor, le tienen ya prevenido un sustituto por su mismo dinero.

No hay cosa como ponerse uno superior á todas las malas lenguas, sin hacer aprecio de cuanto quieran decir. Mi madre, en vez de darme á criar donde ninguno me conociese, sin misterio alguno me cogia por la mano, y me llevaba al teatro muy honradamente, no dándosela un pito de lo mucho que se hablaba á cuenta suya, ni de las malignas risitas que escitaba solo el verme. En fin yo era todas sus delicias, y la diversion de todos cuantos venian á nuestra casa, los cuales no se cansaban de hacerme mil cariños y finezas. No parecia sino que hablaba en todos ellos la sangre.

Dejáronme pasar los doce primeros años de mi vida en toda especie de frívolos pasatiempos. Apenas me enseñaron á leer y escribir, y mucho menos los principios de nuestra religion. Solamente aprendí á cantar, bailar y tocar un poco la guitarra. Esto es lo único que sabia cuando un cierto marques de Leganés me pidió para acompañar á un hijo único suyo, poco mas ó menos de mi edad. Convino en ello Lucinda con mucho gusto; y entonces fue cuando comencé á ocuparme en alguna cosa seria. El tal marquesito no estaba mas adelantado que yo, y por otra parte no parecia haber nacido para las ciencias. Apenas conocia una letra del abecedario, sin embargo que habia quince meses que estaba aprendiendo á leer. Los demas maestros sacaban el mismo fruto de sus lecciones: de modo que á todos apuraba la paciencia. Es verdad que

ninguno tenia licencia para castigarle; antes bien á todos les estaba mandado espresamente de instruirle sin mortificarle: órden que añadida á la mala disposicion del señorito para el estudio, hacia del todo inútiles las lecciones que se le daban.

Pero al maestro de leer se le ofreció un bello medio para intimidar al discípulo sin contravenir á la órden del marques su padre. Este medio fue azotarme á mí siempre que lo mereciese aquel. No me gustó mucho el tal arbitrio, y fui luego á quejarme á mi madre de una cosa tan injusta. Pero ella, en medio de lo mucho que me amaba, tuvo valor para no hacer caso de mis lágrimas; y considerando lo decoroso y ventajoso que era para su hijo el estar en casa de un marques, me hizo volver á ella inmediatamente: y éteme aqui otra vez en poder del preceptor. Como este habia observado que su invencion no habia dejado de producir algun buen efecto en el marquesito, prosiguió aumentando la dósis de los azotes que me recetaba siempre que los merecia el señorito; y para que el castigo hiciese mas impresion en él, me trataba con el mayor rigor y la mayor frecuencia; pudiendo decir con toda verdad, que si *la letra con sangre entra*, ninguna letra del alfabeto aprendia el hijo del marques que no me costase á mí muchas gotas de sangre. Echen Vds. la cuenta de cuán caro me saldrian sus rudimentos.

Ni eran solamente los azotes lo que tenia

que sufrir en aquella casa. Como todos me conocian, toda la familia, y hasta los mismos mozos de mulas, me daban en cara á cada paso con mi desengañado nacimiento. Esto llegó á aburrirme tanto, que un dia me escapé, despues de haber tenido maña para robar al preceptor todo el dinero que tenia; el cual podia ser como unos ciento y cincuenta ducados. Tal fue toda la venganza que tomé de las injustas y crueles zurras con que su merced me habia favorecido. Este juego de manos le supe hacer con tanto primor y con tanta sutileza, que aunque fue mi primer ensayo, dejé burladas todas las estupendas pesquisas que se hicieron dos dias para averiguar quién habia sido el raterillo. Salí de Madrid, y llegué á Toledo sin que ninguno fuese en seguimiento mio.

Entraba entonces en mis quince años. ¡Gran gusto es hallarse un hombre en aquella edad con dinero, independiente de todos, y dueño de sí mismo! Entablé presto conocimiento con dos mozuelos que me aliviaron el peso, y me ayudaron á comer mis cien ducados. Asociéme tambien con ciertos caballeros de la industria, los cuales cultivaron tan felizmente mis buenas disposiciones naturales, que en poco tiempo me ví uno de los mas ricos caballeros de su órden.

Al cabo de cinco años me vino gana de viajar y de ver tieras. Dejé á mis cofrades, y queriendo dar principio á mis caravanas por

Estremadura, me dirigí á Alcántara; pero antes de entrar en el pueblo hallé una bellísima ocasion de ejercitar mis talentos, y no la dejé escapar. Como caminaba á pie y cargado con mi mochila, que no pesaba poco, me sentaba de tiempo en tiempo á descansar á la sombra de los árboles que estaban á orillas del camino. Una de estas veces me encontré con dos muchachos, ambos hijos de gente de forma, los cuales estaban enredando al fresco sobre un verde prado. Saludéles con mucho cariño y cortesía, lo que me pareció no haberles desagradado, y con eso entablamos luego conversacion. El de mas edad no llegaba á quince años, y ambos eran muy inocentes. Señor caminante, me dijo el mas niño, nosotros somos hijos de dos ricos ciudadanos de Plasencia; nos vino mucha gana de ver el reino de Portugal, y para contentarla cada uno hurtó cien doblones á su padre. Caminamos á pie, para que nos dure mas el dinero, y podamos ver mas provincias con él. ¿Qué le parece á V.? Si yo tuviera tanta plata, les respondí, Dios sabe á dónde iria á dar conmigo. Correria con él todas las cuatro partes del mundo. ¡Cuerpo de Cristo! ¡doscientos doblones! Es una suma que nunca se acabará. Si lo teneis á bien, hijos mios, añadí, yo os acompañaré hasta la villa de Armería, á donde voy á recoger la herencia de un tio mio que murió despues de haber residido alli por espacio de

veinte años. Respondiéronme los muchachos que tendrian el mayor gusto en ir en mi compañía. Con esto, despues de haber descansado un poco todos tres, marchamos juntos hácia Alcántara, donde entramos mucho antes de anochecer.

Alojámonos todos en un meson: pedimos un cuarto, y nos señalaron uno donde habia un armario que se cerraba con llave. Dimos órden que se dispusiese la cena, y mientras, propuse á mis compañeritos si gustaban que saliésemos á dar un paseo por el pueblo. Gustóles mucho la proposicion; guardamos nuestros hatillos en el armario, cerrámoslos, y uno de los dos muchachos se metió la llave en la faldriquera. Salimos del meson, fuimos á visitar algunas iglesias, y cuando estábamos en la principal, fingiendo de repente que me habia ocurrido un negocio de importancia: queridos, dije á mis camaradas, ahora me acuerdo que un amigo de Toledo me encargó dijese de su parte dos palabras á un mercader que vive cerca de esta iglesia: esperadme aqui que voy y vuelvo en un momento. Diciendo esto, me aparté de ellos. Vuelvo á la posada, voime derecho al armario, fuerzo la cerradura, registro sus mochilas, y encuentro sus doblones. ¡Pobres niños! Robéselos todos, sin dejarles siquiera uno para pagar el piso de la posada. Hecho esto salí prontamente de la villa, y tomé el camino de Mérida, sin embarazarme en lo

que dirian y harian las inocentes criaturas.

Púsome esta aventura en estado de poder caminar con mas conveniencia. Aunque tenia pocos años me reconocia capaz de gobernarme con juicio, y puedo decir que estaba bastantemente adelantado para aquella edad. Determiné comprar una mula, como lo hice efectivamente en el primer lugar donde la encontré. Convertí la mochila en una manga, y comencé á figurarme persona de importancia. A la tercera jornada encontré en el camino un hombre que iba cantando vísperas á gaznate tendido. Desde luego conocí que era algun sochantre: ánimo, le dije, señor bachiller, y vaya V. adelante, que lo canta maravillosamente. Caballero, me respondió, soy cantor de una iglesia, y quiero ejercitar la voz.

De esta manera entramos en conversacion, y no tardé en conocer que me hallaba con un hombre muy divertido y muy agudo. Tendria como de veinte y cuatro á veinte y cinco años, y como él caminaba á pie, y yo á caballo, de propósito dejaba andar á la mula paso á paso por el gusto de oirle. Hablamos entre otras cosas de Toledo. Tengo bien conocida esa ciudad, me dijo el cantor: viví en ella muchos años, y tengo algunos amigos. ¿Y en qué calle vivia V.? le interrumpí yo. En la Rua nueva, respondió él. Alli estaba en compañía de D. Vicente de Buena-garra, y D. Matias del Cordel, y de otros dos ó tres honrados caballeros. Viviamos

y comiamos juntos, y lo pasábamos alegremente. Sorprendióme al oirle estas palabras, porque los sugetos que citaba eran los mismos *caballeros de industria* que en Toledo me habian recibido en su nobilísima órden. Señor cantor, esclamé entonces, esos ilustrísimos señores son muy conocidos mios, porque vivimos juntos en la misma Rua nueva. Ya os entiendo, me respondió sonriéndose: eso es decir que entrasteis en la órden tres años despues que yo salí de Toledo. Dejé la compañía de aquellos caballeros, proseguí yo, porque me vino la gana de viajar y de ver mundo. Pienso dar la vuelta á toda España, y sin duda valdré mas cuando tenga mas esperiencia. ¡Acertado pensamiento! dijo el cantor: para perfeccionar el ingenio y los talentos no hay mejor escuela que la de viajar. Por la misma razon abandoné yo á Toledo, aunque nada me faltaba en aquella ciudad. Gracias á Dios que me ha dado á conocer un caballero de mi órden cuando menos lo pensaba. Unámonos los dos, caminemos juntos, hagamos una liga ofensiva y defensiva contra el bolsillo del prójimo, y aprovechemos todas las ocasiones que se ofrezcan de mostrar nuestra habilidad.

Díjome esto con tanta franqueza y con tanta gracia que desde luego acepté la proposicion. En el mismo punto ganó toda mi confianza, y yo la suya. Abrímonos recíprocamente nuestro pecho: me contó toda su historia, y

yo le dije todas mis aventuras. Confióme que venia de Portoalegre, de donde le habia hecho salir cierta maniobra desconcertada por un contratiempo, obligándole á ponerse en salvo precipitadamente bajo el trage de sopista, en que le veia. Luego que me informó de todos sus negocios, determinamos dirigirnos á Mérida á tentar fortuna, y ver si podiamos dar un buen golpe de mano, y despues marchar á otra parte. Desde aquel instante se hicieron comunes nuestros bienes. Es verdad que Morales (asi se llamaba mi nuevo compañero) no se hallaba en muy brillante situacion. Todo su haber consistia en cinco ó seis ducados, y en alguna ropa que llevaba en la mochila. Pero si yo estaba mucho mejor que él en dinero, en recompensa él estaba mucho mas adelantado que yo en el arte de engañar á los hombres. Montábamos los dos en mi mula alternativamente, y de esta manera llegamos en fin á Mérida.

Apeamos en un meson de los arrabales, y Morales sacó luego de su mochila otro vestido, con el cual fuimos los dos á dar una vuelta á la ciudad para descubrir terreno, y ver si se nos ofrecia alguna buena ocasion de ocuparnos, y la íbamos buscando con la mayor atencion. Pareciamos los dos (diria Homero) á dos milanos, que desde lo mas alto de las nubes tienen fijos los ojos en la tierra, acechando todos los rincones por ver si descubren algunos polluelos para lanzarse sobre ellos. Estábamos

en fin esperando á que la casualidad nos presentase alguna ocasion de ejercitar nuestra industria, cuando vimos en la calle un caballero de pelo tendido, y todo cano, que con la espada en la mano se defendia contra tres que le iban arrinconando. Chocóme infinito la desigualdad del combate; y como soy naturalmente esgrimidor, corrí con mi espada á ponerme al lado del caballero. Imitó mi ejemplo Morales, y en breve tiempo pusimos en vergonzosa fuga á los tres cobardes, que tan villanamente le habian acometido.

Rindiónos el viejo un millon de gracias. Respondímosle cortesanamente que habiamos celebrado infinito la dichosa casualidad que tan oportunamente nos habia proporcionado aquella ocasion de servirle, y le suplicamos nos confiase el motivo que habian tenido aquellos hombres para querer asesinarle. Señores, nos respondió, estoy muy agradecido á vuestra generosa accion, y no puedo negarme á satisfacer vuestra curiosidad. Yo me llamo Gerónimo Mojadas, soy vecino de esta villa, y vivo en ella con algunas conveniencias. Uno de los tres asesinos, de que ustedes me han librado, me pidió á mi hija por medio de otro sugeto, y porque no pudo obtener mi consentimiento vino á vengarse de mí con espada en mano. ¿Y se podrá saber, le repliqué yo, por qué razon negó V. su hija al tal caballero? Vóisela á decir á V., me respondió. Tenia un hermano comerciante

en esta ciudad, llamado Agustin, el cual estuvo dos meses en Calatrava alojado en casa de Juan Velez de la Membrilla, su corresponsal. Son los dos íntimos amigos; pidióle Juan Velez mi única hija Florentina para su hijo con el fin de estrechar mas y mas la union y los intereses de las dos familias. Prometiósela mi hermano, no dudando del amor que nos tenemos los dos que yo ratificaria su promesa. Asi lo hice, porque apenas volvió Agustin á Mérida, y me propuso esta boda, cuando consentí en ella, por darle gusto, y por no desairar su palabra. Envió el retrato de Florentina á Calatrava; pero el pobre no pudo ver el fin de su negociacion porque se le llevó Dios tres semanas ha. Poco antes de morir me encargó mucho que no diese mi hija á otro que al hijo de su corresponsal. Ofrecíselo, y este es el motivo por que se la negué al caballero que acaba de acometerme, aunque era un partido muy ventajoso para mi casa. Yo soy esclavo de mi palabra: por momentos estoy esperando al hijo de Juan Velez de la Membrilla para hacerle yerno mio, aunque jamas le he visto á él, como ni tampoco á su padre. Perdónenme Vds. si les he cansado con relacion tan prolija, lo que no hubiera hecho á no habérmelo pedido Vds. mismos.

Escuchéle con la mayor atencion, y suspendiéndome un poco el estraño pensamiento que de repente me ocurrió, afecté quedar del todo asombrado. Alcé los ojos al cielo, y volviéndo-

me como transportado hácia el buen viejo, le dije en tono patético; ¡es posible, señor Gerónimo de Mojadas, que al mismo entrar yo en Mérida haya tenido la fortuna de salvar la vida á mi venerado suegro! Estas palabras causaron en el tal viejo una grande admiracion. No fue menor la que produjeron en Morales, el cual, en el modo de mirarme, me dió á entender que yo le parecia un grandísimo bribon. ¿Qué es lo que me dices? respondió lleno de gozo el aturdido viejo. ¿Es posible que tú eres el hijo del corresponsal de mi hermano? Sí, señor, le respondí; y para mayor abundamiento le eché con decoro los brazos al cuello; y abrazándole estrechamente proseguí diciéndole: sí, señor, yo soy aquel hombre afortunado para quien está destinada la señora Florentina, la amable, la incomparable Florentina. Pero antes de manifestaros el gozo que me causa el honor de entrar en vuestra honradísima familia, dadme licencia para desahogar un poco el dolor que me escita la dulce memoria del señor Agustin, vuestro dignísimo hermano: seria yo el hombre mas ingrato del mundo si no llorase amargamente la muerte de aquel á quien siempre me confesaré deudor de la mayor felicidad de mi vida. Al decir estas palabras volví á dar un abrazo al buen Gerónimo, saqué el pañuelo blanco, y le pasé por los ojos como para enjugarme las lágrimas. Morales, que desde luego conoció lo mucho que nos podia valer aquel

embuste, quiso tambien ayudarle por su parte. Hízose criado mio, y comenzó á empujarme el sentimiento que yo habia mostrado por la muerte del señor Agustin, diciendo en tono ponderativo y lastimero: ¡Ah, señor Gerónimo! ¡y qué pérdida ha hecho V. perdiendo á su querido hermano! Era un hombre muy de bien, el fenix de los comerciantes; un mercader desinteresado, un mercader de buena fe, un mercader de aquellos que no se ven hoy.

Tratábamos con un hombre tan sencillo como crédulo. Lejos de hacérsele sospechoso nuestro enredo, él mismo nos ayudaba á llevarle adelante. Y bien, me preguntó, ¿y por qué no veniste derechamente á apearte á mi casa? ¿A qué fin irte á apear en un meson? Entre nosotros ya estan demas los cumplimientos. Señor, respondió Morales, tomando la palabra, mi amo es algo ceremonioso. No digo esto porque no sea en cierta manera escusable en no haberse atrevido á presentarse en vuestra casa en el indecente trage en que nos veis. Robáronnos en el camino, y los ladrones se llevaron nuestros mejores vestidos. Dice la verdad este mozo, añadí yo; ese es el motivo por que no me fui en derechura en vuestra casa. Avergonzábame de comparecer en tan miserable equipage ante una señorita que jamas habia visto, y para hacerlo con la decencia que era razon, estaba esperando la vuelta de un criado que he despachado á Calatrava. No admito la escusa, repu-

so el viejo: ese accidente no debió detenerte para servirte de mi casa; y desde aqui mismo quiero que vayas á tomar posesion de ella.

Diciendo esto, él mismo me tomó por la mano para guiarme. En el camino fuimos hablando del robo, y dije que todo ello me importaba un bledo, que solo habia sentido me llevasen el retrato de mi adorada señora Florentina. Respondióme el señor Gerónimo sonriéndose, que presto me consolaria de esta pérdida, porque el original valia mas que la copia. Con efecto, luego que llegamos á su casa hizo llamar á la hija, que solo contaba diez y seis años, y podia pasar por una señorita perfecta. Aqui teneis, me dijo, aquella persona que os prometió su tio mi difunto hermano. ¡Ah señor! esclamé yo entonces en aire de apasionado; no era menester decirme que era la amable señora Florentina. Sus bellísimas facciones estan ya grabadas en mi memoria, y mucho mas en mi amante corazon. Si el retrato que perdí, y era solo un bosquejo de sus mas que humanas perfecciones, supo encender mil hogueras en mi enamorado pecho, figuraos lo que ahora pasará dentro de mí teniendo presente el original. Señor, me dijo Florentina, son muy escesivas vuestras espresiones, y no soy tan vana que me lisonjee merecerlas. No hagas caso de lo que dice mi hija, me interrumpió su padre, y vé adelante con esos bellos cumplimientos. Diciendo esto me dejó solo con su hija, y él, tomando de la

mano á Morales se fue á otro cuarto con él, y le dijo: ¿con que al fin os robaron toda vuestra ropa, y con ella es cosa muy natural que tambien se hayan llevado todo vuestro dinero, que es por donde siempre empiezan? Sí señor, respondió mi camarada: echóse sobre nosotros una cuadrilla de bandoleros, y no nos dejó mas que el vestido que traemos acuestas; pero estamos esperando por momentos letras de cambio, y con ellas nos equiparémos con la decencia que es razon.

Pero mientras vienen esas cambiales, replicó el bonísimo viejo, sacando un bolsillo, y alargándoselo, ahí van esos cien doblones, de que podréis disponer. Jesus, señor, replicó Morales; perdóneme su merced, que yo no le puedo recibir, porque estoy cierto que mi amo me reñirá, y quizá me despedirá de su servicio. ¡Santo Dios! todavía no le conoce V. bien. Es delicadísimo en esta materia. Nunca fue de aquellos niños que estan prontos á pedir y tomar á todas manos. Antes pediria limosna que pedir prestado ni un solo maravedí. Mejor, dijo el buen hombre; ahora le estimo mucho mas. Yo no puedo llevar en paciencia que los hijos de gente honrada contraigan deudas. Eso se deja para los caballeros, los cuales estan ya en antigua posesion de contraerlas. Asi que yo no quiero desazonar á tu amo, y si se ha de disgustar cuando le ofrecen dinero, no se hable ya mas en el asunto. Diciendo esto, hizo ademan

de volver á meter en la faltriquera el bolsillo; pero deteniéndole el brazo mi compañero, le dijo: tenga V., señor, que ahora mismo se me ofrece un pensamiento. Es verdad que mi amo tiene una grandísima aversion á tomar dinero ageno; pero no desconfio hacerle admitir vuestros cien doblones: todo quiere maña. Una cosa es pedir dinero prestado á los estraños, y otra es recibirle cuando espontáneamente se le ofrece uno de la familia; y sabia muy bien pedir dinero á su padre cuando lo habia menester. Es un mozo, que como V. ve, sabe distinguir de personas, y hoy considera á su merced como á segundo padre.

Con esta y otras razones semejantes se dió por convencido el buen viejo; alargó el bolsillo á Morales, y volvió á donde estábamos su hija y yo escopeteándonos á cumplimientos. Interrumpió nuestra conversacion. Informó á su hija de la accion que yo habia hecho con él y de lo muy obligado que me estaba, sobre lo cual se desahogó en espresiones que me hicieron no dudar de su gran reconocimiento. Parecióme no malograr tan favorable ocasion, y le dije que la mayor prueba que me podia dar de haberle sido grato aquel mi pequeño servicio, era el acelerar cuanto le fuese posible mi suspirada union con su dignísima hija. Rindióse con el mayor agrado á mi impaciencia, y me empeñó su palabra de que á mas tardar dentro de tres dias seria esposo de Florentina; y que

ademas de los seis mil ducados que habia ofrecido por su dote añadiria otros cuatro mil para darme esta nueva prueba de lo obligado que estaba á la caballeresca accion que le habia salvado la vida.

Estábamos Morales y yo tratados con agasajo y con esplendidez en casa del buen Gerónimo de Mojadas, viviendo alegrísimos con la próxima esperanza de embolsarnos no menos que diez mil ducados, bien resueltos á retirarnos prontamente de Mérida con ellos. Pero turbaba algun tanto esta alegría el molesto recelo de que dentro de aquellos tres dias podia presentarse el verdadero hijo de Juan Velez de la Membrilla, y dar en tierra con toda nuestra soñada felicidad. El suceso acreditó que no era mal fundado nuestro temor.

Llegó el dia siguiente á casa de Florentina una cierta figura de paisano cargado con una maleta. No me hallaba yo en casa á la sazon, pero estaba en ella Morales. Señor, dijo el paisano al buen viejo, yo soy criado de aquel caballero de Calatrava que há de ser vuestro yerno, quiero decir, del señor Pedro de la Membrilla. Acabamos de llegar en este punto, y él estará aqui dentro de un momento. Yo me he adelantado para dar parte á su merced. Apenas acabó de decir esto, cuando llegó su amo, lo que sorprendió mucho al viejo, y turbó algo á Morales.

Era este señor novio un mozo airoso, y de

la mas bella disposicion. Enderezóse luego al padre de Florentina, el cual no le dejó acabar su salutacion, antes volviéndose á mi compañero, le dijo: y bien, ¿qué quiere decir este embrollo? Morales, hombre sereno, y descaradísimo, le respondió prontamente: señor, esto quiere decir que esos dos hombres son de la cuadrilla de los ladrones que nos robaron en el camino. Conózcolos á entrambos bien, pero muy particularmente al que tiene atrevimiento para fingirse hijo de Juan Velez de la Membrilla. Creyó el viejo á Morales, y persuadido á que los dos forasteros eran dos grandísimos bribones, les dijo: señores, Vds. llegan ya tarde, porque otro los ha prevenido. El señor Pedro de la Membrilla está hospedado en mi casa desde ayer. Mire V. lo que dice, le replicó el mozo de Calatrava, sepa que tiene en casa un embustero, un impostor. Mi padre el señor Juan Velez de la Membrilla no tiene mas hijo que yo. A otro perro con ese hueso, respondió el viejo. Yo sé muy bien quién eres tú. ¿No conoces á este mozo, señalando á Morales, á cuyo amo robaste en el camino? ¡Cómo robar! repuso con enojo el novio. A no estar en vuestra casa, yo castigaria la insolencia de este desvergonzado que ha tenido atrevimiento para tratarme de ladron. Agradezca á vuestra presencia, cuyo respeto contiene mi justa cólera: mire V. que le engañan. Yo soy el mozo á quien el señor Agustin su hermano prometió la

hija de V. ¿Quiere que le muestre todas las cartas que se escribieron cuando se trataba este matrimonio? Creerá V. al retrato de su hija, que me envió el señor Agustin poco antes de su muerte.

No, replicó el viejo: ni el retrato ni las cartas probarán nada para mí. Estoy muy informado del modo con que cayeron en vuestras manos; y el consejo mas caritativo que os puedo dar es, que cuanto antes os retireis de Mérida para libraros del castigo que merecen vuestros semejantes. Esto ya es demasiado, interrumpió el ultrajado mozo. Nunca sufriré que me roben impunemente mi nombre, ni mucho menos que á un hombre como yo hagan pasar por un salteador de caminos. Conozco á varias personas de esta ciudad, y ellas me conocen á mí. Voy á buscarlas, y volveré con ellas á confundir la impostura que tan preocupado os tiene contra mí. Diciendo esto se retiró con su criado, y Morales quedó triunfante. Esta aventura espoleó á Gerónimo de Mojadas para resolver que si fuese dable se efectuase la boda en aquel mismo dia, á cuyo fin salió á dar sus disposiciones.

Aunque mi compañero estaba muy alegre viendo al padre de Florentina tan favorable á nuestro intento, no por eso vivia sin inquietud. Temia las consecuencias de los pasos que juzgaba, y bien, no dejaria el señor Pedro de dar, y me esperaba con impaciencia para in-

formarme de todo lo que pasaba. Encontréle sumamente pensativo, y profundamente enagenado. ¿Qué tienes, amigo? le pregunté: paréceme que tu imaginacion está ocupada en grandes cosas. Y como que lo está, me respondió; y al mismo tiempo me refirió todo lo que habia pasado, añadiendo al fin: mira ahora si tenia razon para estar pensativo. Tu temeridad nos mete en estos atolladeros. No puedo negar que la empresa era famosa, y te hubiera llenado de gloria, como saliera bien; pero segun todas las apariencias acabará muy mal, y soy de parecer que antes que se acabe el enredo pongamos los pies en polvorosa, contentándonos con la pluma que hemos sacado del ala de este buen pavo.

Señor Morales, repliqué yo á este discurso, V. es un hombre muy dócil, y cede fácilmente á las dificultades. Hace bien poco honor á Don Matias del Cordel, y á los demas caballeros de la órden, con quienes tuvo la fortuna de tratar en Toledo. Quien aprendió en la escuela de tan insignes maestros no debe asustarse ni amilanarse con tanta facilidad. Yo, que quiero seguir las pisadas de estos héroes, y acreditarme digno discípulo de su escuela, yo, vuelvo á decir, hago frente á ese obstáculo, que tanto te espanta, y pretendo burlarme de él. Si lo consigues, repuso mi camarada, desde luego te declararé superior á todos los varones ilustres de Plutarco.

Apenas habia acabado de hablar Morales cuando entró Gerónimo de Mojadas. Esta noche, me dijo, serás ya yerno mio. Tu criado te habrá contado todo lo sucedido. ¿Qué me dices de la infamia de aquel bribon que me queria embocar que era hijo del corresponsal de mi hermano? Estaba Morales cuidadoso de saber cómo saldria yo de este aprieto: y no fue poca su sorpresa cuando me oyó decir con el semblante mas triste, y el aire de la mayor sinceridad que me fue posible afectar: señor, de mí dependeria manteneros en vuestro error, y aprovecharme de él; pero conozco que no he nacido para sostener una mentira; y asi quiero hablaros con toda verdad. Confieso que no soy hijo de Juan Velez de la Membrilla. ¡Qué es lo que oigo! Interrumpió precipitadamente el viejo entre colérico y sorprendido. ¿Pues qué? ¿No sois vos el mozo á quien mi hermano?... Sosiéguese V., señor, le interrumpí yo tambien; y ya que empecé á descubrirme, sírvase oirme con paciencia hasta que lo diga todo. Ocho dias ha que amo ciegamente á vuestra hija, y su amor es el que me ha detenido en Mérida. Ayer, despues que acudí á vuestra defensa, pensaba pedírosla por esposa; pero me cerrasteis la boca cuando os oí que estaba ya prometida á otro. Al mismo tiempo me dijisteis que al morir vuestro hermano os habia conjurado que la casaseis con Pedro de la Membrilla, que asi se lo ofre-

cisteis, y que erais esclavo de vuestra palabra. Sacóme fuera de mí este discurso, y aconsejado mi amor con la desesperacion, me ocurrió el estratagema de que me he valido. Es cierto que mil veces secretamente me he avergonzado yo mismo de esta cautelá; pero me persuadí que vos mismo me la perdonariais, cuando llegaseis á saber que soy un príncipe italiano que viajo *incógnito.* Mi padre es soberano de ciertos valles que estan entre los suizos, el Milanés y la Saboya. Imaginábame yo sorprenderos agradablemente cuando os revelase mi nacimiento, y desde ahora me complacia en el gozo de Florentina, cuando despues de haberla dado mi mano, supiese la fina y delicada burla que la habia hecho. No quiere Dios, proseguí mudando de tono, que yo tenga este gusto. Pareció el verdadero Pedro de la Membrilla: debo restituirle su nombre, cuésteme lo que me costare. En virtud de vuestra promesa os creeis obligado á escogerle por yerno. Lo siento sin poder quejarme: pues debeis preférirlo á mí, sin reparar en mi alta clase ni en la cruel situacion á que me veis reducido. No quiero representaros que vuestro hermano no era mas que tio de Florentina, y que vos sois su padre, y que parecia mas justo cumplir la palabra que me habeis dado, que hacer punto de cumplir otra, la cual á la verdad os liga muy levemente.

¿Qué duda tiene eso? esclamó el buen Ge-

rónimo. Es una cosa muy clara; y asi estoy muy lejos de titubear entre vos y Pedro de la Membrilla. Si viviera mi hermano Agustin él mismo desaprobaria que prefiriese el tal Pedro á un hombre que me salvó la vida, y que ademas de eso es un gran señor, un príncipe que quiere honrar nuestra familia con tan no merecida como nunca imaginada alianza. Seria menester fuese yo enemigo de mí mismo, ó que hubiese perdido el juicio, para que os negase mi hija, y no solicitase todo lo posible la mas pronta ejecucion de este matrimonio. Con todo eso, señor, repliqué yo, no quisiera que V. partiese de carrera y con precipitacion: atienda solo á sus intereses, sin respeto á la nobleza de mi sangre..... V. A. se burla de mí, interrumpió Mojadas. ¿Me tiene por tan mentecato, que habia de dudar un momento en abrir la puerta al grande honor que se me entra por mi casa? No, príncipe, yo os ruego que desde esta misma noche os digneis honrar con vuestra soberana mano á la dichosa Florentina. En hora buena, le respondi. Id vos mismo á darla esta noticia, y á informarla de su glorioso destino.

Mientras el buen hombre iba á dar parte á su hija de la conquista que habia hecho su hermosura, no menos que de un gran príncipe, Morales, que habia oido toda la conversacion, se arrodilló de repente delante de mí, y me dijo: señor príncipe italiano, hijo del sobera-

no de los valles que estan entre los suizos, el Milanés y la Saboya, permítame V. A. que me arroje á sus pies para darle testimonio de mi alegría, y de mi pasmosa admiracion. A fe de grandísimo bribon, que eres un prodigio. Teniame yo por el mayor hombre del mundo, pero hablando francamente, arrio bandera á vista de tu pabellon, sin embargo de que tienes menos esperiencia que yo. Segun eso, le respondí, ¿ya no tienes inquietud? Seguramente no, replicó él. No temo ya al señor Pedro: ahora que venga su merced cuando quisiere. Y étenos aqui á Morales y á mí mas firmes en nuestros estribos que unos Gerineldos. Comenzamos á discurrir sobre el partido que habiamos de tomar luego que recibiésemos la dote, con la cual contábamos con tanta seguridad como si la tuviéramos ya en el bolsillo. Sin embargo todavía no la habiamos agarrado, y el fin de la aventura no correspondió muy bien á nuestra confianza.

Poco tiempo despues vimos venir al mocito de Calatrava. Acompañábaule dos vecinos y un alguacil, tan respetable por sus bigotes y por su tez amulatada, como por su honrado empleo. Estaba con nosotros el padre de Florentina. Señor Mojadas, le dijo el tal mozo, aqui os presento á estos tres hombres de bien, que me conocen, y pueden decir quién soy. Sí por cierto, dijo el alguacil, y quiero declararlo. Certifico á todos aquellos que convenga como yo te co-

nozco muy bien, te llamas Pedro, y eres hijo único de Juan Velez de la Membrilla. Cualquiera que tenga atrevimiento para decir lo contrario es un embustero, y un solemnísimo impostor. Señor alguacil, dijo entonces el buen Mojadas, yo le creo á V.; á mí me basta su testimonio y el de los dos señores mercaderes que vienen en su compañía. Estoy plenamente convencido de que este caballerito que los ha conducido á mi casa es hijo único del corresponsal de mi difunto hermano. ¿Pero qué me importa á mí? Sin embargo de todo eso, ya he mudado de resolucion, y no quiero darle á mi hija.

Oh! eso es otra cosa, dijo el alguacil. Yo solo vine á vuestra casa para aseguraros que conocia á este hombre. Por lo que toca á vuestra hija, vos sois su padre, y ninguno os puede obligar á casarla contra vuestra voluntad. Tampoco pretendo yo, interrumpió Pedro, hacer violencia al señor Mojadas; pero desearia saber por qué motivo ha mudado de resolucion. Ya que pierdo la esperanza de ser su yerno, quisiera tener el consuelo de saber que no la perdí por culpa mia. No tengo la menor queja de vos, respondió el viejo, antes bien os confesaré que me cuesta dolor verme obligado á faltar á mi palabra, y os pido mil perdones. Vos mismo sois tan racional y generoso que me persuado no llevaréis á mal que yo hubiese preferido á vos un pretendiente á quien soy deudor

de la vida. Este es el caballero que veis aqui: este señor, prosiguió tomándome por la mano, es el que me libró de un gran peligro, y para mayor disculpa mia, y mayor satisfaccion vuestra, debo añadir que es un príncipe italiano.

Al oir esto Pedro quedó mudo y confuso. Los dos mercaderes, mirándose unos á otros, con los ojos abiertos y espantados. Pero el alguacil, como acostumbrado á echarlo todo á la peor parte, sospechó que tras aquella estraordinaria aventura se ocultaba algun enredo que le podia valer algunos cuartos. Comenzó á mirarme con la mayor atencion, y como mis facciones, que nunca habia visto, ayudaban poco á su buena voluntad, se volvió á examinar á mi camarada con igual curiosidad. Por mala fortuna de mi alteza, conoció á Morales, y se acordó de haberle visto en la cárcel de Ciudad-Real. Ah! ah! esclamó, sin poderse contener: hé aqui un hombre honrado, á quien conozco tan bien como al señor Pedro. Desde luego le embargo la persona, y os lo declaro por uno de los mas grandes bribones que calienta el sol de España en todos sus reinos y señoríos. Poco á poco, señor alguacil, dijo Gerónimo Mojadas, que ese pobre mozo es un criado del señor príncipe. Sea en buen hora, respondió: eso me basta para saber lo que debo creer. Por el criado saco yo lo que será el amo. No tengo ya la menor duda de que estos dos señores son dos insignes pícaros de marca, que se han unido pa-

ra burlarse de vos. Soy muy práctico en esta casta de pájaros ; y para haceros ver que son dos gentilísimas ganzuas, en este mismo punto voy á llevarlos á la carcel. Quiero que se aboquen con el señor corregidor, para que tengan con él una conversacion amistosa y reservada, y sepan de la boca de su señoría que todavía se usan por acá pencas y rebenques. Alto ahí, señor oficial, replicó el viejo: no hay que llevar tan adelante el negocio. Dígame V. ¿ no podrá ser el criado un bribon sin que el amo lo sea? ¿ Es por ventura cosa nueva que haya bribones en servicio de los príncipes ? V. nos burla con sus príncipes , repuso el alguacil. Este mozo sobre mi palabra es un tunante, y asi desde ahora les intimo á los dos que se den *presos por el rey*. Si se resisten, ó no quieren ir á la cárcel por su pie , dejé á la puerta veinte ministriles que les llevarán arrastrando. Alons, príncipe, me dijo , vamos caminando.

Confieso que me turbé al oir estas palabras; lo mismo le sucedió á Morales, y nuestra turbacion nos hizo sospechosos á Gerónimo Mojadas, ó por mejor decir nos arruinó enteramente en su concepto, y llegó á creer que habiamos querido engañarle. Con todo eso hizo lo que todo hombre de bien debia hacer en semejante ocasion. Señor oficial , dijo al alguacil, vuestras sospechas pueden ser verdaderas, y pueden ser falsas. Pero sean lo que fueren, no apuremos mas la materia. Permitid que estos

caballeros se retiren á donde mejor les pareciere. Esta gracia y este favor os pido para desempeñar en parte la obligacion que les tengo. La mia, interrumpió el alguacil, era llevarlos desde este punto á la cárcel, sin atender á vuestra intercesion; sin embargo, por respeto á ella, quiero dispensarme ahora en el cumplimiento de mi deber, pero con la indispensable condicion de que en este mismo momento han de salir de la ciudad; porque si mañana los veo en ella, vive Dios que verán lo que les pasa.

Cuando Morales y yo oimos que estábamos libres, volvimos á respirar. Amagamos á querer hablar con resolucion, y sostener que éramos hombres de honor; pero el alguacil nos miró al soslayo, y solo con esto nos impuso silencio: tal ascendiente tiene esta gente sobre nosotros. Vímonos, pues, precisados á cederle dote y Florentina á Pedro de la Membrilla, que verisímilmente pasó á ser yerno de Gerónimo Mojadas.

CAPITULO II.

Prosigue la historia de D. Rafael.

Salí de Mérida con mi camarada, y tomamos el camino de Trujillo, con el consuelo de haber ganado cien doblones en esta aventura. Transitamos por una aldea resueltos á ir á hacer

noche mas adelante. Vimos en ella un meson de bellísima apariencia. El mesonero y la mesonera estaban á la puerta sentados en dos bancos de piedra. El mesonero, hombre alto, seco, y ya entrado en dias, estaba rascando una guitarra para divertir á su muger, que mostraba oirlo con gusto. Cuando vió que no nos apeábamos en su casa, señores, nos gritó, aconsejo á Vds. que hagan alto en esta posada. Va ya á caer la noche, hay tres leguas mortales al primer lugar, y no lo pasarán tan bien como aqui. Créanme, echen pie á tierra, que serán bien tratados y les costará poco dinero. Dejámonos persuadir: acercámonos mas al mesonero y á la mesonera; saludámoslos, y habiéndonos sentado junto á ellos comenzamos á hablar de cosas indiferentes. El mesonero decia que era oficial de la santa hermandad, y la mesonera tenia traza de ser una buena pieza, que sabia vender bien sus agujetas.

Interrumpióse nuestra conversacion con el arribo de doce ó quince hombres, montados unos en caballos y otros en mulas, seguidos como hasta de unos treinta machos de carga. ¡O cuántos huéspedes! esclamó el mesonero: ¿dónde podré yo alojar á tanta gente? En un instante se vió la aldea llena de hombres y de bestias. Habia por fortuna una granja cerca del meson: en ella se acomodaron los machos y las cargas, y las mulas y los caballos se repartieron en varias caballerizas del meson y del lugar. Los hom-

bres pensaron menos dónde habian de dormir que en lo que habian de cenar. Ordenaron que se les dispusiese una abundante cena. Ocupáronse en disponerla el mesonero, la mesonera y una criada. Declararon la guerra á las gallinas, pollos, pichones y demas aves del corral. Hicieron una olla española, émula de aquella arca donde se refugiaron contra el diluvio todos los animales. Con esto, con diferentes ensaladas y con variedad de frutas, hubo para todo el equipage, y sobró mucho para que les cupiese su parte al mesonero y mesonera con toda su familia. Morales y yo mirábamos de cuando en cuando á aquellos caballeros, los cuales tambien nos miraban á nosotros. En fin trabamos conversacion, y les dijimos que si lo tenian á bien cenariamos todos juntos. Respondiéronnos cortesanamente que tendrian en ello particular gusto. Entre ellos habia uno que parecia mandaba á los demas, y aunque estos le trataban con bastante familiaridad, sin embargo se conocia que le miraban con algun respeto. Lo cierto es que ocupaba siempre el lugar mas distinguido, que hablaba alto, que en la ocasion contradecia á los otros sin ceremonia, y que ninguno se atrevia á contradecirle á él, antes bien todos se conformaban con lo que decia. No sé con qué casualidad cayó la conversacion sobre Sevilla; y como Morales comenzase á elogiarla mucho, el hombre de quien voy hablando le dijo: caballero, V. hace mucho fa-

vor á la ciudad donde yo nací, ó á lo menos muy cerca de ella, porque mi madre me dió á luz en Mairena. En el mismo me parió la mia, respondió Morales muy alegre, y no es posible que yo deje de conocer á los parientes de V. Sírvase decirme quién fue su señor padre. Un honrado notario, respondió el caballero, llamado Martin Morales. ¡A fe que es singular la aventura! esclamó todo transportado mi compañero. Segun eso sois mi hermano mayor Manuel Morales. Justamente, respondió el otro, y por consiguiente tú eres mi hermanito menor Luis, á quien yo dejé en la cuna cuando salí de la casa paterna. Ese es mi nombre, replicó mi camarada. Al decir esto se levantaron los dos de la mesa y se dieron mil abrazos. Volviéndose despues el señor Manuel á todos los que estábamos presentes: señores, dijo, verdaderamente que es muy estraño, y tiene algo de maravilloso este suceso. La casualidad ha dispuesto que cuando yo menos lo pensaba me haya encontrado con mi hermano, á quien ha mas de veinte años que no habia visto. Dadme licencia para que os le presente. Entonces todos los caballeros que por respeto estaban en pie, saludaron al hermano menor, y por poco no le sofocaron á abrazos y cortesías. Sosegado este primer turbion nos volvimos á la mesa, y en ella estuvimos toda la noche. Los dos hermanos se sentaron uno junto al otro, y todo el tiempo que duró la cena, estuvieron cuchu-

cheando al oido, hablando sin duda sobre las cosas de su familia, mientras los demas comiamos, bebiamos y nos alegrábamos.

Tuvo Luis una larga conversacion con su hermano Manuel, y concluida me llamó á parte, y me dijo: toda esta gente es de la familia del conde Montaños, á quien el rey acaba de nombrar por general de Mallorca. Conducen el equipage de su amo á Alicante, donde se ha de embarcar para su destino. Mi hermano es el mayordomo de su escelencia, y me propuso si me queria ir en su compañía; yo le respondí que no podia dejar la tuya; á que me replicó que si tú querias venir con nosotros te facilitaria un buen empleo. Caro amigo, no dejemos escapar esta ocasion, y abracemos los dos tan buen partido. Vamos á Mallorca: si lo pasamos bien nos estableceremos allí; y si no nos tuviere cuenta nos volverémos á España.

Admití con gusto la proposicion. Incorporámonos entrambos con la familia del conde, y partimos del meson antes del amanecer del dia siguiente. Pusímonos en camino para Alicante caminando á largas jornadas. Luego que llegamos compré una guitarra, y me hice hacer un vestido decente. Todo mi pensar era en la isla de Mallorca, y lo mismo sucedia á mi camarada Morales. Parecia que ambos de acuerdo habiamos ya renunciado para siempre á la vitabona. Es preciso decir la verdad: uno y otro queriamos acreditarnos de hombres de bien en-

tre aquellos caballeros, y este respeto nos contenia. En fin nos embarcamos alegremente, lisonjeándonos de llegar presto á Mallorca; pero no bien habiamos salido del golfo de Alicante, cuando nos cogió una furiosa borrasca. ¡Qué buena ocasion era esta para hacer ahora una bella descripcion de la tempestad, pintando el aire todo en fuego, fulminando rayos, y haciendo tronar las nubes, silbar los vientos, elevarse las ondas etc.! pero arrimando á un lado todas las flores retóricas os diré sencillamente que fue muy violenta la tempestad, que nos obligó á ancorar en la Cabrera, que es una isla desierta, defendida con un fortin, cuya guarnicion consistia entonces en cinco ó seis soldados y un oficial, los cuales nos recibieron con mucha humanidad y agasajo.

Como nos veiamos precisados á detenernos alli muchos dias para acomodar nuestro velámen procuramos pasar el tiempo en diferentes diversiones, segun el genio de cada uno. Estos jugaban á los naipes, aquellos á la pelota etc.; yo me iba á pasear por la isla con otros compañeros amantes del paseo. Saltábamos de peñasco en peñasco, porque el terreno es desigual y tan pedregoso que apenas se descubria un palmo de tierra. Un dia, que considerando aquellos lugares áridos y secos, estábamos admirando los caprichos de la naturaleza, que es fecunda ó estéril donde la da la gana, sentimos todos de repente un gratísimo olor que nos dejó sor-

prendidos. Aun lo quedamos mucho mas cuando volviéndonos hácia el oriente, de donde venia aquella fragancia, vimos un campo todo cubierto de madreselva, mas hermosa y odorífera aun que la de Andalucía. Acercámonos gustosos hácia aquellos bellísimos arbustos que perfumaban el aire circunvecino, y hallamos que bordeaban la entrada de una profunda caverna. Era esta ancha y un poco sombría: bajamos á la cueva por una escalera ó caracol de piedra, adornada de flores que primorosamente guarnecian sus lados. Cuando llegamos abajo vimos serpentear sobre un fondo de arena mas roja que el oro, varios arroyuelos formados de las gotas que destilaban continuamente los peñascos, y se perdian en la misma arena. Pareciónos el agua tan clara y tan cristalina que nos dió gana de beberla, y la hallamos tan fresca y delgada, que resolvimos volver á hacerla otra visita el dia siguiente, trayendo con nosotros algunas botellas de vino, persuadidos á que tambien lo beberiamos con gusto en aquel delicioso y como encantado sitio.

Dejámosle con dolor, y cuando nos restituimos al fuerte no quisimos negar á nuestros camaradas la noticia de tan feliz descubrimiento: pero el comandante del fuerte nos dijo que como amigo nos advertia que por ningun caso volviésemos á la cueva de que habiamos quedado tan enamorados. ¿Y eso por qué? le pregunté yo. ¿Hay por ventura algo que temer? Y mu-

cho, me respondió. Los corsarios de Argel y de Trípoli vienen algunas veces á esta isla, y hacen aguada en ese parage. Uno de estos dias sorprendieron en él á dos soldados, y los llevaron esclavos. Por mas seriedad con que nos lo decia el oficial no le quisimos creer. Pareciaños que se zumbaba, y al dia siguiente volví yo á la caverna con tres caballeros del equipage, y de propósito no quisimos llevar armas de fuego, para mostrar que no teniamos el mas mínimo temor. Morales no quiso venir con nosotros, y se quedó jugando con su hermano y otros del castillo.

. Bajamos al fondo de la cueva como el dia anterior, y pusimos á refrescar las botellas de vino en uno de los arroyuelos. A lo mejor que estábamos bebiendo, tocando la guitarra, y divirtiéndonos con mucha algazara y alegría, vimos en la boca de la caverna muchos hombres con mostachos, turbantes, y vestidos á la turca. Al principio creimos que eran algunos del equipage, que juntamente con el comandante se habian disfrazado para chasquearnos. Preocupados de este pensamiento nos echamos á reir, y dejamos bajar hasta diez de ellos sin pensar en defendernos. Presto quedamos tristemente desengañados, viendo ser un pirata que venia á echarse sobre nosotros. *Rendios, perros*, nos dijo en lengua castellana, *ó aqui moriréis todos*. Al mismo tiempo nos pusieron al pecho las carabinas los que venian con él, y á la menor re-

sistencia las hubieran descargado. Preferimos la esclavitud á la muerte. Entregamos nuestras espadas á los moros. Cargáronnos de cadenas, lleváronnos á su navío, que no estaba muy distante, levantaron anclas, pusiéronse á la vela, y singlaron hácia Argel.

Así pagamos el poco aprecio que hicimos del aviso y consejo del comandante del fuerte. La primera cosa que hizo el corsario fue registrarnos hasta la camisa, y quitarnos todo el dinero, que llevábamos. ¡Gran golpe de mano para él! Los doscientos doblones del mercader de Plasencia, los ciento que Gerónimo de Mojadas habia dado á Morales, que por casualidad y por desgracia, llevaba yo conmigo, todos mudaron de dueño, pasando á manos del corsario, que todo me lo arrebañó sin misericordia. Los bolsillos de mis camaradas tampoco estaban mal proveidos: en suma el golpe bastaba para hacer rico á un raterillo. El pirata estaba todo contento; y el grandísimo verdugo, no bastándole haberse apoderado de todo nuestro dinero, comenzó á insultarnos con insulsas bufonadas, las cuales nos eran menos sensibles que la dura necesidad de sufrirlas. Despues de mil impertinentes truhanadas echó mano de las botellas que habiamos puesto á refrescar, y las agotó todas ayudándole sus gentes, y repitiendo á nuestra salud muchos brindis por mofa é irrision.

Durante este enfadoso rato, mis camaradas

mostraban un esterior que hacia muy visible lo que interiormente pasaba por ellos. Se les hacia tanto mas doloroso el cautiverio cuanto mas alegre era la idea con que se habian lisonjeado de pasar buena vida en Mallorca. Por lo que á mí toca tuve valor para tomar desde luego mi partido. Menos consternado que los otros, trabé conversacion con nuestro capitan mofador. Ayudéle yo mismo á llevar adelante la zumba, cosa que le cayó muy en gracia. Oyes, mozo, me dijo, me gusta tu buen humor y tu genio. Si bien se considera, en vez de gemir y suspirar es mejor armarse de paciencia, y acomodarse con el tiempo. Tócanos un buen son; añadió, viendo que tenia junto á mí una guitarra: quiero ver hasta dónde llega tu habilidad. Mandó que me desatasen los brazos, y al punto comencé á tocar, regalándoles con un fandango, que celebraron con grande aplauso, no haciendo menos honor á mi voz que á mi guitarra. Habiame enseñado á tocarla el mejor maestro de Madrid, y con efecto no manejo mal este instrumento. Todos los turcos que estaban en el navío mostraron con gestos y ademanes de admiracion el gusto con que me oian, por lo que conocí que en punto de música no le tenian muy delicado. El pirata se arrimó á mí, y me dijo al oido que seria un esclavo afortunado, y que podia estar seguro de que mis talentos me harian muy llevadera la esclavitud.

CAPITULO III.

Va adelante la misma historia.

Algo me consolaron estas palabras. Sin embargo no dejaba de inquietarme un poco el pensamiento sobre el empleo que me tocaria, y que el pirata me habia pronosticado en general y en confuso. Cuando nos acercamos al puerto de Argel vimos una multitud de personas que habian acudido á la playa á recibirnos. Luego que saltamos en tierra hicieron resonar el aire con mil gritos de alegría y alborozo. Acompañaba á estos el confuso rumor de las trompetas, flautas moriscas, y otros instrumentos de que se sirve aquella gente, y forman un estruendo desentonado, mas que un apacible sonido. Era la causa de aquella estraordinaria algazara una falsa voz que se habia esparcido en la ciudad. Habia corrido por ella que el renegado Mahometo habia muerto combatiendo con un grueso navío ginoves; y todos sus amigos informados de su feliz retorno acudieron al puerto para dar testimonio de su alegría.

Cuando hubimos desembarcado fui conducido con mis compañeros al palacio del bey Soliman, donde un escribano cristiano nos examinó en particular, preguntándonos nuestros nombres, edad, patria, religion y talentos. Entonces Mahometo, tomándome por la mano y

mostrándome al bey, comenzó á ponderarle mi voz y mi habilidad en tocar la guitarra. No hubo menester mas Soliman para decir que me queria en su servicio, y desde aquel punto me quedé en su serrallo. Los demas cautivos fueron llevados á la plaza mayor, y puestos alli en pública venta segun costumbre. Cumplióse lo que Mahometo me habia pronosticado en el navío. Verdaderamente que fui muy afortunado. No me entregaron á las guardias de las mazmorras, ni me destinaron á trabajar en las obras públicas. Mandó Soliman que me agregasen en cierto sitio particular á cinco ó seis esclavos de distincion, cuyo rescate se esperaba presto, y á quienes se les empleaba en fatigas muy ligeras. A mí solo se me encomendó que regase en los jardines las flores y los naranjos, empleo que en vez de llegar á ser fatiga podia llamarse diversion.

Era Soliman un hombre de cuarenta años, bien hecho, muy atento, y aun galan para moro. Era su favorita una georgiana, que por su espíritu y su hermosura se habia hecho dueña absoluta de él. Idolatraba en ella y no se pasaba dia en que no la regalase con algun festejo, ya de música, tanto de voces como de instrumentos, ya tambien de comedias á la turca, es decir, unos dramas en los cuales no se tenia mas respeto al pudor que á las categorías de Aristóteles. La favorita, que se llamaba Farruchnaz, era apasionadísima á estos espectáculos. Algunas veces hacia que sus damas fuesen

las actrices de varias piezas árabes en presencia del bey. Tal vez aun ella misma representaba tambien algun papel, y lo hacia con tanta viveza y con tanta gracia, que hechizaba á todos los espectadores. Un dia en que asistia yo á estas funciones mezclado entre los músicos, me mandó Soliman que en un intermedio cantase y tocase solo la guitarra. Hícelo asi, y tuve la fortuna de dar gusto. Aplaudiéronme mucho todos, y la favorita, á lo que me pareció, me miró con ojos favorables y benignos.

El dia siguiente muy de mañana mientras estaba yo regando los naranjos, pasó junto á mí un eunuco, el cual sin detenerse ni hablarme palabra, dejó caer á mis pies un billete, y siguió su camino. Cogí apresuradamente el papel con una especie de turbacion neutral entre el temor y la alegría. Tendíme á la larga en el suelo detras de los naranjos, por no ser visto de las ventanas del serrallo. Abríle con mano trémula hallé dentro de él un preciosísimo brillante, y escritos en buen castellano estos pocos renglones: *Jóven cristiano, da mil gracias al cielo por tu esclavitud. El amor y la fortuna te van á hacer feliz: el amor, si correspondes á una persona que no es fea y que te estima; la fortuna, si tienes valor para despreciar todo género de peligros.*

No dudé ni un solo momento que el billete fuese de la sultana favorita; el brillante y el estilo me lo persuadian. Ademas de que nunca

fui cobarde, la vanidad de verme favorecido, y aun solicitado, por una dama que era el ídolo de un príncipe, y príncipe moro, y la esperanza de que su favor me facilitaria mucho mas dinero del que era menester para mi rescate, me hicieron resolver á entrar en esta nueva aventura á costa de cualquier peligro. Proseguí, pues, en mi trabajo, pensando siempre en el modo que podia tener para introducirme en el cuarto de Farruchnaz, ó por mejor decir, en los arbitrios que ella discurriria para abrirme este camino; pareciéndome, y no mal, que no se contentaria con lo hecho, y que ella misma se adelantaria á librarme de este cuidado. Con efecto asi sucedió, y no me engañó mi pensamiento. Una hora despues volvió á pasar junto á mí el mismo eunuco que habia pasado antes, y sin pararse me dijo: ¿cristiano, has hecho tus reflexiones? ¿Tendrás valor para seguirme? Respondíle que sí; y él, prosiguiendo siempre andando, añadió: *El cielo te guarde: mañana por la mañana me volverás á ver;* y diciendo esto se retiró. Efectivamente al dia siguiente á cosa de las ocho se dejó ver, y me hizo señal que me llegase á él. Obedecí, y me condujo á una sala donde habia una gran pieza de lienzo pintado, que acababa de traer otro eunuco, para presentarla á la sultana, y debia servir de decoracion en el teatro para una comedia árabe, que ella tenia prevenida para diversion del bey.

Desenrollaron sin perder tiempo los eunucos la tal pieza, hiciéronme tender á la larga en medio de ella, y la enrollaron de nuevo, volviéndome y revolviéndome dentro de la misma con peligro de sofocarme. Cargáronla sobre sus hombros, uno de una punta y otro de otra, y de esta manera me introdujeron impunemente en el cuarto de la bella georgiana. Estaba sola con una esclava vieja, enteramente entregada á darla gusto. Desenrollaron la tela, y Farruchnaz luego que me vió prorumpió en ciertos ademanes de alegría, que manifestaba bien el carácter de las mugeres de su pais. En medio de mi natural intrepidez confieso que cuando me ví de repente transportado en el cuarto secreto de las mugeres, sentí cierto terror. Conociólo muy bien la favorita, y me dijo: no temas, cristiano, porque Soliman acaba de partir para su casa de campo, donde se detendrá todo el dia, y nosotros nos divertirémos aqui libremente.

Consoláronme estas palabras, y en virtud de ellas me revestí de un espíritu y seguridad que redobló el gusto de mi patrona. Esclavo, me dijo, tu persona me ha agradado, y quiero hacerte mas dulce el rigor de la esclavitud. Téngote por muy digno del concepto que me debes. Aunque te veo en trage de esclavo, descubro en todas tus modales un no sé qué de noble y de generoso que me obliga á creer no eres persona baja ni del comun. Esplícate, háblame con toda confianza, y dime quién eres. Sé muy

bien que los esclavos bien nacidos ocultan su condicion para que sea menos costoso su rescate; pero conmigo debes dispensarte de esta política; me ofenderia mucho semejante precaucion, puesto que desde luego corre de mi cuenta el ponerte en libertad. Fiate de mí, sé sincero, y confiésame que naciste en mas que vulgares pañales. Con efecto, señora, la respondí, corresponderia villanamente á vuestra generosa bondad si usara con vos de artificio ó disimulo. Vos quereis absolutamente que os descubra quién soy. Voy á obedeceros ciegamente. Soy hijo de un grande de España (quizá decia en esto la verdad). Por lo menos la sultana asi lo creyó, y dándose á sí misma el parabien por haber puesto sus ojos en un hombre de importancia, me aseguró que haria todo lo posible para que los dos nos viésemos con frecuencia. Tuvimos larga conversacion. En mi vida traté muger de mayor talento, ni de mas atractivo. Sabia muchas lenguas, y sobre todo la castellana, que hablaba mas que medianamente. Cuándo le pareció que era tiempo de separarnos me hizo acomodar en un gran ceston de juncos finos cubierto con un rico repostero de brocado, recamado de oro por su misma mano con flores delicadísimas, y llamando á los mismos eunucos que me habian introducido les entregó aquella carga, como un regalo que ella enviaba al bey; sobrescrito tan sagrado entre los que hacen la guardia al cuarto de las mugeres, que nin-

guno tiene osadía ni facultad para mirarlo.

Hallamos Farruchnaz y yo otros varios arbitrios para hablarnos, y la amable Sultana poco á poco me fue inspirando tanto amor por ella, como ella sentia por mí. Dos meses se conservaron ocultas nuestras amorosas visitas, sin embargo de ser cosa muy difícil que en un serrallo se escapen por largo tiempo á los ojos de tantos argos. Pero un contratiempo desconcertó nuestros pequeños negocios, y mudó enteramente de semblante mi fortuna. Un dia en que fui introducido en el cuarto de la sultana dentro de cierto dragon artificial que se habia fabricado para no sé qué espectáculo, cuando estaba yo hablando con ella muy descuidado, persuadido á que Soliman se hallaba en el campo, entró este en el cuarto de la favorita tan repentinamente, que la vieja esclava no tuvo tiempo para avisarnos. Yo tuve mucho menos lugar para ocultarme, y asi fue mi persona el primer objeto que se ofreció á los ojos del bey.

Mostróse sumamente admirado de verme en aquel sitio, y sucediendo en un momento la cólera á la admiracion, arrojaban fuego sus ojos, centelleando llamas de indignacion y furor. Consideréme entonces como un hombre que estaba ya tocando el último instante de su vida, y me imaginaba en medio de los mas crueles tormentos. Por lo que toca á Farruchnaz, conocí que tambien estaba sobresaltada; pero en vez de confesar su delito y pedir perdon de él, dijo á

Soliman: señor, suplicoos que no me condeneis antes de oirme. Confieso que todas las apariencias me condenan y me representan infiel y traidora á vos, por consiguiente digna de los mas horrorosos castigos. Yo misma hice venir á mi cuarto á este cautivo, y para introducirle en él me valí de los mismos artificios que pudiera usar si estuviera perdidamente enamorada de su persona. Sin embargo de eso, á pesar de todas estas esterioridades, pongo por testigo al gran Profeta de que no os he sido infiel. Quise hablar con este esclavo cristiano para ver si podia lograr persuadirle á que se desprendiese de su secta y abrazase la de los verdaderos creyentes. Al principio encontré en él la resistencia que aguardaba, mas al fin conseguí desvanecer sus preocupaciones, y en este punto me estaba dando palabra de que abrazará el mahometismo.

Confieso que era obligacion mia desmentir á la favorita sin respeto alguno al peligro en que me hallaba; pero turbada la razon en aquel lance, y acobardado el espíritu á vista del riesgo que corria mi vida, y la de una dama á quien amaba, quedé confuso y cortado. No tuve valor para articular una palabra, y persuadido el bey por mi silencio á que era verdad cuanto habia dicho la Sultana, se dejó desarmar. Dama, dijo, quiero creer que no me has ofendido, y que el celo de hacer una cosa que fuese grata al Profeta te empeñó en dar un paso tan delica-

do. Escusaré tu imprudencia con tal que el esclavo tome el turbante en este mismo punto. Inmediatamente hizo venir á su presencia un moravito. Vistiéronme á la turca, y yo les dejé hacer cuanto quisieran sin la menor resistencia, ó por mejor decir, ni yo mismo sabia lo que me hacian en aquella turbacion de todas mis potencias. ¡Cuántos cristianos puestos en igual apuro harian la misma bajeza que hice yo!

Concluida la ceremonia salí del serrallo con el nombre de Sidy Hali á tomár posesion de un empleo de poca monta á que el bey me destinó. No volví á ver á la sultana, pero uno de sus eunucos vino á buscarme cierto dia, y de su parte me entregó una cantidad de piedras preciosas, estimadas en dos mil *sultaninos*, juntamente un billete en que me aseguraba que jamas olvidaria la generosa complacencia con que me habia hecho mahometano por salvarla la vida. Con efecto, ademas de los regalos que habia recibido de la bella Farruchnaz conseguí por su mediacion otro empleo mas considerable que el primero; de manera que en menos de siete años me hallé el renegado mas rico que habia en todo Argel.

Ya habrán conocido Vds. que si yo concurria á las oraciones que hacian los musulmanes en sus mezquitas y practicaba las otras ceremonias de su religion, era todo una pura figurería, y mera esterioridad. Por lo demas estaba firmemente resuelto á volver á entrar en el se-

no de la iglesia, para cuyo fin pensaba retirarme algun dia á España ó á Italia con las grandes riquezas que habia amontonado. Mientras tanto vivia alegremente, estaba alojado en una bella casa, tenia jardines soberbios, multitud de esclavos, y un serrallo bien abastecido de caras bonitas. Aunque el uso del vino está prohibido en aquellas partes, sin embargo pocos moros dejan de beberle con los ojos bajos y en secreto natural. Yo por lo menos le bebia sin escrúpulo, ni mas ni menos como lo hacian los otros renegados.

Acuérdome que me acompañaban ordinariamente en mis borracheras un par de camaradas, con quienes pasaba muchas veces toda la noche con las botellas sobre la mesa. Uno era judío y otro árabe. Teníalos por hombres de bien, y en esta confianza vivia con ellos sin sujecion y con toda libertad. Convidélos una noche á cenar conmigo. Habiaseme muerto aquel dia un perro que yo queria mucho. Lavamos su cadáver, y le enterramos con todas las ceremonias que usan los musulmanes en el funeral de sus difuntos. No lo hicimos ciertamente por burlarnos de la religion de Mahoma, sino puramente por divertirnos y por satisfacer la gana que entre dos vinos me dió de celebrar las exequias de mi amado animalillo.

Sin embargo faltó poco para que esta inconsiderada accion me perdiese enteramente. El dia siguiente me hallé en casa con un hombre

que me dijo: señor Sidy Hali vengo á V. por cierta cosa de importancia. El señor cady tiene necesidad de hablarle. Sírvase tomar el trabajo de llegarse á su casa inmediatamente. Decidme, os suplico, le pregunté, qué pueda ser lo que me quiere. Él mismo os lo dirá, respondió el moro. Todo lo que puedo deciros es que un mercader que ayer cenó con V. le ha dado parte de no sé qué impía ó irreligiosa accion que se ejecutó en vuestra casa con ocasion de enterrar á cierto perro. Yo os intimo judicialmente que comparezcais hoy mismo ante el juez, con apercibimiento de que no haciéndolo asi se procederá criminalmente contra vuestra resistencia. Dijo, y sin esperar á que le respondiese, me volvió las espaldas, dejándome aturdido con su intimacion ó apercibimiento. No tenia el árabe el mas mínimo motivo para estar quejoso de mí, ni yo podia comprender por qué me habia jugado una pieza tan ruin y traidora. Sin embargo la cosa era muy digna de consideracion. Yo tenia bien conocido al cady, hombre severo en la apariencia, pero en el fondo poco escrupuloso, y muy avaro. Metí en el bolsillo doscientos *sultaninos de oro*, y fui derecho á presentarme. Hízome entrar en su gabinete, y luego que me vió me dijo en tono colérico y furioso. Sois un impío, un sacrílego, un hombre abominable. Habeis dado sepultura á un perro, como si fuera un musulman. ¡Qué sacrilegio! ¡Qué profanacion!

¿Es este el respeto que profesais á las mas venerables ceremonias de nuestra santa ley? ¿Os hicisteis mahometano únicamente para poner en ridículo las prácticas mas sagradas del Alcoran? Señor cady, le respondí con sumision, pero sin abatimiento, el árabe que vino á haceros una relacion tan alterada ó tan malignamente desfigurada, aquel traidor amigo fue cómplice de mi delito, si por tal se debe reputar haber practicado los honores de la sepultura con un doméstico fiel, con un inocente animal que poseia mil bellas cualidades. Amaba tanto las personas de mérito y de distincion, que hasta en su muerte quiso dejarlas testimonios irrefragables de su estimacion y de su amor. En su testamento, del cual me nombró por único albacea, los declaró herederos de sus bienes, legando á unos veinte escudos, á otros treinta, etc. Esto es tanta verdad, que tampoco se olvidó de vos, pues me dejó muy encargado que os entregase los doscientos sultaninos de oro que hallaréis en este bolsillo: y diciendo esto le alargué el que llevaba prevenido. Perdió el cady toda su gravedad cuando me oyó este discurso, y sin poder contener la risa, me despidió diciendo: id en paz, Sidy Hali, hicisteis cuerdamente en haber enterrado con pompa y con honor á un perro que hacia tanto aprecio de los hombres de mérito.

CAPITULO IV.

Suénase los mocos Don Rafael, limpiase, gargagea, y va adelante con su relacion.

Salí de aquel pantano con este medio, y si el lance no me hizo mas sabio, á lo menos me hizo mas circunspecto. No volví á tratar con el árabe ni con el judío, y escogí para mi camarada de botellas á un gentil-hombre de Liorna, que era esclavo mio. Llamábase Azarini. No era yo como aquellos renegados que tratan á los cautivos cristianos peor que los mismos turcos. Los mios no se impacientaban aunque se les retardase el rescate. Tratábalos con tanta benignidad que muchas veces me decian les costaba mas suspiros el miedo de pasar al servicio de otro amo que el deseo de conseguir su libertad, sin embargo de ser esta tan dulce y tan apetecible á todos los que gimen en esclavitud.

Volvieron un dia los jabeques del bey cargados de presa, y en ella cien esclavos de uno y otro sexo, apresados todos en las costas de España. Reservó Soliman para sí un cortísimo número, y los demas fueron puestos en venta. Fui á la plaza donde esta se celebraba, y compré una niña española de diez á doce años. Lloraba amargamente y se desesperaba. Admirado yo de verla tan afligida por su esclavi-

tud en tan tierna edad, me llegué á ella y la dije en lengua castellana que no se afligiese tanto, asegurándola que habia caido en manos de un amo que aunque le veia con un turbante en la cabeza era de corazon muy humano. Entregada la niña enteramente á su dolor, ni siquiera atendia á mis palabras. Gemia, suspiraba, y se deshacia en lágrimas inconsolablemente, prorumpiendo de cuando en cuando en esta esclamacion: *¡Ay madre mia! Y por qué me habrán separado de ti! Todo lo llevaria en paciencia como estuviéramos juntas.* Mientras decia estas palabras estaba mirando fijamente á una muger de cuarenta y cinco á cincuenta años, distante pocos pasos, la cual muy modesta, silenciosa, y con los ojos bajos, estaba esperando á que alguno la comprase. Preguntéla si era su madre aquella muger á quien miraba. Sí señor, me respondió con tierno dolor, por amor de Dios haga su merced que jamas me aparten de ella. Bien está, hija mia, le dije; si para tu consuelo no deseas mas que el estar juntas las dos, presto estarás satisfecha, y quedarás consolada. Al mismo tiempo me acerqué á la madre para comprarla; pero no bien la miré con un poco de atencion cuando reconocí en ella con toda la conmocion que podeis imaginar todas las facciones y demas señales de Lucinda. ¡Justo cielo! esclamé dentro de mí mismo. ¿Qué es lo que veo? Esta es mi madre, no lo puedo dudar. Pero ella, ó

ya porque el vivo dolor del estado en que se hallaba no la permitia ver otra cosa que enemigos en todos los objetos que se la presentaban, ó ya fuese porque el trage mahometano me hacia parecer otro hombre, ó porque en el espacio de doce años que no me habia visto me hubiese desfigurado; el hecho es que realmente no me conoció. En fin yo la compré, y llevémela á mi casa.

No quise dilatarla el gusto de que me conociese. ¿Señora, es posible que no os acordeis de haber visto nunca esta cara? ¿Pues qué, unos bigotes y un turbante me desfiguran tanto que no conozcais tras de ellos á vuestro hijo Rafael? Volvió en sí al oir estas palabras: miróme, remiróme, reconocióme, y arrojándose á mis brazos con los suyos abiertos, nos abrazamos estrechísima y tiernísimamente. Con igual ternura abracé despues á su querida hija, la cual estaba tan ignorante de que tenia un hermano como lo estaba yo de que tuviese una hermana. Confesad, dije entonces á mi madre, que en todas vuestras comedias no habréis visto un encontrarse y un reconocerse las personas, que sea comparable con este original. Hijo, me respondió ella, grandísima alegría he tenido en volverte á ver; pero esta alegría está mezclada de un amarguísimo dolor. ¡Mi Dios! ¡En qué estado he tenido la desgracia de encontrarte! Mi esclavitud me seria mil veces menos sensible que ese trage en que te veo.....

À fe, madre, la respondí sonriéndome, que me admiro de vuestra delicadeza: por cierto no es muy propia de una comedianta. À la verdad, señora, que sois muy otra de lo que erais, si este mi disfraz os ha dado tanto enojo. En lugar de enojaros contra mi turbante, consideradme como un cómico que representa el papel de un turco en el teatro. Aunque renegado, soy tan musulman como lo era en España; porque en el fondo no reconozco otra verdadera religion que la católica. No niego ni mucho menos disculpo mi esterior apostasía: sé muy bien que en ninguna ocasion me era lícito dar señales de abandonar mi religion aunque me costase mil vidas. Confieso mi pecado, sin escusar mi flaqueza. Pero si vos supierais las circunstancias que me hicieron caer en ella, quiza vuestro justo dolor se convertiria en no menos justa compasion. El amor fue el autor de mi delito. Sacrifiqué á esta deidad. En esto no hice mas que acreditarme hijo vuestro con mas ó menos esceso. Fuera de que aun hay otra razon que debe moderar vuestro dolor de verme en la situacion en que me veis. Temiais hallar en Argel una rigurosa esclavitud, y habeis hallado en vuestro amo un hijo tierno, respetuoso, y bastantemente rico para que vivais con regalo y con quietud en esta ciudad hasta que se nos proporcione una ocasion oportuna en que todos podamos seguramente restituirnos á España. Reconoced ahora

la verdad de aquel proverbio que dice: *no hay mal que por bien no venga.*

Hijo mio, me dijo Lucinda, una vez que estés resuelto á volverte á tu tierra y abjurar el mahometismo estoy consolada. Entonces irá con nosotros tu hermana Beatriz, y tendré el gusto de volverla á ver sana y salva en España. Sí señora, la respondí: espero que le tendréis, pues lo mas presto que sea posible partirémos todos tres á juntarnos en España con el resto de nuestra familia, no dudando yo que habréis dejado en ella algunas otras prendas de vuestra fecundidad. No, hijo, repuso mi madre, no he tenido mas hijos que á vosotros dos; y has de saber que Beatriz es fruto de un matrimonio muy legítimo. Pero, señora, repliqué yo, ¿qué razon tuvisteis para conceder á mi hermanita esta preeminencia que me negasteis á mí? ¿Y cómo os habeis resuelto á casaros? Acuérdome haberos oido mil veces que nunca perdonarias á una muger jóven y linda el disparate de sujetarse á un marido. *Otros tiempos, otras costumbres*, respondió ella. Si los hombres mas firmes en sus resoluciones estan sujetos á mudar, ¿qué razon habrá para pretender que las mugeres sean invariables en las suyas? Quiero contarte la historia de mi vida desde que saliste de Madrid. Hízome despues la siguiente relacion, que creo oiréis con gusto, porque es curiosísima.

CAPITULO V.

Historia de Lucinda, madre de Don Rafael.

HABRÁ casi trece años, si te acuerdas, que dejaste la casa del marquesito de Leganés. En aquel tiempo el duque de Medina la Alta me dijo que deseaba cenar conmigo privadamente. Señaléle el dia, esperéle, vino, y le gusté. Pidióme el sacrificio de todos los competidores que podia tener. Concedísele con la esperanza de que me le pagaria bien. Hízolo asi. El dia siguiente recibí de parte suya varios regalos, que fueron seguidos de otros muchos en lo sucesivo. Temia yo que no podia durar largo tiempo en mis prisiones un señor de aquella elevacion, y lo temia con tanto mayor fundamento, cuanto no ignoraba que se habia escapado de otras, en que le habian aprisionado varias famosas beldades, cuyas dulces cadenas lo mismo habia sido probarlas que romperlas. Sin embargo, lejos de disminuirse el gusto que le daba mi condescendencia, cada dia parece que le tenia mayor, y que encontraba en ellas un sainete que las añadia nueva gracia. En suma tuve el arte ó la fortuna de asegurármele y de impedir que su corazon naturalmente voluble é inconstante se dejase arrastrar de su nativa propension.

Tres meses habia que me amaba, y yo me lisonjeaba de que su amor seria duradero, cuando cierto dia una amiga mia y yo concurrimos á una visita donde se hallaba la duquesa, esposa del duque. Habiamos ido á ella convidadas para una academia de música, tanto de voces como de instrumentos, que se celebraba en aquella casa. Casualmente nos sentamos algo detras de la duquesa, la cual llevó muy á mal que yo me hubiese dejado ver en un sitio donde ella se hallaba. Envióme un recado por medio de un criado diciéndome que me retirase prontamente. Respondíla con sobrada grosería; é irritada la duquesa se quejó á su esposo, el cual vino á mí, y me dijo: Lucinda, sal prontamente de aqui; cuando los grandes señores se inclinan á personas como tú, no deben estas olvidarse de lo que son. Si alguna vez os amamos á vosotras mas que á nuestras mugeres, siempre respetamos á estas mucho mas que á vosotras; y todas las veces que tuviereis la insolencia de pretender igualaros á estas seréis tratadas con la indignidad que mereceis.

Por fortuna el duque me dijo todo esto en voz tan baja que ninguno pudo comprenderlo. Retiréme avergonzada y confusa, pero llorando de rabia y de cólera por el desaire que habia recibido. Para mayor desgracia mia los comediantes y comediantas aquella misma noche supieron no sé cómo todo lo que me habia pasado. No parece sino que algun diablillo, ace-

chador y cizañero se complace en descubrir á los unos lo que sucede á los otros. ¿Hace por ejemplo un comediante en una francachela alguna estravagancia? ¿Acaba una comedianta de acomodarse con un mozuelo galan y adinerado? Toda la compañía se halla inmediatamente informada hasta de la mas ridícula menudencia. Asi supieron mis camaradas cuanto me habia pasado en la academia, y sabe Dios cuánto se divirtieron á mi costa. Reina entre ellos un cierto espíritu de caridad que se descubre bien en semejantes ocasiones. Con todo eso yo me hice superior á todas sus malignas chocarrerías, y tardé poco en consolarme de la pérdida del duque, á quien no volví á ver en mi casa, y aun supe que pocos dias despues se habia acomodado con una cantarina.

Mientras una comedianta tiene la fortuna de estar aplaudida, nunca le faltan amantes, y el amor de un gran señor, aunque no dure mas que tres dias, siempre añade nuevos realces á su mérito. Yo me ví sitiada de adoradores luego que se esparció por Madrid la voz de que el duque me habia dejado. Los mismos competidores que yo le habia sacrificado volvieron todos á quemar sus inciensos en el altar conocido. Fuera de estos recibí los obsequiosos tributos de otros mil corazones. Nunca fui tan de moda como entonces. Entre los que solicitaban mi gracia ninguno me pareció mas ansioso ni mas fino que un grueso aleman, gentil-hombre

del duque de Osuna. No era la figura mas airosa ni mas amable del mundo, pero se mereció mi atencion con mil doblones que habia juntado en servicio de su amo, gastándolos generosa, ó sea pródigamente, para lograr la dicha de obtener algun lugar en la lista de mis amantes favorecidos. Este buen señor se llamaba Brutandorff. Mientras hizo el gasto fue bien recibido en mi casa; pero apenas se le agotó la bolsa halló la puerta cerrada. Disgustóle este proceder. Buscóme en la comedia. Encontróme tras de los bastidores. Dióme sus quejas, reíme de él en su misma cara. Entró en cólera, y dióme una bofetada á la tudesca. Dí un gran grito, salí al teatro, interrumpí la comedia, y dirigiéndome al duque que estaba en su aposento con su esposa la duquesa, en alta voz le dí agrias quejas de las tudescas modales con que me habia tratado el señor Brutandorff. Mandó el duque que prosiguiese la comedia, diciendo que despues de ella oiria las partes. Acabada la representacion me presenté toda turbada y conmovida al duque, esponiendo mi queja con viveza y con ardor. El aleman despachó su defensa en dos palabras. Dijo que en vez de arrepentirse de lo hecho era hombre de repetirlo. El duque, oidas las partes, y volviéndose al aleman, sentenció de esta manera: Brutandorff, te despido de mi casa, y te mando no vuelvas á ponerte en mi presencia; no porque diste una bofetada á una comedianta, sino por-

que faltaste al respeto debido á tu amo y á tu ama, turbando un espectáculo público en presencia de los dos.

Esta sentencia me atravesó el corazon. Apoderóse de mí una rabiosa ira y un inesplicable furor, considerando que no se habia despedido al aleman por la ofensa que me habia hecho. Creia yo que un insulto como aquel, cometido contra una comedianta, debia ser castigado como un delito de lesa magestad, y estaba muy persuadida á que el tudesco padeceria la mas dolorosa y mas afrentosa muerte. Abrióme los ojos este vergonzosísimo suceso, y me hizo conocer que el mundo sabe distinguir entre el comediante y los personages que representa. Esto me disgustó del teatro tanto, que desde aquel punto resolví abandonarle, y establecerme lejos de Madrid. Escogí para mi retiro la ciudad de Valencia, y partí de *incógnito* para ella, llevando conmigo hasta el valor de veinte mil ducados en dinero y en alhajas: caudal que me parecia bastante para mantenerme con decencia el resto de mi vida, estando resuelta á hacerla mas retirada. Arrendé en aquella ciudad una pequeña casa, y no recibí mas familia que una criada y un page, á los cuales me mantuve tan desconocida como á todos los demas. Fingí ser viuda de un criado de la casa del rey, y que habia escogido para mi retiro la ciudad de Valencia por haber oido que su temple era uno de los mas benignos, y su terreno uno de los

mas deliciosos de España. Trataba á muy poca gente, y mi conducta era tan arreglada que á ninguno le pudo pasar por el pensamiento que yo hubiese sido comedianta. Sin embargo y á pesar de mi cuidado en vivir escondida y retirada, puso los ojos en mí un hidalgo que vivia en una hacienda propia, cerca de Paterna. Era un hombre de buena disposicion, y como de treinta y cinco á cuarenta años, pero estaba muy adeudado, lo que no es menos frecuente en los nobles del reino de Valencia que en los de todos los paises.

Habiendo agradado mi persona á este hidalgo quiso saber si en lo demas podria yo convenirle. A este fin despachó sus ocultos batidores para que se informasen bien, y me sondeasen; por cuya relacion tuvo el gusto de saber que era una viuda de no desgraciada cara, de trato nada fastidioso, y ademas de eso bastantemente rica. Hizo juicio desde luego que yo era la que habia menester; y muy presto se dejó ver en mi casa una vieja que me dijo de su parte, que prendado de mi virtud tanto como de mi hermosura me ofrecia su fe, juntamente con su mano, y que ratificaria esta oferta delante del altar si merecia la dicha de que quisiese ser su esposa. Pedí tres dias de término para pensarlo y resolverme. Informéme en este tiempo de las circunstancias de aquel hidalgo; y por el mucho bien que me dijeron de él, bien que sin disimularme el lastimoso estado de su renta,

determiné gustosa darle mi mano, como lo hice dentro de muy pocos dias.

Don Manuel de Jercia (este era el nombre de mi esposo) me condujo luego á su hacienda. La casa tenia cierto aire de antigüedad, de lo cual hacia mucha vanidad el dueño. Pretendia que la habian fabricado sus progenitores; y de la antigüedad de la fábrica deducia que la familia de Jercia era la mas antigua de toda España. Pero el tiempo habia maltratado tanto aquel mudo instrumento de nobleza, que abierto por todas partes estaba amenazando ruina. Gastóse en repararle mas de la mitad de mi dinero, y lo restante en ponernos en estado de hacer buena figura en el pais; y éteme aqui convertida de repente en dama de aldea y en señora de hacienda. ¡Grande y portentosa metamórfosis! Habia hecho yo demasiadamente bien el papel de comedianta, para no saber representar y sostener el que correspondia al nuevo esplendor que me daba mi nuevo estado. Revestiame en todo de cierto aire teatral de nobleza, de magestad y desembarazo, que en toda la aldea se habia formado alto concepto de mi nacimiento. ¡Oh cuánto se hubieran divertido á costa mia si estuvieran instruidos en la verdad del hecho! Con cuántos graciosos y satíricos motes me hubiera regalado la nobleza de los contornos, y cuánto se hubiera rebajado de los respetuosos obsequios que me tributaban las demas gentes.

Viví por espacio de seis años feliz y gustosamente en compañía de D. Manuel, al cabo de los cuales se le llevó Dios. Dejóme bastantes cosas que desenredar, y por fruto de nuestro matrimonio á tu hermana Beatriz, que á la sazon contaba solos cuatro años de edad. Nuestra hacienda, que era cuanto componia nuestros bienes, se hallaba empeñada entre muchos acreedores. El principal era uno llamado Bernardo Astuto, nombre que le convenia admirablemente. Ejercitaba en Valencia el oficio de procurador, que desempeñaba como hombre cocido y consumado en todas las trampas de los procesos; y á mayor abundamiento habia estudiado leyes, para estar mas instruido de hacer legales injusticias. ¡Terrible acreedor! Una hacienda entre las uñas de semejante procurador es lo mismo que un pollo en las garras de un milano. Por tanto el señor Astuto, apenas cerró los ojos mi marido, puso el sitio á mi pobre casa. Infaliblemente la hubiera hecho volar en el aire por las minas de la supercheria judicial si mi fortuna ó mi estrella no la hubiera salvado. Quiso esta que de mi enemigo se hiciese de repente esclavo mio. Enamoróse de mí en una conversacion que tuvo conmigo con ocasion de nuestro pleito. Confieso que hice de mi parte todo cuanto pude para inspirarle amor. El deseo de salvar mi posesion me obligó á probar con él todas aquellas alhagüeñas evoluciones de mi rostro y de mis ojos que me habian sa-

lido tan bien en tantas ocasiones. Verdad es que con todo mi magisterio en el arte temí mucho que pudiese enganchar al procurador. Estaba tan totalmente embebido en su oficio, que parecia incapaz de hacer lugar á ninguna impresion amorosa. Con todo, aquel gato montes, aquel erizo, aquel rasca papel me miraba con mayor complacencia de la que yo me imaginaba. Señora, me dijo un dia, yo no entiendo de enamorar. Dedicado siempre á lo que correspondia á mi profesion, nunca cuidé de aprender las reglas, el uso, ni los diferentes modos de galantear. Sin embargo de esto no ignoro lo que se llama lo esencial. Y para ahorrar de palabras solo diré que si V. quiere casarse conmigo quemaré al instante el proceso, haré retirar á los demas acreedores, dispondré que se la confirme á V. en la posesion de su hacienda, declarándola por dueña del usufruto, y á su hija de la propiedad. El interes de Beatriz y el mio no me permitieron dudar ni un solo punto. Acepté al instante la proposicion. El procurador cumplió su palabra. Revolvió sus armas contra los otros acreedores, y aseguróme en la posesion de mi casa. Quizá fue esta la primera vez que supo servir bien al huérfano y á la viuda.

Amanecí, pues, un dia procuradora, sin dejar por eso de ser dama de aldea, aunque este matrimonio me arruinó en el concepto de la nobleza valenciana. Abandonáronme las seño-

ras de la primera distincion, como á una muger que se habia envilecido, y no quisieron visitarme mas. Víme precisada á tratar solamente con las aldeanas, ó con las señoras de medio pelo. No dejó de causarme esto alguna pena, porque me habia acostumbrado por espacio de seis años á tratar únicamente con personas de distincion. Verdad es que tardé poco en consolarme; porque entablé conocimiento con la muger de un escribano y con dos procuradoras, todas tres, cada una por su lado, de un carácter singular. Entraba en él cierto ridículo que me divertia infinitamente. Cada cual se imaginaba muy superior á la otra. Estas mercedes entre dos luces, me decia yo á mí misma, se consideran muy arriba del comun. Pensaba yo que solamente las comediantas eran las que no se conocian á sí mismas; mas veo que esta es la flaqueza universal. En este particular palpo ahora que tan locas son las hidalgas de aldea, como las damas de teatro. Cada cual se tiene en mas que su vecina. Para abatir y al mismo tiempo castigar su orgullo, quisiera yo que se las obligase á conservar en sus casas los retratos de sus abuelos, tales cuales eran cuando vivian. Apuesto cualquiera cosa á que no los colocarian en los sitios mas públicos, ni en las salas mas visibles.

A los cuatro años de matrimonio murió el señor Astuto sin haberme quedado hijos de él. Añadiéndose lo que él me dejó á lo que yo

poseia, me hallé una viuda rica, y por tal era tenida. En virtud de esta fama comenzó á obsequiarme un personage siciliano, cuyo apellido era Colifiquini, resuelto á ser mi amante para arruinarme, ó ser desde luego mi marido, dejando á mi arbitrio la eleccion. Habia venido de Palermo á España, segun decia, solamente por la curiosidad de viajar; y estaba en Valencia esperando ocasion de embarcarse para restuirse á Sicilia. Tenia veinte y cinco años; era, aunque algo chico de cuerpo, de bella disposicion; y en fin me agradaba su figura. Halló modo de hablarme en particular, y te confieso la verdad, desde la primera conversacion quedé locamente enamorada de él. No lo quedó él menos de mí; y creo, Dios me lo perdone, que en aquel mismo punto nos hubiéramos casado, si estando tan reciente la muerte del procurador me hubiera permitido contraer tan presto nuevo matrimonio; porque desde que comencé á tomar gusto al himeneo procuré respetar algo los estilos y ceremonias del mundo.

Convenimos, pues, en dilatar un poco nuestro matrimonio por el bien parecer. Mientras tanto Colifiquini proseguia en su obsequio, y lejos de entibiarse en su amor se mostraba mas fino y mas vehemente cada dia. El pobre mozo no estaba muy bien en punto de dinero; conocílo y procuré que nunca le faltase. Ademas de que mi edad era doble de la suya me

acordaba de lo mucho que yo habia hecho contribuir á los hombres en la flor de mis años y me parecia lo que ahora les contribuia yo una especie de restitucion en descargo de mi conciencia. Estuvimos esperando con la mayor paciencia que nos fue posible á que se corriese el tiempo que prescribe el ceremonial del mundo para pasar á otras nupcias. Apenas llegó cuando nos presentamos en la iglesia á unirnos con aquel estrecho lazo que solo puede desatar la muerte. Retirámonos despues á mi hacienda, donde puedo decir que vivimos dos años menos como esposos que como dos ternísimos amantes. ¡Pero ay! que era muy fino nuestro amor, era muy grande nuestra dicha para que fuese muy duradera. Al cabo de este breve tiempo un accidente de apoplegía me privó de mi adorado Colifiquini.

Aqui no pude menos de interrumpir á mi madre, diciéndola con alguna conmocion; ¡pues qué! señora, ¿tambien murió vuestro tercer marido? Sin duda sois una plaza que solo puede tomarse á costa de la vida de sus conquistadores. ¿Y cómo lo he de remediar yo? me respondió ella. ¿Por ventura puedo alargar ni un solo momento los dias que Dios tiene contados? A los dos maridos los lloré mucho. El que menos lágrimas me costó fue el procurador. Como este me buscó puramente por interes tardé poco en consolarme de su pérdida. Pero volviendo á mi Colifiquini te diré que

algunos meses despues de su muerte, deseando yo ver una casa de campo cerca de Palermo que me habia dejado para mi viudedad, y tomar posesion de ella personalmente, me embarqué para Sicilia con mi hija Beatriz ; pero en el viage fuimos apresados por los corsarios del bey de Argel. Condujéronnos á esta ciudad, y por gran fortuna nuestra te encontraste en la plaza donde estábamos puestas en venta. A no ser esto hubiéramos caido en manos de un amo bárbaro, que nos hubiera maltratado , y bajo cuya dura esclavitud quizá habriamos gemido de por vida sin que tú hubieses oido hablar nunca de nosotras.

CAPITULO VI.

Prosigue la historia del hijo y de la madre.

Tal fue, señores, prosiguió Don Rafael , la relacion que mi madre nos hizo. Coloquéla despues en el mejor cuarto de mi casa, donde viviese con toda libertad, y como mejor la pareciera, cosa que fue muy de su gusto. Habiase arraigado en ella un hábito de amar tan inveterado en virtud de tan repetidos actos , que absolutamente no podia estar sin un amante ó sin un marido. Anduvo vagueando por algun tiempo , poniendo los ojos ya en este , ya en aquel de mis esclavos; pero finalmente fijó toda su atencion en Aly Pegelin: era un renegado griego que frecuentaba mi casa. Inspiróla

este un amor aun mucho mas vehemente que el que habia concebido por su adorado Colifiquini; y era tan diestra en enganchar á los hombres, que halló el secreto de encantar al tal griego. Aunque conocí desde luego que obraban de acuerdo los dos, me dí por desentendido de su trato, pensando solo en el modo de restituirme á España. Habiame dado licencia el bey para armar en corso y ejercitar la piratería. Ocupábame enteramente el cuidado de este armamento, y ocho dias antes que se acabase dije á Lucinda: madre, presto saldrémos de Argel, y dejarémos para siempre un lugar que tanto detestais y aborreceis.

Mudósela el color al oir estas palabras, y se quedó suspensa, guardando un profundo silencio. Sorprendióme esto estrañamente y la dije admirado: ¡qué es eso, señora! ¡qué novedad veo en vuestro semblante! parece que os afligis en vez de alegraros. Pareciame á mí que os daba la noticia mas gustosa participándoos que estaba disponiendo nuestro viage para España, y conozco que ya no deseais restituiros á vuestra amada patria. Asi es, hijo mio, me respondió: confieso que ya no lo deseo. Tuve en ella tantos disgustos y tantas pesadumbres, que la he renunciado para siempre. ¡Qué es lo que oigo! esclamé penetrado de dolor. ¡Ah, señora! no digais que los disgustos recibidos en vuestro pais son los que os le hacen aborrecer, decid que los nuevos

amores entablados en este os han hecho odioso aquel. ¡Santos cielos, y qué mudanza! Cuando llegasteis á esta ciudad todo cuanto se os ponia delante os causaba horror. Aly Pegenil es el que os hace mirar las cosas con otros ojos. No lo niego, respondió Lucinda. Verdaderamente que amo mucho á este renegado, y quiero que sea mi cuarto marido. ¡Qué proyecto es el vuestro! interrumpí todo horrorizado. ¡Vos casaros con un mahometano! Sin duda habeis olvidado que sois cristiana, ó solamente lo habeis sido hasta aqui de puro nombre. ¡Ah madre mia! ¡y qué de cosas no estoy viendo ya! Habeis resuelto perderos para siempre, porque vais á hacer por vuestro gusto lo que yo hice únicamente por flaqueza y por necesidad.

Otras muchas cosas la dije para desviarla de aquel diabólico intento, pero prediqué en desierto, y á un peñasco. Habia tomado ya su partido. No contenta con dejarse arrastrar de su mala inclinacion, abandonándome á mí por entregarse á un renegado, quiso llevarse consigo á Beatriz; pero á esto me opuse fuertemente. ¡Ah infelicísima Lucinda! la dije, si nada es bastante á conteneros, abandonaos sola al furor que os posee, y no querais arrastrar á una inocente al precipicio á donde os precipitais. No insistió mas en pedir á su hija, quizá por alguna centella de luz que por entonces rayó en ella. Asi lo creia yo; pero conocia muy mal á mi madre. Uno de mis esclavos me dijo

dos dias despues: señor, mire V. por sí. Un cautivo de Pegelin vino á confiarme un secreto que no debo ocultar á V., para que no pierda tiempo en aprovecharse de él. Su señora madre ha mudado de religion, y en venganza de que su merced no le ha querido dar á su hija, está determinada á dar parte al bey de vuestra próxima fuga. No tuve la menor duda de que Lucinda haria todo lo que el esclavo me avisaba. Habiala yo estudiado mucho, y estaba persuadido á que á fuerza de representar papeles trágicos en el teatro se habia familiarizado tanto con el delito y con la crueldad, que me veria quemar vivo, y no se conmoveria mas que si viese representada en una tragedia esta catástrofe sangrienta.

Por tanto no quise despreciar el aviso que me dió el esclavo. Apresuré cuanto pude las prevenciones del embarco, y por no hacerme sospechoso tomé segun las costumbres de los corsarios argelinos, algunos turcos conmigo, y salí del puerto con todos mis esclavos y con mi hermana Beatriz. Ya se persuadirán ustedes que no me olvidaria de llevar todo el dinero, toda la plata y alhajas que habia en mi casa, y podia importar hasta unos diez mil ducados. Luego que nos vimos en plena mar, la primera cosa que hicimos fue asegurarnos de los turcos. Cargámoslos á todos de prisiones, lo que nos era muy fácil por ser mucho mayor el número de los esclavos. Tuvimos un viento

tan favorable que en poco tiempo ganamos las costas de Italia. Arribamos á Liorna con la mayor felicidad; y toda la ciudad, á lo que creo, acudió á nuestro desembarco. Entre los que concurrieron á él estaba por casualidad ó por curiosidad el padre de mi esclavo Azarini. Miraba atentamente á todos mis cautivos conforme iban desembarcando, y aunque en cada uno de ellos deseaba ver las facciones de su hijo, ninguna esperanza tenia de encontrarlas. ¿Pero qué transportes, qué demostraciones, qué estrechos abrazos de alegría se dieron padre é hijo cuando se reconocieron y llegaron á encontrarse? Luego que Azarini le informó de quién era yo y del motivo que me habia llevado á Liorna, me obligó el buen viejo á que no pensase en otro alojamiento que en el de su casa, juntamente con mi hermana Beatriz. Pasaré en silencio la menuda relacion de mil cosas que me ví precisado á practicar para volver á reconciliarme con el gremio de la iglesia. Solo diré que abjuré el mahometismo con mucha mayor fe que le habia abrazado. Purguéme enteramente del humor mahometano, vendí mi navío, y dí libertad á todos mis esclavos. Por lo que toca á los turcos se les aseguró en las cárceles de Liorna para cangearlos á su tiempo por otros tantos cristianos. Los dos Azarinis padre é hijo practicaron conmigo todo género de atenciones. El hijo se casó con mi hermana Beatriz; partido que á la verdad no dejaba de ser

ventajoso para él, porque al cabo era hija de un gentil-hombre, y heredera de la hacienda de Jercia, cuya administracion habia dejado mi madre á cargo de un rico labrador de Paterna cuando resolvió pasar á Sicilia.

Despues de haberme detenido en Liorna algun tiempo partí para Florencia deseoso de ver aquella corte. Llevé conmigo algunas cartas de recomendacion que el viejo Azarini me dió para algunos amigos suyos, á quienes me recomendaba como un caballero español pariente suyo. Yo añadí el *Don* á mi nombre de bautismo, á imitacion de no pocos paisanos mios, que sin tenerle, y por hacerse honor, se le dan á sí mismos en los paises estrangeros. Haciame pues llamar con descaro *el señor Don Rafael*, y como habia traido de Argel lo que bastaba para sostener dignamente esta postiza nobleza, me dejé ver en la corte con decoro. Los caballeros á quienes me habia recomendado Azarini publicaban en todas partes que yo era hombre de distincion; y como no lo desmentian las modales caballerescas que habia estudiado bien, era generalmente tenido por persona de importancia.

CAPITULO VII.

Como soy cristiano que ahora se sigue lo mejor de la historia de Don Rafael.

Supe entremeterme muy presto con los primeros señores de la corte, los cuales me presentaron al gran duque, y yo tuve la fortuna de caerle en gracia. Dediquéme á hacerle la corte y á estudiar sus inclinaciones. Oia para esto con atencion lo que decian de él los cortesanos mas viejos y esperimentados. Observé entre otras cosas que le gustaban mucho las prontitudes, los cuentos graciosos traidos con oportunidad, y los dichos agudos. Gobernéme por estas reglas, y todas las mañanas escribia en mis tabletas los cuentos que habian de lucirlo en aquel dia, y el modo de introducir ó de traer la conversacion adonde siempre viniesen á pelo. Sabia de memoria una gran cantidad de ellos, y tantos que parecia tener un saco lleno. No obstante que procuraba gastarlos con economía, veia que poco á poco se iba vaciando el saco, de suerte que me veria precisado á echar mano de la triste figura llamada *repeticion*, si mi genio, fecundo en invenciones, no me socorriera con abundancia, de manera que yo mismo componia cuentos galantes y cómicos, que divertian mucho al gran duque. Y (lo que sucede muchas veces á los ingeniosos y agudos de profesion) todas las mañanas apuntaba en

mi libro de memorias las agudezas y chistes que habia de decir aquel dia, vendiéndolos como hechos de repente.

Metíme tambien á poeta, y consagré mi musa á las alabanzas del príncipe. Confieso que mis versos no valian un comino. Por eso no fueron criticados; pero aun siendo mejores dudo mucho que el duque los hubiera celebrado mas: el hecho es que le agradaban infinitamente. Quizá seria por razon de los asuntos que yo escogia. Sea por lo que fuere, aquel príncipe estaba tan pagado de mí que llegué á dar zelos á los cortesanos. Estos quisieron averiguar quién era yo, pero no lo consiguieron. Solamente llegaron á descubrir que habia sido un renegado. No dejaron de ponerlo en noticia del príncipe con la esperanza de desbancarme; mas se quedaron burlados. Al contrario este chisme solo sirvió para que el gran duque me obligase un dia á que le hiciese una fiel relacion de mi cautiverio en Argel. Hícesela con la mayor verdad, y le divirtió infinitamente.

Luego que la acabé me dijo: D Rafael, yo te estimo mucho y quiero darte de esto una prueba tal que no te deje género de duda. Voy á hacerte depositario de mis secretos, y para ponerte desde luego en la posesion de confidente mio te digo que amo apasionadamente á la muger de uno de mis ministros. Es la muger mas linda de la corte, pero al mismo tiempo la mas virtuosa. Ocupada enteramente en el gobierno

de su familia, y totalmente entregada al amor de un marido que la idolatra, parece que ella sola ignora el ruido que hace en Florencia su hermosura. Por aqui conocerás la dificultad de esta conquista. En medio de eso esta deidad, inaccesible á los amantes, alguna vez me ha visto suspirar por ella. Ha conocido muy bien lo que pasaba en mi corazon; mas no por eso me lisonjeo de inspirarle amor. Ningun motivo me ha dado para consentir, ni aun para formar tan gustoso pensamiento. Sin embargo no desconfio de qué llegue á serla grata mi constancia, ni creo la desagrade la misteriosa y reservada conducta con que me he arreglado hasta aqui. La pasion que abrigo en mi pecho por esta dama de sola ella es conocida. En vez de abandonarme en mi inclinacion sin reparo alguno, abusando del poder y autoridad de soberano, mi mayor cuidado ha sido deslumbrar á todo el mundo ocultándole mi amor. Pareciame que era deudor de esta atencion á Mascarini, que es el esposo de la que amo. El desinteres y el celo con que me sirve, los importantes servicios que me ha hecho, su fidelidad y su hombría de bien me obligan á proceder con la mas secreta circunspeccion en materia tan delicada. No quiero clavar un puñal en el pecho de un marido infeliz declarándome amante de su muger. Quisiera que ignorase siempre, si fuese posible, el fuego que me abrasa y me devora, porque estoy persuadido que moriria

de dolor si llegara á saber lo que ahora te confio. Deseo, pues, ocultarle todos los pasos que doy, y he resuelto servirme de tí para que espongas á Lucrecia lo mucho que me cuesta y me hace padecer la violencia á que me he condenado yo mismo. Por tu mano le haré saber mis amorosos sentimientos. No dudo que desempeñarás muy bien este delicado encargo. Introdúcete con Mascarini; procura ganar su amistad y confianza; frecuenta su casa, y haz lo posible para conseguir la libertad de hablar siempre que quieras á su muger. Esto es lo que pretendo y espero de tí, bien asegurado de que desempeñarás el asunto con la destreza y discrecion que pide un empleo tan espinoso y de tales consecuencias.

Prometí al gran duque hacer todo lo posible para corresponder á su inestimable confianza y para contribuir á la satisfaccion de sus deseos. Cumplí presto mi palabra. Nada omití para grangearme la amistad de Mascarini, lo que me costó poco trabajo. Sumamente pagado de que solicitase su amistad un cortesano bienquisto del príncipe me ahorró mas de la mitad del camino. Franqueóme su casa; dióseme entrada libre al cuarto de su muger, y me atreveré á decir que en vista de mi respetoso y circunspecto proceder no tuvo la mas mínima sospecha de la negociacion de que estaba encargado. Es verdad que como era poco zeloso, aunque italiano, se fiaba en la virtud de su esposa, y

encerrándose en su gabinete me dejaba muchos ratos solo y á cuatro ojos con Lucrecia. Al principio cumplí con mi comision fielmente y á la buena. Hablé á la dama sobre el amor del gran duque, declarándola que venia á su casa precisamente para hablar con ella sobre este asunto. Parecióme que no estaba muy apasionada de él, pero al mismo tiempo conocí que la vanidad la hacia oir con gusto sus suspiros. Complaciase en oirlos sin querer corresponderlos. Era verdaderamente muger juiciosa y muy prudente; pero al fin era muger, y advertí que su virtud iba insensiblemente cediendo á la magnífica y lisonjera idea de tener dulcemente aprisionado á un soberano. En conclusion, el príncipe podia con fundamento esperar que sin renovar la violencia de Tarquino veria rendida á su amor esta Lucrecia. Sin embargo un incidente nunca previsto ni pensado desvaneció sus esperanzas, como ahora lo oirán Vds.

Soy naturalmente arriesgado con las mugeres, costumbre buena ó mala que me pegaron los turcos. Lucrecia era hermosa. Olvidéme de que con ella solamente debia hacer el papel de embajador. Habléla por mí en lugar de hablarla por el gran duque. Ofrecíla mis obsequios sin la menor ceremonia. En vez de ofenderse de mi atrevimiento y de responderme con enfado, me dijo sonriéndose: confesad, Don Rafael, que el gran duque ha tenido gran acierto en elegiros por su agente, pues tan celoso

y fiel sois en servirle. En verdad que le servís con una lealtad que no hay voces para alabarla. Madama, la respondí yo en el mismo tono, las cosas no se han de examinar tan escrupulosamente. Dejemos á un lado las reflexiones, que conozco no me son muy favorables; yo solamente me he abandonado á lo que me dicta el corazon. Sobre todo no creo ser yo el primer confidente de un príncipe que en punto de galanteo haya hecho traicion á su amo. Es cosa muy frecuente en los grandes señores que sus mercurios sean sus rivales. Eso bien puede ser, replicó Lucrecia, pero yo soy altiva, y ningun otro que un príncipe será capaz de merecer mi inclinacion. Arreglaos por este principio, prosiguió ella volviendo á revestirse de su natural seriedad, y mudemos de conversacion. Quiero olvidar lo me que acabais de decir; pero con la precisa condicion de que jamas volvais á hablarme sobre semejante asunto: no haciéndolo asi podrá suceder que os arrepintais muy de veras.

Bien que este fuese un caritativo *aviso al lector* de que debiera yo haberme aprovechado, proseguí sin embargo en hablar de mi pasion con la mi amada Lucrecia, y ademas la importunaba con mayor ardor sobre que correspondiese á mi cariño, y llegó mi temeridad á pretender tomarme algunas libertades. Ofendida la dama de mis discursos y de mis atrevimientos me echó muy enhoramala, amenazándome

que en breve sabria el gran duque mi insolencia, y le suplicaria me castigase como merecia mi arrojo. Díme yo tambien por ofendido de sus amenazas. Convirtióse en odio mi amor, y resolví tomar venganza del desprecio con que me habia tratado. Busqué á su marido, y despues de haberle hecho jurar que no me descubriria, le informé de la secreta inteligencia que reinaba entre su muger y el príncipe, pintándola á ella muy enamorada del gran duque para dar mas interes á la relacion. Lo primero que hizo el ministro para precaver todo accidente, fue encerrar estrechamente en un cuarto á su esposa, encargando su custodia á personas de toda confianza. Mientras ella estaba cercada de vigilantes argos que dia y noche la observaban y no dejaban camino alguno por donde pudiesen llegar al gran duque sus noticias, yo me presenté á este príncipe con semblante triste, y le dije que no debia pensar mas en Lucrecia, porque Mascarini habia sin duda descubierto todo nuestro enredo, puesto que habia comenzado á zelar y guardar á su muger; que yo no sabia por donde pudiese haber entrado en sospechas de mí, atendido que siempre habia usado el mayor disimulo y destreza; que quizá la misma Lucrecia habria informado á su esposo de mis pasos, y de concierto con él se habria dejado encerrar para librarse de solicitaciones que sobresaltaban y ofendian su virtud. Mostróse el príncipe muy afligi-

do al oir este informe, y á mí entonces me compadeció mucho su dolor, y mas de una vez me arrepentí de lo que habia hecho; pero ya no tenia remedio. Por otra parte confieso que sentia no sé qué secreta maldita alegría cuando consideraba la situacion á que habia reducido á una muger que solo por soberbia habia hecho tanto desprecio de mis suspiros.

Gozaba sin embargo impunemente el placer de la venganza, tan dulce á todos los corazones mal hechos, cuando un dia, estando con el gran duque con cinco ó seis señores nos preguntó á todos: ¿qué castigo os parece mereceria un hombre que abusando de la confianza de un príncipe intentase soplarle su dama y apropiarse su amor? Merecia, respondió un cortesano, ser descuartizado vivo: otro opinó que debia ser molido á palos hasta que perdiese poco á poco la vida. El menos cruel de aquellos italianos, y el que se mostró mas favorable al delincuente, dijo que él se contentaria con que fuese precipitado de lo mas alto de una eminente torre. ¿Y D. Rafael, replicó el gran duque, volviéndose hácia mí, de qué parecer es? Yo á lo menos, añadió, estoy persuadido de que los españoles no son menos severos que los italianos en semejantes coyunturas.

Conocí bien, como se puede pensar, que Mascarini no habia guardado su juramento, ó que su muger habia encontrado modo de instruir

al gran duque de cuanto habia pasado entre los dos. No podia menos de conocerse mi turbacion. Con todo eso me esforcé á responder con serenidad al gran duque: señor, los españoles son mas generosos. En semejante lance perdonarian con magnanimidad al desgraciado confidente, y por este noble rasgo de bondad harian nacer en el corazon del reo un eterno arrepentimiento de un delito en que habia tenido mas parte la flaqueza que la malignidad del corazon. Pues bien, me dijo el duque, yo me siento con bastante ánimo para este acto de magnanimidad. Perdono al traidor conociendo que solo debo culparme á mí mismo por haberme fiado á ciegas de un hombre desconocido, y de quien debia desconfiar despues de lo que me habian dicho de él. Don Rafael, esta es la venganza que tomo de vos: salid inmediatamente de todos mis estados, y no volvais á poneros delante de mí. Retiréme en el mismo punto, menos pesaroso de mi desgracia que consolado por haber salido tan bien de tan peligroso apuro.

Cuando llegó D. Rafael á este punto de su historia no me pude contener sin interrumpirle diciéndole: para un hombre tan advertido como sois, me parece fue grande error no haber salido de Florencia asi que descubristeis á Mascarini el amor del príncipe por Lucrecia. Debiais tener por cierto que tardaria poco el gran duque en saber vuestra traicion. Convengo en

ello, respondió el hijo de Lucinda, y por lo mismo habia pensado huir el cuerpo cuanto antes á pesar del juramento que me hizo el ministro de no esponerme al resentimiento del príncipe.

CAPITULO VIII.

Da fin á su historia D. Rafael.

El dia siguiente al de mi despedida del gran duque me embarqué en un navío catalan que salia de Liorna para Barcelona. Desembarqué en aquella ciudad con lo que me habia quedado de las riquezas que traje de Argel, cuya mayor parte habia disipado en Florencia por hacer la figura de caballero español. No me detuve largo tiempo en Cataluña. Reventaba por volverme cuanto antes á Madrid, encantado lugar de mi nacimiento, y satisfice mis ansiosos deseos lo mas presto que me fue posible. Luego que llegué á la corte me apeé por casualidad en uno de los mesones que llaman de *Caballeros*, donde me encontré con una dama que tenia por nombre Camila. Aunque habia salido ya de su menor edad, todavía era un bocado sabroso; testigo el señor Gil Blas que, poco mas ó menos, por aquel mismo tiempo tuvo la fortuna de verla en Valladolid. No era fea, pero aun era mas discreta que hermosa. Ninguna aventurera tuvo mayor talento para

traer la pesca á sus redes. Mas no era de aquellas chulas que negocian con lo que las produce el reconocimiento de sus amantes. ¿Acababa de despojar á un mercader rico ó algun mayordomo de un gran señor? inmediatamente repartia los despojos con el primer caballero mendicante que fuese de su gusto.

Apenas nos vimos los dos cuando recíprocamente nos amamos, y la conformidad de nuestras inclinaciones nos unió tan estrechamente, que presto pasó á hacer tambien comunidad de bienes. A la verdad no eran muy considerables los nuestros, y asi los comimos todos en poco tiempo. Por nuestra desgracia solo pensábamos en divertirnos uno con otro, sin aprovechar las disposiciones que teniamos los dos para vivir á costa agena. La miseria en fin dispertó aquellos ingenios que el placer tenia dormidos, y aun casi letárgicamente amodorrados. Querido Rafael, me dijo un dia Camila, demos algunas treguas, y hagamos diversion á nuestro infructífero amor. Nuestra fidelidad es nuestra ruina. Tú puedes atrapar á una viuda rica, y yo puedo enganchar algun viejo poderoso. Si proseguimos en ser fieles uno al otro comenzarémos á ser miserables. Hermosa Camila, respondí yo prontamente, me has ganado por la mano. Ciertamente iba á hacerte la misma proposicion. Vengo en ello, reina mia. Sí por cierto, para la conservacion de nuestro amor es menester tener otras conquistas. Las infi-

delidades que nos harémos serán otros tantos triunfos para entrambos.

Ajustado este tratado salimos á campaña. Al principio por mas diligencias que hicimos no podiamos encontrar lo que buscábamos. A Camila solamente se le presentaban majos y pisaverdes, es decir, personas que no tienen un ochavo, y á mí solo se me ofrecian aquellas mugeres que imponen contribuciones en vez de pagarlas. Como el amor se negaba á socorrer nuestras necesidades, apelamos á enredos y á bellaquerías. Hicimos tantos y tantas que el corregidor llegó á saberlas, y este juez, endiabladamente severo, dió órden que nos prendiesen. El alguacil, que era tan buen hombre como taimado el corregidor, nos hizo espaldas para que saliésemos de Madrid, mediante cierta cantidad de dinero. Tomamos el camino de Valladolid, y arranchámonos en aquella ciudad. Arrendé una casa donde me alojé con Camila, que pasaba por hermana mia, por evitar las resultas del escándalo. ¡Al principio nos contuvimos ocultando nuestra habilidad y talentos, y teniendo á rienda nuestra industria hasta tantear y conocer bien el terreno.

Un dia se llegó á mí un hombre en la calle, y saludándome muy cortesmente me dijo: ¿señor Don Rafael, no me conoce V.? Respondíle que no. Pues yo, me replicó él, conozco á V. perfectamente. Víle en la corte de Toscana,

donde servia yo en las guardias del gran duque. Pocos meses ha que dejé el servicio de aquel príncipe. Víneme á España con un italiano de los mas astutos. Estamos en Valladolid tres semanas ha. Vivimos en compañía de un castellano viejo y un gallego, dos mozos muy honrados. Nos mantenemos todos con el trabajo de nuestras manos. Lo pasamos como unos príncipes, comiendo, bebiendo y divirtiéndonos á nuestra satisfaccion. Si V. quiere agregarse á nosotros será muy bien recibido de mis compañeros, porque segun noticias siempre le he tenido á V. por un hombre muy de bien, nada escrupuloso, y en fin caballero profeso en nuestra órden.

La franqueza con que me habló aquel bribon me estimuló á responderle con la misma. Ya que te has abierto conmigo con tanta sinceridad, le respondí, quiero yo hablarte con la misma. Es verdad que no soy novicio en vuestra profesion, y si la modestia me permitiera referirte mis hazañas, verias que no me has hecho demasiada merced en tu ventajoso concepto. Pero dejando á un lado alabanzas propias, me contentaré con decirte aceptando la plaza que me ofreces en vuestra compañía, que no perdonaré á diligencia alguna para haceros conocer que no la desmerezco. Apenas dije á aquel ambidextro que consentia en aumentar con mi persona el número de mis camaradas, cuando luego me condujo á donde estos esta-

ban, y desde el mismo punto me dí á conocer á todos. Alli fue donde ví la primera vez al ilustre Ambrosio Lamela. Examináronme aquellos señores sobre el arte fino y sutil de hacer propio lo ageno contra la voluntad de su dueño. Quisieron saber sobre qué principios me gobernaba para ejercitarle con destreza y sin peligro; descubríles tales y tantos ignorados por ellos que se quedaron admirados, pero mucho mas se pasmaron cuando me oyeron hablar con desprecio sobre la sutileza de las manos, tratándola de mecanismo vil y bajo, asegurándolos que en lo que yo me aventajaba era en los golpes magistrales de robar que pedian testa, ingenio, sagacidad y conducta. Para persuadirles esta verdad, y para que comprendiesen mejor lo que les queria decir, les conté la aventura de Gerónimo Mojadas, y bastó la sencilla relacion de aquel suceso para que me reconociesen por un genio superior, y todos unánimemente me nombrasen por su gefe. Tardé poco en justificar el acierto de su eleccion en una multitud de agudas bribonerías que hicimos, de todas las cuales era yo el director, y como la llave maestra. Cuando se necesitaba alguna actriz para forjar mejor algun enredo echábamos mano de Camila, que era eminente en representar todos los papeles que se la encargaban.

Vínole por aquel tiempo á nuestro cofrade Ambrosio la tentacion de ir á Galicia. Partió, pues, á su patria, asegurándonos de su retor-

no. Despues que satisfizo su antojo volvió por Burgos, sin duda para dar algun golpe de maestro, y un mesonero conocido suyo le acomodó con el señor Gil Blas de Santillana, de cuyos negocios se informó muy bien. V., señor Gil Blas (prosiguió dirigiéndome á mí la palabra), se acordará sin duda de la graciosa manera con que le desbalijamos en la posada de Valladolid. Tengo por cierto que desde luego sospecharia V. que su criado Ambrosio habia sido el principal instrumento de aquel robo, y en verdad que os sobró la razon para sospecharlo. Luego que llegó á Valladolid vino á buscarnos, informónos de todo, y toda la gavilla se encargó de lo demas. Pero no sabrá las consecuencias de aquella aventura, y quiero informarle de ellas. Ambrosio y yo cargamos con su balija, montamos en vuestras mulas, y tomamos el camino de Madrid, sin contar con Camila ni con los demas camaradas, los cuales se admirarian tanto como vos cuando vieron que no pareciamos al dia siguiente.

A la segunda jornada mudamos de parecer, y en lugar de seguir el camino de Madrid torcimos hácia Toledo. Lo primero que hicimos en aquella ciudad fue vestirnos decentemente. Vendímonos por dos hermanos naturales del reino de Galicia que viajaban por curiosidad. En poco tiempo entablamos conocimiento con mucha gente de distincion. Estaba yo tan acostumbrado á las modales cortesanas y ca-

balleresces, que fácilmente deslumbraba á cuantos me veian y trataban. A esto se añadia que como en un pais desconocido la calidad de los forasteros ordinariamente se mide por el gasto que hacen, y por el esplendor con que se portan, echábamos polvos á los ojos de todos con los galantes y magníficos festines que dábamos á las damas. Entre las que trataba encontré con una que verdaderamente me enamoró. Quise saber quién era, y hallé que se llamaba Doña Violante, muger de un caballero que cansado de sus caricias obsequiaba á una cortesana que se habia hecho dueño de su corazon. No necesité saber mas para determinarme á poner á Doña Violante en posesion de todos mis pensamientos.

Tardó poco ella misma en conocer la conquista que habia hecho. Comencé á obsequiarla siguiéndola á todas partes, y haciendo mil locuras para persuadirla que no aspiraba á otra cosa que á consolarla de las infidelidades de su marido. Pensó la niña un tanto sobre esto, y al cabo tuve el gusto de conocer que no la desagradaba mi sana intencion. Recibí en fin un billete de ella en respuesta á muchos que yo la habia escrito por medio de una de aquellas viejas que en España y en Italia son tan á propósito para el desempeño de esta especie de comisiones. Decíame en el tal billete que su marido cenaba todas las noches á casa de su dama, y que hasta muy tarde no se restituia á la suya.

Desde luego comprendí lo que me queria decir en esto. Aquella misma noche fui á hablar con Doña Violante por la reja, y tuve con ella una larga y muy fina conversacion. Quedamos de acuerdo en que todas las noches á la misma hora nos habiamos de hablar en el propio sitio sin perjuicio de los demas pasos amorosos que se podrian practicar entre dia.

Hasta entonces D. Baltasar (que asi se llamaba el marido de mi princesa) podia darse por bien servido; pero yo queria amar físicamente, y una noche fui al sitio consabido con ánimo de decir á la dama que ya no podia vivir si no lograba hablarla á solas en un lugar mas conveniente al esceso de mi amor, fineza que nunca habia podido conseguir. Pero apenas llegué á ponerme cerca de la reja cuando ví venir á un hombre por la calle, el cual conocí que me observaba. Con efecto era el marido de Doña Violante, que aquella noche se retiraba á casa algo temprano, y viendo parado á un hombre bajo la rejas de ella comenzó él mismo á pasearse por la calle. Estuve dudoso por algun tiempo de lo que habia hacer, pero al fin me determiné abordar á D. Baltasar sin que yo le conociese, ni él me conociese á mí: caballero, le dije, suplico á V. que por esta noche me deje libre la calle, que en otra ocasion le serviré yo á V. Señor, me respondió él, la misma súplica iba yo á hacer á V. Yo cortejo á una señorita que vive veinte pasos de aqui, á quien

un hermano suyo hace guardar vigilantísimamente, por lo que quisiera ver del todo desocupada la calle. Espere V., repliqué yo, que ahora me ocurre un modo de que ambos quedemos servidos sin incomodarnos, porque la dama que yo cortejo vive en esta casa, mostrándole la propia suya. V. puede divertirse en la otra mientras yo me divierto en esta, y hacernos espaldas los dos si alguno de nosotros fuere acometido. Convengo en ello, repuso él: yo voy á ocupar mi sitio, V. quédese en el suyo, y socorrámonos mutuamente en caso de necesidad. Diciendo esto se apartó de mí, pero fue para observarme mejor, como lo permitia la poca oscuridad de la noche.

Acerquéme entonces sin recelo al balcon de Violante. No tardó ella en venir, y comenzamos á cuchuchear. No me olvidé de hacerla mil instancias para que me concediese una audiencia privada en un sitio reservado. Resistió un poco á mis ruegos para hacer mas estimable la gracia; pero despues echándome un papel que ya traia prevenido en el bolsillo: ahí va, me dijo, lo que deseas, y verás bien despachados tus ruegos. Al decir esto se retiró, por cuanto se iba ya acercando la hora en que acostumbraba recogerse á casa su marido. Pero este que habia conocido muy bien ser su muger el ídolo á quien yo sacrificaba, me salió al encuentro, y con fingido alborozo me preguntó: ¿ y bien, caballero, está V. contento de su buena

fortuna? Tengo motivo para estarlo, le respondí: y á V. ¿cómo le fue en la suya? ¿Mostrósele el amor risueño y favorable? Oh, nó, me respondió con despecho. El maldito hermano de mi bella volvió de su casa de campo un dia antes de lo que habiamos pensado, y este contratiempo aguó nuestro contento y cortó mis no mal fundadas esperanzas.

Hicímonos D. Baltasar y yo recíprocas protestas de amistad, y para estrechar mas el lazo nos citamos para la plaza mayor la mañana siguiente. Despues que nos separamos se fue Don Baltasar derecho á su casa, donde no dió á su muger la mas mínima señal de las buenas noticias que tenia de ella, y el dia siguiente acudió á la plaza segun lo acordado. Un momento despues llegué yo. Saludámonos con vivas demostraciones de amistad, tan alevosas por su parte como sinceras por la mia. Hízome el artificioso D. Baltasar una falsa confianza de sus lances amorosos con la dama de quien me habia hablado la noche anterior. Contóme una larga fábula que habia forjado, todo con el siniestro fin de obligarme á corresponderle contándole yo el modo con que me habia introducido al conocimiento con Violante. Caí incautamente en el lazo, y con la mayor franqueza del mundo le confesé todo lo que me habia sucedido. No contento con esto le mostré el papel que habia recibido, y aun le leí tambien su contesto, que era el siguiente: *maña-*

na iré á ver á Doña Ines, ya sabeis donde vive. En casa de esta fiel amiga mia nos hablarémos á solas. No puedo negaros por mas largo tiempo un favor que juzgo mereceis.

Ese es un papel, dijo D. Baltasar, que promete á V. el merecido premio de sus amorosos suspiros. Anticípole á V. la enhorabuena de la dicha que le aguarda. No dejó de mostrarse un poco turbado mientras hablaba de esta manera; pero fácilmente me deslumbró ocultando á mis ojos su turbacion y su embarazo. Estaba tan embebido de mis alegres esperanzas, que ni siquiera me acordaba de observar á mi confidente, aunque este se vió precisado á dejarme, sin duda por temor de que no conociese su agitacion. Partió luego á contar á su cuñado esta aventura. Ignoro lo que pasó entre los dos, solo sé que D. Baltasar vino á casa de Doña Ines á tiempo que yo estaba con Violante. Supimos que era él el que llamaba, y yo me escapé por una puerta falsa antes que entrase en la sala. Luego que desaparecí se serenaron las dos mugeres, que se habian turbado mucho con la repentina venida del marido. Recibiéronle con tanta serenidad, que desde luego sospechó me habian ocultado ó hecho escapadizo. Lo que dijo á Doña Ines y á su muger no os lo puedo contar, porque nunca lo he sabido.

Entre tanto, no acabando todavía de conocer que D. Baltasar se burlaba cruelmente de mi sinceridad, salí de la casa echándole mil

maldiciones, y me fui derecho á la plaza, donde habia dicho á Lamela que me aguardase. No le encontré, porque el bribon tenia tambien su poco de trapillo, y con suerte menos escasa que la mia. Mientras le esperaba ví que se venia hácia mí mi alevoso confidente con una cara muy alegre y mucho desembarazo. Luego que me abordó me preguntó cómo me habia ido con mi ninfa en casa de Doña Ines. No sé qué demonio, le respondí, enemigo de mis gustos, me viene á echar un jarro de agua en todos ellos. Mientras estaba á solas con ella instando y suplicando llamó á la puesta su maldito marido, á quien lleve Barrabas. Me fue preciso pensar en el modo de retirarme prontamente. Salí por una puerta escusada dando mil veces al diablo al grandísimo impertinente que viene siempre á descomponer mis medidas. A la verdad lo siento (repuso D. Baltasar, alegrísimo en lo interior de verme tan desazonado). Este es un marido importuno, que no merece cuartel. Oh, en cuanto á eso, repliqué yo, no dudeis que seguiré vuestro consejo. Os doy palabra de que esta misma noche pasará por las baquetas su honor. Su muger, al separarnos, me dijo que fuese adelante con mi empeño, y no abandonase la empresa por tan pocas cosas, que prosiguiese en visitar sus ventanas á la hora acostumbrada, porque estaba resuelta á introducirme ella misma en su casa; pero que en todo caso que no dejase de ir escoltado con

dos ó tres camaradas para que cualquiera lance me hallase bien prevenido. ¡O qué prudente es esa dama! me respondió él. Yo me ofrezco desde luego á acompañaros. ¡Oh querido amigo! (repliqué yo fuera, de mí de puro gozo y echándole los brazos al cuello) y de cuántas finezas no os soy deudor! Aun haré mas por vos, repuso él. Yo conozco á un mozo que es un Alejandro; este será tambien de la partida, y con tal escolta podréis divertiros á vuestro gusto sin sobresalto ni contratiempo.

No encontraba voces para esplicar mi reconocimiento á los favores de aquel nuevo amigo, tan encantado me tenia su zelo. Acepté en fin el socorro que me ofrecia, y dándonos el santo para cerca del balcon de Violante á la entrada de la noche, nos separamos. D. Baltasar fue á buscar á su cuñado, que era el Alejandro de quien me habia hablado, y yo me quedé paseando con Lamela, el cual aunque no menos admirado que yo del ardor con que D. Baltasar se interesaba en este asunto, cayó tambien en la red como yo habia caido, sin pasarle por el pensamiento la menor desconfianza de la sinceridad de aquellas finezas. Confieso que una simplicidad tan garrafal no se podia perdonar á unos hombres como nosotros. Cuando me pareció que era hora de presentarme á las ventanas de Violante, Ambrosio y yo nos acercamos á ellas bien prevenidos de buenas armas. Hallamos en el mismo sitio al marido de la da-

ma, acompañado de otro hombre, que nos esperaban á pie firme. Llegóse á mí D. Baltasar y me dijo: este es el caballero de cuyo valor hablamos esta mañana. Entre V. en casa de su dama, y disfrute su dicha sin cuidado ni inquietud.

Acabados los recíprocos cumplimientos llamé á la puerta de mi ninfa. Vino á abrirla una especie de dueña. Entré sin advertir lo que pasaba á mis espaldas, y llegué hasta una sala donde Violante me esperaba. Mientras la estaba saludando, los dos traidores que me habian seguido hasta dentro de la casa, habian entrado en ella tan atropelladamente, y habian cerrado tras de sí la puerta con tanta violencia, que el pobre Ambrosio se habia quedado en la calle. Descubriéronse, y ya podeis imaginar el apuro en que yo me veria. Era menester discurrir poco y obrar mucho. Cargáronme los dos á un mismo tiempo con las espadas desnudas, yo les correspondí con tal denuedo, que en pocos instantes les hice descubrir mucha tierra. Díles tanto que hacer, que se arrepintieron presto de no haber tomado medidas mas seguras para la venganza. Pasé de parte á parte al marido, y el cuñado viéndole fuera de combate tomó la puerta que Violante y la dueña habian dejado abierta al escaparse mientras nosotros reñiamos. Fuile siguiendo hasta la calle, donde encontré á Lamela, que no habiendo podido sacar ni una sola palabra á las

dos mugeres que vió iban huyendo, estaba pasmado sin saber á qué atribuir aquella fuga, ni el rumor que habia oido. Restituímonos á la posada, y recogiendo de priesa lo mejor que teniamos, montamos en nuestras mulas, y salimos de la ciudad antes que amaneciese.

Conocimos muy bien que el negocio era de peligrosas consecuencias, y que se harian en Toledo tales pesquisas que seria imprudencia no tomar todo género de precauciones. Hicimos noche en Villarubia, apeándonos en un meson, donde poco despues entró un mercader de Toledo que caminaba á Segorve. Cenamos todos juntos, y él nos contó el trágico suceso que la noche precedente habia acaecido al marido de Violante, mostrándose tan lejos de sospecharnos reos en él que con libertad le hicimos toda suerte de preguntas. Señores, nos decia, el suceso le supe esta mañana cuando iba á montar á caballo. Con que solo entendí que no se sabia dónde habia ido á parar Doña Violante, se hacian grandes diligencias para encontrarla; y siendo el corregidor pariente de Don Baltasar estaba resuelto á no perdonar á medio ni gasto alguno para descubrir los autores del homicidio.

Nada me espantaron las pesquisas del corregidor de Toledo. Sin embargo tomé desde luego la resolucion de salir cuanto antes de Castilla la nueva, considerando que si encontraba á Violante confesaria cuanto habia pasado, y

daria tales señas de mi persona que la justicia despacharia luego varias gentes en seguimiento de ella. En virtud de estas razones determinamos desviarnos de todo camino real desde el dia siguiente. Tuvimos la fortuna de que Lamela habia corrido las tres partes de España, y tenia bien conocidas todas las sendas estraviadas por donde podiamos entrar con seguridad en Aragon. En vez de irnos derechos á Cuenca nos metimos en las montañas que estan antes de llegar á la ciudad, y por senderos desconocidos al comun, pero muy practicados por mi conductor, llegamos á una gruta, que tenia toda la apariencia de ermita. Con efecto era la misma donde ayer noche llegaron ustedes á pedirme que les recogiese.

Mientras yo me estaba recreando con la vista de aquellos contornos que me representaban un pais deliciosísimo, me dijo mi compañero: seis años ha que pasando yo por aqui me hospedó caritativamente en esta ermita un viejo y venerable ermitaño. Repartió conmigo los escasos víveres que tenia, era un santo varon, y me dijo cosas tan sanas y tan buenas que faltó poco para desprenderme del mundo. Acaso vivirá todavía, y quiero ver si es asi. Diciendo esto se apeó de la mula el curioso Ambrosio, y entrando en la ermita, despues de haberse detenido en ella algunos momentos, salió diciéndome: apeaos, Don Rafael, y venid á ver un espectáculo muy raro. Eché pie á tierra in-

mediatamente, y atando nuestras mulas á un árbol seguí á Lamela hasta la gruta, donde entré y ví tendido en un pobre jergon á un viejo anacoreta pálido, consumido y moribundo. Pendia de su venerable rostro una blanca barba tan poblada y tan larga, que le llegaba hasta la cintura, cubriéndole todo el pecho; tenia las manos puestas en cruz, y en ellas un gran rosario. Al ruido que hicimos cuando nos acercamos á él entreabrió los ojos, que la muerte habia comenzado ya á cerrar, y mirándonos con languidez un momento: *hermanos mios*, nos dijo con voz desmayada y confusa, *seais quienes fuereis, aprovechaos del espectáculo que se presenta á vuestros ojos. Cuarenta años viví en el mundo, y sesenta en el desierto. ¡Ah, y qué largo me parece ahora el tiempo que dediqué á mis deleites, y qué corto el que consagré á la penitencia! ¡O gran Dios! Temo mucho que las austeridades del hermano Juan no hayan sido bastantes para satisfacer los pecados del licenciado Don Juan de Solis.*

Apenas dijo estas palabras cuando espiró. Quedamos los dos atónitos á vista de su muerte. Semejantes objetos siempre hacen impresion hasta en los mas desalmados. Duró poco nuestra conmocion; porque olvidamos presto lo que acabábamos de oir, y comenzamos á hacer inventario de todo lo que habia en la ermita. No tardamos mucho tiempo en hacerle, puesto que todos los muebles consistian en lo que ha-

beis visto en ella. No solo la tenia el hermano Juan poco alhajada, sino que hasta la despensa estaba mal provista. Todas las provisiones que hallamos se reducian á algunas pocas nueces medio podridas, y algunos mendrugos de pan casi petrificados, que dificilmente podian deshacer las despobladas encías del santo varon. Una cosa nos dió mas golpe, y no dejamos de estrañarla mucho. Hallamos un papel cerrado como una carta, que el difunto habia dejado sobre la mesa, en la cual encargaba á quien le leyese que llevase su rosario y sus sandalias al obispo de Cuenca. No acabábamos de entender con qué intencion habia podido aquella buena alma desear que se hiciese á su obispo semejante regalo. Olianos un poco á falta de humildad, ó á cierto hipo de ser tenido por santo. ¿Pero quién sabe si solo fue un si es ó no es de tontería? El hecho es que no nos atrevemos á decidir este punto.

Hablando de ello Lamela y yo, le ocurrió á aquel un estraño pensamiento. Quedémonos, me dijo, en esta ermita: disfracémonos en ermitaños. Enterremos al hermano Juan. Tú pasarás por él; y yo con el nombre del hermano Antonio iré á pedir limosna por los lugares y aldeas del contorno. De esta manera, no solo estarémos á cubierto de las pesquisas del corregidor de Toledo, que no creo pueda pensar en buscarnos aqui, sino que espero lo pasarémos bien, en virtud de los conocimien-

tos que tengo en la ciudad de Cuenca. Aprobé este estraño pensamiento, no ya por las razones que Ambrosio me alegaba, sino por un rasgo de fantasía, y por hacer algun papel en una que se me figuraba como pieza de teatro. Abrimos, pues, una sepultura á treinta ó cuarenta pasos de la gruta, y enterramos en ella al hermano Juan despues de haberle despojado de su hábito, que consistia en una sola túnica ceñida al cuerpo con una correa de cuero, y le cortamos tambien la barba para hacerme con ella á mí una postiza; en fin, despues de los funerales tomamos posesion de la ermita.

Pasámoslo muy mal el primer dia, viéndonos precisados á mantenernos solamente con la triste provision que nos habia dejado el difunto; pero el dia siguiente antes de amanecer salió Lamela á campaña con las dos mulas, que vendió en Cuenca, y por la noche volvió cargado de víveres y de otras cosillas que habia comprado. Trajo todo lo que era menester para disfrazarnos bien. Hizo para sí una túnica ó hábito de paño pardo y una barbilla roja de crines, la que se supo acomodar con tal arte que parecia natural. No hay en el mundo mozo mas mañoso que él. Formó y tejió tambien la barba del hermano Juan; ajustómela á la cara, y metióme en la cabeza un gran gorro de lana oscura, que contribuia mucho á cubrir el artificio. Se puede decir que nada faltaba para nuestro perfectísimo disfraz. Ha-

llámonos los dos en este ridículo equipage de manera que no podiamos mirarnos sin que nos retozase la risa, viéndonos en un trage que ciertamente no nos convenia. Con la túnica del hermano Juan heredé tambien su rosario y sus sandalias, alhajas que no hice escrúpulo de apropiarme en vez de regalárselas al obispo de Cuenca.

Pasáronse tres dias de nuestro ermitañismo sin haber visto en todos ellos alma viviente; pero al cuarto entraron en la gruta dos paisanos. Traian al difunto (creyendo que estuviese vivo y sano) pan, queso y piñones. Luego que los ví me eché sobre mi tarima, y me fue fácil alucinarlos. Fuera de que ellos no podian distinguirme bien por la escasa luz de la ermita, procuré imitar lo mejor que pude la voz del hermano Juan, cuyas últimas palabras habia oido; de manera que los pobres hombres no tuvieron la menor sospecha de aquella superchería. Solo mostraron alguna admiracion de hallarse en la gruta con otro ermitaño ademas del hermano Juan. Pero advirtiéndolo el socarron de Lamela, les dijo con cierto aire hipocriton: no os admireis, hermanos, de verme á mí en esta soledad. Estaba yo en una ermita de Aragon, y la dejé por venir á hacer compañía al venerable hermano Juan para asistirle en su estrema vejez, considerando la necesidad que tendria en ella de este alivio. Los inocentes labradores prorumpieron en in-

finitas alabanzas de Ambrosio, ensalzando hasta el cielo su heroica caridad, y dándose á sí mismos mil parabienes por la dicha de tener dos grandes santos en su pais.

Habia comprado Lamela unas grandes alforjas de tela blanca, y cargado con ellas partió por la primera vez á dar principio á la cuesta en la ciudad de Cuenca, que solo dista una corta legua de la ermita. Como la naturaleza le habia dotado de un esterior devoto y compungido con una voz semiatiplada y pegajosa, y que ademas de eso posee en supremo grado el arte de hacer valer estas prendas naturales, no es ponderable la facilidad con que movia el corazon de las personas caritativas á darle limosna. En poco tiempo le llenaron las alforjas los efectos de su piadosa liberalidad. Amigo Ambrosio, le dije cuando volvió á la ermita, te doy el parabien del admirable talento que tienes para ablandar y enternecer los corazones cristianos. Vive Dios que parece has ejercitado por muchos años el oficio de demandante. Algo mas he hecho, me respondió él, que proveer decentemente mis alforjas. Sabe que he topado con cierta ninfa llamada Bárbara, que fue algo mia en otro tiempo. Vive con otras dos ó tres beatas que edifican al mundo en público, y hacen una vida muy diferente en particular. Al principio no me conoció, tanto que me ví obligado á decirla: ¿cómo asi, señora Bárbara? ¿Es posible que ya

desconozcais á uno de vuestros antiguos amigos y vuestro humilde servidor Ambrosio? Por vida mia, señor Lamela, respondió Bárbara, que jamas podia soñar el veros vestido con ese trage. ¿Por qué diablos de aventura has venido á parar en ermitaño? Eso es cosa larga, la respondí, y ahora no puedo detenerme á contártela. Mañana á la noche volveré, y satisfaré tu curiosidad; tambien vendrá conmigo mi compañero el hermano Juan. ¿Qué hermano Juan? replicó ella: ¿aquel viejo y buen ermitaño que vive en una ermita cerca de esta ciudad? No pienses en eso, respondí. Es verdad que en otro tiempo tuvo muchos años; pero de pocos dias á esta parte ha remozado tanto que no soy yo mas mozo que él. Pues bien, respondió Bárbara, siendo eso asi, que venga contigo. Sin duda que en esto se oculta algun misterio.

No dejamos el dia siguiente de ir á casa de aquellas embusteras luego que la noche nos lo permitió. Ellas nos tenian prevenida una gran cena. Inmediatamente que entramos en su casa nos quitamos las barbas postizas, arrimamos el hábito eremítico, y nos presentamos tales cuales éramos. Ellas por su parte, por no parecer menos francas que nosotros, se descubrieron tambien ni mas ni menos como eran, haciéndonos ver todo lo de que son capaces las falsas devotas cuando arriman á un lado las gazmoñerías de la aparente devocion. Pasamos casi to-

da la noche en la mesa, y no nos retiramos á nuestra gruta hasta poco antes de amanecer. Volvimos presto á repetir la visita, ó por mejor decir, seguimos el mismo método por espacio de tres meses, y gastamos con estas ninfas mas de las dos partes de nuestro caudal. Pero cierto zeloso lo ha descubierto todo dando parte á la justicia, la cual debia hoy venir á la ermita para apoderarse de nuestras personas. Ayer mientras Ambrosio iba continuando su cuesta por la ciudad, una de las beatas le puso en la mano un billete, diciéndole: una amiga mia me entregó esta carta que iba ahora á buscar á un hombre para enviársela á V. Muéstresela al hermano Juan, y tomen los dos sus medidas en informándose de su contenido. Este es aquel mismo billete que Lamela me entregó ayer en vuestra presencia, y el que me obligó á abandonar tan precipitadamente mi solitaria habitacion.

CAPITULO IX.

Del consejo que tuvieron Don Rafael y sus oyentes, y de la aventura que les sucedió al querer salir del bosque.

Cuando acabó Don Rafael de contar su historia, (que á todos pareció demasiado larga, Don Alfonso le dijo, por cortesía, que verdaderamente le habia divertido mucho. Despues de este cumplimiento) tomó la palabra el señor Lamela, y volviéndose á su compañero le dijo: D. Rafael, el sol está ya para ponerse; pa-

reciame razon que deliberásemos sobre el partido que debemos tomar. Dices bien, le respondió Rafael: es menester pensar á donde hemos de ir. Yo, continuó Lamela, soy de parecer que sin perder tiempo nos pongamos en camino, y procuremos llegar esta noche á Requena, para entrar mañana en el reino de Valencia, donde pondrémos en movimiento los resortes de nuestra industria. Siento acá dentro de mi corazon no sé qué presagios de que darémos golpes magistrales. D. Rafael, que tenia gran fe en sus presentimientos sobre estos asuntos, reputándolos infalibles, accedió luego á su opinion. Don Alfonso y yo, como nos habiamos puesto en manos de aquellos dos hombres de bien, esperamos sin hablar palabra la resulta de aquella conferencia.

Resolvióse, pues, que tomásemos la vuelta de Requena, y nos dispusimos todos para ello. Comimos un bocado, y despues cargamos el caballo con un pellejo de vino y lo restante de las provisiones. Sobreviniendo la noche, de cuya lobreguez teniamos necesidad para caminar seguros, quisimos salir del bosque, pero aun no habiamos andado cien pasos cuando descubrimos por entre los árboles una luz que nos dió mucho que pensar. ¿Qué significa aquella luz? preguntó D. Rafael. ¿No sean quizá los corchetes de Cuenca despachados en seguimiento nuestro que sintiéndonos en este bosque nos vengan á buscar en él? No lo creo, dijo

Ambrosio; antes bien serán algunos viajantes que cogiéndoles la noche se habrán refugiado aqui hasta que amanezca; pero en todo caso, porque puedo engañarme, quiero ir á reconocerlos yo, mientras tanto quédense los tres en este puesto, que vuelvo en un momento. Diciendo esto se fue acercando á paso de lobo hácia donde se dejaba ver la luz, que no estaba muy distante. Fue desviando con mucho tiento las hojas, los ramos y matorrales que le impedian el paso, y al mismo tiempo iba mirando y observando hácia todas partes con toda la atencion que á su parecer merecia la cosa. Vió sentados sobre la yerba, al rededor de una candela colocada sobre un montoncito de tierra, á cuatro hombres, que acababan de comer una empanada y de agotar un barril de vino que iban pasando de mano en mano. A pocos pasos de distancia descubrió á un hombre y á una muger atados en un árbol, y un poco mas lejos un coche de camino con mulas ricamente enjaezadas. Desde luego sopechó que los cuatro hombres que estaban sentados eran ladrones, y por la conversacion que les oyó acabó de conocer que nó habia sido temeraria su sospecha. Disputaban los cuatro salteadores sobre quién habia de poseer la dama que les habia caido entre las manos, y trataban de sortearla. Instruido plenamente Lamela volvió donde estábamos, y nos informó menudamente de todo lo que habia visto y oido.

Señores, dijo entonces D. Alfonso, la muger y hombre que tienen atados á un árbol los ladrones quizá serán una dama y un caballero de mucha distincion. ¿Y hemos de sufrir nosotros que sirvan de víctima á la barbarie y á la lasciva brutalidad de unos infames asesinos? Credme, señores, echémonos sobre esta vil canalla, y mueran todos á nuestras manos. Consintió D. Rafael, diciendo: yo estoy tan pronto á hacer una buena accion como una mala. Ambrosio por su parte protestó que solo deseaba concurrir á una empresa tan loable, cuyas consecuencias no podian menos de ser muy ventajosas para todos, y añadió: atrévome á decir que en esta ocasion el peligro no me atemoriza, y que ningun caballero andante emprendió jamas con mayor gusto ni valor hazaña alguna peligrosa en servicio de su dama. Pero si las cosas se han de vender por su justo precio, y si no se ha de hacer traicion á la verdad, el hecho es que el peligro no era grande, porque habiéndonos dicho Lamela que las armas de los ladrones estaban todas amontonadas en un sitio á diez ó doce pasos de ellos, nos era fácil ejecutar nuestra resolucion á mano salva. Atamos, pues, á un árbol nuestro caballo, y nos fuimos acercando sordamente y á paso lento á los ladrones. Acalorados estos con el vino hablaban todos á un tiempo con voces desentonadas, rumor confuso que favorecia mucho al golpe de la sorpresa. Apoderámonos de sus armas

antes que nos descubriesen, y disparándolas en un mismo punto todos cuatro, apuntando cada uno al suyo cuasi á boca de jarro, todos cuatro ladrones cayeron tendidos en el suelo.

Agitado el viento con los tiros apagó la luz, y nos quedamos en una tenebrosa oscuridad. Sin embargo de eso acudimos inmediatamente donde estaban atados el hombre y la muger: desatámoslos prontamente, pero estaban tan preocupados del terror que no tuvieron espíritu ni voz para darnos las gracias por el bien que los haciamos. Verdad es que aun ignoraban si nos debian mirar como á bienhechores ó como á nuevos enemigos que los habian librado de los otros, quizá para tratarlos peor. Pero nosotros procuramos aquietarlos cuanto antes, asegurándolos que los íbamos á conducir á una venta que, segun decia Ambrosio, no distaba mas que media legua de alli, donde podrian recobrarse del susto, descansar lo que les pareciese, y seguir despues libremente su camino. Despues de esta seguridad, que los consoló y los conformó grandemente, los metimos en su coche y los sacamos fuera del bosque, tirando nosotros las mulas por el freno. Nuestros anacoretas fueron á visitar las faltriqueras de los vencidos. Volvimos despues á desatar y traer con nosotros el caballo de D. Alfonso, y nos apoderamos tambien de los de los ladrones que estaban atados á varios árboles junto al campo de batalla. Montados en unos y llevados

otros del diestro seguimos al hermano Antonio, que habia montado en una mula del coche, haciendo de cochero para conducirlo á la venta, habiendo tardado dos horas en llegar á ella, aunque el señor Lamela nos habia dicho que distaba del bosque no mas que una media legua.

Llamamos á la puerta con gran fuerza dando terribles golpes, porque toda la gente de casa estaba profundamente dormida. Levantáronse y vistiéronse de priesa el ventero y la ventera, que no mostraron el mas mínimo enfado porque los hubiesen despertado á lo mejor del sueño, cuando vieron un equipage que prometia hacer mucho mas gasto del que efectivamente hizo. En un momento se encendieron luces por toda la venta. Don Alfonso y el ilustre hijo de Lucinda dieron el brazo á la dama y al caballero para ayudarlos á bajar del coche, sirviéndoles como de gentilhombres hasta el cuarto donde los condujo el ventero. Alli se hicieron mil cumplimientos recíprocos, y quedamos verdaderaménte admirados cuando llegamos á entender que los personages que habiamos librado eran no menos que el mismo conde de Polan y su hija Serafina. ¿Pero quién podrá describir el asombro de esta dama y de D. Alfonso cuando recíprocamente se reconocieron los dos? El conde no atendió á este pasage porque estaba distraido. Púsose á contar muy por menor el modo con que habian sido atacados por los ladrones y caido al fin en sus

manos despues de haber muerto el cochero, á un page y á un ayuda de cámara. Acabó diciendo que estaba infinitamente obligado á todos nosotros, y que si queriamos ir á Toledo, donde estaria de vuelta dentro de un mes, nos daria tales pruebas de su reconocimiento que bastasen á hacernos conocer si era ingrato ó agradecido.

Ni á la hija de aquel señor se le olvidó darnos tambien mil gracias por la libertad que nos debia; y habiendo juzgado D. Rafael y yo que naturalmente gustaria D. Alfonso de que le facilitásemos el medio de hablar un rato á solas con aquella jóven viuda, lo dispusimos prontamente divirtiendo y entreteniendo al conde de Polan. Bella Serafina, dijo á la dama el D. Alfonso en voz muy baja, ya no me quejaré de mi desgraciada suerte que me obliga á vivir como un vandido desterrado de la sociedad civil, habiendo tenido la fortuna de contribuir en parte al importante servicio que se os ha hecho. Ah! respondió ella suspirando, ¿sois vos el que me habeis salvado el honor y la vida? ¡Sois vos á quien mi padre y yo debemos tanta obligacion? ¡Ah D. Alfonso! ¿por qué fuisteis vos quien dió muerte á mi hermano? No dijo mas, pero dijo lo bastante, y lo dijo en un tono mas que suficiente para que él conociese que si D. Alfonso amaba perdidamente á Serafina, no amaba menos ciegamente Serafina á D. Alfonso.

FIN DEL LIBRO QUINTO.

AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO SEXTO.

*****

CAPITULO PRIMERO.

De lo que hicieron Gil Blas y sus compañeros desde que se separaron del conde de Polan. Del importante proyecto que formó Ambrosio, y de qué manera se ejecutó.

Despues de haber empleado el conde de Polan la mitad de la noche en darnos las gracias y en protestarnos que podiamos estar seguros de su eterno agradecimiento, llamó al ventero para consultar con él de qué modo caminaria con seguridad á Turís, á donde tenia ánimo de ir. Dejamos que tomase sobre esto sus medidas, y nosotros salimos de la venta siguiendo el camino que á Lamela se le antojó escoger.

Al cabo de dos horas de marcha nos amaneció cerca de Campillo. Ganamos prontamente

las montañas que hay entre aquel lugar y Requena, descansamos aquel dia, y le pasamos en contar nuestro caudal, que considerablemente se habia aumentado con el dinero que habiamos cogido á los ladrones, en cuyas faltriqueras se encontraron mas de trescientos doblones. A la entrada de la noche nos volvimos á poner en camino, y el dia siguiente al amanecer entramos en el reino de Valencia. Retirámonos al primer bosque que encontramos. Emboscámonos en él, y llegamos á un sitio por donde corria un arroyuelo de agua cristalina que lentamente se deslizaba hasta embocarse en las aguas del Guadalaviar. La apacible y deliciosa sombra con que nos brindaban los árboles, y la abundante yerba que el campo ofrecia para los caballos bastarian para determinarnos á hacer alto en aquel ameno campo, aun cuando no estuviéramos ya resueltos á descansar algunas horas en él.

Apeámonos, pues, y nos dispusimos á pasar alli aquel dia alegremente; pero cuando quisimos almorzar nos hallamos con las alforjas mal provistas. Comenzaba á faltarnos el pan, y la bota estaba poco menos que agonizando. Señores, dijo entonces Ambrosio, sin Ceres y sin Baco no me agrada el sitio mas delicioso. Es menester renovar nuestras provisiones, y yo parto á Chelva á este fin. Chelva es un bello lugar, distante de aqui solas dos leguas, y tardaré poco en tan corto viage. Dijo, cargó en el caballo el botarron y las alforjas, montó y partió

del bosque á tan buen paso, que nos prometimos seria muy pronta la vuelta.

Sin embargo no volvió tan presto como lo esperábamos. Era ya mucho mas del mediodía, y aun se acercaba ya la noche á encapotar los árboles con su oscuro y negro manto, cuando vimos á nuestro proveedor, cuya tardanza comenzaba á darnos cuidado. Engañó alegremente nuestro sobresalto por las muchas cosas de que venia proveido. No solo traia el botarron lleno de escelente vino, y las alforjas atestadas de viandas asadas y cocidas, sino que reparamos un gran fardo acomodado á las ancas del caballo que se llevó nuestra atencion. Conociólo Ambrosio, y nos dijo sonriéndose: yo se la doy á D. Rafael, y á todos los mas diestros adivinos del mundo, á que no adivinan por qué ni para qué compré todo este fardo de ropa. Diciendo esto le desató él mismo con sus manos, y lo deshizo para que viéramos por menor lo que encerraba aquel especie de fardo. Mostrónos un manteo negro, y una sotana del mismo color, que completaban un hábito largo; dos chupas, y dos calzones de paño negro; un tintero de cuerno, compuesto de dos piezas ligadas con un cordon, una de las cuales era en forma de caña, hueca por adentro, y servia para meter las plumas; una mano de papel fino; un gran sello, y un candado, juntamente con una barreta de lacre ó cera verde. ¡Vive Dios! esclamó zumbándose D. Rafael luego que vió todas aquellas bara-

tijas: vive Dios que el Sr. Ambrosio ha empledo bien el dinero! ¿Qué diablos piensas hacer de todo esos cachivaches? Un uso admirable, respondió Lamela. Todos esos géneros solo me han costado diez doblones, y estoy persuadido á que nos han de valer mas de quinientos. Contad seguramente con ellos. No soy hombre que me cargo de cosas inútiles; y para haceros ver que no he comprado á tontas y á locas voy á daros parte de un proyecto que me está bailando en la cabeza. Oid y juzgad.

Despues de haber hecho provision de pan me entré en un pastelería, y ordené que me asasen seis perdices, otras tantas pollas, con igual número de gazapos. Mientras todo esto se estaba cocinando entró en la pastelería un hombre muy colérico quejándose agriamente de la injuria que le habia hecho un mercader del lugar, y dijo al pastelero: Por Santigo apostol que Samuel Simon es el mercader mas vil que hay en toda la villa de Chelva. Acaba de afrentarme en su tienda públicamente. No me quiso fiar el grandísimo ladron seis varas de paño pardo, sabiendo muy bien que soy un oficial honrado, y que á ninguno he quedado jamas á deber un ochavo. ¿No os admirais de tal bestia? Él fia sin reparo á los caballeros, cuando sabe por esperiencia que de muchos de ellos no ha de cobrar ni un maravedí, y no quiere fiar á un vecino honrado que está seguro de que le ha de pagar hasta el último cornado. ¡Qué manía! ¡maldito ju-

dío! ¡con qué gusto te veria yo quemado! Puede ser que se me cumpla algun dia, y no faltarán mercaderes que me acompañen en él.

Estaba oyendo yo con la mayor atencion á aquel pobre oficial, el cual dijo otras muchas cosas del susodicho Samuel, y de repente sentí no sé qué interno prenuncio de que yo mismo habia de vengarle, haciendo una pesada burla al Sr. Samuel Simon. Amigo, pregunté al hombre que se quejaba tan amargamente, ¿no me diréis de qué genio es ese mercader? Del peor que se puede imaginar, me respondió broncamente. Es un desenfrenado usurero, remedando toda la apariencia de hombre concienzudo y virtuoso. Es un judío que por interes se hizo católico; pero su alma es tan judía como la del mismo Caifas.

No perdí una sílaba de todo lo que dijo el irritado menestral; y luego que salí de la pastelería procuré informarme de la casa de Samuel Simon. Enseñómela un hombre. Párome á ver su tienda, examínola toda, y de repente se me viene á la imaginacion un enredo que digerí con presteza, pareciéndome digno de un humilde criado y compañero del señor Gil Blas de Santillana. Voime derecho á una ropería, y compré los hábitos que veis, uno para el que ha de hacer papel de comisario del Santo Oficio, otro para el que ha de representar el de secretario, y el tercero para el que ha de hacer de alguacil. Esta fue la causa de mi tardanza.

¡Ah querido Ambrosio, interrumpió D. Rafael arrebatado de gozo, y qué admirable idea! ¡qué plan tan asombroso! Envidio tan delicadísima invencion. Daria yo los mayores enredos de mi vida por que se me hubiese ofrecido este tan ingenioso. Amigo Lamela, prosiguió, penetro todo el fondo, todo el valor de tu delicado pensamiento, y no debes poner duda en la felicidad de la ejecucion. Solo necesitas de buenos actores que no echen á perder una comedia tan bien imaginada; pero estos actores los tienes á mano. Tú, con tu cara de plañidera, devota y compungida, harás el de comisario del Santo Oficio, yo el de secretario, y el señor Gil Blas, si se dignare, hará el de alguacil. Ya estan los papeles distribuidos; mañana representarémos la comedia, y yo respondo del suceso, á menos que lo eche á perder todo alguno de aquellos accidentes imprevistos que importunamente suelen venir á dar en tierra con los planes mas sabia y maduramente concertados.

Yo, por lo que á mí toca, solo concebí en confuso el proyecto que Don Rafael alabó tanto; pero durante la comida me le esplicaron, y verdaderamente me pareció ingenioso. Despues que hubimos despachado gran parte de la provision, y hecho al botarron copiosas sangrías, nos tendimos á dormir sobre la yerba. Tardamos poco en dormirnos; pero apenas amaneció cuando el señor Ambrosio comenzó á gritar: *alerta*, *alerta*; los que tienen entre manos

grandes empresas que ejecutar no han de ser dormilones ni perezosos. Maldito sea el señor comisario, le dijo Don Rafael entre dispierto y dormido, y lo que su señoría ha madrugado. En verdad que el judiazo de Samuel Simon dará á todos los diablos tanta vigilancia. Convengo en ello, respondió Lamela, y os diré de mas á mas que esta noche soñé que yo le estaba arrancando los pelos de la barba. ¿Y este sueño, señor secretario, no es de muy mal agüero para el desdichado Samuel? Con estas y otras chufletas, que se dijeron, nos pusimos todos de buen humor. Almorzamos alegremente, y nos dispusimos para representar nuestros personages. Ambrosio se echó acuestas las bayetas y el hábito largo, de manera que tenia toda la traza de un verdadero comisario. Don Rafael y yo nos vestimos como pedia el papel que cada uno habia de representar, esto es, uno de secretario, y otro de alguacil. Gastamos bastante tiempo en disfrazarnos y en instruirnos, tanto que eran ya mas de las dos de la tarde cuando salimos del bosque para encaminarnos á Chelva. Es verdad que ninguna cosa nos apuraba: antes bien era del conjuro el no dejarnos ver en el lugar hasta algo entrada la noche. Por lo mismo caminábamos poco á poco, y aun tuvimos que detenernos casi á las puertas de la villa, dando tiempo á que acabase enteramente la luz del dia.

Cuando nos pareció tiempo dejamos nues-

tros caballos en aquel sitio á cargo de D. Alfonso, el cual estimó mucho que no le obligásemos á hacer otro papel en una burla tan pesada y de tan delicadas consecuencias. Don Rafael, Ambrosio y yo marchamos desde luego, pero no á casa de Samuel Simon, sino á la de un tabernero que vivia á dos pasos de aquella. El señor inquisidor rompia la marcha. Entra, y en tono grave dice al amo: maestro, quisiera hablaros reservadamente. A estas palabras el bueno del hombre nos condujo á una sala, en donde, viendo Lamela que estábamos solos, le dijo: preciso es que sepais que yo soy comisario del Santo Oficio, y que me trae aqui un negocio de la mayor importancia. Al oir este introito, perdió el color el tabernero, y con voz temblona dijo que no creia haber dado á la inquisicion motivo alguno de queja. Hé aqui la razon, continuó Ambrosio suavizando la voz, porque no piensa tampoco causaros ningun pesar: ¡nunca permita el cielo que dejándose llevar de un espíritu de precipitacion confunda al inocente con el culpado! mas no; ella es severa, pero es justa; los castigos que impone son bien merecidos. El objeto de mi viage á Chelva no sois vos sino cierto mercader llamado Samuel Simon, contra quien se ha hecho una acusacion de mucha gravedad. Achácasele que si se ha hecho cristiano ha sido por razones puramente mundanas sin que por esto deje de profesar el judaismo. De parte del Santo Ofi-

cio, yo su comisario os mando decir cuanto sepais acerca de este hombre. Si sois vecino suyo, y tal vez amigo, guardaos por esto de disculparle, porque si en vuestra deposicion observo el menor miramiento hácia él, os advierto que el brazo de la inquisicion os herirá tambien á vos. Señor secretario, añadió volviéndose á D. Rafael, preparaos á cumplir con vuestro deber.

El señor secretario que tenia ya en la mano papel y recado de escribir, sentóse delante de una mesa, y se preparó con aire de gravedad á estender la declaracion del tabernero, quien hizo mil protestas de que no ocultaria la verdad. Empecemos, dijo el comisario: responded solo á mis preguntas, y nada temais.

¿Veis que Samuel Simon frecuente las iglesias?

No lo he observado, no me acuerdo de haberle visto en la iglesia.

Bueno, bueno: escribid que jamas se le ve en la iglesia.

Yo no digo eso, señor comisario, únicamente digo que yo no le he visto en ella.

Vos olvidais, amigo mio, que no os toca disculpar á Samuel Simon; ya os he insinuado las consecuencias que esto podria tener para vos. Solo os toca decir lo que sea en contra suya, y callar lo que pueda favorecerle.

Siendo asi, señor licenciado, mi deposicion tendrá muy poco valor, porque no conozco al

mercader de quien se trata; por lo mismo no puedo decir de él ni bien ni mal; mas si deseais saber cómo se conduce en su casa, haré llamar á su mancebo Gaspar, á quien podréis hacer mas preguntas. Ese mozo viene algunas veces acá á beber con sus amigos, tiene la lengua muy suelta, os contará toda la vida de su amo, y si estoy en lo cierto le ha de dar mucho que escribir á vuestro secretario.

Alabo vuestra sinceridad, dijo Ambrosio; acabais de dar una prueba de ello á favor del Santo Oficio, al cual haré saber vuestros servicios. Llamad inmediatamente á Gaspar, pero conducios con discrecion, no sea que su amo trasluzca lo que aqui pasa.

El tabernero cumplió su comision con secreto y presteza trayendo á un jóven escesivamente hablador y cual convenia á nuestro intento.

Sed muy bien venido, hijo mio, dijo Lamela. Aqui teneis á un inquisidor nombrado por el Santo Oficio para recibir una informacion contra Samuel Simon, acusado de judaizar. Vos vivis en su casa, y debeis por ello ser testigo de la mayor parte de sus operaciones. Me parece por demas advertiros vuestra obligacion de declarar cuanto sepais, supuesto que os lo mando en nombre de la Santa Inquisicion.

Señor licenciado, estoy pronto á complaceros sin necesidad de que me lo intimeis en nombre del Santo Oficio. Si interrogaseis á mi amo contra mí, estoy seguro de que no habia de callar

nada; yo haré otro tanto con respecto á él, diciendo desde luego que es un socarron, cuya conducta es imposible poner en claro; un hombre que afecta una santidad edificante, y que en el fondo no tiene pizca de virtud. Todas las tardes va á casa de cierta manola....

Que me place saberlo, dijo Ambrosio, y de lo dicho concluyo que es un hombre de costumbres perdidas. Sin embargo habeis de responder precisamente á lo que os pregunte, pues mi encargo particular se reduce á penetrar cuáles son sus sentimientos en materias de religion. Decidme: ¿se come tocino en su casa?

En un año que estoy en ella no creo que lo hayamos catado dos veces.

Muy bien: escribid, secretario, que en casa de Samuel Simon jamas se come tocino. Pero en desquite, continuó ¿se come algunas veces cordero?

Sí señor, algunas veces, y recuerdo que entre ellas comimos uno en la última pascua.

¡Época feliz! esclamó el comisario. Escribid, secretario, que Simon celebra la pascua. Esto va á pedir de boca: las noticias recibidas son exactas. Y decidme, amigo, continuó Lamela, ¿habeis visto que vuestro amo acariciase alguna vez á los niños?

Mil veces: cuando ve pasar muchachos por delante de la tienda, como no sean muy feos, los detiene y los hace cariños.

Escribid, secretario, que hay vehementes in-

dicios de que Samuel Simon procura atraer á su casa á los niños de los cristianos para degollarlos. ¡Buen prosélito! Bravo, señor Simon, bravo! Yo os aseguro que os las tendréis que haber con el Santo Oficio, quien no dejará sin castigo vuestros bárbaros sacrificios. ¡Celoso Gaspar! dijo volviéndose al mancebo, declaradlo todo; acabad de demostrarnos que ese falso católico está mas que nunca aferrado á las costumbres y ceremonias judaicas. ¿No es cierto que durante la semana pasa un dia entero sin hacer absolutamente nada?

No lo he notado, tan solo advierto que algunos dias se encierra en su gabinete, y está alli mucho rato.

Esto es hecho, esclamó el comisario, no hay que dudarlo, celebra el sábado tan fijo como yo soy inquisidor. Escribid, secretario, notad bien que observa religiosamente el ayuno del sábado. ¡Hombre abominable! Ya solo me queda que hacer una pregunta. ¿Habla alguna vez de Jerusalen?

Y tambien muchas; nos cuenta la historia de los judíos, y como fue destruido el templo de Jerusalen.

Precisamente, dijo Ambrosio, no dejeis escapar esta especie, secretario, escribir con letras mayúsculas que Samuel Simon no suspira mas que por la restauracion del templo, y que dia y noche medita el restablecimiento de la nacion. No quiero saber mas, toda otra pregunta

es ya inútil. Lo que acaba de declarar el veraz Gaspar basta para hacer quemar á toda una judería.

Despues de este interrogatorio el señor comisario del Santo Oficio dijo á Gaspar que podia retirarse, prohibiéndole en nombre de la inquisicion hablar á su amo del suceso. Gaspar prometió obedecer, y partió. A poco rato le seguimos nosotros. Nuestra salida de la taberna fue grave y solemne como la entrada. Llamamos á la puerta de Samuel Simon, quien salió á abrirla, y quedó estrañamente sorprendido cuando se vió en su casa con aquellas tres figuras; pero lo quedó mucho mas luego que Lamela, que llevaba la palabra, le dijo en tono y aire imperioso: seor Samuel, de parte del Santo Oficio, cuyo indigno comisario soy, os ordeno que en este mismo momento me entregueis la llave de vuestro gabinete y escritorio. Quiero ver en él si son verdaderas las delaciones y acusaciones que hay contra vos.

El mercader á quien habia desconcertado este discurso, dió dos pasos hácia tras como si alguno le hubiese empujado ó dado un golpe en la barriga. Lejos de sospechar en nosotros alguna burla ó superchería, creyó de buena fe que algun enemigo suyo le habia delatado al Santo Oficio. Tambien es muy posible que no reconociéndose él mismo por el mejor católico, temiese con fundamento haber dado motivo para alguna pesquisa ó secreta in-

formacion. Sea lo que fuere, nunca ví hombre mas perdido ni mas turbado. Obedeció sin resistencia, y con todo el respeto que corresponde á un hombre que venera y teme á la inquisicion. Él mismo nos abrió su gabinete; y al entrar le dijo Ambrosio: señor Samuel, á lo menos recibid con sumision las órdenes del Santo Oficio; retiraos á otro cuarto, y dejadnos hacer libremente lo que nos toca. No fue menos obediente á esta segunda órden, que lo habia sido á la primera. Retiróse á su tienda, y nosotros tres entramos en su gabinete, donde sin pérdida de tiempo nos dimos priesa á buscar el dinero. Costónos poco trabajo y menos tiempo el encontrarle. Estaba en un cofre medio abierto, donde habia mas del que podiamos llevar. Consistia en gran número de talegos, cada uno con su marca, y todo él era en moneda de plata. Nosotros hubiéramos querido mas que fuese en oro, pero no todas las cosas han de salir á medida de nuestro paladar; tuvimos paciencia é hicimos virtud de la necesidad. Llenamos bien los bolsillos, las faltriqueras, el hueco de los calzones, y en fin todo aquello donde lo podiamos encajar sin que hácia fuera se conociese; de suerte que todos íbamos cargados con un peso exorbitante, sin que ninguno lo pudiese conocer ni aun sospechar, gracias á la destreza de Ambrosio y de D. Rafael, que nos hicieron ver y palpar como no hay en el mundo cosa mejor que ser cada uno eminente en el arte que profesa.

Salimos del gabinete despues de haber hecho nuestro negocio, y por una razon que es fácil de adivinar, el señor comisario sacó el candado que llevaba prevenido, y por su misma mano le echó á la puerta poniéndole su sello, y diciendo á Simon: Maestre Samuel, de parte de la santa inquisicion os pongo precepto de que no toqueis á este candado ni á este sello, que es el del Santo Oficio, el cual vos y todos deben respetar. Yo volveré mañana á esta misma hora á levantarle, y á daros mis órdenes. Hecho esto mandó abrir la puerta de la calle por la cual fuimos todos desfilando alegremente, y cuando hubimos andado como unos cincuenta pasos, comenzamos á caminar con tanta velocidad que apenas tocábamos con el pie en tierra sin embargo de la pesada carga que llevábamos. Salimos presto fuera de la villa, y montando en nuestros caballos tomamos el camino de Segorve dando gracias por tan feliz suceso al dios Mercurio, patron de todos los robos.

CAPITULO II.

De la resolucion que tomaron Don Alfonso y Gil Blas despues de la aventura del capitulo precedente.

Caminamos toda la noche segun nuestra loable costumbre, y nos hallamos al amanecer á vista de una miserable aldea distante dos leguas

de Segorve. Como todos estábamos cansados nos desviamos con gusto del camino real para acercarnos á unos sauces que se descubrian como á unos mil y doscientos pasos de la aldea, en la cual no nos pareció conveniente detenernos. Cuando llegamos á los sauces vimos que hacian una apacible sombra, y que los bañaba el pie un claro y bullicioso arroyuelo. Agradónos lo delicioso del sitio, y resolvimos pasar en él lo restante del dia. Quitamos los frenos á los caballos para que pudiesen pacer, y nos tendimos sobre la verde yerba. Reposamos un poco, y despues acabamos de desembarazar las alforjas y el botarron. Luego que hubimos almorzado opíparamente nos pusimos á contar el dinero que habiamos robado al pobre Samuel Simon, y hallamos que montaba como á unos tres mil ducados; cantidad que añadida al caudal que ya teniamos, componia un capital no despreciable.

Como se habian acabado nuestras provisiones y era menester pensar en hacer otras, Ambrosio y Don Rafael, que ya se habian despojado de sus hábitos inquisitoriales, se ofrecieron á ir á buscarlas, diciéndonos que querian tomarse ese trabajo porque la aventura de Chelva los habia avivado el gusto de las aventuras, y tenian gana de ir á Segorve para ver si se les presentaba ocasion de emprender otra nueva hazaña igual ó mayor que la precedente. Vosotros, dijo el hijo de Lucinda, no teneis mas

que esperarnos á la sombra de estos sauces, á donde presto volverémos á buscaros. Señor D. Rafael, respondí yo sonriéndome, no sea que la vuelta de Vds. sea como la vuelta del humo. Temo que si una vez se van, tarde nos juntarémos. Esa sospecha, replicó Ambrosio, es muy ofensiva á nuestro honor, y no merociamos que nos hicieses tan poca merced. Es verdad que en parte te disculpo, y no me puedo quejar de la desconfianza que tienes de nosotros acordándote tambien de lo que hicimos en Valladolid cuando abandonamos á los compañeros que teniamos en aquella ciudad. Pero sábete que te engañas enormemente. Aquellos camarasdas eran de un perverso carácter, y ya no podiamos aguantar mas su compañía. Es menester hacer esta justicia á los de nuestra profesion, que no hay gremio alguno en la vida civil en que el interes dé menos motivo á la division: mas cuando no son conformes las inclinaciones puede alterarse la union como en el resto de todos lo demas gremios humanos. Por tanto, señor Gil Blas, suplico á V. y al señor Don Alfonso que nos hagan mas merced, y que tranquilicen su corazon en punto al deseo que D. Rafael y yo tenemos de ir á Segorve.

Es muy fácil, dijo entonces el hijo de Lucinda, librarle de toda inquietud en este punto. Basta para eso dejar dueños del caudal á estos señores. La mejor caucion de nuestra segura vuelta será que quede todo en sus manos.

Ya ve V., señor Gil Blas, que esto se llama no andarnos por las ramas, sino ir derechos al punto de la dificultad. Quedaréis asi resguardados sin que Ambrosio ni yo tengamos sospechas de que os ausenteis con tan rica fianza. ¿En vista de una prueba tan convincente de nuestra buena fe, tendreis todavía dificultad en fiaros de nosotros? No por cierto, respondí yo; y asi podeis ahora hacer todo lo que os pareciere. Partieron inmediatamente con las alforjas y el botarron, dejándome á mí con Don Alfonso, el cual me dijo luego que se fueron: señor Gil Blas, yo quiero abriros enteramente mi corazon. Confieso que me avergüenzo, y que á mí mismo me estoy continuamente acusando de la villana condescendencia que tuve en juntarme con estos bribones y en venir hasta aqui con ellos. No os puedo decir cuántos millares de veces me he arrepentido de tan infame ruindad. Ayer noche mientras me quedé solo guardando los caballos hice mil reflexiones que me despedazaban el corazon. Consideré que era muy ageno de quien nació con honra y se crió con principios de una cristiana educacion vivir con unos hombres tan malvados como Rafael y Lamela; que si por desgracia (como demasiadamente puede suceder) se descubriese algun dia una de estas maldades y cayésemos todos en manos de la justicia, me veria públicamente castigado quizá con una muerte afrentosa y como un vil ladron. No

puedo apartar ni un solo instante de mi imaginacion estos funestos pensamientos, y asi te confieso que estoy resuelto á separarme para siempre de tan mala compañía, por no ser cómplice en los nuevos delitos que en adelante podrán hacer. Tengo por cierto, añadió, que no desaprobarás este pensamiento. Seguramente no, le respondí. Aunque V. me vió ayer hacer el papel de alguacil en la comedia de Samuel Simon, no por eso crea que semejantes burlas son de mi gusto, y mucho menos las de aquella última especie, antes bien me decia yo á mí mismo mientras estaba representando el tal papel: á fe, señor Gil Blas, que si la justicia viniera ahora á cogerle á V. por la golilla, no lo habia de contar por gracia, y que sin duda le pagaria bien el salario que el señor alguacil tenia tan merecido. Asi que, señor D. Alfonso, no estoy menos fastidiado que V. de tan honrada compañía, y de buena gana se la haré á V., si es que me lo permite, á cualquiera parte que vaya. Cuando vuelvan estos señores les suplicarémos que se haga el repartimiento del dinero, y mañana muy temprano ó desde esta misma noche nos despedirémos de ellos para siempre.

Aprobó mi proposicion el amante de la bella Serafina, y me dijo: pasarémos á Valencia, y nos embarcarémos para Italia, donde podrémos entrar al servicio de la república de Venecia. ¿No es mucho mejor seguir la noble y glorio-

sa carrera de las armas que continuar la ruin y arrastrada vida que traemos? En aquella podemos hacer buena figura con el dinero que nos ha tocado. No ya porque deje de remorderme la conciencia de servirme de dinero tan mal adquirido; pero sobre que la necesidad me obliga á ello, juro de resarcir á Samuel Simon el daño que pude hacerle á la menor fortuna con que me favorezca la guerra. Aseguré á Don Alfonso que en las mismas disposiciones me hallaba yo, y quedamos de acuerdo en que el dia siguiente al amanecer nos separariamos de nuestros camaradas. No dimos lugar á la tentacion de aprovecharnos de su ausencia, levantando el campo y llevándonos el dinero: la confianza que habian hecho de nosotros dejándonos dueños de él no permitió que ni aun siquiera nos pasase semejante ruindad por el pensamiento, aunque la burla que me hicieron en Valladolid disculpaba este robo por derecho de represalia.

Hácia el fin de la tarde volvieron de Segorve Ambrosio y D. Rafael. La primera cosa que nos dijeron fue que habian hecho un viage muy feliz, y que dejaban echados los fundamentos de una aventura, que, segun todas las apariencias, seria sin comparacion de mucha mas ganancia que la del dia anterior. Comenzó á contarnos el plan el hijo de Lucinda; pero D. Alfonso le atajó, diciéndole que él estaba resuelto á separarse de la compañía; y yo por mi

parte les declaré hallarme en la misma resolucion. Por mas que hicieron para persuadirnos que prosiguiésemos acompañándolos en sus espediciones, no les fue posible conseguirlo. La mañana siguiente nos despedimos de ellos despues de haber repartido por iguales partes el dinero; y los dos tomamos el camino de Valencia.

CAPITULO III.

Como D. Alfonso se halla en el colmo de sus dichas; y la aventura por la cual se ve Gil Blas de repente en feliz situacion.

Caminamos felizmente hasta Buñol, donde por una desgracia fue preciso detenernos. Sintióse malo D. Alfonso. Asaltóle una ardiente calentura con crecimientos que me hizo temer por su vida. Por gran fortuna no habia médico en el lugar, y salimos á buen precio de aquel susto, pues solo nos costó el miedo. Al tercer dia se halló el enfermo enteramente limpio, á lo que no contribuyó poco mi cuidadosa asistencia. Mostróse muy agradecido á lo que habia hecho por él, y como era recíproca la inclinacion del uno por el otro nos juramos una eterna amistad.

Proseguimos nuestro viage firmes siempre en la resolucion de embarcarnos para Italia á la primera ocasion que se ofreciera asi que llegásemos á Valencia. Pero el cielo dispuso las

cosas de otro modo. Vimos á la puerta de una hermosa casa de campo que estaba en el camino una multitud de gente que formaba un gran corro, y bailaban dentro de ella divirtiéndose alegremente. Acercámonos á ver la fiesta, y D. Alfonso, que estaba muy ageno de hallar el objeto que se le presentó, se sorprendió estrañamente al descubrir entre los concurrentes al baron de Steinbach. Este que tambien reconoció por su parte á D. Alfonso, corrió luego hácia él con los brazos abiertos, y todo arrebatado de gozo esclamó: ¡Ah, querido D. Alfonso! ¡Vos aqui! ¿Es posible que lo crea? ¡Por toda España se os andaba buscando y ahora una feliz casualidad os ha puesto delante de mis ojos¡

Apeóse prontamente del caballo mi compañero y partió precipitado á dar mil abrazos al baron, cuya alegría me pareció escesiva. Ven, hijo mio, le dijo el buen viejo: presto sabrás quién eres y mejorarás mucho de fortuna. Diciendo esto le introdujo en la sala, donde yo tambien entré con ellos, porque me habia apeado; y até á un árbol los caballos mientras ellos se abrazaban. El primero que encontramos fue el dueño de la misma quinta. Era un hombre como de cincuenta años, y de bellísima traza: señor, le dijo el baron de Steinbach; aqui teneis á vuestro hijo. A estas palabras, D. César de Leyva, que asi se llamaba aquel señor, echó los brazos al cuello de D. Alfonso, y le dijo llorando de gozo: reconoce, hijo mio, al padre que

te dió el ser. (Si te he dejado ignorar por tan largo tiempo tu verdadero estado cree que ha sido á costa de una cruel violencia. Mil veces he suspirado de dolor, mas no podia hacer otra cosa. Caséme con tu madre solo por amor, era de nacimiento muy inferior al mio: vivia yo bajo la autoridad de un padre duro é impetuoso, fueme preciso tener secreto un matrimonio contraido sin su consentimiento. Valíme de mi amigo el baron de Steinbach, único dueño de mi confianza, quien de acuerdo conmigo te crió. En fin ya no vive mi padre, y puedo declarar al mundo que tú eres mi único heredero. Aun no lo he dicho todo: pienso casarte con una dama, cuya nobleza es igual á la mia. Señor, le interrumpió D. Alfonso, suplícoos que no me hagais pagar tan cara la dicha que me acabais de anunciar. ¿Será posible que la primera noticia del honor que tengo de ser hijo vuestro ha de venir acompañada con otra que necesariamente me ha de hacer desgraciado? ¡Ah, señor! No querais ser vos mas cruel conmigo que lo fue vuestro padre con vos. Si este no aprobó vuestros amores, á lo menos tampoco os obligó á tomar muger. Hijo mio, respondió D. César, ni yo pretendo tampoco tiranizar tu inclinacion ni tus deseos. Solo quiero tengas la complacencia de ver á la esposa que te tenia destinada antes de resolverte á tomar otro partido. Es hermosa; pero no por eso te haré violencia. No está lejos: hállase actualmente en esta misma

casa. Sígueme, y si no te agrada, te doy palabra de no obligarte á que te cases con ella. Diciendo esto tomó de la mano á D. Alfonso y le condujo á un magnífico cuarto, permitiéndonos al baron de Steinbach y á mí que los fuésemos siguiendo. Estaban en él el conde de Polan con sus dos hijas Serafina, Julia, y D. Fernando de Leiva su yerno, el cual era sobrino de D. César. Acompañábanlos otras muchas damas y caballeros. Don Fernando (como ya se ha dicho) habia sacado á Julia de su casa, habiéndose casado, y con motivo de esta boda habian concurrido á festejarla los aldeanos de los contornos. Luego que se dejó ver D. Alfonso, y que su padre le presentó á toda la compañía, se levantó el conde de Polan y corrió exalado á abrazarle, diciendo á gritos: sea bien venido mi libertador. Don Alfonso, prosiguió el conde, reconoce lo que puede la virtud en las almas generosas. Si tú quitaste la vida á mi hijo, tambien salvaste la del padre. Desde este mismo punto te hago el sacrificio de mi resentimiento, y te declaro dueño de Serafina, cuyo honor salvaste tambien. Este es el desempeño de la obligacion en que me constituyó tu valor y tu generosidad. El hijo de D. César correspondió con las mas vivas espresiones de reconocimiento al cumplido que le hacia el conde de Polan, no siendo fácil discernir cuál de los dos afectos competian la preferencia en su agitado corazon, ó el gozo de haber descubierto

su distinguido nacimiento, ó la dicha tan cercana de lograr por esposa á su idolatrada Serafina. Con efecto, pocos dias despues se celebró este matrimonio con el mayor gusto y aplauso de los contrayentes y de toda la parentela.

Como yo habia sido uno de los que concurrieron á libertar al conde de Polan, este me conoció, y me dijo que corria de su cuenta mi fortuna. Yo le dí muchas gracias por su generosidad, pero le respondí que no aspiraba á otra que á la de servir á D. Alfonso, el cual me declaró mayordomo de su casa, honrándome despues con toda su confianza. Luego que se casó, no pudiendo olvidar el daño que se habia hecho al pobre Samuel Simon, me despachó á restituirle todo el dinero que le habiamos robado: esto es, á hacer una restitucion, lo cual en un mayordomo se llama empezar el oficio por donde debia de acabar.

FIN DEL LIBRO SEXTO.

AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO SÉPTIMO.

*****

CAPITULO PRIMERO.

De los amores de Gil Blas y la señora Lorenza Sefora.

Fui, pues, á Chelva, y llevé al buen Samuel Simon los tres mil ducados que le habiamos robado. Confieso francamente que tuve en el camino mis tentaciones de quedarme con ellos para dar con tan buenos auspicios principio á mi mayordomía: podia hacerlo impunemente: bastaba viajar cinco ó seis dias, y volver como si hubiera llenado mi comision; D. Alfonso y su padre nunca hubieran sospechado de mi fidelidad. Sin embargo no caí en la tentacion, y puedo decir que la vencí como hombre de honor, lo que no es poco loable en un mozo que

se habia acompañado con grandes pícaros. Yo aseguro que muchos de los que solo tratan con hombres de bien son en este punto menos escrupulosos; díganlo los depositarios, que sin peligro de perder su reputacion pueden apropiarse lo que se les ha fiado.

Hecha la restitucion que no esperaba el mercader, volví á la casa de Leiva, en donde ya no estaba el conde de Polan, que con Julia y Don Fernando habian partido para Toledo. Hallé á mi nuevo amo mas prendado que nunca de su Serafina, á esta cada dia mas enamorada de su esposo, y á D. César contentísimo de poseer á ambos. Me dediqué á ganar la voluntad de este padre amable, y lo conseguí. Me hicieron mayordomo de la casa; todo corria por mi mano, recibia el dinero de los arrendadores, gastaba y tenia una autoridad despótica sobre los criados; pero lejos de imitar la conducta ordinaria de los de mi empleo, nunca abusé de mi poder; ni despedia á los que me disgustaban, ni exigia de los demas una entera subordinacion: si acudian á D. César ó á su hijo pidiendo alguna gracia, lejos de oponer estorbos hablaba en su favor. Por otra parte la estimacion que continuamente me mostraban mis amos avivaba mi zelo por su servicio sin atender á otra cosa que á lo que podia interesarles. Administré con manos muy limpias, y fui un mayordomo de los pocos.

Cuando estaba mas contento con mi estado,

el amor, envidioso de lo bien que me trataba la fortuna, quiso que á él tambien tuviese que agradecerle, y para esto encendió en el corazon de la señora Lorenza Sefora, criada primera de Serafina, una violenta inclinacion al señor mayordomo. Si he de hablar con la fidelidad de historiador, mi enamorada rayaba ya en los cincuenta; pero la frescura de su rostro agradable y de dos hermosos ojos de que sabia servirse con destreza podian hacer pasar por afortunada mi conquista. Le hubiera yo deseado un poco de mas color, porque estaba muy pálida; pero eché la culpa de esto á la austeridad del celibato.

Usó por mucho tiempo del atractivo de sus miradas cariñosas; mas yo en lugar de corresponder á ellas aparentaba no percibir sus designios: me tuvo por novato en el amor, y no le pareció mal mi cortedad. Juzgó era inútil el lenguage de los ojos con un muchacho á quien creia menos instruido de lo que estaba: y asi en nuestra primera conversacion se declaró en términos formales á fin de que no lo dudase. Ella se manejó como muger práctica, hizo como que se turbaba, y despues de haberme dicho á su satisfaccion cuanto quiso, se cubrió la cara para persuadirme que se avergonzaba de haberme manifestado su flaqueza. Fue preciso rendirme: me mostré muy sensible á sus cariños, no tanto por amor como por vanidad; hice del apasionado, y aun afecté estrecharla tan-

to, que se vió precisada á reñirme; pero lo hizo con tanta blandura que cuando me encargaba procurase contenerme no parecia disgustada de mi atrevimiento. Hubiera llegado á mas el caso si Sefora no hubiera temido que hiciese mal juicio de su virtud concediéndome tan fácilmente la victoria. De esta suerte nos separamos hasta otra conferencia: Sefora persuadida de que su aparente resistencia la haria pasar en mi opinion por una vestal, y yo con la dulce esperanza de acabar bien presto esta aventura.

Tal era el feliz estado de mis negocios cuando un lacayo de D. César vino á turbar mi contento con una mala nueva. Era este uno de aquellos criados que se dedican á saber cuanto pasa en el interior de las casas. Como continuamente me hacia la corte, y todos los dias me traia alguna noticia, me dijo una mañana que acababa de hacer un gracioso descubrimiento que me manifestaria en satisfaccion, pero con la condicion de guardarle el secreto por ser cosa de la dama Lorenza Sefora, cuyo encono temia. La curiosidad en que me puso era demasiada para dejar de ofrecerle todo sigilo; procuré no manifestar que en ello tenia el mas ligero interes, preguntándole con frialdad qué descubrimiento era aquel del cual me hablaba con tanto misterio. Es, me dijo, que la señora Lorenza introduce secretamente en su cuarto todas las noches al cirujano del lugar, que es un

mozo bien plantado, y el bellaco se está bien reposado en ella. Doy de barato, prosiguió con un tono maligno, que esta accion sea inocentísima; pero V. confesará que un mozo que entra misteriosamente en el cuarto de una doncella da ocasion para que no se juzgue bien de su conducta.

Esta noticia me desazonó tanto como si estuviera enamorado de veras; procuré ocultar mi confusion, y aun me esforcé hasta celebrar con risa una nueva que me pasaba el alma; pero luego que estuve solo me desquité echando mil bravatas, juré, y me puse á discurrir el partido que podia tomar. Ya despreciaba á Lorenza, y la abandonaba sin dignarme oir sus descargos; ya creyendo era punto mio escarmentar al cirujano, pensaba desafiarlo. Prevaleció esta última resolucion. Púseme en emboscada al anochecer, y en efecto lo ví entrar en el cuarto de mi dueña con un modo sospechoso. Solo esto faltaba para encender mi furor, que acaso sin este incidente se hubiera mitigado. Salí de la casa y me aposté junto al camino por donde el galan debia retirarse. Lo esperaba á pie firme, y cada momento irritaba otro tanto el deseo que tenia de llegar á las manos. En fin se dejó ver mi enemigo, le salí al encuentro con un aire de maton, pero yo no sé cómo diablos sucedió que me hallé repentinamente sobrecogido de un terror pánico como un héroe de Homero, parado en medio de mi camino, y tan turbado

como Páris cuando se presentó para combatir con Menelao. Me puse á mirar mi hombre, que me pareció robusto y vigoroso, y su espada desmesuradamente larga. Todo ello hacia en mí su efecto; pero fuese por vanidad ó por otro motivo, aunque estaba viendo el peligro con unos ojos que lo hacian todavía mas grande, á pesar de mi miedo que me apretaba para que me volviese, tuve aliento para desenvainar mi tizona y avanzarme hácia el cirujano.

Sorprendióle mi accion. ¿Qué es esto, señor Gil Blas? gritó. ¿Qué significa este aparato? V. sin duda quiere burlarse. No, señor barbero, le respondí, no, no me burlo. Verémos si es V. tan valiente como galan. No crea V. le he de dejar gozar tranquilamente las finezas de la dama que acaba de ver en casa. ¡Por vida de san Cosme, esclamó el cirujano con una gran carcajada, que es un buen chasco! ¡Las apariencias, vive Dios, son engañosas! Por estas palabras presumí que tenia tanta gana de quimera como yo, lo que me hizo mas atrevido é insolente. A otro perro con ese hueso, repliqué yo, á otros con esa, amigo mio, no soy yo hombre á quien satisface la simple negativa. Ya considero, replicó, que me será preciso hablar claro para precaver la desgracia que nos puede suceder á ambos. Voy, pues, á revelaros un secreto, no obstante que los de nuestra profesion no son muy callados. Si la dama Lorenza me introduce á la sordina en su aposento es porque los

criados no sepan su enfermedad. Todas las noches voy á curarle un cáncer inveterado que tiene en las espaldas. Vea V. el motivo de las visitas que tanto le inquietan. Tranquilícese V. en adelante sobre este particular; pero si V., prosiguió, no está satisfecho con esta declaracion, y quiere absolutamente que peleemos, dígalo, y manos á la obra, pues no soy yo hombre que le huiré el cuerpo. Habiendo dicho estas palabras sacó su montante, cuya vista me hizo temblar, y se puso en defensa con un aire que nada bueno me prometia. Basta, le dije, retirando mi espada, yo no soy de aquellos brutales que no escuchan la razon. Por lo que V. me ha dicho conozco que no es mi enemigo; abracémonos. Por mis palabras conoció que yo no era tan malo como le parecí al principio: envainó con risa su espada, me abrazó, y nos separamos los mas amigos del mundo.

Desde este momento Sefora se presentaba á mi imaginacion como la cosa mas desagradable. Evité todas las ocasiones que me proporcionaba de hablarla á solas, y mi cuidado y afectacion en huir de ella la hicieron conocer mi disposicion. Asustada de una mudanza tan grande quiso saber la causa, y habiendo encontrado al fin el medio de hablarme á solas me dijo: señor mayordomo, dígame V. si gusta el por qué huye hasta de mis miradas, y por qué en lugar de buscar como otras veces ocasion de hablarme huye tanto de mí. Es verdad que

yo he dado los primeros pasos, pero V. me ha correspondido. Acuérdese, si no lo lleva á mal, de la conversacion que tuvimos solos; entonces era V. todo fuego, y ahora no advierto mas que frialdad. ¿Qué significa esta mudanza? La pregunta era muy delicada para un hombre natural, y á la verdad quedé muy embarazado. No tengo presente lo que le respondí; solamente me acuerdo que le disgustó infinito. Sefora parecia un cordero con su aire dulce y modesto, pero cuando se llenaba de cólera era un tigre. Creia, me dijo, echándome una mirada llena de despecho y rabia, creia honrar mucho á un hombrecillo como él, descubriéndole un afecto que caballeros y personas muy nobles harian mucha vanidad de haber escitado. Me está muy bien empleado por haberme bajado indignamente hasta un miserable aventurero.

Si hubiera parado en esto hubiera salido yo del paso á poca costa; pero su lengua furiosa me dió cien epitetos á cual peor. Bien conozco que debí recibirlos á sangre fria, y reflexionar que habiendo despreciado el triunfo de una virtud que yo habia tentado, cometia un delito que las mugeres jamas perdonan. Un hombre sentado en mi lugar se hubiera reido de estas injurias; pero yo era muy vivo para sufrirlas, y perdí la paciencia. Señora, le dije, á nadie despreciemos: si esos caballeros de quien V. habla le hubiesen visto las espaldas, aseguro que su curiosidad no hubiera pasado á mas. Apenas



P. Alabern lo g.º

GIL BLAS.

hube disparado esta saeta cuando la furiosa dueña me dió la mas grande bofetada que jamas ha dado muger. Para no recibir otra y evitar la granizada de golpes que hubieran caido sobre mí, tomé la puerta con la mayor ligereza. Dí mil gracias al cielo de verme fuera de este mal paso, imaginando que nada tenia que temer pues que la dama se habia vengado. Me parecia que por su propia vergüenza debia callar esta aventura. En efecto pasaron quince dias sin saber de ella. Yo mismo principiaba á olvidarla cuando supe que estaba mala; confieso que tuve la flaqueza de afligirme; me dió lástima, imaginando que esta desgraciada amante, no pudiendo vencer un amor tan mal pagado, se habria rendido á su dolor. Me consideraba la principal causa de su enfermedad, y ya que no podia amarla, á lo menos la compadecia. ¡Pero cuánto me engañaba! Su ternura mudada en aborrecimiento no pensaba mas que en mi ruina.

Estando una mañana con D. Alfonso noté que estaba triste y pensativo: preguntéle con respeto qué tenia: tengo pesadumbre, me dijo, al ver á Serafina tan débil, ingrata é injusta: tú te espantas, añadió observando mi sorpresa; pues es muy cierto lo que te digo. No sé por qué motivo te has hecho tan odioso á Lorenza, su criada, que dice es infalible su muerte si no sales prontamente de casa. Como Serafina te ama, no debes dudar habrá resistido á los impulsos de este odio, en los cuales no puede condescen-

der sin ser ingrata é injusta; pero al fin es muger, y ama tiernamente á Sefora que la ha criado. La quiere como si fuera su madre, y se creeria causa de su muerte si no le daba gusto. Por lo que hace á mí, aunque quiero tanto á Serafina, no pienso del mismo modo, y no consentiré te apartes de mí, aunque hubieran de perecer todas las dueñas de España; pues te miro no como á criado sino como hermano.

Luego que acabó de hablar D. Alfonso le dije: señor, he nacido para juguete de la fortuna. Pensaba que cesaria de perseguirme en vuestra casa, en donde todo me ofrecia una vida feliz y tranquila; pero al fin me es preciso dejarla, aunque con ella deje mi mayor gusto. No, no, esclamó el generoso hijo de D. César, déjame, yo convenceré á Serafina: no se ha de decir que te hemos sacrificado al capricho de una dueña: demasiado gusto la damos en otras cosas. Pero, señor, repliqué, irritaréis mas á Serafina si le resistis: mas bien quiero retirarme que esponerme, permaneciendo en casa, á ocasionar discordia entre dos esposos tan perfectos: si esta desgracia sucediese, jamas hallaria consuelo. Don Alfonso me prohibió tomar este partido, y lo ví tan resuelto, que Lorenza no hubiera logrado su intento si yo no hubiese permanecido en mi resolucion. Es verdad que picado de la venganza de la dueña tuve mis impulsos de cantar de plano, y descubrirla; pero luego me compadecia considerando que revelando su

flaqueza heria mortalmente á una infeliz, de cuya desgracia era yo la causa, y á quien dos males irremediables echaban al hoyo. Juzgué, pues, que en conciencia debia restablecer la tranquilidad de la casa retirándome de ella pues que era un hombre que ocasionaba tanto daño. Hícelo asi al dia siguiente antes de amanecer, sin despedirme de mis amos, temiendo que su cariño estorbase mi partida, y solo dejé en mi cuarto una exacta cuenta de mi administracion.

CAPITULO II.

De lo que sucedió á Gil Blas despues que se retiró de la casa de Leiva, y de las felices consecuencias que tuvo el mal suceso de sus amores.

Yo tenia un buen caballo, y llevaba en mi maleta doscientos doblones, procedentes la mayor parte de lo que me tocó de los vandoleros que matamos y de los tres mil ducados que robamos á Samuel Simon, porque D. Alfonso habia restituido generosamente toda la cantidad, cediéndome la parte que me habia tocado. Asi por esta restitucion miraba mi caudal como legítimamente adquirido, el cual podia gozar sin escrúpulo de conciencia. En una edad como la que yo entonces tenia se confia mucho en el propio mérito; y fuera de esto, con mi dinero nada creia debia temer en adelante. Por otra parte Toledo me ofrecia un agradable asilo; no dudaba que el conde de Polan tendria mucho

gusto de recibir en su casa á uno de sus libertadores. Pero este recurso debia ser cuando todo corriese turbio, y antes quise gastar una parte de mi dinero en correr los reinos de Murcia y Granada, que deseaba ver. Con este intento tomé el camino de Almansa, de donde prosiguiendo mi viage fui de pueblo en pueblo hasta la ciudad de Granada, sin que me sucediese contratiempo alguno. Parecia que la fortuna, satisfecha de tantos chascos como me habia jugado, queria en fin dejarme en paz; pero esta traidora me preparaba otros muchos, como se verá en adelante.

Uno de los primeros que encontré en las calles de Granada fue el señor D. Fernando de Leiva, yerno como D. Alfonso del conde de Polan. Ambos quedamos sorprendidos de vernos en Granada. ¿Qué es esto, Gil Blas, me dijo, tú en Granada? ¡Qué es lo que aqui te trae? Señor, le dije, si V. se admira de verme en este pais, con mucha mas razon se maravillará cuando sepa la causa que me ha obligado á dejar el servicio del señor D. César y su hijo. Seguidamente le conté cuanto me habia pasado con Sefora, sin ocultarle nada: rió con toda su fuerza el chasco, y sosegada la risa me dijo seriamente: amigo, yo voy á tomar por mi cuenta este negocio; escribiré á mi cuñada..... No, no señor, interrumpí, suplico á V. que no la escriba: no he salido de la casa de Leiva para volver á ella. Si V. gusta puede hacer otro uso del fa-

vor que le debo: ruego á V. que si alguno de sus amigos necesita un secretario ó un mayordomo, me presente y recomiende: doy palabra que no desmentiré su informe. Con mucho gusto, respondió: mi venida á Granada ha sido para visitar á una tia mia ya vieja que está enferma, y todavía pasarán tres semanas antes que me vuelva á Lorqui, en donde se ha quedado Julia. En esta casa vivo, prosiguió, señalándome una hostería que estaba á cien pasos de nosotros: procura verme pasados algunos dias, quizá te habré ya buscado un acomodo.

Efectivamente en la primera vez que nos vimos me dijo: el señor arzobispo de Granada, mi pariente y amigo, que es un escelente escritor, necesita un hombre instruido y de buen pulso para poner en limpio sus obras. Ha compuesto, y todos los dias compone, homilias, que predica con mucho aplauso. Como te contemplo á propósito para el caso te he propuesto, y me ha prometido admitirte: vé y preséntate de mi parte; por el modo con que te reciba conocerás el informe que le he dado.

La conveniencia me pareció tal como la podia desear; y asi habiéndome preparado lo mejor que pude fui una mañana á presentarme á este prelado. Si yo hubiera de imitar á los que escriben novelas haria una descripcion pomposa del palacio episcopal de Granada, me estenderia sobre la estructura del edificio, celebraria la riqueza de sus muebles, hablaria de sus

estatuas y pinturas, y no perdonaria al lector la menor de todas las historias que en ellas se representan; pero me contentaré con decir que iguala en magnificencia al palacio de nuestros reyes.

Ví en las antesalas una muchedumbre de eclesiásticos y seculares, la mayor parte familiares de su S. Illma., limosneros, gentiles-hombres, escuderos ó ayudas de cámara. Las libreas de los lacayos eran muy ricas, tanto que mas parecian señores que criados; se mostraban altivos, y hacian el papel de hombres de consecuencia: al ver su afectacion no pude menos de reirme y burlarme de ellos. Par diez, decia á mi sayo, estas gentes tienen el privilegio de no sentir el yugo de la servidumbre: porque al fin si lo sintieran me parece deberian ostentar menos altanería. Acerquéme á un personage grave y gordo que estaba á la puerta del gabinete del arzobispo para abrir y cerrar. Le pregunté con mucha cortesía si podia hablar á S. Illma. Espérese V., me dijo secamente, que S. Illma. sale para oir misa, y al paso podrá escucharle. No respondí una palabra, me revestí de paciencia, y procuré trabar conversacion con algunos de los sirvientes; pero aquellos no se dignaron contestarme, y se entretuvieron en registrarme de pies á cabeza. Despues se miraron unos á otros, burlándose con sonrisa y orgullo de la libertad que habia tenido de mezclarme en su conversacion.

Confieso que me aturdí al verme tratado asi por unos lacayos. Todavía no habia vuelto de mi confusion cuando se abrió la puerta del gabinete y salió el arzobispo. Inmediatamente quedó todo en un profundo silencio. Estos soberbios domésticos dejaron sus modos insolentes, y se mostraron con un aire respetuoso delante de su amo. Tendria el prelado unos sesenta y nueve años; del cuerpo y traza casi de mi tio Gil Perez el canónigo, es decir, que era pequeño y grueso, patiestevado, y tan calvo, que solo tenia algunos cabellos hácia el cogote; por lo cual llevaba embutida la cabeza en una papalina que le tapaba las orejas. Con todo le noté un aire de caballero, sin duda porque sabia que lo era. La gente ordinaria miramos á los grandes con una cierta prevencion que por lo comun les presta un señorío que la naturaleza les ha negado. Luego que me vió el arzobispo se vino á mí, y me preguntó con mucha dulzura qué se me ofrecia. Le dije era el recomendado del señor D. Fernando de Leiva. ¡Ah! esclamó, ¿eres tú el que me ha alabado tanto? Ya estás recibido: me alegro de tan buen hallazgo, quédate desde luego en casa. Diciendo estas palabras se apoyó sobre dos escuderos, y habiendo oido á algunos eclesiásticos que llegaron á hablarle, salió de la sala. Apenas estaba fuera cuando se vinieron á mí para saludarme los mismos que poco antes habian despreciado mi conversacion: me rodean, me agasa-

jan, y testifican la mayor alegría de verme comensal del arzobispo. Habian oido lo que me habia dicho su amo, y deseaban con ansia saber qué empleo debia tener cerca de S. Illma.; pero para vengarme del desprecio que me habian hecho tuve la malicia de no satisfacer su curiosidad.

No tardó mucho S. Illma., y me hizo entrar en su gabinete para hablarme á solas. Yo pensé bien era su intencion tantear mis talentos: por lo que me atrincheré y preparé para medir todas mis palabras. Principió con algunas preguntas sobre humanidades. Tuve la fortuna de no responder mal y hacerle ver que conocia suficientemente á los autores griegos y latinos. Tocó despues en la dialéctica, y justamente aqui era en donde yo le esperaba. Encontróme bien aferrado: se conoce, me dijo como admirado, que has tenido muy buena educacion. Veamos ahora tu letra. Saqué de mi bolsillo una muestra que habia llevado espresamente para este caso, la que no desagradó á mi prelado. Me alegro de que tengas tan buena mano, esclamó, y todavía mas de que tengas tan buenos talentos. Yo daré las gracias á mi sobrino Don Fernando porque me ha proporcionado un familiar tan útil. A la verdad me ha hecho un buen regalo.

Interrumpió nuestra conversacion la llegada de algunos caballeros granadinos que debian acompañar á S. Illma. en la mesa. Dejélos y

me retiré con los familiares, que me colmaron de cumplimientos y obsequios. Comí con ellos, y si mientras la comida procuraron observar mis movimientos, yo no examiné menos los suyos. ¡Qué modestia no aparentaban los eclesiásticos! los tuve por unos santos; tanto era el respeto que me habia infundido el palacio arzobispal: no me pasó por la imaginacion que aquello podia ser gazmoña, como si fuera imposible que la falsedad se hallase en la casa de los príncipes de la iglesia.

Me tocó sentarme al lado de un viejo ayuda de cámara llamado Melchor de la Ronda, que tuvo el cuidado de hacerme buenos platos. Viendo su atencion procuré yo tenérsela, y mi política le agradó mucho. Señor caballero, me dijo en voz baja luego que acabamos de comer, quisiera hablar con V. á solas, y diciendo esto me llevó á un sitio de palacio en donde nadie podia oirnos, y alli me tuvo este discurso: hijo mio, desde el instante que te ví te tuve inclinacion, de cuya verdad voy á darte una prueba, confiándote un secreto que te será de grande utilidad. Estás en una casa en donde se confunden los verdaderos y los falsos devotos. Para conocer el terreno necesitabas infinito tiempo: voy á escusarte un estudio tan largo y desagradable descubriéndote los caractéres de los unos y de los otros, lo que podrá servirte de gobierno.

No será malo, prosiguió, dar principio por

S. Illma.: es un prelado muy piadoso, continuamente ocupado en edificar el pueblo y en dirigirlo á la virtud con escelentes sermones morales que él mismo compone. Es un sabio y un grande orador: veinte años hace que dejó la corte por dedicarse enteramente á la conducta de su rebaño. Tiene su manía en predicar, y el pueblo le oye con gusto y aplauso. Tendrá en esto su poca de vanidad; pero ni á los hombres toca el penetrar los corazones, ni parecerá bien que me ponga á escudriñar los defectos de quien como el pan. Si se me permitiera reprender alguna cosa en mi amo, vituperaria su severidad, porque castiga con demasiado rigor las flaquezas de los eclesiásticos, cuando debiera mirarlos con piedad. Sobre todo persigue sin misericordia á los que confiando con su inocencia piensan justificarse jurídicamente, desatendiendo su autoridad. Tiene tambien una falta que es comun á muchas personas grandes; ama á sus criados, pero atiende poco á sus servicios; los dejará envejecerse en su casa, sin pensar en su acomodo; si alguna vez los gratifica es porque hay quien tiene la bondad de hablar por ellos; por lo que hace á S. Illma. jamas se acordara de hacerles bien.

Esto me dijo de su amo, y siguió dándome cuenta del carácter de los eclesiásticos con quienes habiamos comido: me los retrató muy al contrario de lo que se mostraban: es verdad que no me dijo eran gentes infames, pero sí

malos sacerdotes. No obstante esceptuó á algunos cuya virtud alabó. Con esta leccion no dudé cómo debia portarme con estos señores, y en la misma noche cenando me revestí como ellos de un esterior modesto. No es de admirar se hallen tantos hipócritas, pues nada cuesta el serlo.

CAPITULO III.

Gil Blas, privado del arzobispo, y dispensador de sus gracias.

Mientras la siesta saqué de la posada mi maleta y caballo, y volví á cenar á palacio, en donde me pusieron un cuarto decente con muy buena cama. El dia siguiente me hizo llamar S. Illma. bien de mañana para darme á copiar una homilia: me encargó mucho lo hiciera con toda la exactitud posible, lo que ejecuté sin olvidar acento, punto, ni coma, lo que llenó de gusto y de admiracion al prelado. Luego que recorrió todas las hojas esclamó arrebatado: ¡Eterno Dios! ¡Puede darse copia mas correcta! Para no ser gramático eres muy buen copista. Háblame con satisfaccion, amigo mio, ¿has encontrado al escribir alguna cosa que te haya chocado? algun descuido en el estilo, ó algun término impropio? Es muy fácil se escape algo de esto con el fuego de la composicion. ¡Oh, señor! respondí modestamente, no es tanta mi instruccion que pueda meterme á

crítico, y aun cuando fuera capaz de ello, estoy asegurado que las obras de V. S. Illma. no caerian bajo mi censura. Sonrióse con mi respuesta, y nada me replicó; pero en medio de toda su piedad se traslucia que amaba con pasion sus escritos.

Acabé de ganarlo con esta adulacion; cada dia me queria mas, tanto que Don Fernando, que visitaba frecuentemente á mi amo, me aseguró habia de tal modo ganado su voluntad, que podia dar por hecha mi fortuna. Mi amo mismo lo confirmó poco tiempo despues con la ocasion siguiente. Habiendo repetido con entusiasmo una tarde en su gabinete delante de mí una homilia que debia predicar en la catedral al otro dia, no se contentó con preguntarme en general qué me habia parecido; sino que me obligo á decirle los pasages que me habian dado mas golpe; tuve la fortuna de citarle aquellos de que estaba mas satisfecho y que eran sus favoritos: esto me hizo pasar en el concepto de S. Illma. por de un conocimiento delicado, que sabia atinar con las verdaderas hermosuras de una obra. Esto es, esclamó, lo que se llama tener gusto y delicadeza. Sí, querido, te aseguro que no es tu oido oreja de *Beocia*. En fin tan contento quedó que me dijo con mucha espresion: no tengas ya cuidado, corre de mi cuenta tu fortuna, y yo te la procuraré agradable. Yo te quiero, y en prueba de ello quiero seas mi confidente.

Al oir estas palabras me eché á los pies de S. Illma. penetrado de reconocimiento. Abracé con todo corazon sus piernas torcidas, y me creí ya hecho hombre. Sí, hijo mio, prosiguió el arzobispo, cuyo discurso se habia interrumpido por mi accion: sí, hijo mio, quiero hacerte depositario de mis pensamientos los mas secretos. Escucha atentamente lo que voy á decirte. Tengo gusto en predicar, y el Señor bendice mis homilias, porque ellas hieren á los pecadores, les hacen entrar dentro de sí mismos y recurrir á la penitencia. Tengo la satisfaccion de ver á un avaro espantado con las imágenes que presento á su codicia, abrir sus tesoros y distribuirlos con una mano pródiga: apartarse un lascivo de sus torpezas: retirarse los ambiciosos á las ermitas, y hacer constante y firme en sus obligaciones á una esposa á quien hacia titubear un galan engañoso. Estas conversiones, que son frecuentes, debian por sí solas escitarme al trabajo; con todo te confieso mi flaqueza, todavía me mueve otro premio: premio que la delicadeza de mi virtud me reprende inútilmente: este es la estimacion del público por las obras acabadas. Yo encuentro mucha satisfaccion en que me tengan por un orador consumado. Hoy pasan mis obras por fuertes y delicadas, pero no querria caer en las faltas de los buenos escritores que escriben por muchos años, y al fin flaquean. Yo quisiera no perder mi reputacion.

En este supuesto, mi amado Gil Blas, continuó el prelado, espero una cosa de tu zelo: cuando percibas que mi pluma se envejece, cuando notes se baja mi estilo, no dejes de advertírmelo. En este punto no me fio de mí mismo. Mi amor propio podria cegarme. Esta observacion necesita de un entendimiento imparcial; por tanto elijo el tuyo que contemplo á propósito, y desde luego estaré á tu dictámen. Señor, le dije, si V. S. Illma. está todavía bien lejos de este tiempo, á Dios gracias. Ademas que un entendimiento tal como el de V. S. Illma. se conserva mas bien que los de otro temple, y para hablar con propiedad, V. S. Illma. será siempre el mismo. Yo juzgo á S. Illma. como un otro cardenal Jimenez, cuyo genio superior parece recibia mas fuerzas con los años en lugar de debilitarse con la vejez. Dejémonos de adulaciones, amigo mio, respondió mi amo; yo sé que puedo bajarme y perder la sublimidad de mi estilo de un instante á otro: en la edad en que me hallo ya se principian á sentir las enfermedades, y las enfermedades del cuerpo alteran al espíritu. De nuevo te lo encargo, Gil Blas, no te detengas un momento en avisarme cuando adviertas se debilita mi cabeza. No temas usar conmigo de franqueza y sinceridad, porque tu aviso será para mí una prueba del amor que me tienes. Por otra parte va en ello tu interes, porque si por desgracia tuya supiese se hablaba

en la ciudad que mis sermones habian decaido de su ordinaria elevacion, y que podia ya dar de mano á mis tareas, perderias no solo mi afecto, sino el acomodo que te tengo prometido. Te hablo con toda claridad, esto sacarias de tu necia discrecion.

Aqui acabó la exortacion de mi amo para oir mi respuesta, que se redujo á prometerle cuanto deseaba. Desde este momento nada tuvo secreto para mí, y vine á ser su privado. Todos los familiares envidiaban mi suerte, menos el prudente Melchor de la Ronda. Era de ver como trataban los gentiles-hombres y escuderos al confidente de S. Illma.: no se afrentaban de abatirse por tenerme contento; sus bajezas me hacian dudar fuesen españoles. Aunque conocia sus ideas interesadas, y nunca me engañaron sus lisonjas, no por esto dejé de servirlos. Mis oficios hicieron que S. Illma. les procurase empleos. A uno hizo dar una compañía, y le dió con que hacer su papel en el ejército; á otro envió á Méjico con un empleo considerable, y no olvidando á mi amigo Melchor le saqué una buena gratificacion. Esto me hizo conocer que si el prelado de su propio motivo no daba, á lo menos rara vez negaba lo que se le pedia.

Pero me parece debo referir con mas estension lo que hice por un eclesiástico. Un dia nuestro maestre de sala me presentó un cierto licenciado llamado Luis García, hombre mo-

zo y de buena presencia, y me dijo: señor Gil Blas, este honrado eclesiástico es uno de mis mejores amigos: ha sido capellan de monjas, pero su virtud no ha podido librarse de malas lenguas. Lo han desacreditado tanto con S. Illma. que lo ha suspendido, y no quiere escuchar á los que piden su habilitacion; nos hemos valido de lo principal de Granada, pero nuestro amo es inflexible.

Señores, les dije, este negocio se ha gobernado mal; hubiera sido mejor no haber empeñado á nadie; por hacerle bien al señor licenciado le han hecho mucho daño. Yo conozco á S. Illma., y sé que las súplicas y recomendaciones no hacen mas que agravar en su idea la falta de un eclesiástico. No ha mucho que le oí decir, cuanto mas personas empeña en su favor un eclesiástico que está irregular, tanto mas aumenta el escándalo y mi severidad. Malo es eso, dijo el maestre sala, y mi amigo tendria mal negocio si no tuviera tan buena mano; pero gracias á Dios él escribe hermosamente, y esta habilidad le sacará del paso. Tuve la curiosidad de ver si la letra que se me celebraba era mejor que la mia. El licenciado me manifestó una muestra, que traia prevenida; quedé admirado de su hermosura y limpieza, y me pareció de las muestras que dan los maestros de escuela. Mientras consideraba tan bella forma de letra me vino al pensamiento una idea, y en su conse-

cuencia pedí á García me dejase el papel, diciéndole que acaso le seria útil, que no podia decirle mas por entonces; pero que nos viésemos á otro dia y hablariamos. El licenciado, á quien el mayordomo al parecer habia celebrado mi genio, se retiró tan satisfecho como si ya hubiese conseguido todas sus licencias.

A la verdad yo deseaba hacerle este favor, y desde el mismo dia trabajé en ello del modo que voy á decir. Estando solo con el arzobispo le manifesté el papel de García, el cual agradó infinito á mi patron. Señor, le dije aprovechándome de la ocasion, pues que V. S. Illma. no quiere imprimir sus homilias, no seria malo que á lo menos se escribiesen de esta letra.

El prelado me respondió: aunque me agrada la tuya, no me disgustaria tener copiadas mis obras de esta mano. No se necesita mas, proseguí, que el consentimiento de V. S. Illma.; es un licenciado conocido mio el que tiene esta habilidad; él se alegrará mucho servir á V. S. Illma., y mas cuando por este medio podrá esperar de su bondad se sirva sacarle del miserable estado en que por desgracia se halla.

¿Cómo se llama ese licenciado? me preguntó. Luis García, le dije, y está lleno de amargura por haber incurrido en la indignacion de V. S. Illma. Este García, interrumpió, si no me engaño, ha sido capellan en un convento de monjas y ha incurrido en las censuras eclesiásticas.

Todavía me acuerdo de los memoriales que me han dado contra él; sus costumbres no son muy buenas. Señor, dije, no es mi ánimo justificarlo; pero sé que tiene muchos enemigos, y asegura que los que le han acusado han cuidado mas de hacerle daño que de decir la verdad. Bien puede ser, replicó el arzobispo, porque hay en el mundo espíritus muy perversos; pero doy de barato que su conducta no haya sido siempre irreprensible, acaso se habrá arrepentido, y sobre todo á gran pecado gran misericordia. Haz venir á ese licenciado á quien desde luego levanto las censuras.

Ved aqui como cuando media el interes propio los hombres mas rigurosos templan su severidad. El arzobispo concedió sin pena lo que habia reusado á los mas poderosos empeños, solo por el vano gusto de tener sus obras bien escritas. Al instante dí esta noticia al maestre sala, quien sin pérdida de tiempo la pasó á su amigo García. Al dia siguiente vino á darme los agradecimientos correspondientes á la gracia obtenida. Lo presenté á mi amo, quien contentándose con una ligera reprension le dió algunas homilias que pusiera en limpio. García se portó tan grandemente, que S. Illma. lo restableció en su ministerio, y aun le dió el curato de Gabia, un lugar grande inmediato á Granada, lo que prueba muy bien que los beneficios no se dan siempre á la virtud.

CAPITULO IV.

Es acometido de apoplejía el arzobispo. Del embarazo en que se encuentra Gil Blas, y del modo que salió de él.

Cuando me ocupaba en servir de este modo á unos y á otros, D. Fernando de Leiva se preparaba para dejar á Granada. Visité á este señor antes de su partida para darle de nuevo gracias por el escelente acomodo que me habia procurado. Viéndome tan gustoso me dijo: mi amado Gil Blas, me alegro mucho que estés tan contento con mi tio el arzobispo. Estoy contentísimo, le respondí, con este gran prelado, y verdaderamente debo estarlo. Ademas de que es un señor muy amable, nunca podré yo agradecer bastantemente las bondades que le debo; pero todo esto necesitaba para consolarme de la separacion de D. César y su hijo. No creo yo que ellos la hayan sentido menos, dijo Don Fernando. Puede ser que no os hayais despedido para siempre. Da tantas vueltas el mundo, que acaso os podréis ver todavía juntos. Estas palabras me enternecieron y no pude menos de suspirar: entonces conocí que mi amor á Don Alfonso era tanto, que con gusto hubiera dejado al arzobispo y cuanto podia esperar de su privanza por volverme á la casa de Leiva siempre que se hubiera quitado la ocasion de mi retiro de ella. Don Fernando advirtió mi

ternura, y le agradó tanto mi ley que me abrazó diciendo que su familia se interesaria siempre en mi fortuna.

A los dos meses de haber marchado este caballero, y en el tiempo que me encontraba mas favorecido tuvimos un grande susto en palacio: el arzobispo fue atacado de apoplejía; pero se le socorrió con tan prontos y eficaces remedios, que desapareció á muy pocos dias, pero le quedó algo débil la cabeza. Al primer sermon que compuso lo eché de ver, pero no podia comprender del todo la diferencia de este con los antecedentes, para asegurarme que mi orador empezaba á decaer y por esto aguardé á que predicase otro para decidir. Hízolo, y no fue menester esperar mas. El buen prelado se rozaba, repetia, se levantaba á las nubes, y se abatia hasta el suelo: su oracion fue difusa: arenga de catedrático cansado, un sermon de mision sin concierto.

No fui yo solo quien lo notó; casi todos los que le oyeron, como si les hubieran pagado para que lo examinasen, se decian al oido: este sermon huele á apoplejía. Vamos, señor censor, y árbitro de las homilias, me dije, prepárese V. para hacer su oficio. Ya ve V. que S. Illma. declina: V. está obligado á advertírselo, tanto por depositario de sus confianzas, como por el temor de que alguno de sus amigos lo prevenga: si llegara este caso sabe V. muy bien sus consecuencias; seria V. borrado de su

testamento, en el cual sin duda ahora habrá apuntado un legado mas útil que la biblioteca del licenciado Sedillo.

A estas reflexiones se sucedian otras enteramente contrarias, porque me parecia muy espuesto dar un aviso tan desagradable que no recibiria con gusto un autor apasionado tercamente por sus obras: por otra parte me parecia era imposible que le disgustase mi libertad despues de habérmelo ordenado con tanta eficacia. Añadamos á esto que yo pensaba entrarle con maña y hacerle tragar suavemente la píldora. En fin, persuadiéndome á que aventuraba mas en callar que en hablar me determiné á romper el silencio.

Solo una cosa me inquietaba, y era no saber cómo sacar la conversacion. Gracias al cielo el orador mismo me sacó de este embarazo preguntándome qué se decia de él en el mundo, y si habia gustado su último sermon. Respondí que sus homilias siempre admiraban; pero que á mi parecer la última no habia movido tanto el auditorio como las antecedentes. ¿Cómo es eso, amigo, respondió sobresaltado, se ha encontrado algun aristarco? Señor Illmo., respondí, no son obras las de V. S. Illma. que haya quien se atreva á censurarlas; antes todos las celebran; pero como V. S. Illma. me tiene mandado le hable con franqueza y sinceridad, me he atrevido á decir que su último discurso no me parece tiene la solidez de los

precedentes. ¿Piensa V.S. Illma. de otro modo? A estas palabras se mudó de color mi amo, y con una sonrisa forzada me dijo: ¿señor Gil Blas, con que esta pieza no es del gusto de V.? No digo y oeso, interrumpí todo turbado, es escelente, aunque un poco inferior á las otras obras de V. S. Illma. Ya te entiendo, replicó, te parece que voy bajando; ¿no es esto? Acorta de razones; tú crees que ya es tiempo de que piense en retirarme. Jamas hubiera yo hablado á V. S. Illma. con tanta claridad si espresamente no me lo hubiera mandado; y pues en esto he obedecido á V. S. Illma., le suplico rendidamente no lleve á mal mi atrevimiento. No lo permita Dios, interrumpió precipitadamente, no permita Dios que tal cosa os reprenda: en eso seria yo muy injusto. No es del todo malo que me digas tu dictámen; pero tu dictámen no me parece justo; yo me engañé habiéndome sometido á ser el juguete de tu limitada inteligencia.

Aunque estaba tan turbado procuré buscar los medios de enmendar lo hecho; pero es imposible sosegar un autor irritado, y mas si está acostumbrado á no oir mas que elogios. No hablemos mas de esto, hijo mio, me dijo: tú eres todavía muy niño para distinguir lo verdadero de lo falso: sabe que en mi vida he compuesto mejor homilia que esta que ha tenido la desgracia de no haber merecido tu aprobacion. Gracias al cielo, mi entendimiento nada ha

perdido todavía de su vigor. En adelante yo elegiré mejores confidentes. Quiero otros mas capaces de decidir que tú: anda, prosiguió, empujándome para que saliera de su gabinete, y di á mi tesorero que te entregue cien ducados, y anda bendito de Dios con ellos. Vaya V. con Dios, señor Gil Blas, me alegraré logre V. toda felicidad con un poco de mas gusto.

CAPITULO V.

Del partido que tomó Gil Blas despues que lo despidió el arzobispo: su casual encuentro con el licenciado García, y cómo le manifestó este su agradecimiento.

Salí del gabinete maldiciendo el capricho, ó por mejor decir la flaqueza del arzobispo, y todavía mas irritado contra S. Illma. que afligido de haber perdido su favor; y aun dudé por algun tiempo si tomaria los cien ducados; pero despues de haberlo reflexionado bien no quise tener la tontería de perderlos. Conocí que esta gratificacion no me estorbaria ridiculizar su accion; lo que me proponia hacer siempre y cuando se hablase en mi presencia de sus homilias.

Pedí al tesorero los cien ducados, sin decirle una sola palabra de lo que habia pasado. Despues me despedí para siempre de Melchor de la Ronda, quien me amaba tanto, que no pudo dejar de sentir mucho mi desgracia. Observé que mientras le daba cuenta de lo sucedido su rostro manifestaba su dolor. A pesar del respe-

to que tenia al arzobispo no pudo menos de vituperar su conducta. Pero como con mi enojo jurase que el prelado me lo habia de pagar, y que á su costa se habia de divertir toda la ciudad, el sabio Melchor me dijo: créeme, amado Gil Blas, pásate tu dolor, y calla; los inferiores deben respetar siempre á los grandes, aunque tengan motivos para quejarse. Confieso que hay señores muy groseros que no merecen atencion alguna, pero al fin pueden hacer daño, y es preciso temerles.

Dí las gracias al anciano ayuda de cámara por su buen consejo, y le ofrecí aprovecharme de él. Despues de esto me dijo: si vas á Madrid procura ver á José Navarro, mi sobrino; es oficial primero del señor D. Baltasar de Gunazi, y me atrevo á decirte que es un mozo digno de tu amistad. Es franco, vivo, oficioso é insinuante, yo quisiera que fuerais amigos. Le respondí que no dejaria de verlo luego que llegara á Madrid, á donde pensaba volver. Salí inmediatamente del palacio arzobispal con ánimo de no poner mas en él los pies. Puede ser hubiera marchado al instante á Toledo si hubiera conservado mi caballo; pero lo habia vendido en el tiempo de mi fortuna, creyendo que ya no lo necesitaba. Determiné, pues, quedarme en Granada todavía un mes, y despues irme con el conde de Polan, y para esto tomé un cuarto en una posada.

Se acercaba la hora de comer, y pregunté á

mi huéspeda si habria por alli cerca alguna hostería, y me dijo que á dos pasos de su casa habia una escelente, en donde daban bien de comer y concurrian muchas gentes de forma. Hice que me dijesen en donde estaba, y fui inmediatamente á ella. Entré en una gran sala á manera de refectorio: habia diez ó doce sentados en una mesa larga cubierta con unos manteles sucios, que solo pensaban en despachar su pitanza; me trajeron la mia, tan mezquina que sin duda hubiera echado menos en otra ocasion la mesa que acababa de perder; pero como estaba tan picado contra el arzobispo, la frugalidad de mi hostería me parecia preferible á las abundancias arzobispales. Vituperaba la variedad y multitud de guisos que se dan en semejantes mesas, y discurriendo como pudiera hacerlo un médico de Valladolid decia: pobres de los que se hallan frecuentemente en mesas tan dañosas, en las que es preciso estar siempre sujetando el apetito para no cargar demasiado el estómago: ¿por poco que se coma no se come siempre bastante? El mal humor me hacia alabar los aforismos que antes habia despreciado. Cuando iba rematando mi racion sin temer pasar los límites de la templanza, llegó á la sala el licenciado Luis García, aquel capellan de monjas que logró el curato de Gavia del modo que llevo referido. En el instante que me vió me saludó precipitadamente como un hombre arrebatado de alegría: me abrazó, y

tuve la precision de sufrir un larguísimo cumplimiento con que me dió gracias por el bien que le habia hecho, moliéndome con demostraciones de reconocimiento. Sentóse á mi lado diciendo: vive Dios, mi amado patron, que pues he tenido la fortuna de encontraros no nos hemos de despedir sin beber un trago; pero no vale nada el vino de esta posada, si V. gusta en acabando de comer hemos de ir á cierta parte en donde he de regalar á V. con una botella del vino mas enjuto de Lucena, y un esquisito moscatel de Fuencarral. Por esta vez es preciso correr un gallo. Déme V. este gusto. ¡Que no tenga yo la fortuna de ver á V. á lo menos por algunos dias, en mi curato de Gavia! Alli obsequiaria á V. como á un Mecénas generoso, á quien debo las comodidades y la tranquilidad de la vida que gozo.

Mientras me hablaba le trajeron su racion. Empezó á comer, pero sin cesar de decir de cuando en cuando alguna cosa que mostrase su agradecimiento. En uno de estos intervalos, con motivo de haberme preguntado por su amigo el maestre sala le manifesté mi salida de la casa arzobispal. Le conté hasta las menores circunstancias de mi desgracia, lo que escuchó con mucha atencion. ¿Quién no hubiera esperado en vista de tanto como me habia dicho que aquel hombre se hubiese manifestado muy sentido, y que hubiese declamado furiosamente contra el arzobispo? Pues no pensó en ello,

antes bajó la cabeza, estuvo frio y pensativo hasta que acabó de comer, sin hablar mas palabra, y despues levantándose de la mesa aceleradamente me saludó con frialdad, y se fue. Este ingrato, viendo que ya no podia serle útil, ni aun quiso tomar la pena de ocultarme su indiferencia. Me reí de su ingratitud, y mirándolo con todo el desprecio que merecia le dije bien alto para que me oyese: ola, señor prudente capellan de monjas, vaya V. á refrescar ese esquisito vino de Lucena con que me ha convidado.

CAPITULO VI

Gil Blas va á la comedia: de la admiracion que le causó la vista de una cómica, y de lo que le sucedió con ella.

Todavía no habia salido García de la sala cuando entraron dos caballeros muy bien vestidos, los cuales se sentaron cerca de mí: principiaron á tratar de los cómicos de la compañía de Granada, y de una comedia nueva que se representaba entonces. Por su conversacion entendí que aquella pieza hacia mucho ruido en la ciudad; dióme deseo de verla en la misma tarde. Como casi siempre estuve en palacio, y alli estaba anatematizada esta clase de recreo, no habia visto comedia alguna desde que vivia en Granada, y toda mi diversion se habia reducido á las homilias.

A la hora acostumbrada me fui al teatro, en

donde habia ya un grande concurso. Oí diferentes disertaciones sobre la pieza, que hacian los que estaban á mi lado, y observé que todos querian dar su voto, declarándose unos en pro, otros en contra. Decia uno que estaba á mi derecha: ¿se ha visto jamas obra mas bien escrita? Y á mi izquierda decia otro: ¡qué estilo tan miserable! Confesemos que si hay malos autores hay tambien peores críticos. Cuando pienso que los poetas dramáticos tienen que sufrir tantas pesadumbres, me espanto de que haya algunos tan atrevidos que desafian la ignorancia del vulgo y la censura peligrosa de los medio sabios, que corrompen el juicio del público.

En fin se presentó el gracioso para romper el teatro. Por todas partes sonaron las palmadas, lo que me hizo sospechar era uno de aquellos comediantes consentidos á quien los mosqueteros suplen todo lo que hacen. Efectivamente, no decia una palabra ni hacia un gesto que no se atrajera mil aplausos: como conocia el gusto que daba abusaba de la aceptacion. Noté mas de una vez que no sabia el papel, y que sus descuidos ponian en mucho aprieto la prevencion con que le oian: si en lugar de aplaudirlo le hubieran silbado hubieran obrado en justicia.

Palmearon á otros comediantes, pero particularmente á una que hacia el papel de criada. La miré con cuidado, y no puedo esplicar cuánto me sorprendí conociendo que era mi

Laura, mi querida Laura, á quien hacia todavía en Madrid con Arsenia. No dudé fuese ella, porque su talle, sus facciones, el metal de su voz, todo me aseguraba que no estaba equivocado. No obstante desconfiando de mis ojos y de mis oidos pregunté á un caballero que estaba á mi lado cómo se llamaba. Oh amigo, me dijo: V. es forastero sin duda, ¿de qué pais viene V.? V. al parecer se ha desembarcado ahora, pues que no conoce á la bella Estela. La semejanza era muy perfecta para equivocarla; y desde luego sospeché que Laura al mudar de estado tambien habia mudado de nombre; y deseoso de saber de sus cosas, porque el público jamas ignora las de los cómicos, me informé del mismo sugeto si esta Estela tenia algun amante de importancia, y me respondió que el marques de Marialva, señor portugues, que dos meses habia se hallaba en Granada, era quien gastaba mucho con ella. Mas me hubiera dicho si mas le preguntara; pero temí cansarlo con mis preguntas. Pensé mas en esta noticia que en la comedia; y si al salir alguno me hubiera preguntado de ella no hubiera sabido qué decirle. Todo el tiempo se me fue en pensar en Laura y Estela, y aun me resolví á visitarla en su casa al otro dia. No dejaba de inquietarme el no saber cómo seria recibido. Era de creer que no le diese gusto mi vista en el estado tan brillante en que se hallaba; y era de

presumir que una cómica de tanto nombre fingiese no conocerme para vengarse de un hombre de quien sin duda tenia motivos de estar sentida. Nada de esto me detuvo. Despues de una ligera cena, pues en mi hostería no eran de otra clase, me retiré á mi cuarto esperando con mucha impaciencia el dia.

Dormí poco, y me levanté al amanecer. Pareciéndome que la dama de un gran señor no se dejaria ver tan de mañana, gasté tres ó cuatro horas en componerme, afeitarme, empolvarme y perfumarme. Queria que no se avergonzase de mi presencia. Salí á las diez, pregunté en la casa de comedias dónde vivia, y pasé á la suya. Vivia en el cuarto principal de una casa grande. Me abrió la puerta una criada, á quien dije diese recado de que un mozo deseaba hablar á la señora Estela. Entró con él, é inmediatamente oí que su ama gritó: ¿quién es ese jóven? ¿Qué me quiere? que entre.

Presumí habia llegado en mala ocasion, que estaria su portugues con ella en el tocador, y para hacerle creer no era muger que recibia recados sospechosos alzaba tanto el grito. Dicho y hecho: estaba alli el marques de Marialva, que gastaba con ella todas las mañanas. Con este motivo esperaba un mal cumplimiento, cuando esta cómica original viéndome entrar se arrojó á mí con los brazos abiertos, gritando como fuera de sí: ¡Ay hermano mio! ¿eres tú? Diciendo esto me abrazó muchas veces. Des-

pues volviéndose hácia el portugues le dijo: señor, perdone V. S. que en su presencia ceda á los impulsos de la sangre. Ha tres años que no he visto á mi hermano, y no he podido contenerme, ni dejar de manifestarle mi amor. Dime, pues, mi amado Gil Blas, continuó dirigiéndose á mí, dime algo de la familia: ¿cómo ha quedado?

Este discurso me embarazó por el pronto, pero inmediatamente penetré las intenciones de Laura, y apoyando su artificio le respondí con un tono propio de la escena que ambos íbamos á representar: nuestros padres estan buenos gracias á Dios, querida hermana. Tú te maravillarás de verme cómica en Granada, interrumpió, pero no me condenes sin oirme. Bien sabes hace tres años que mi padre creyó establecerme ventajosamente casándome con el capitan D. Antonio Coello, quien me llevó desde Asturias á Madrid, su patria. A los seis meses de estar en ella le sucedió un lance de honor ocasionado por su genio violento, y mató á un caballero que me habia mostrado alguna atencion. Era el muerto de familia muy ilustre y de mucho crédito. Mi marido, que ninguno tenia, se salvó en Cataluña con todo lo que encontró en la casa de dinero y piedras preciosas. Se embarcó en Barcelona, paso á Italia, y entró en el servicio de los venecianos, y al fin perdió la vida en la Morea en una batalla contra los turcos. En este tiempo nos confiscaron una po-

ca tierra, el único bien que poseiamos, quedando yo viuda y pobre. ¿Qué partido podia tomar en tan triste constitucion? No habia medio de volverme á las Asturias; ¿y qué papel haria yo en aquel principado? mi familia, cuando mas, se hubieran compadecido de mi desgracia. Por otra parte tuve muy buena crianza para escoger una vida desenvuelta. En este estrecho, para conservar mi reputacion, no hallé otro partido que hacerme comedianta.

Al oir á Laura acabar asi su novela fue tal el impulso de mi risa, que apenas pude reprimirme; pero al fin lo conseguí, y le dije con mucha gravedad: hermana mia, apruebo tu conducta, y me alegro mucho de encontrarte en Granada tan honradamente establecida.

El marques de Marialva, que no habia perdido un punto de nuestra conversacion, pilló al pie de la letra todos los enredos que le dió la gana de ensartar á la viuda de Don Antonio. Tambien entró en la conversacion preguntándome si tenia algun empleo en Granada ó en otra parte. Dudé un momento si mentiria, pero me pareció no habia necesidad, y le dije la verdad: contéle punto por punto cómo habia entrado en casa del arzobispo, y cómo habia salido, lo que divirtió infinito al señor portugues. Es verdad que á pesar de lo que prometí á Melchor me entretuve un poco á espensas del arzobispo. Lo mas gracioso fue que Laura imaginándose era otra novela como la

suya, daba unas carcajadas, que hubiera escusado si hubiera sabido que hablaba verdad.

Acabado mi cuento, que llegó hasta lo de haber tomado un cuarto en la posada, avisaron para comer. Quise retirarme para acudir á mi hostería, pero Laura me detuvo. ¿En qué piensas, hermano mio, me dijo? Tú has de comer conmigo. Tampoco consentiré estés mas tiempo en una posada. Estarás y comerás en casa, y asi haz traer tu equipage hoy mismo, que aqui tienes cama.

El señor portugues, á quien tal vez esta hospitalidad no daba gusto, habló entonces y dijo á Laura: No, Estela, no tienes aqui comodidad para recibir á nadie. Tu hermano me parece un buen mozo, y con la circunstancia de ser cosa tuya no puedo menos de atenderlo; yo quiero que me sirva, y será el mas querido de mis secretarios, y quien tendrá mis confianzas. Desde esta noche dormirá en casa, yo mandaré le pongan un cuarto, y le señalo cuatrocientos ducados de salario; y si en adelante me diese gusto, como lo espero, le pondré en estado de que no sienta haber sido tan sincero con su arzobispo.

A los agradecimientos que dí al marques añadió Laura otros mayores. Esto es hecho; no hablemos mas, interrumpió el marques. Diciendo esto se despidió de su princesa de teatro, y se fue. Laura me llevó á un cuarto retirado, y viéndonos solos dijo: me hubiera re-

ventado si hubiera resistido mas tiempo la risa; y dejándose caer sobre un sillon apretándose los hijares empezó á reir como una loca. Yo no pude menos de hacer otro tanto, y cuando nos hubimos cansado me dijo: confiesa, Gil Blas, que acabamos de representar una graciosa comedia, y á la verdad yo no esperaba tan buena salida: mi ánimo solamente era darte la mesa y cuarto en casa, y para hacerlo con un motivo honrado fingí que eras mi hermano; pero ha salido mejor de lo que pensaba; me alegro que mi enredo te haya facilitado tan buen acomodo. El marques de Marialva es un caballero generoso, que hará mas de lo que te ha prometido. Otra que yo no hubiera recibido con tan buena cara á un hombre que deja sus amigos á la francesa; pero yo soy de aquellas mozas de buena pasta, que reciben siempre con gusto al bribon que una vez quisieron.

Confesé de buena fe mi impolítica y le pedí perdon; despues de lo cual me condujo á un comedor muy curioso. Nos sentamos á la mesa en donde nos tratamos de hermanos, porque teniamos de testigos una criada y un lacayo. Luego que acabamos volvimos al mismo cuarto, y alli mi incomparable Laura dando libertad á su genio alegre me pidió cuenta de lo que me habia sucedido desde mi separacion. Satisfice su curiosidad con una fiel narracion de mis aventuras; y ella contentó la mia con la relacion de las suyas, que hizo en estos términos.

CAPITULO VII.

Historia de Laura.

Voy á contarte lo mas sucinto que pueda el motivo de haber abrazado la profesion cómica. Despues que tan honradamente me dejaste sucedieron cosas de mucha entidad. Mi ama Arsenia abjuró el teatro mas de cansada que de disgustado del mundo, y me llevó á una bella hacienda que compró cerca Zamora con moneda estraña. Bien presto tomamos conocimientos en la ciudad, á donde íbamos con frecuencia, y nos deteniamos uno ó dos dias.

En uno de estos viagillos Don Felix Maldonado, hijo único del corregidor, me vió casualmente, y le caí en gracia. Buscó ocasion de hablarme á solas, y para decirte la verdad, yo hice un poco de mi parte para facilitársela. Este caballero no tenia veinte años, hermoso como el mismo amor, y encantaba mas todavía por sus modales amables y generosos que por su figura. Me ofreció con tanta gracia y con tanta instancia un grueso brillante que llevaba en el dedo, que no pude menos de aceptarlo. Estaba muy gustosa y vana con un galan tan amable; pero ¡qué mal hacen las criadas y mozuelas ordinarias de enamorarse de los hijos, cuyos padres tienen poder y au-

toridad! Advertido de nuestro trato el corregidor, que era de los mas severos, procuró evitar con presteza sus consecuencias. Me hizo prender por una tropa de alguaciles, que á pesar de mis gritos me llevaron al hospital de la caridad.

Alli, sin otra forma de proceso, la superiora me despojó de mi tumbaga y de mis vestidos, y me hizo poner un saco largo de sempiterna musga, y ceñirme con una correa ancha negra, de donde pendia un rosario grueso que me llegaba á los talones. Despues me llevaron á una sala donde encontré un fraile viejo de no sé qué órden, que principió á exortarme á la penitencia poco mas ó menos del mismo modo que la señora Leonarda te exortó á tí á la paciencia en el sótano. Me dijo debia estar muy agradecida á las personas que me habian hecho encerrar alli, pues que me hacian un gran servicio retirándome de los lazos del demonio, en los cuales lastimosamente estaba enredada. Te confieso francamente mi ingratitud; lejos de ser agradecida á los que me habian hecho este beneficio les echaba mil maldiciones.

Ocho dias pasé sin consuelo; pero á los nueve, porque yo contaba hasta los minutos, creí mudar de suerte. Al pasar por un patio pequeño me encontró el mayordomo de la casa, á quien todo se sujetaba, hasta la misma superiora. Unicamente dependia del corregidor, á

quien daba las cuentas de su administracion, y quien tenia una entera confianza en él. Llamábase Pedro Zendano, natural de Salsedon en Vizcaya. Figúrate un hombre alto, pálido, seco y de una figura propia para modelo de una pintura del buen ladron. Cara mas hipócrita no la habrás visto ni en el palacio de tu arzobispo; parecia que ni aun miraba á las hermanas recogidas.

Encontré, como iba diciendo, al señor Zendano, el cual me detuvo y dijo: consuélate, hija mia, me han dado lástima tus desgracias. Nada mas dijo, y continuó su camino, dejando á mi arbitrio hacer los comentarios que quisiese sobre un texto tan lacónico. Como yo lo tenia por un hombre de bien me imaginaba buenamente que habria examinado la causa de mi encerramiento, y que no habiéndola encontrado suficiente para un castigo tan indigno, querria interesarse en mi favor con el corregidor. ¡Pero qué mal conocia al vizcaino, y qué distintas eran sus intenciones! Habia proyectado en su mente un viage, del que me dió parte algunos dias despues. Amada Laura mia, me dijo, es tanto lo que siento tus trabajos que he resuelto acabarlos. Bien sé que me pierdo; pero no soy ya mio ni puedo vivir mas que para tí. El triste estado en que te veo me parte el corazon. Quiero sacarte de esta prision desde mañana, y llevarte yo mismo á Madrid, sacrificándolo todo á la satisfaccion de ser tu li-

bertador. Pensé morir de gusto al oir á Zendano; el cual juzgando por mis estremos que lo que yo mas deseaba era salir de mi encierro, tuvo el dia siguiente la osadía de sacarme á vista de todos del modo que voy á contar. Dijo á la superiora que tenia órden del corregidor para llevarme á una casa de recreo, en donde estaba, á dos leguas de la ciudad, y me hizo que con todo descoco montara con él en una calesa de posta, tirada de dos buenas mulas, que para el caso habia comprado. No llevábamos en nuestra compañía mas que un criado que hacia de calesero, y que era enteramente de la confianza del mayordomo. Tomamos el camino no como yo creia hácia Madrid, sino hácia las fronteras de Portugal, á donde llegamos en tan poco tiempo que no podia el corregidor saber nuestra huida ni despachar en nuestro seguimiento sus galgos antes de entrar en este reino. Al acercarnos á Braganza el vizcaino me hizo tomar un vestido de hombre que tenia prevenido, y contándome ya por suya me dijo en la hostería donde nos alojamos: bella Laura, no me tengas á mal que te haya traido á Portugal. El corregidor de Zamora sin falta alguna nos hará buscar en nuestra patria como á dos reos indignos de encontrar asilo en ella; pero podemos ponernos á cubierto de su ira en este reino estraño, aunque en el dia esté sometido al dominio español: á lo menos estarémos

aqui mas seguros que en nuestro pais. Sigue, pues, á un hombre que te adora, vamos á vivir á Coimbra, alli pasarémos sin temor nuestros dias con el mayor gusto. Una proposicion tan viva me hizo conocer que mi caballero no era de aquellos andantes que por sola la gloria y cumplimiento de la órden de caballería trasportaban y ponian en seguridad á las princesas. Sin dificultad comprendí esperaba mucho de mi agradecimiento; pero mas de mi miseria. No obstante, por mas que uno y otro motivo me impeliesen, repugné mucho, y me negué á lo que me proponia. Es verdad que por mi parte tenia dos fuertes razones para mostrarme tan contenida: ni era de mi gusto ni lo creia rico. Pero cuando volviendo á estrecharme ofreció ante todas cosas casarse conmigo, y me hizo ver palpablemente que su administracion le habia suministrado fondos para mucho tiempo, ya le escuché con mas agrado. Me aluciné con los brillos del oro y alhajas que me mostró, y entonces conocí que el interes sabe hacer tantas metamórfosis como el amor. Poco á poco apareció mi vizcaino otro hombre á mis ojos: su cuerpo alto y seco me parecia una estatura fina y delicada; su palidez una blancura hermosa, y hasta su hipocresía le daba un nombre favorable. Con esta mudanza acepté voluntariamente su mano tomando al cielo por testigo de nuestra union. Desde entonces no halló contradiccion en mí para cosa alguna;

tomamos de nuevo nuestro camino, y muy presto Coimbra nos tuvo por vecinos.

Mi marido me compró muy buenos vestidos, y me presentó muchos diamantes, entre los cuales conocí el de Don Félix Maldonado. No necesité mas para adivinar de dónde venian todas las piedras preciosas que habia visto, y para persuadirme que mi marido no era escrupuloso en el séptimo mandamiento. Pero considerándome como la causa primera de sus hurtos se los perdonaba. Una muger escusa siempre los mas enormes delitos que ocasiona su hermosura: sin esta consideracion me hubiera parecido muy perverso aquel hombre.

Dos ó tres meses pasé con él gustosa, porque me hacia mil cariños y me mostraba mucho amor. Sin embargo todo esto no era mas que falsas esterioridades: el bribon me engañaba con ellas, y me preparaba el trato que debe esperar toda muger seducida por un hombre infame. Habiendo venido de misa una mañana no encontré en la casa mas que las paredes. El bueno de Zendano y su fiel criado se manejaron con tal destreza que en menos de una hora no dejaron estaca en pared: todo se lo llevaron, de modo que solo me quedó el vestido que tenia puesto, y la sortija de D. Félix que por fortuna llevaba en el dedo, con lo que me ví como otra Ariadne abandonada de un ingrato. Te aseguro que no me puse á lamentar mi desgracia, antes bien dí gracias

al cielo porque me habia librado de un infame que tarde ó temprano habia de caer en poder de la justicia. Reputé por perdido el tiempo que habiamos vivido juntos, y creí repararlo prontamente. Si hubiera querido quedarme en Portugal con alguna señora ilustre hubiera tenido de sobra; pero ya fuese el amor que tenia á mi pais, ó mi estrella que me preparaba mejor fortuna, solo pensé en volver á ver á España. Un joyero me compró el brillante, tomé su importe en monedas de oro, y salí en una calesa con una señora española, ya anciana, que iba á Sevilla.

Llamábase Dorotea, y habia ido á Coimbra para ver una parienta que vivia en aquella ciudad, y se volvia á Sevilla en donde tenia su residencia. Confrontamos ambas de tal modo que desde la primera jornada nos unimos, y se fortificó tanto nuestra amistad en el camino, que cuando llegamos á Sevilla no permitió saliera de su casa. No tuve lugar de arrepentirme de haber contraido semejante conocimiento. No he visto jamas muger de mejor carácter. Todavía se descubria en sus facciones y en la vivacidad de sus ojos que en su mocedad habria hecho puntear en sus rejas bastantes guitarras. Y por eso sin duda habia tenido muchos maridos nobles, y vivia honradamente con lo que le dejaron.

Tenia entre otras prendas escelentes la de ser muy compasiva con las doncellas desgra-

ciadas. Cuando le conté mis cuitas tomó con tanto ardor mi causa que llenó de maldiciones á Zendano. ¡Ah perros! dijo con un tono que no parecia sino que en el camino habia encontrado algun mayordomo, miserable. Hay en el mundo bribones que como este se deleitan en engañar las mugeres. Lo que me consuela, hija mia, es que segun tu narracion de ninguna manera estás atada por matrimonio al perjuro vizcaino; si este pudiera escusarte con Dios y con el mundo, fuera un obstáculo para contraer otro mejor si se ofrecia ocasion.

Todos los dias salia con Dorotea para ir á la iglesia ó á visitar alguna amiga, medio seguro de encontrar prontamente aventuras, y en efecto me atraje las miradas de muchos caballeros, de entre los cuales algunos quisieron tentar el vado. Hablaron por segunda mano á mi vieja patrona, pero los unos no tenian con que subvenir á los gastos de un establecimiento, y los restantes todavía eran unos babosos; lo que me quitaba la gana de oirlos, sabiendo por mi esperiencia las consecuencias. Un dia quisimos ir á la comedia. Anunciaba el cartel que se representaba *la famosa comedia, el Embajador de sí mismo*, compuesta por Lope de Vega Carpio.

Entre las cómicas que se presentaron en el teatro descubrí una de mis antiguas amigas, Fenicia, aquella moza gorda, pero muy alegre, que te acordarás era criada de Florimun-

da, con quien comiste alguna vez en casa de Arsenia. Yo sabia muy bien que Fenicia habia mas de dos años que no estaba en Madrid; pero ignoraba que fuese cómica. Tal era la impaciencia que tenia de abrazarla, que me pareció larguísima la pieza. Quizá seria tambien porque no la representaban ni tan bien ni tan mal que pudiera divertirme; porque te confieso que como soy tan risueña un cómico perfectamente ridículo no me divierte menos que uno escelente. En fin llegado el esperado momento, es decir, el fin de la famosa comedia, fuimos mi viuda y yo al vestuario, en donde vimos á Fenicia que hacia de la desdeñosa, escuchando con melindres el dulce gorgeo de un pajarito al parecer cogido con la liga de su declamacion. Luego que me vió se despidió cortesmente, vino á mí con los brazos abiertos, y me hizo todos los favores imaginables. Por mi parte la abracé con todo mi corazon. Mutuamente nos testificamos el gusto de habernos vuelto á ver; pero no permitiéndonos el tiempo ni el sitio que nos engolfáramos en largos discursos, dejamos para el dia siguiente hablar en su casa con mas amplitud.

El gusto de hablar es una de las mas vivas pasiones de las mugeres. No pude pegar mis ojos en toda la noche, tal era el deseo que tenia de pillar á Fenicia y hacerle preguntas y repreguntas. Dios sabe si fui perezosa para levantarme é ir á donde me habia dicho que

vivia. Estaba alojada con toda la compañía en un gran meson. Una criada que encontré al entrar, y á quien supliqué me condujese al cuarto de Fenicia, me llevó á un corredor, á lo largo del cual habia diez ó doce pequeñas salas, separadas solamente por unos tabiques de madera, y ocupados por la cuadrilla alegre. Mi conductora tocó á una puerta la cual abrió Fenicia, cuya lengua se recomia tanto como la mia por hablar. Apenas tuvimos tiempo para sentarnos cuando principiamos á charlar, y venos en disposicion de palotear sin cesar. Teniamos tanto que preguntarnos que se atropellaban las preguntas y las respuestas.

Despues de habernos contado nuestras aventuras, y despues de habernos instruido del estado presente de nuestros negocios, me preguntó Fenicia qué partido queria tomar, porque en fin, me dijo, es preciso hacer alguna cosa. No es bien visto en una persona de tu tiempo ser inútil á la sociedad. Le respondí que habia resuelto hasta mejor fortuna, colocarme con alguna señorita de calidad. Quítate allá, esclamó mi amiga, no pienses en eso. ¿Es posible, dije mio, que no te has enfadado de servir? ¿No te has cansado de estar sujeta á la voluntad de otros, respetar sus caprichos, oir que te regañan, y en una palabra de ser esclava? ¿Por qué no escoges, como yo, meterte á comedianta? Nada mas conveniente á una persona de luces, y á quien faltan bienes

y nacimiento. Es un estado medio entre la nobleza y la plebe, una condicion libre y desembarazada de las etiquetas que tanto incomodan. Nuestras rentas, cuyos fondos posee el público, se nos pagan en moneda corriente; en una palabra, siempre vivimos alegres, y gastamos nuestro dinero con la misma facilidad que lo hemos ganado.

El teatro, prosiguió, favorece sobre todo á las mugeres. Todavía me salen los colores cuando me acuerdo que cuando servia á Florimunda no oia otros requiebros que los de los criados del corral del Príncipe, y que ningun hombre de suposicion hacia caso de mi buena cara. ¿De qué nacia esto? de que yo no hacia alli papel; por buena que sea una pintura no se celebra si no se espone al público. Pero despues que me presenté en las tablas ha habido una gran mudanza. Yo llevo al retortero los mejores mozos de los pueblos por donde pasamos. El oficio de cómica nos da cierto atractivo; y si una es prudente y discreta, es decir, que no hace favor mas que á uno, se celebra como honrada y modesta; y cuando muda de galan la miran como una verdadera viuda que se vuelve á casar. Pero si contrae una viuda terceras nupcias se hace despreciable, porque esto choca á la delicadeza de los hombres; pero una cómica se hace de mas valor, á medida que hace mayor el número de sus favorecidos. Todavía despues de cien cortejos es un plato

que solo se presenta en la mesa de los señores.

¿Para qué te cansas? interrumpí yo al llegar aqui. ¿Piensas tú que me son desconocidas esas ventajas? Muy de ordinario me las represento, y hablándote sin ningun disimulo, te digo que ellas lisonjean demasiado á una muchacha de mi genio. Tengo mucha inclinacion á la comedia, pero esto no basta, se requiere talento y no le tengo; algunas veces he representado delante de Arsenia un pedazo de relacion, y no quedó gustosa; esto me ha hecho disgustarme del arte. No es estraño que disgustases á Arsenia, porque las cómicas célebres son por lo comun envidiosas; á pesar de su vanidad temen que se les presenten objetos que les desluzcan. En fin sobre este asunto no me remitiera solamente al voto de Arsenia; su decision no ha sido sincera. Te digo sin adulacion que has nacido para el teatro. Tienes naturalidad, accion libre y muy graciosa, el metal de la voz dulce, buen pecho, y sobre todo una cara pulida. ¡Ah, gran picarona, á cuántos encantaras si fueras comedianta!

A esto añadió todavía otros discursos artificiosos, y me hizo representar algunos versos, con el ánimo solamente de hacerme conocer la buena disposicion que tenia para el teatro; y habiéndome oido fueron mayores sus elogios hasta aventajarme á todas las cómicas de Madrid. En vista de esto no debia ya dudar de mi mérito, ni dejar de condenar á Arsenia de en-

vidiosa y de mala fe. Me fue preciso convenir en que yo era una moza admirable. Fenicia me hizo repetir los mismos versos delante de dos comediantes que entraron en aquel punto, los que quedaron arrebatados, y cuando volvieron de su admiracion fue para colmarme de aplausos. Hablando seriamente aseguro que aun cuando los tres hubieran ido desafiados á cuál me habia de alabar mas no hubieran empleado mas hipérboles. Mi modestia tuvo poco que sufrir con tantos elogios. Yo principié á creer que valia alguna cosa, y veme aqui decidida por la comedia.

No hablemos mas, querida mia, dije á Fenicia, esto es hecho. Quiero seguir tu consejo y entrar en la compañía, si no hay inconveniente. A esto mi amiga transportada de gusto me abrazó, y sus dos camaradas no manifestaron menos alegría que ella al ver mi determinacion. Convenimos en que el dia siguiente por la mañana iria al teatro, y haria presente á toda la compañía el mismo ensayo. Si en casa de Fenicia dí una opinion ventajosa de mí, todavía juzgaron mas favorablemente los comediantes cuando dije en su presencia una veintena de versos; y me recibieron muy gustosos en la compañía. Desde entonces toda mi atencion se dirigió al modo con que debia presentarme por la vez primera. Para hacerlo con mas brillo empleé todo el dinero que me quedaba de la sortija; y aunque no tuve bastante para ves-

tirme soberbiamente, suplió el gusto delicado y airoso la magnificencia que faltaba. En fin salí á las tablas. ¡Qué palmadas! ¡qué elogios! Amigo mio, no faltaré á la modestia si te digo que arrebaté toda la atencion de los espectadores. Era necesario haber visto el ruido que yo hice en Sevilla para creerlo. Yo fui el asunto de todas las conversaciones de la ciudad, que por dos semanas acudió á bandadas á la comedia, de modo que la compañía con esta novedad atrajo al público, que ya principiaba á abandonarla. Me presenté de un modo que encantó á todos, y esto fue publicar que me vendia á el que mas diera. Una infinidad de sugetos de todas edades y condiciones vinieron á ofrecerme sus atenciones y facultades. Por mi gusto hubiera elegido el mas jóven y bonito; pero nosotras solamente debemos consultar el interes y la ambicion cuando se trata de contraernos. Esta es regla del teatro. Por esta razon preferí á D. Ambrosio de Nisaña, hombre rico, generoso y uno de los señores mas poderosos de Andalucía, aunque ya viejo y de muy mala figura. Es verdad que le costó caro. Me alquiló una bella casa, la adornó magníficamente, me puso un buen cocinero, dos lacayos, una doncella de labor, y mil ducados por mes. Añade á esto ricos vestidos y muchas joyas. Arsenia jamas llegó á un estado tan brillante.

¡Qué mudanza en mi fortuna! Ni aun yo podia concebirla, ni me conocia á mí misma;

por lo que no me espanto de que haya tantas que se olvidan prontamente de la nada y de la miseria de donde las sacó el capricho de algun poderoso. Te confieso sinceramente que los aplausos del público, los discursos lisonjeros que oia por todas partes, y la pasion de D. Ambrosio me inspiraron una vanidad que llegó hasta la estravagancia. Miré mi habilidad como un título de nobleza, y tomé el aire de una muger ilustre; ya escaseaba tanto las miradas cariñosas, cuanto las habia prodigado antes, hasta tomar la resolucion de no hacer caso sino de duques, condes y marqueses.

El señor de Nisaña con algunos de sus amigos venia todas las noches á cenar á mi casa: yo por mi parte procuraba juntar las comediantas mas entretenidas, y pasábamos la mayor parte de la noche en beber y en reir. Una vida tan agradable me acomodaba mucho; pero no duró mas que seis meses. Si los señores no tuvieran la facilidad de cansarse serian muy amables. Don Ambrosio me dejó por una maja granadina que acababa de llegar, y que tenia el talento de hacer valer sus gracias. Mi afliccion no pasó de veinte y cuatro horas, porque inmediatamente ocupó su lugar un caballero de veinte y dos años, llamado D. Luis de Calazer, de tan buena cara que pocos podian comparársele. Con razon me preguntarás por qué elegí á un señor tan jóven, sabiendo que el comercio de esta clase de amantes es peligroso; pues yo

te digo que Don Luis ni tenia padre ni madre, y que poseia ya su caudal; ademas que este trato solo deben temerlo las criadas y las miserables aventureras; las de nuestra profesion son personas de título, nunca somos responsables de los efectos que producen nuestras gracias. Desgraciadas las familias á cuyos herederos hemos descañonado.

Tan fuertemente nos unimos Calazer y yo, que dudo haya habido amor como el nuestro. Parece nos amábamos á porfía: todos creian éramos dos amantes los mas dichosos; pero en realidad éramos infelices. Don Luis era amable por su figura; pero tan zeloso que me desolaba á cada instante con injustas sospechas. Por mas que procurase no mirar á hombre alguno, para acomodarme á su flaqueza, su ingeniosa desconfianza hallaba delitos con que inutilizaba mi reserva. Si estaba en las tablas le parecia que mientras representaba miraba al descuido cariñosamente á algun jóven, y con esta sospecha me llenaba de injurias. En una palabra nuestros mas tiernos entretenimientos se mezclaban siempre con quimeras. No pudimos sufrir mas; á ambos nos faltó la paciencia y rompimos amigablemente. ¿Creerás tú que el último dia de nuestra comunicacion fue el mas gustoso que habiamos tenido hasta entonces? Igualmente fatigados los dos de los males que habiamos sufrido nos despedimos con la mayor alegría, como dos miserables cautivos que re-

cobran su libertad despues de una dura esclavitud.

Desde entonces he procurado precaverme del amor. No quiero mas union que turbe mi reposo. No sienta bien en nosotras suspirar como las demas mugeres: no debemos abrigar en nuestro pecho una pasion cuyas ridiculeces hacemos ver al público.

Entre tanto se aumentaba mi fama. Ella publicaba por todas partes que yo era una actriz inimitable. Este buen nombre hizo que los comediantes de Granada me escribiesen convidándome con una plaza en su compañía; y para darme á conocer que la proposicion no era despreciable me enviaron un estado de sus últimos diarios y de sus rentas, por el cual me pareció que era un partido ventajoso; asi lo acepté, aunque en el fondo de mi corazon sentia dejar á Fenicia y Dorotea, á quienes amaba tanto cuanto una muger es capaz de amar á otra. A la primera dejé en Sevilla ocupada en derretir la vajilla de un platerillo, que por vanidad queria tener por cortejo á una comedianta. Se me ha olvidado decirte que al hacerme cómica mudé por capricho el nombre de Laura en el de Estela, y con este salí para Granada.

Alli principié mi ejercicio con tanta felicidad como en Sevilla, é inmediatamente me ví rodeada de amantes; pero como no queria hacer favor sino á quien me diese buenas es-

peranzas, me porté con tal reserva que pude ofuscarlos. Sin embargo, temiendo pagar la pena de una conducta que á nada conducia, y que no me era natural, pensaba declararme por un oidor jóven, de nacimiento plebeyo, quien por razon del empleo, de una buena mesa y equipage hacia el papel de señor, cuando ví la primera vez al marques de Marialva.

Este señor portugues, que viajaba en España por curiosidad, al pasar por Granada vino á la comedia, y justamente no salí aquel dia. Miró con mucha atencion las actrices que se presentaron, encontró una que le agradó, y desde el dia siguiente empezó á tratar con ella. Estaban ya para ajustarse cuando me presenté en el teatro. Mi presencia y mis monadas volvieron prontamente la veleta. Ya mi portugues solo pensó en mí, y á decir verdad, como no ignoraba que mi compañera habia agradado á este señor, procuré desbancarla, y tuve la fortuna de conseguirlo. Bien sé que ella me ha aborecido; pero esto poco importa. Debiera saber que es natural entre las mugeres esta ambicion, y que las mas íntimas amigas no hacen escrúpulo de ella.

CAPITULO VIII.

Del recibimiento que hicieron á Gil Blas los cómicos de Granada, y de la persona á quien reconoció en el vestuario.

En el mismo momento que Laura acababa de contar su historia, llegó una comedianta vieja, vecina suya, que venia á sacarla para ir á la comedia. Esta venerable heroína de teatro hubiera sido escelente para hacer el papel de la diosa Cotis. Mi hermana no dejó de presentar el hermano á esta figura añeja, y sobre esto hubo grandes cumplimientos de ambas partes.

Las dejé solas diciendo á la viuda del mayordomo que iria á buscarla al teatro luego que hubiera hecho llevar mi ropa á casa del marques, cuya habitacion me enseñó ella. Fui inmediatamente al cuarto que habia alquilado, pagué á mi huéspeda, dí á un hombre mi balija, y fui con él á una gran posada en donde estaba alojado mi amo. En la puerta encontré á su mayordomo, que me preguntó si era yo el hermano de la señora Estela. Respondíle que sí, y me dijo, pues sea Vd. muy bien venido, caballero. El marques de Marialva, de quien tengo el honor de ser mayordomo, me ha mandado que os reciba con todo agasajo; se le ha preparado á V. un cuarto; si V. gusta, yo se lo mostraré.

Me subió á lo último de la casa, y me entró en un aposento tan pequeño que solo cabia una cama muy estrecha, un armario y dos sillas; tal era mi habitacion. V. no estará aqui muy á sus anchuras, me dijo mi conductor, pero en recompensa prometo á V. que en Lisboa estará soberbiamente alojado. Encerré mi balija en el armario, del cual quité la llave, y pregunté por la hora en que se cenaba. Me respondieron que el señor cenaba comunmente fuera, y que daba á cada criado cierta suma al mes para su mantenimiento. Hice algunas otras preguntas, y conocí que los criados del marques eran unos holgazanes afortunados. Al cabo de una corta conversacion dejé al mayordomo, y fui á buscar á Laura, ocupado agradablemente con los presagios de mi nuevo acomodo.

Luego que llegué á la puerta de la casa de comedias, y dije ser hermano de Estela, todo se me franqueó. Hubierais visto los guardas precipitarse para darme paso, como si yo fuera uno de los mas grandes señores de Granada. Los cobradores que encontré en el camino me hicieron mil profundas reverencias. Pero lo que yo quisiera poder pintar bien al lector es el recibimiento que con una seriedad cómica se me hizo en el vestuario, en donde encontré toda la compañía vestida ya, y dispuesta para principiar. Los comediantes y comediantas á quienes Laura me presentó, cargaron

sobre mí. Los hombres me agoviaron con abrazos, y las mugeres en seguida aplicando sus rostros pintados sobre el mio lo llenaron de arrebol y blanquete. Todos querian ser los primeros para cumplimentarme, y todos me hablaban á un tiempo. A mí me era imposible responderles; pero la hermana vino á mi socorro, y como su lengua estaba ejercitada, á nadie le hice falta.

No pararon los cumplimientos en los actores y actrices; fue preciso sufrir los del tramoyista, violinistas, apuntador, despavilador y sotadespavilador, en fin de todos los criados del teatro, que al ruido de mi llegada corrieron á registrarme; no parecia sino que estas gentes eran todas de la inclusa, que no habian visto jamas hermanos.

Entre tanto se dió principio á la comedia, y algunos caballeros que estaban en los vestuarios se retiraron para tomar sus asientos, y yo, como de casa, continué en conversacion con los actores que no estaban de ejercicio. Entre estos habia unos á quien llamaron, y oí le nombraban Melchor. Este nombre me chocó; y habiendo mirado atentamente la persona á quien se le daba, me pareció que lo habia visto en alguna parte. Al fin me acordé de él, y ví que era Melchor Zapata, aquel pobre comediante de la legua, que como dije en el primer volúmen de esta historia, mojaba las cortezas de pan en una fuente.

Al instante lo saqué á un lado, y le dije: si no me engaño, V. es el señor Melchor, con quien tuve la honra de almorzar un dia á la orilla de una clara fuente que hay entre Valladolid y Segovia. Vd. se acordará que entonces iba yo con un mancebo de barbero, y que juntamos algunas provisiones que llevábamos con las de V. y compusimos entre los tres una comida escasa, que se sazonó con mil discursos agradables. Zapata se puso como pensativo por algunos instantes, y despues me respondió: Vd. me habla de una cosa de que sin dificultad hago memoria. Entonces venia de Madrid, en donde habia tenido mis pruebas, y volvia á Zamora. Tambien me acuerdo que mis negocios estaban en muy mala positura. Y yo por estas señas, le dije, hago memoria que V. llevaba un jubon aforrado con carteles de comedias. Tampoco he olvidado que V. se quejaba en aquel tiempo de que tenia una muger muy beata. ¡Oh! por lo que hace á eso ya no me quejo, dijo Zapata con precipitacion: vive Dios que la comadre se ha corregido en esto, y asi mi jubon va mejor forrado.

Cuando iba á darle la enhorabuena de tan feliz mudanza tuvo la precision de dejarme para salir á las tablas. Con el deseo de conocerla me acerqué á un comediante y le supliqué me la mostrase; lo que hizo diciendo: vea V. ahí á Narcisa, que si se esceptua á la hermana de Vd. es la mas hermosa de nues-

tras damas. Pensé que esta actriz debia ser aquella por quien se habia declarado el marques de Marialva antes de haber visto á su Estela, y mi conjetura no salió errada. Acabada la comedia llevé á Laura á su casa en donde ví muchos cocineros que preparaban una gran cena. Aqui puedes cenar, me dijo ella. Nada menos que eso, le respondí; el marques quizá gustará de estar solo contigo. Te engañas, respondió: ahora vendrá con dos de sus amigos, y uno de nuestros compañeros; y si tú quieres serás el sexto en nuestra mesa. Bien sabes que en casa de las cómicas los secretarios tienen privilegio de comer con sus amos. Es verdad, la dije; pero todavía no es tiempo de contarme entre los secretarios favoritos: para obtener este empleo honorífico debo antes ocuparme en alguna comision de confianza. Diciendo esto dejé á Laura y fui á mi hostería, á donde hice cuenta de comer todos los dias, porque mi amo no tenia casa.

CAPITULO IX.

Del hombre estraordinario con quien cenó aquella noche, y de lo que pasó entre ellos.

Advertí cenaba solo en un rincon de la sala un viejo vestido de paño pardo que parecia monge, y por curiosidad me senté en frente de él; le saludé muy cortesmente, y correspon-

dió del mismo modo: trajeron mi pitanza, que principié á despachar con mucho apetito, y mientras comia sin decir una palabra lo miraba frecuentemente; pero siempre le hallé puestos sus ojos en mí. Fatigado de su afan en mirarme le hablé en estos términos: Padre, segun el cuidado con que V. me mira yo debo no serle desconocido: dígame V. si nos hemos visto en otra parte.

Con mucha gravedad me respondió: os miro con esta atencion para admirar la prodigiosa variedad de aventuras que estan grabadas en los rasgos de vuestro rostro. A lo que veo, le dije con un aire burlon, vuestra reverencia sabe la metoposcopia. Bien podria lisonjearme de poseerla, dijo el monge, y de haber pronosticado cosas que no ha desmentido el tiempo; tambien sé la chiromancia, atreviéndome á decir que mis oráculos son infalibles cuando he confrontado la inspeccion de la mano con la del rostro.

Aunque este viejo tuviese la apariencia de un hombre virtuoso me pareció tan loco que no pude dejar de reirme; pero en lugar de ofenderse de mi impolítica se sonrió: y despues de haber registrado bien la sala y haberse asegurado de que nadie nos oia, continuó hablando de esta manera: No me espanto de veros opuesto á estas dos ciencias que en el dia pasan por tan frívolas; el largo y penoso estudio que requieren desanima á todos

los sabios, que despechados de no haberlas podido adquirir las renuncian y desacreditan; por lo que hace á mí no me ha acobardado su oscuridad, ni tampoco las dificultades que se suceden sin cesar en la indagacion de los secretos químicos en el arte maravilloso de transmutar los metales en oro.

Pero no pienso, prosiguió habiendo tomado nuevo aliento, que hablo á un jóven á quien mis discursos deben parecer sueños. Una ligera prueba de mi habilidad os hará juzgar mejor de mí que todo lo que podria deciros. Diciendo esto sacó de su bolsillo una vasija llena de un licor rojo. Despues me dijo: vea V. aqui un elixir que he compuesto esta mañana del jugo de ciertas plantas sacado por alambique, porque á imitacion de Demócrito he empleado casi toda mi vida en saber las propiedades de los simples y de los minerales. V. va á probar su virtud. Bien ve Vd. que el vino que bebemos es muy malo; pues se ha de hacer escelente. Al mismo tiempo echó dos gotas de su elixir en mi botella, con las que mi vino se volvió mas delicioso que los mejores que se beben en España.

Todo lo maravilloso sorprende, y una vez preocupado el entendimiento ya no hay juicio. Pasmado de ver un secreto tan bueno, y persuadido á que era menester ser poco menos que diablo para haberlo encontrado, esclamé lleno de admiracion: ¡Oh, padre mio!

perdóneme V. por Dios, si le he tenido por un viejo loco. Ahora le hago á V. justicia; esto me basta para estar asegurado de que si quiere puede hacer en un instante de una barra de hierro una de oro. ¡Qué dichoso fuera yo si poseyera esta admirable ciencia! El cielo os libre de ella, interrumpió el viejo con un profundo suspiro. Tú no sabes, hijo mio, lo que deseas. En lugar de envidiarme ténme lástima; pues yo mismo he trabajado tanto para hacerme infeliz. Siempre vivo inquieto, temo ser descubierto, y que una prision perpetua sea el premio de todos mis trabajos. Con este temor paso una vida errante, tan presto disfrazado en sacerdote ó monge, como en caballero ó paisano. Mira, pues, si será ventajoso el saber hacer oro á este precio. Y sobre todo ¿las riquezas no son un verdadero suplicio para aquellos que no las poseen tranquilamente?

Este discurso me parece muy sensato, dije entonces al filósofo. Nada iguala al gusto de vivir en reposo; V. me hace despreciar la piedra filosofal: me contentaré con que V. me anuncie lo que ha de sucederme. Hijo mio, con mucho gusto, respondió. Ya he observado tus facciones; veamos ahora tu mano. Se la presenté con una confianza que no me honrará en la opinion de algunos lectores, quienes quizá en mi lugar hubieran hecho otro tanto. La examinó con mucha atencion, y dijo despues con entusiasmo: Ah! ¡cuántos tránsitos del dolor

á la alegría, de la alegría al dolor ! ¡ Qué sucesion tan estraordinaria de desgracias y de prosperidades ! Pero tú has probado ya gran parte de estas alternativas. Ya casi no os quedan desgracias que sufrir, y cierto señor os procurará un agradable destino que no será alterado. Despues de haberme asegurado que podia esperar con certeza esta prediccion se despidió de mí y salió de la hostería, en donde me quedé muy preocupado con las cosas que acababa de oir. Creí sin duda que el señor de quien me hablaba era el marques; y por consiguiente nada me parecia mas posible que el cumplimiento de la prediccion. Pero aun cuando no hubiera tenido la menor apariencia era tal el crédito que habia adquirido en mi opinion con su elixir, que no hubiera dejado de darle entera creencia. Por mi parte para llegar pronto á la felicidad que me habia predicho resolví unirme al marques mas que á ninguno de los otros amos. Con esta resolucion me retiré á nuestra posada lleno de una alegría que no se puede esplicar. Ninguna muger ha podido salir jamas tan contenta de casa de una gitana.

CAPITULO X.

De la comision que el marques de Marialva dió á Gil Blas; y cómo la evacuó este fiel secretario.

Todavía no habia venido el marques de casa de su comedianta ; pero en su aposento encontré los ayudas de cámara que jugaban á la primera esperando su venida. Me introduje con ellos, y nos entretuvimos riendo hasta las dos de la madrugada que llegó nuestro amo. Sorprendióse un poco al verme , y me dijo con una afabilidad que daba á entender volvia contento de su visita : Gil Blas , ¿por qué no te has acostado ? Yo le respondí que queria saber antes si tenia alguna cosa que mandarme. Puede ser, dijo , te encargue por la mañana un negocio, y entonces recibirás mis órdenes. Vé á reposar, y sabe que te dispenso de esperarme; me bastan los ayudas de cámara. Despues de esta advertencia, que no dejó de agradarme, pues me escusaba la sujecion que algunas veces hubiera sufrido con disgusto, dejé al marques en su aposento , y me retiré á mi guardilla. Me acosté , pero no habiendo podido dormir seguí el consejo de Pitágoras de traer á la memoria por la noche lo que hemos hecho en el dia para aplaudir nuestras buenas acciones , ó vituperar las malas.

Mi conciencia no estaba tan limpia que dejase de remorderme haber apoyado la impostura de Laura. Por mas que yo dijera para escusarme que no habia podido decentemente desmentir á una moza que no habia tenido otra mira que la de hacerme bien; y que en algun modo me habia visto en la necesidad de ser cómplice de la superchería, poco satisfecho de esta escusa yo mismo me respondia que no debia llevar tan adelante el engaño, y que debia ser muy atrevido para querer vivir con un señor cuya confianza pagaba tan mal. En fin despues de un exámen severo convine en que si no era un bribon me faltaba poco.

Habiendo pasado de aqui á las consecuencias, reflexioné que no era juego de niños el engañar á un hombre de condicion, quien por mis pecados acaso tardaria muy poco en descubrir la trampa. Una reflexion tan juiciosa aterrorizó algun tanto mi espíritu, pero bien presto se disipó mi temor con las ideas del gusto y del interes; ademas de que para asegurarme bastaba la profecía del hombre del elixir. A esto se siguió hacer cuentas muy alegres calculando la suma á que ascenderian mis salarios en diez años de servicio; á esto añadí las gratificaciones que deberia recibir de mi amo, y midiéndolas por su humor liberal, ó mas bien segun mis deseos, la intemperancia de mi imaginacion no ponia límites á mi fortuna. Tanta felicidad me trajo poco á poco el sueño,

y me dormí edificando castillos en el aire.

Por la mañana me levanté á las nueve, y fui á recibir las órdenes de mi patron; pero al abrir la puerta para salir me admiré de verlo venir en bata y gorro. Estaba solo, y me dijo: Gil Blas, al despedirme de tu hermana anoche le ofrecí pasar allá esta mañana, pero me es imposible cumplirlo, porque un negocio de entidad no me lo permite. Vé y dila de mi parte cuánto me ha mortificado este contratiempo, y asegúrala que sin embargo cenaré con ella. Pero no para en esto tu comision, añadió, alargándome una bolsa con una cajita de zapa, guarnecida de piedras; llévale mi retrato, y toma para tí esta bolsa en donde van cincuenta doblones, que te doy para prueba de la estimacion que te tengo ya. Con una mano tomé el retrato, y con la otra la bolsa tan poco merecida; fui corriendo en casa de Laura, y transportado de alegría iba diciendo: bueno, bueno, la prediccion se cumple visiblemente. ¡Qué fortuna es ser hermano de una moza bella y galante! ¡Qué lástima que honra y provecho no quepan en un saco!

Laura madrugaba contra la costumbre de las personas de su profesion. La hallé en el tocador, en donde esperando su portugues procuraba añadir á su hermosura natural todos los ausilios que el arte de las majas podia prestarle. Amable Estela, le dije al entrar, iman de los estrangeros, ya puedo comer con mi

amo, pues me ha honrado con una comision que me da esta prerogativa, la cual voy á evacuar. Dice que no puede tener el gusto de visitarte esta mañana, como lo habia pensado; pero para consolarte cenará esta noche contigo; te envia su retrato, con lo que me parece quedarás algo mas consolada.

Le dí la caja, cuyos brillantes alegraron infinitamente su vista. La abrió, observó la pintura de puro cumplimiento, cerróla, y se puso con sosiego á considerar los diamantes. Celebró su hermosura, y me dijo con sonrisa: ve aqui unas copias que las cómicas aman mucho mas que los originales. Díjele: el generoso portugues al darme el retrato me regaló cincuenta doblones. Me alegro infinito, me dijo ella. Este señor principia por donde rara vez acaban otros. A tí es, mi querida, á quien debo este regalo, le respondí; la fraternidad es la que únicamente ha escitado al marques. Yo quisiera hiciera otro tanto todos los dias: no puedo ponderarte cuánto te amo. Desde el primer instante que te ví te amé tan estrechamente que el tiempo no ha podido romper esta union. Cuando te perdí en Madrid no perdí las esperanzas de recobrarte, y ayer al verte te recibí como un hombre que volvia á su centro. En una palabra, amigo mio, el cielo nos ha destinado para vivir juntos: tú has de ser mi marido; pero antes es menester enriquecernos. La prudencia exige que comencemos sobre

este pie. Todavía quiero tener tres ó cuatro cortejos para que te establezcas cómodamente.

Le dí las gracias por su cuidado, é insensiblemente nos fuimos metiendo en una conversacion que duró hasta el mediodía. A esta hora me retiré para dar cuenta á mi amo del modo con que se habia recibido su regalo. Aunque Laura no me habia dado sus instrucciones sobre este punto compuse en el camino una buena arenga para cumplimentarlo de su parte; pero fue tiempo perdido, porque cuando llegué á la posada se me dijo que el marques acababa de salir, y estaba decidido que no volveria á verlo mas, como se leerá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XI.

De la noticia que tuvo Gil Blas, y del golpe terrible que recibió con ella.

Me fui á mi hostería, en donde encontré dos hombres, con quienes comí, y con cuya agradable conversacion me entretuve en la mesa hasta la hora de la comedia, que nos separamos, ellos para ir á sus negocios, y yo para tomar el camino del teatro. Hemos de advertir de paso que yo tenia motivo para estar de buen humor: la alegría habia reinado en nuestra conversacion: la fortuna se me mostraba propicia, y sin embargo sentia cierta tristeza que

no estaba en mi mano evitar. ¡Digan ahora que no hay algun género de presentimiento de las desgracias que nos amenazan! Habiendo entrado en el vestuario se acercó á mí Melchor Zapata y me dijo en secreto que lo siguiera. Me llevó á un sitio escusado y me tuvo este discurso: señor mio, me parece que estoy obligado á dar á V. un aviso muy importante. Ya sabe V. que el marques de Marialva se enamoró primeramente de Narcisa mi esposa. Ya habia elegido dia para venir á picar en mi cebo, cuando la artificiosa Estela encontró medio de romper la partida y llevarse á su casa el señor portugues. Bien conoce V. que una comedianta no pierde tan buena presa sin despecho. Mi muger lleva siempre en su corazon este resentimiento, y todo lo emprenderá para vengarse; siendo lo peor que se le ha venido á las manos una bella ocasion. Ayer, si V. hace memoria, todos nuestros criados acudieron á verle. El sotadespavilador dijo á algunas personas de la compañía que conocia á V., y que de ningun modo era hermano de Estela.

Este rumor, añadió Melchor, ha llegado á oidos de Narcisa, que no ha dejado de preguntarlo al autor, y este lo ha confirmado. Dice que conoció á V. criado de Arsenia cuando Estela con el nombre de Laura la servia en Madrid. Mi esposa, que está contentísima con este descubrimiento hará sabedor de él al marques, que debe venir esta tarde á la comedia. Cami-

ne V. con esta inteligencia, y si no es en realidad hermano de Estela le aconsejo como amigo y por nuestro antiguo conocimiento se ponga en seguridad. Narcisa, que no pide mas que una víctima, me ha permitido que se lo advierta para que evite con una pronta fuga cualquiera accidente funesto.

No necesité saber mas; dí gracias por su advertencia al histrion, quien conoció muy bien por mi susto que yo no pensaba en desmentir al sotadespavilador. Como en efecto no me hallaba con humor de pasar adelante en la desvergüenza, aun no pensé en despedirme de Laura temiendo no quisiese obligarme á que siguiera con descaro; ella siendo tan buena comedianta podria salir con facilidad de este mal paso; pero á mí me amenazaba un castigo infalible, y no estaba tan enamorado que quisiese despreciarlo. En nada pensé sino en salvarme con mis dioses penates, es decir con mi ropa: en un abrir y cerrar de ojos me desaparecí de la casa de comedias, en un momento hice sacar y transportar mi maleta en casa de un ordinario, que el dia siguiente á las tres de la mañana habia de salir para Toledo. Hubiera querido estar en la hora con el conde de Polan, cuya casa me parecia mi único asilo; pero no hallándome en ella me tenia muy inquieto la idea del tiempo que debia permanecer en una ciudad en donde temia me buscasen desde la misma noche.

A pesar de mi turbacion, semejante á la de un deudor que sabe le persiguen los alguaciles, no dejé de ir á cenar á mi hostería, pero lo que tomé en aquella noche no creo hiciese en mi estómago un escelente quilo. El miedo me hacia examinar todas las personas que entraban en la sala; y temblaba siempre que por mi desdicha llegaban algunas gentes de mala cara, cosa que no es rara en estos sitios. Despues de haber cenado con estas inquietudes me levanté de la mesa y volví á casa del ordinario, en donde me acosté sobre un jergon hasta la hora de partir.

Puedo asegurar que durante la noche ejercité bien mi paciencia. Vinieron á asaltarla mil pensamientos desagradables; si algun instante dormitaba se me representaba al marques furioso lastimando con golpes el hermoso rostro de Laura y destrozando todo lo que habia en su casa; ó ya le oia mandar á sus criados que me mataran á palos. Despertaba sobresaltado, y cuando es tan dulce el despertar despues de un sueño terrible, para mí fue mas cruel que el mismo sueño.

El ordinario me sacó de este cuidado avisándome estaban prontas las mulas. Inmediatamente me puse en pie, y gracias al cielo salí curado radicalmente de Laura y de la quiromancia. Conforme nos íbamos alejando de Granada iba mi espíritu recobrando su tranquilidad. Empezamos á hablar el ordinario y yo;

contóme algunas graciosas historias que me hicieron reir, con lo que perdí insensiblemente mi temor: en Ubeda, en donde fuimos á hacer noche la primera jornada, dormí pacíficamente, y la cuarta llegamos á Toledo. Mi primer cuidado fue informarme de la habitacion del conde de Polan, y persuadido á que no consentiria que me alojase en otra parte que en su casa, fui allá; pero yo habia hecho la cuenta sin la huéspeda; no encontré en ella mas que el portero, quien me dijo que su amo habia salido la noche antecedente para la casa de Leiva, de donde se le habia enviado á decir que Serafina estaba peligrosamente enferma.

Como yo no habia contado con la ausencia del conde se disminuyó el gusto que tenia de estar en Toledo, por cuya causa tomé otra determinacion. Viéndome tan cerca de Madrid resolví ir allá. Reflexioné que en la corte podria hacer fortuna, pues segun he oido decir no es necesario en ella un genio superior para adelantarse. Por la mañana tomé un caballo de retorno que me llevó á esta capital, en donde la fortuna me conducia para que hiciese papeles mas brillantes que los que hasta entonces habia representado.

CAPITULO XII.

Gil Blas se aloja en una posada, en donde hace conocimiento con el capitan Chinchilla. Qué clase de hombre era este oficial, y qué negocio lo habia llevado á Madrid.

Luego que llegué á Madrid establecí mi habitacion en una posada, en donde entre otras personas vivia un capitan viejo que desde las estremidades de Castilla la Nueva habia venido á la corte para solicitar una pension que creia tener bien merecida: se llamaba D. Anibal de Chinchilla: no sin espanto lo ví la primera vez: era un hombre de sesenta años, de una estatura gigantesca y estraordinariamente flaco. Tenia unos bigotes espesos que subian retorciéndose por los dos lados hasta las sienes; ademas de que le faltaba un brazo y una pierna tenia tapado un ojo con un grande parche de tafetan verde, y casi todo su rostro lleno de cicatrices. En el resto era como los otros. Por lo demas no le faltaba entendimiento y le sobraba gravedad. En cuanto á costumbres era muy escrupuloso, y se picaba sobre todo de ser delicado en puntos de honor.

A las dos ó tres conversaciones me honró con su confianza, y supe todos sus negocios. Me contó en qué ocasiones se habia dejado un ojo en Nápoles, un brazo en Lombardía y una pierna en los Paises Bajos. Admiré en las rela-

ciones que me hizo de las batallas y los sitios, que no se le escapó ninguna fanfarronada, ni una palabra en alabanza suya, siendo asi que sin dificultad le hubiera perdonado las alabanzas de la mitad del cuerpo que le quedaba en recompensa de la otra que habia perdido. Los oficiales que vuelven sanos y salvos de la guerra no son siempre tan modestos.

Me dijo que sobre todo sentia haber disipado su hacienda en las campañas, de suerte que no le habia quedado mas que cien ducados de renta, con lo que apenas tenia para sostener su bigote, pagar su alojamiento, y dar á copiar sus memoriales. Porque en fin, señor caballero, añadió encogiéndose de hombros, todos los dias, á Dios las gracias, los presento sin que se haga el mas mínimo caso. Si V. lo presenciara no diria sino que apostábamos el ministro y yo sobre cuál habia de cansarse antes; si yo de darlos, ó él de recibirlos. Tambien tengo la honra de darlos frecuentemente al mismo rey; pero tan lindo es Pedro como su amo: entre estas y esotras la casa de Chinchilla se arruina por falta de reparacion.

No pierda V. la esperanza, dije al capitan; V. sabe que las cosas de palacio van de espacio. Acaso estará V. hoy en la víspera de ver recompensados con usuras todos sus trabajos. No debo lisonjearme con estas esperanzas, respondió D. Anibal: no ha tres dias que hablé á uno de los secretarios del ministro; y si he de

creer sus discursos debo prestar paciencia. ¿Y qué dijo á V., señor oficial? le respondí. ¿Dice que el estado en que V. se halla no le parece digno de recompensa? V. lo verá, respondió Chinchilla: este secretario me ha dicho claramente: señor hidalgo, no celebre V. tanto su zelo y fidelidad, por haberse espuesto á los peligros por su patria; no ha hecho V. mas que lo que debia. La sola gloria que resulta de las buenas acciones es suficiente paga, y debe bastar principalmente á un español. Desengáñese V. si mira como deuda la gratificacion que solicita; en caso de concedérsele esta gracia la deberá únicamente á la bondad del rey, que se contempla deudor á los vasallos que han servido bien al estado. Infiera V. de aqui, prosiguió el capitan, qué debo esperar, y si tengo cara de volverme como he venido. Naturalmente nos interesamos por un hombre valiente cuando se le ve ajado: lo exorté á que se mantuviera firme; me ofrecí á ponerle de valde en limpio sus memoriales; llegué hasta abrirle mi bolsillo, y le supliqué que tomara lo que quisiera. Pero no era de aquellos que en semejantes ocasiones esperan pocas súplicas; al contrario se manifestó muy delicado, y me dió las gracias. Despues de esto me dijo que por no molestar á nadie se habia acostumbrado poco á poco á vivir con tanta sobriedad que el menor alimento bastaba para su subsistencia; lo que era muy cierto. No se alimentaba de

otra cosa que de cebollas y ajos, y asi solo tenia el pellejo y los huesos. Para no tener testigos de sus malas comidas se encerraba en su cuarto á la hora de ellas. No obstante á fuerza de súplicas conseguí que cenáramos y comiéramos juntos. Habiendo engañado su vanidad con una compasion ingeniosa, hice que me llevaran mucha mas comida y bebida de la que necesitaba; lo convidé á comer y á beber, lo que rehusó al principio con mil ceremonias; pero al fin cedió á mis instancias, y haciéndose insensiblemente mas atrevido me ayudó de su propio motivo á limpiar mi plato y vaciar mi botella.

Cuando hubo bebido cuatro ó cinco tragos, y reconciliado su estómago con buenos alimentos, me dijo con tono alegre: en verdad que el señor Gil Blas es muy mañoso, y hace de mí lo que quiere. Sabe V. obligar con su modo hasta quitar el temor de abusar de su generosidad. Me pareció que mi capitan estaba ya tan libre de su cortedad, que si en aquel instante le hubiera ofrecido mi bolsa no la hubiera rehusado. No quisé hacer la prueba: me contenté con hacerlo mi comensal y tomar el trabajo no solamente de escribir sus memoriales, sino de ayudarle á componerlos. Con el ejercicio de copiar homilias habia aprendido á variar las frases, y aun me habia hecho como una especie de autor. El viejo oficial por su parte se picaba de poner bien un escrito; de modo que trabajando los dos á porfía ponia-

mos trozos de elocuencia dignos de los mas célebres profesores de Salamanca. Pero por mas que agotásemos nuestro entendimiento en sembrar flores de retórica en estos memoriales, todo era como se suele decir sembrar en la arena. Aunque mas ponderásemos los servicios de Don Anibal, la corte ningun caso hacia de ellos, lo que no escitaba á este inválido para elogiar á los oficiales que se arruinan en la guerra; antes bien maldecia con su mal humor á su estrella, y daba al diablo Nápoles, Lombardía y los Paises Bajos.

Para su mayor mortificacion habiendo recitado cierto dia en presencia del rey un soneto sobre el nacimiento de una infanta un poeta presentado por el duque de Alba, se le concedió delante de sus barbas una pension de quinientos ducados. Yo creo que el mutilado capitan se hubiera vuelto loco si no hubiera yo cuidado de ponerle en razon. Viéndole fuera de sí le dije: ¿qué es lo que V. tiene? Nada de esto debia estrañar; ¿no están de tiempo inmemorial los poetas en posesion de hacer á los príncipes tributarios de las musas? No hay cabeza coronada que no tenga pensionado á alguno de estos señores; y hablando para nosotros, las pensiones dadas á los poetas pasan á la posteridad la noticia de la liberalidad de los reyes, cuando las otras en nada contribuyen á su fama póstuma. ¿Cuántas recompensas no dió Augusto? ¿Cuántas pensiones ha dado de que no te-

nemos noticia? Pero la posteridad mas remota sabrá, como nosotros, que Virgilio recibió de este emperador mas de doscientos mil escudos de gratificacion.

Por mas que dije á Don Anibal, no habiendo podido digerir el fruto del soneto que se le habia aplomado en èl estómago, resolvió abandonarlo todo, no obstante que quiso antes envidar el resto presentando un memorial al duque de Melar. Para este efecto fuimos los dos á casa del primer ministro; alli encontramos un jóven, quien despues de haber saludado al capitan le dijo con cariño: mi amado y antiguo amo, ¿es posible que vea á V.? ¿Qué negocio le trae en casa de S. E.? Si necesita alguna persona de crédito, no deje V. de mandarme, yo le ofrezco mis facultades. Perillo, dijo el oficial, ¿pues qué, tienes algun empleo bueno en la casa? A lo menos, respondió el jóven, bastante para servir á un hidalgo como V. Siendo asi, repitió el capitan con un sonriso, recurro á tu proteccion. Desde luego soy de V., repitió Perillo. Dígame V. de qué se trata, y prometo sacar raja del primer ministro.

Apenas lo instruimos cuando preguntando en donde vivia Don Anibal nos aseguró sabriamos de él al dia siguiente, y se despidió de nosotros sin decirnos lo que pretendia hacer, ni aun si era ó no criado del duque de Melar. La agudeza de este Perillo esci-

tó mi curiosidad, y quise saber quién era. Es, me dijo el capitan, un muchacho que me servia algunos años hace, y que habiéndome visto en la indigencia me dejó por buscar mejor acomodo. No se lo tuve á mal, porque por mejoría mi casa dejaria. Es un chulo á quien no le falta entendimiento, y es entremetido como mil diablos. Pero á pesar de toda su habilidad no me fio mucho del zelo que acaba de manifestarme. Puede ser, le dije, que no os sea inútil. Si, por ejemplo, es criado de alguno de los principales oficiales del duque podrá servir á Vd. de mucho. Vd. no ignora que en casa de los grandes todo se hace por partido y cabala, que estos tienen familiares favoritos que los gobiernan, y estos igualmente son gobernados por sus criados.

Al dia siguiente vino Perillo á nuestra posada. Señores, nos dijo, si ayer no declaré los medios que tenia para servir al capitan Chinchilla fue porque no estábamos en parte donde debiera tener semejante confianza. Ademas que tenia gusto de tentar el vado antes de esplicarme. Han de saber Vds. que soy lacayo de confianza del señor baron de Roncal, primer secretario del duque de Melar. Mi amo, que es muy galan, va casi todas las tardes á cenar con un ruiseñor de Aragon, que tiene enjaulado en el barrio de palacio; es una muchacha muy bonita de Albarracin, tiene entendimiento, y canta al primor, y por esto

le llaman la señora Sirena. Como le llevo todas las mañanas un billete vengo ahora de verla; le he propuesto que haga pasar por su tio al señor Don Anibal, y que con esta suposicion obligue á su cortejo á protegerlo. Ha convenido gustosa en esto, porque ademas del tal cual provecho que juzga le puede resultar, le es muy agradable la tengan por sobrina de un hidalgo valiente.

El señor de Chinchilla puso mal gesto á este discurso. Manifestó repugnancia en hacerse cómplice de una impostura; y todavía mas en sufrir que una aventurera le deshonrase diciendo que era de su familia; no solamente lo sentia por sí, sino que hallaba en esto, digámoslo asi, una especie de ignominia que retrocedia á sus abuelos. Tanta delicadeza chocó á Perillo, á quien pareció fuera de razon. ¿Se burla V.? esclamó. Vea V. aqui las cosas de los hidalgos de aldea: todo se reduce á una vanidad ridícula. ¿No se admira V., prosiguió dirigiéndose á mí, de esta escrupulosidad? Voto á brios, en la corte no se debe parar en esas delicadezas; venga la fortuna del modo que venga no se ha de dejar perder.

Apoyé lo que decia Perillo, y ambos arengamos tanto al capitan que á pesar suyo le hicimos fingirse tio de Sirena. Dado este paso, que no costó poco trabajo, hicimos los tres un nuevo memorial para el ministro, que fue revisto, aumentado y corregido. Despues lo puse

en limpio, y Perillo lo llevó á la aragonesa, que en la misma tarde lo recomendó al señor baron, á quien habló de modo que este secretario creyéndola verdaderamente sobrina del capitan prometió apoyarlo. El efecto de esta maniobra lo vimos pocos dias despues. Perillo volvió á nuestra posada triunfante: buenas nuevas, dijo á Chinchilla: el rey hará una distribucion de encomiendas, beneficios y pensiones, en las que no será V. olvidado; se me ha encargado que os lo asegure. Pero al mismo tiempo se me ha ordenado preguntar á V. qué pretende regalar á Sirena. Por lo que á mí toca, declaro que nada quiero: yo prefiero á todo el oro del mundo el gusto de haber contribuido á mejorar la fortuna de mi antiguo amo; pero no corre parejas conmigo la ninfa de Albarracin: es un poco judía, y tiene cuando se trata de servir al prójimo un defectillo: ella tomaria el dinero de su mismo padre; vea V. si rehusará el de un tio postizo.

Que diga lo que quiera, dijo Don Anibal: si quiere todos los años la tercera parte de la pension que me han de dar se la prometo, y me parece que es bastante, aun cuando se tratara de todas las rentas de S. M. Católica. Si yo fuera, replicó el mercurio del baron de Roncal, me fiaria de su palabra de V., yo sé que no faltará á ella; pero V. trata con una personilla naturalmente muy desconfiada.

Por otra parte ella querrá mas que V. le dé de antemano en dinero contante las dos terceras partes de su renta. ¿De dónde diablos quiere ella que yo lo saque? interrumpió ásperamente el oficial. ¿Cree por ventura que soy contador mayor? Tú debes no haberla instruido de mi situacion. Perdone V., repitió Perillo: sabe muy bien que V. está mas pobre que Job: no puede ignorarlo con lo que le tengo dicho; pero no tenga V. cuidado, soy un hombre fértil en espedientes. Conozco un pícaro usurero ya viejo que acostumbra prestar su dinero al diez por ciento. V. le hará ante un notario cesion de la pension del primer año en pago de una igual suma que recibirá V. desfalcada la usura. En órden á la fianza el prestador se contentará con vuestra casa de Chinchilla tal como esté, por lo que en este punto no tendrán Vds. disputa.

El capitan protestó que siempre que tuviera la fortuna de participar de las gracias que se habian de distribuir el dia siguiente aceptaria estas condiciones. En efecto se verificó; le dieron una pension de trescientos doblones sobre una encomienda. Luego que supo esta nueva dió todas las seguridades que se le exigieron, evacuó sus cosillas, y se volvió á Castilla la Nueva con algunos doblones que le habian quedado.

CAPITULO XIII.

Gil Blas encuentra en Madrid á su querido amigo Fabricio. El gran gusto que tuvieron ambos. A donde fueron los dos, y de la curiosa conversacion que tuvieron.

Me habia acostumbrado á ir todas las mañanas á palacio, en donde pasaba dos ó tres horas enteras en ver entrar y salir los grandes, quienes alli me parecian sin aquel brillo que en otras partes los rodea.

Un dia que me paseaba cantoneándome en los aposentos, haciendo como otros muchos una necísima figura, percibí á Fabricio, á quien me habia dejado en Valladolid sirviendo al administrador del hospital. Lo que me espantó en estremo fue verlo hablar familiarmente con el duque de Medianadionis, y el marques de Cranta Suz. A mi parecer estos dos señores gustaban de oirlo; ademas de eso él iba vestido como un caballero. ¿Si me engañaré? me decia, ¿será aquel el hijo del barbero Nuñez? Puede ser que sea algun cortesano que se le parezca. No estuve mucho tiempo en duda; idos los señores me acerqué á Fabricio: inmediatamente me conoció, me agarró de la mano, y despues de haberme hecho atravesar el concurso para salir de las piezas, me dijo abrazándome: mi amado Gil Blas, me alegro mucho de verte. ¿Qué haces en Madrid? ¿Estás to-

davía sirviendo? ¿Tienes algun empleo en la corte? ¿En qué estado estan tus negocios? Dime todo lo que te ha sucedido despues de tu salida precipitada de Valladolid. Me preguntas muchas cosas de un golpe, le respondí, y el lugar en donde estamos no es á propósito para contar aventuras. Tienes razon, me dijo; mejor estarémos en mi casa; ven, voy á llevarte; no está lejos de aqui. Estoy libre, alojado agradablemente en una buena casa, vivo contento, y soy feliz, pues que creo serlo.

Acepté el partido, y me dejé llevar de Fabricio, que me detuvo en una casa de buena fachada, en donde me dijo que vivia. Atravesamos un patio que tenia á un lado una grande escalera por donde se subia á unos aposentos soberbios, y por el otro una subida tan oscura como estrecha, por donde fuimos al alojamiento que me habia ponderado. Este se reducia á una sala única, en la cual mi ingenioso amigo habia hecho cuatro separaciones con tablas de pino: la primera servia de antesala á la segunda, en donde dormia; de la tercera habia hecho su gabinete, y de la última una cocina. La sala y la antesala estaban adornadas de mapas, papeles de conclusiones, y los trastos eran correspondientes á la colgadura. Estos se reducian á una gran cama de brocado estropeada, unas sillas viejas de tela pajiza, guarnecida de una franja de seda de Granada del mismo color, una mesa con pies

dorados, cubierta con un cordoban , que parecia haber sido encarnado, y ribeteado con una franja de oro falso tomado por el tiempo, un armario de ébano adornado de figuras esculpidas groseramente. Tenia por papelera en su gabinete una mesita, y su biblioteca se componia de algunos libros y de algunos legajos de papel que tenia en unas tablas ordenadas á lo largo de la pared. La cocina, que no deslucia lo demas, contenia vidriado y otros utensilios necesarios.

Fabricio, despues de haberme dejado mirar bien su aposento, me dijo: ¿Qué juicio haces tú de mi equipage y mi habitacion? ¿No te has encantado de verla? A fe mia que sí, le respondí sonriéndome; precisamente tú haces tu negocio en Madrid, pues que estás tan bien provisto. Sin duda tienes alguna comision. No lo permita el cielo, me replicó. Mi ocupacion es mas provechosa que esos empleos. Un hombre de distincion de quien es esta posada me ha dado una sala de la que he hecho cuatro piezas que he adornado como ves; á mí nada me falta; y solo me ocupo en lo que me agrada. Háblame con claridad, le dije, mi deseo de saber tus cosas se ha aumentado. Está bien, me dijo, voy á darte gusto; soy escritor: me he dado á las bellas letras, escribo en verso y en prosa, en suma hago á pelo y á lana.

¡Tú favorecido de Apolo! esclamé riéndo-

me. Cosa es esta que jamas hubiera adivinado; ninguna otra cosa me hubiera sorprendido tanto. Dime, ¿qué atractivo has podido tú encontrar en la condicion poética? Me parece que estas gentes son despreciadas en la vida civil, y que no son los mas ricos. Oh! quítate allá, gritó: eso es bueno para aquellos miserables autores, cuyas obras son el desprecio de los libreros y de los cómicos. ¿Qué hay que estrañar si no se estiman semejantes escritores? Pero los buenos, amigo mio, estan en el mundo sobre mejor pie; y yo sin vanidad puedo decir que soy de este número: no lo dudo, le dije, tú eres un mozo de grande entendimiento, y asi tus composiciones no pueden ser malas; pero lo que deseo saber, y que me parece digno de mi curiosidad, es el cómo te ha acometido el furor de escribir.

Justa es tu admiracion, dijo Nuñez. Estaba tan contento con mi estado en casa del señor Manuel Ordoñez, que de ninguna manera deseaba otro. Pero mi genio habiendo superado poco á poco, como el de Plauto, á la servidumbre, compuse una comedia que representaron los cómicos de Valladolid. Aunque esta no valió un pito tuvo un gran suceso; de aqui inferí que el público era una buena vaca de leche, que fácilmente se dejaba ordeñar. Esta reflexion, y el furor de componer nuevas piezas me sacaron del hospital. El gusto por la poesía me quitó el de las riquezas; y para for-

mar mi gusto resolví venir á Madrid, como á el centro de los ingenios: me despedí del administrador, quien como me amaba mucho, sintió bastante mi resolucion. Me dijo: que por qué queria dejarlo, que si me habia dado sin pensar algun motivo de disgusto. No señor, le respondí, V. es el mejor de todos los amos que se pueden encontrar, estoy agradecidísimo á las bondades de V.; pero V. sabe que cada uno debe seguir su estrella; la mia me parece que es la de eternizar mi nombre con obras de genio. ¡Qué locura! me replicó este buen paisano. Ya estás arraigado en el hospital, eres de la cantera de los mayordomos, y aun de los administradores. Tú vas á dejar lo sólido para ocuparte en fruslerías. El mal es para tí, hijo mio.

El administrador viendo que era predicar en desierto me pagó mis salarios, y en reconocimiento á mis servicios me dió de guantes cincuenta ducados. De modo que con esto, y con lo que habia podido recoger en las pequeñas comisiones que se habian encargado á mi integridad, me puse en estado de presentarme decentemente en Madrid; lo que no dejé de hacer aunque los escritores de nuestra nacion no se paguen de la decencia: inmediatamente me familiaricé con Lope de Vega Carpio, Miguel de Cervantes Saavedra, y los demas autores famosos; pero con preferencia á estos dos grandes hombres, elegí para mi pre-

ceptor un jóven bachiller cordobés, el incomparable Don Luis de Góngora, el genio mas escelente que jamas ha producido España: no quiere que sus obras se impriman en su vida, únicamente se contenta con leerlas á sus amigos. Lo que tiene de mas particular es que la naturaleza lo ha dotado con el talento raro de acertar en todas suertes de poesías, principalmente en las piezas satíricas: ve aqui su fuerte. No es como Lucilio, un torrente turbio que lleva consigo mucho cieno; sino el Tajo, cuyas aguas puras corren sobre arenas de oro.

Tan buena pintura me haces de este bachiller, le dije, que no dudo tendrá muchos envidiosos una persona de tanto mérito. Asi es, dijo; todos los autores, tanto buenos como malos se desenfrenan contra él; el uno dice que tiene un estilo hinchado, que gusta de agudezas, metáforas y transposiciones: sus versos, dice otro, tienen la oscuridad de los que cantaban en sus procesiones los sacerdotes Salios que nadie entendia; tambien hay quien le echa en cara que tan presto hace sonetos ó romances, tan presto comedias, décimas y villancicos, como si locamente hubiera intentado deslucir á los mejores escritores en todo género de poesía; pero todas estas saetas de la envidia se despuntan al dirigirse contra una musa amada de los grandes y del pueblo. Tal es el maestro que escogí, y me atrevo á decir

sin vanidad, que le imito: habiendo poseido de tal modo su espíritu que ya compongo pedazos abstractos que no los juzgaria indignos de sí. Tambien sigo su ejemplo vendiendo en las casas de los grandes mis géneros, siendo recibido maravillosamente en ellas, y en donde hallo gentes que no son mal contentadizas. Es verdad que mi entrada es artificiosa, lo que no daña á mis composiciones. En fin, me aman muchos señores, y sobre todo vivo con el duque de Medianadionis, como Horacio con Mecénas. Ve aqui, prosiguió, de qué modo me he transformado en autor; nada mas tengo que contarte: á tí, Gil Blas, toca ahora el referir tus hazañas.

Hícelo muy por menor, suprimiendo todo lo que me pareció no ser del caso. Despues se trató de comer, y sacó de su armario de ébano servilletas, pan, un pedazo de lomo de carnero asado, una botella de vino escelente, y nos pusimos á la mesa con aquella alegría que esperimentan dos amigos que se encuentran despues de una larga separacion. Tú ves, me dijo, mi vida libre é independiente. Pudiera seguir el ejemplo de mis camaradas comiendo todos los dias en casa de algunas personas distinguidas; pero ademas de que el amor al trabajo me retiene de ordinario en casa, soy un nuevo Aristipo; tan contento estoy con el gran mundo como con el retiro, con la abundancia como con la frugalidad.

Tanto nos agradó el vino que fue menester sacar otra botella del armario. De sobremesa le dí á entender tendria gusto en ver algunas de sus producciones. Al instante sacó de entre sus papeles un soneto que me leyó con énfasis; pero á pesar del fuego con que lo leyó me pareció tan oscuro que nada pude comprender. Percibiólo, y me dijo: el soneto no te ha parecido muy claro, ¿no es asi? Le confesé que hubiera querido un poco mas de limpieza; rióse de mí, y prosiguió: este soneto, amigo, lo mejor que tiene es el no ser inteligible. Los sonetos, las odas y las obras que piden sublimidad no quieren estilo simple y natural; la oscuridad es su carácter, y en ella consiste su mérito. Con que el poeta crea que se entiende es bastante. ¿Te burlas? le dije. Todas las poesías, sean de la naturaleza que sean, piden buen sentido y claridad; y si tu incomparable Góngora no escribe con mas que tú, le rebajaré mucho en mi opinion: cuando mas agradará y engañará á su siglo, pero de otro modo juzgará la posteridad. Mas veamos ya tu prosa.

Me manifestó un prólogo que me dijo pensaba poner á la cabeza de una coleccion de comedias que estaba imprimiendo. Me preguntó qué me habia parecido. No me gusta mas tu prosa, le dije, que tus versos. El soneto es una algarabía, en el prólogo hay espresiones muy estudiadas, palabras que el público

no conoce, frases enredosas, y en una palabra, tu estilo es singular, muy ageno de los libros de nuestros buenos y antiguos autores. ¡Pobre ignorante! esclamó Fabricio. ¿No sabes tú que todo prosador que aspira hoy á la reputacion de pluma delicada, afecta esta singularidad de estilo, estas espresiones estraviadas que tanto te chocan? Nos hemos aunado cinco ó seis innovadores atrevidos que hemos emprendido mudar el idioma de blanco en negro, y con la ayuda de Dios lo hemos de conseguir á pesar de Lope de Vega, Solís, Cervantes y todos los demas ingenios que nos andan contrapunteando sobre nuestros nuevos modos de hablar. Tenemos de nuestra parte personas distinguidas, y hasta teólogos entran en nuestra cuadrilla.

Sobre todo, continuó, nuestro designio es loable; y fuera de preocupaciones, nosotros somos de mas mérito que aquellos escritores naturales que hablan con el lenguage del comun. No sé por qué diablos merecen la estimacion de tantas gentes honradas. Eso seria bueno en Aténas y Roma, en donde todos se confundian; por lo que Sócrates dijo á Alcibíades, que el comun era un maestro escelente de la lengua; pero en Madrid es otra cosa, aqui tenemos estilo bueno y malo, y los cortesanos se esplican de un modo diferente que los de las provincias. En fin, desengáñate, que nuestro nuevo estilo supera al de nuestros an-

tagonistas. Quiero probarte la diferencia que hay de la gentileza de nuestra diccion á la bajeza de la suya. Dirian ellos, por ejemplo, llanamente: *los intermedios hermosean una comedia.* Y nosotros con mas gracia decimos: *los intermedios hacen hermosura en una comedia.* Observa bien este *hacen hermosura*: ¿percibes tú todo el brillo, la delicadeza y gracia que esto contiene?

Habiendo interrumpido á mi innovador con una carcajada, le dije: anda al diablo con tu lenguage culto: tú eres original. Y tú con tu estilo natural, repuso él, eres una gran bestia; vé, prosiguió, aplicándome aquellas palabras del arzobispo de Granada, *vé á mí tesorero que te dé cien ducados, y el cielo te guie con esta suma. Adios, señor Gil Blas: deseo á Vd. un poco de mas gusto.* Renové mis carcajadas al oir esta pulla, y Fabricio sin haber perdido nada de su buen humor me perdonó la irreverencia con que habia hablado de sus escritos. Despues de habernos bebido la segunda botella nos levantamos de la mesa tan amigos como antes. Salimos con ánimo de ir á pasearnos al Prado, pero al pasar por la puerta de una botillería nos dió gana de entrar.

En esta casa se hallaba regularmente buena compañía. Ví entretenerse de varios modos á algunos caballeros en dos salas separadas. En la una se jugaba á la prima y al ajedrez, y en la otra habia diez ó doce que estaban

muy atentos escuchando la disputa de dos argumentantes. No tuvimos necesidad de acercarnos para entender que el asunto de su contienda era un punto de metafísica; porque era tal el calor é ímpetu con que hablaban que no parecian sino dos endiablados. Yo pienso que si se les hubiera aplicado el anillo de Eleázaro se hubieran visto salir demonios por sus narices. ¡Oh, buen Dios! dije á mi compañero. ¡Qué vivacidad, qué pulmones! No parece sino que estos disputadores nacieron para pregoneros. La mayor parte de las gentes yerran su vocacion. Sí verdaderamente, respondió, estas gentes son al parecer de la raza de Novio, aquel banquero romano cuya voz sobresalia por entre el ruido de los carreteros; pero lo que mas me disgusta de sus discursos, añadió, es que se han atolondrado infructuosamente. Nos apartamos de estos metafísicos gritones, y con esto deseché una jaqueca que ya empezaba á sentir. Nos fuimos á un rincon de la otra sala, y habiendo bebido algunos vasos de helado principiamos á examinar los que entraban y salian. Como Nuñez los conocia casi á todos, dijo con esclamacion: vive Dios que la disputa de nuestros filósofos lleva traza de no acabarse en un rato, pero á bien que llega tropa de refresco: los tres primeros no tardaron en tomar partido. Pero ¿ves esos dos originales que salen? Pues esa personilla morena, seca, y cuyos cabellos flojos

y largos le caen en partes iguales por detras y por delante, se llama Don Julian de Villanuño. Es un togado nuevo que pica de petimetre. El otro dia fuimos un amigo y yo á comer con él, y lo sorprendimos en una ocupacion muy singular; se divertia en su estudio tirando y haciéndose traer por un lebrel los rollos de autos de que debia dar cuenta, los que su perro desgarraba á grandes dentelladas. El licenciado que lo acompaña, aquella cara de tomate, se llama Don Querubin Tupido; es canónigo de la iglesia de Toledo, y el mas fatuo de los mortales. No obstante al ver su aire risueño, sus ojos brillantes, su risa fingida y maliciosa, se le creerá sabio y de gran penetracion. Cuando se lee en su presencia alguna obra delicada y profunda pone la mayor atencion, como si penetrara todo su fondo; pero maldita la cosa que entiende. Este asistió á la comida en casa del togado, en donde se dijeron cosas muy agudas sin que Don Querubin profiriese una palabra; pero en recompensa los gestos y demostraciones con que aplaudia nuestros chistes daban una aprobacion superior al mérito de nuestras gracias.

¿Conoces, dije á Nuñez, aquellos dos capirrotos que estan de codos sobre una mesa en el rincon hablando tan bajo, y que parece que se besan? No, me respondió, no he visto estas caras, pero segun lo que aparentan

serán políticos de café que murmuran del gobierno. ¿Ves á este caballerete que silbando se pasea en esta sala, sosteniéndose en tanto sobre un pie, y en tanto sobre el otro? Pues es Don Agustin Moreto, un poeta mozo que no deja de tener talento, pero que le tienen loco los aduladores é ignorantes. Aquel á quien se acerca es uno de sus camaradas, que compone versos prosaicos ó prosa en rimas, y á quien tambien sopla la musa.

Todavía hay mas autores, esclamó señalándome dos hombres de espada que entraban: no parece sino que se han carteado para venir á pasar revista delante de tí. Ve allí á Don Bernardo Deslenguado, y á Don Sebastian de Villaviciosa. El primero es un espíritu lleno de hiel, que parece ha nacido bajo el dominio de Saturno, un hombre dañino, que se complace en aborrecer á todo el mundo, y á quien nadie ama. Por lo que hace á Don Sebastian es un mozo de buena fe, un autor muy concienzudo. Poco hace ha dado al teatro una pieza que ha lucido estraordinariamente, y por no abusar mucho tiempo de la estimacion del público la ha hecho imprimir.

El caritativo discípulo de Góngora se preparaba para continuar esplicándome las diferentes figuras del cuadro variable que teniamos presente, cuando lo interrumpió un gentilhombre del duque de Medianadionis diciéndole: Señor Don Fabricio, buscaba á V. para

decirle que S. E. el duque mi señor desea hablarle, y que espera á Vd. en su casa. Sabiendo Nuñez que para satisfacer el deseo de un gran señor no hay priesa que baste, se apartó de mí para ir á ver su Mecénas, dejándome muy admirado del trato que le daban de Don, viéndole transformado en noble á pesar de cuanto pudiera decir el barbero Crisóstomo, su padre.

CAPITULO XIV.

Fabricio coloca á Gil Blas en casa del conde Galiano, título de Sicilia.

El gran deseo de ver á Fabricio me llevó bien de mañana á su casa. Buenos dias, dije al entrar, señor D. Fabricio, la flor y la nata de la nobleza asturiana. Al oirme se echó á reir; ¿tú has notado, me dijo, que me han tratado de Don? Sí, caballero mio, le respondí, y permíteme te diga que ayer cuando me contaste tu metamórfosis olvidaste lo mejor. Ciertamente, respondió; pero en verdad que si he tomado este título de honor, menos ha sido por vanidad que por acomodarme á la de los otros. Bien conoces á los españoles; maldito el caso que hacen de un hombre de bien como tenga la desgracia de faltarle riquezas ó nacimiento. Ademas puedo decirte que conozco tantas gentes, y Dios sabe qué clase de gentes, que se hacen llamar D. Francisco, D. Gabriel, D. Pedro

ó D. como tú quieras llamarle, que es preciso convenir en que la nobleza es una cosa comunísima, y que un plebeyo que tiene mérito la honra cuando quiere agregarse á ella.

Vamos mudando de asunto, añadió; cenando anoche en casa del duque de Medianadionis, en donde entre otros convidados estaba el conde Galiano, rodó la conversacion sobre los ridículos efectos del amor propio. Yo me alegré hallar ocasion de divertir á la compañía sobre el mismo punto, y les conté la historia de las homilias. Tú puedes imaginar cuánto se reiria, y qué apodos no se darian á tu arzobispo; lo que no ha tenido malas resultas para tí, porque te han compadecido, y el conde Galiano despues de haberme hecho muchas preguntas de tí, á las cuales puedes considerar que he respondido como debia, me ha hecho el encargo de que te lleve á su casa, y en este instante te iba á buscar para llevarte allá. Al parecer te quiere hacer uno de sus secretarios. Yo te aconsejo que no desprecies este partido. En casa de este señor estarás acomodado perfectamente; es rico, y en Madrid hace un gasto de embajador. Dícese que ha venido á la corte para tratar con el duque de Melar sobre ciertas haciendas pertenecientes en Sicilia al rey, y que el ministro intenta enagenar. En fin el conde, aunque siciliano, parece generoso, justo y franco. Ninguna cosa puedes hacer mejor que entrar con este señor; pues siguiendo lo

que te se predijo en Granada es él probablemente quien debe enriquecerte.

Habia resuelto, dije á Nuñez, darme buena vida paseándome y divirtiéndome antes de ponerme á servir; pero me hablas tan ventajosamente del conde siciliano que me haces mudar de resolucion. Ya quisiera estar con él. O yo estoy muy engañado, ó tú lo estarás, y no se tardará mucho, repitió. Salimos ambos para ir á casa del conde, cuya casa era la de D. Sancho de Avila, que estaba entonces en el campo.

Encontramos en el patio muchos pages y lacayos con libreas ricas y galanas, y en la antesala muchos escuderos y gentiles-hombres y otros criados. Si los vestidos eran magníficos, las caras eran tan estravagantes que me parecieron una tropa de monos vestidos á la española. Confesemos que hay caras de hombres y mugeres á las cuales nada puede hermosear el arte.

Habiendo dado D. Fabricio recado, fue introducido un momento despues en la sala, á donde le seguí. El conde estaba en bata tomando chocolate sentado sobre un sofá. Lo saludamos con las demostraciones del mas profundo respeto: por su parte nos correspondió inclinando la cabeza con miradas tan graciosas que me inspiraron grande inclinacion hácia él: efecto admirable y ordinario que hace sobre nosotros el favorable acogimiento de los grandes. Es menester para que nos disgusten

que nos hayan recibido con mucho desprecio.

Este señor, despues de haber tomado chocolate, se entretuvo algun tiempo en juguetear con un gran mono á quien llamaba Cupido. Ignoro por qué le dieron el nombre de este dios á aquel animal, sino que á causa de su malicia, porque en otra cosa absolutamente no lo parecia; pero tal cual era no dejaba de hacer las delicias de su amo, quien estaba tan prendado de sus gracias que no lo soltaba de los brazos. Aunque nos divertian poco los brincos del mono, aparentamos que nos encantaban. Esto dió mucho gusto al siciliano, quien suspendió este pasatiempo para decirme: en mano de V. está, amigo mio, ser uno de mis secretarios. Si le conviene á V. el partido, le daré doscientos doblones al año; á mí me basta que D. Fabricio sea quien presente á V. y responda de su conducta. Sí señor, esclamó Nuñez, yo tengo mas valor que Platon; este no se atrevió á salir por fiador de uno de sus amigos que enviaba á Dionisio el tirano, pero no temo ser reprendido por el que ofrezco.

Con una reverencia dí al poeta de Asturias las gracias de su atrevimiento generoso, y despues dirigiéndome al patron le aseguré de mi zelo y fidelidad. Apenas vió este señor que su proposicion me habia agradado, cuando hizo llamar su mayordomo, á quien habló en secreto. Despues me dijo: Gil Blas, luego te diré en qué pienso emplearte, entre tanto sigue á mi

mayordomo; ya le he dado órden de lo que ha de hacer contigo. Obedecí, dejando á Fabricio con el conde y Cupido.

El mayordomo, que era un mesinés de los mas refinados, me llevó á su aposento abrumándome con cumplimientos. Hizo venir al sastre de la casa y le mandó hacerme prontamente un vestido de la misma magnificencia que los de los principales oficiales. El sastre tomó las medidas y se retiró. Por lo que hace á vuestra habitacion, dijo el mesinés, os he destinado un cuarto cómodo: ea, pues, prosiguió, ¿se ha desayunado V.? Respondíle que no. Pobre hombre, me dijo, ¿por qué no habla V.? Aqui está todo á pedir de boca; venga V. que yo le llevaré á una oficina, en donde, á Dios gracias, nada falta.

Hízome bajar á la despensa en donde encontramos al *metrotel*, que era un napolitano tal como el mesinés, de modo que pudiera decirse de ambos que eran á cuál peor. Este honrado hombre estaba con cinco ó seis de sus amigos, que se atracaban de jamon, lenguas de buey y otras viandas saladas que les hacian menudear los tragos. Entramos en el corro y les ayudamos á apurar los mejores vinos del señor conde. Mientras esto pasaba en la despensa, se representaba la misma comedia en la cocina, en donde el cocinero tambien regalaba á tres ó cuatro conocidos suyos, quienes no bebian menos vino que nosotros, y se hartaban

de conejos y perdices en empanada. Hasta los galopines de cocina se daban sus alegrones rapiñaudo cuanto podian. Yo creí estar en el puerto de arrebata-capas, y en una casa abandonada al pillage; pero era nada cuanto yo veia; todo esto eran bagatelas en comparacion de lo que me quedaba que ver.

CAPITULO XV.

De los empleos que el conde Galiano dió en su casa á Gil Blas.

Habiendo salido para hacer traer el equipage á mi nueva habitacion, encontré á la vuelta al conde en la mesa con muchos señores, entre los cuales el poeta Nuñez con aire desembarazado se hacia servir y se mezclaba en la conversacion. Al mismo tiempo observé que no decia una palabra que no complaciera á la compañía. ¡Viva el entendimiento! El que lo goza puede hacer cuantos personages quiera.

Por lo que á mí toca comí con los criados mayores, que fueron tratados casi como el amo. Acabada la comida me retiré á mi cuarto, en donde reflexionando sobre mi condicion me dije á mí mismo: muy bien, Gil Blas, ya estás sirviendo á un conde siciliano, cuyo carácter no conoces: si hemos de juzgar por las apariencias estarás en su casa como el pez en el agua; pero no se debe apostar por nada, y la malignidad de tu estrella te ha hecho probar muy de ordinario que no debes fiarte de ella. Ade-

mas de esto ignoras el destino que quiere darte. Ya tiene secretario y mayordomo; ¿en qué querrá que tú le sirvas? Al parecer intenta hacerte llevar el caduceo, sea en hora buena. No podrias entrar con mejor pie en casa de un señor para apresurar tu fortuna. Sirviendo en empleos mas honrosos se camina lentamente y no siempre se consigue el fin.

Entre estas bellas reflexiones llegó un lacayo y me dijo que todos los caballeros que habian comido en casa se habian ido, y que su señoría me llamaba. Fui volando á su aposento, en donde le encontré acostado sobre un sofá para dormir la siesta con su mono al lado. Acércate, Gil Blas, me dijo, toma una silla y óyeme. Le obedecí, y me habló en estos términos: me ha dicho D. Fabricio que entre otras cualidades tienes la de amar á tus amos, y que eres un mozo de mucha integridad. Estas dos cosas me han determinado á proponerte que estés conmigo: yo necesito un criado que me tenga afecto, que cuide mis intereses y ponga toda su atencion en conservar mis bienes: á la verdad soy rico; pero mis gastos superan todos los años á mis rentas. ¿Y por qué? porque me roban, porque me saquean. En fin vivo en mi casa como en un monte lleno de ladrones: sospecho, que mi mayordomo y mi *metrotel* estan de acuerdo; y si no me engaño, ve aqui mas de lo que necesito para arruinarme enteramente. Me diréis que si los contemplo tan bribones por

qué no los despido; ¿pero en dónde he de encontrar otros que sean de mejor pasta? Es preciso contentarme con hacer que los observe una persona, que tenga derecho de inspeccionar su conducta. A tí, Gil Blas, he elegido para esta comision. Si la evacuas bien, está asegurado de que no habrás servido á un ingrato. Cuidaré de establecerte en Sicilia muy ventajosamente.

Despues de haberme tenido este discurso me despidió, y desde aquella misma noche delante de todos los domésticos fui proclamado superintendente de la casa. No fue por el pronto muy sensible esta determinacion al mesinés y napolitano, porque yo les parecia un picarillo de buena traza, y contaban con que partiendo conmigo la torta tendrian la libertad de continuar su rumbo; pero el dia siguiente se encontraron muy chasqueados cuando les declaré que yo era enemigo de toda malversacion. Pedí al mayordomo un estado de las provisiones; visité la bodega, registré lo que habia en la despensa, quiero decir la vajilla y ropa de mesa; despues los exorté á conservar el caudal del patron, á usar de economía en el gasto, y acabé mi exortacion protestándoles que daria cuenta á su señoría de todo lo malo que viera hacer en su casa.

No paré aqui: quise tener una espía para descubrir si habia alguna inteligencia entre ellos; me dirigí á un marmiton que, engolosinado con mis promesas, me dijo que no podia

haber elegido otro mas á propósito para saber lo que pasaba en la casa: que el mayordomo y el *metrotel* estaban aunados, y cada uno hurtaba por su parte; que todos los dias estraviaban la mitad de las provisiones que se compraban para la casa; que el napolitano cuidaba de una dama que vivia enfrente del colegio de Santo Tomas, y que el mesinés cortejaba á otra en la Puerta del Sol; que estos dos señores hacian llevar todas las mañanas á casa de sus ninfas todas suertes de provisiones; que el cocinero por su parte enviaba muy buenos platos á una viuda que conocia en la vecindad, y que sirviendo de capa á los otros dos señores disponia tambien del vino de la bodega. Finalmente que estos tres domésticos eran la causa del gasto tan horrible que se hacia en casa del señor conde. Si V. duda de mi narracion, añadió el marmiton, tómese V. el trabajo mañana por la mañana de estar á las siete cerca del colegio de Santo Tomas. V. me verá cargado con un ceston que lo sacará de la duda. ¿Eres tú, le dije, el mandadero de estos galanes generosos? Yo soy, respondió, el que sirvo al *metrotel*, y uno de mis camaradas hace las diligencias del mayordomo.

Este informe me pareció que merecia ser averiguado. El dia siguiente tuve la curiosidad de ir cerca del colegio de Santo Tomas á la hora señalada. No tuve que esperar mucho á mi espía; inmediatamente lo ví llegar

con una grande cesta llena de carne, de aves y de caza. Hice el inventario de las piezas, y puse en mi libro de memoria un pequeño proceso verbal, y despues de haber dicho al marmiton que cumpliese como de ordinario su comision, fui á manifestarlo á mi amo.

El señor siciliano, que era naturalmente vivo, quiso al primer impulso despedir al napolitano y al mesinés; pero despues de haber reflexionado se contentó con desconfiar enteramente del último, cuya plaza recayó en mí; por lo que mi empleo de superintendente se suprimió poco despues de su creacion, y confieso con franqueza que no me dió pena. Hablando con propiedad esto era ser una espía honrada y un empleo que nada tenia de sólido, cuando siendo señor mayordomo tenia á mi disposicion el dinero, que es lo principal. Un mayordomo es el criado mas respetado de una casa grande, y puede hacer tanto en su administracion que puede enriquecerse sin faltar á la hombría de bien.

El bellaco del napolitano no dejó por esto sus malas mañas: observando que yo tenia un genio brutal, que no dejaba de registrar todas las mañanas las provisiones que compraban, no las estraviaba; pero el verdugo continuó haciendo traer cada dia la misma cantidad. Con esta trampa, aumentando el provecho que sacaba de los sobrantes que de derecho le pertenecian, proporcionaba enviar la carne

cocida á su pécora, ya que no cruda. El diablo nada perdia, y el conde nada habia adelantado con tener por mayordomo al fénix de este empleo. La abundancia escesiva que ví reinar en las comidas me hizo adivinar esta nueva trampa, é inmediatamente puse en ella órden despojándolas de todo lo superfluo; lo que sin embargo hice con tanta prudencia que no se notaba ninguna escasez. Nadie hubiera dicho sino que siempre continuaba la misma profusion, y sin embargo no dejé por esta economía de disminuir considerablemente el gasto. Ve aqui lo que pedia el patron; queria ahorrar sin parecer menos magnífico: su avaricia se subordinaba á su ostentacion.

No pararon aqui mis disposiciones, tambien reformé otro abuso. Viendo que el vino iba por la posta sospeché que tambien habia trampa. Efectivamente si, por ejemplo, habia doce á la mesa de su señoría se bebian cincuenta, y algunas veces hasta sesenta botellas, lo que no podia menos de admirarme. Consulté sobre esto á mi oráculo, es decir, á mi marmiton, con quien yo tenia algunas conversaciones secretas, en las que me contaba con toda fidelidad lo que se decia y hacia en la cocina, en donde nadie sospechaba de él. Me dijo que el desperdicio de que yo me quejaba procedia de una nueva liga que se habia formado entre el *metrotel*, el cocinero y los lacayos que daban de beber; que estos se llevaban las bote-

llas casi llenas, y las partian despues entre los confederados. Hablé á los lacayos; les amenacé con que los despediria si volvian á cometer tal delito, y esto bastó para hacerles entrar en su deber. Tenia gran cuidado de informar á mi amo de las menores cosas que hacia en su utilidad; con lo que me llenaba de alabanzas, y cada dia me cobraba mas afecto. Yo por mi parte recompensé al marmiton que me hacia tan buenos oficios, haciéndole ayuda de cocina. De este modo va ascendiendo un criado fiel en las buenas casas.

El napolitano se llenaba de rabia al ver que siempre me tenia encima, y lo que lo mortificaba mas cruelmente era el tener que sufrir mis contradicciones siempre que me daba sus cuentas, porque para quitarle el motivo de sisar tomé el trabajo de ir á los mercados, é informarme del precio de los géneros, de suerte que lo esperaba con esta prevencion; y como él no dejaba de querer remachar el clavo yo lo repelia vigorosamente; estaba muy persuadido que me maldeciria cien veces al dia, pero el motivo de sus maldiciones me quitaron todo temor de que se cumpliesen: no sé cómo podia resistir mis pesquisas, ni cómo podia seguir sirviendo al señor siciliano. No hay duda que á pesar de todo esto él hacia su agosto.

Contaba á Fabricio, á quien veia algunas veces, mis inauditas proezas económicas, pero

le hallaba mas propenso á vituperar mi conducta que aprobarla. Quiera Dios, me dijo un dia, que á despues de todo esto sea bien recompensado tu desinteres; pero hablando para los dos solos, creo que te tendria mas cuenta no estar tan obstinado con el mayordomo. ¿Pues qué, le respondí, este ladron ha de tener el atrevimiento de poner en la lista del gasto diez doblones por un pescado que no costó mas que cuatro? y quieres tú que pase este artículo. ¿Y por qué no, replicó friamente? Que te dé la mitad del aumento, y hará las cosas arregladas. A fe mia, amigo, continuó meneando la cabeza, que para ser hombre de entendimiento te portas muy mal. Tú á la verdad echas á perder las casas, y tienes cara de servir mucho tiempo, pues que no te chupas el dedo teniéndolo en la miel. Sabe que la fortuna es semejante á quellas majas vivas y ligeras á quienes no pueden fijar los galanes tímidos. Me reí de los discursos de Nuñez, quien á su turno hizo otro tanto, y quiso persuadirme á que habia sido solo una broma; se avergonzaba sin duda de haberme dado un mal consejo inútilmente. Continué siempre en la firme resolucion de ser fiel y zeloso, atreviéndome á asegurar que en cuatro meses con mi economía ahorré á mi amo por lo menos tres mil ducados.

CAPITULO XVI.

Del accidente que acometió al mono del conde Galiano; de la pena que tuvo este señor. Como Gil Blas cayó enfermo, y las resultas de su accidente.

El reposo que reinaba en la casa fue turbado estrañamente por un suceso qûe al lector parecerá una bagatela, pero que no obstante vino á ser muy serio para los criados, y sobre todo para mí. Cupido, aquel mono de que tengo hablado, aquel animal tan amado del patron, habiendo querido un dia saltar de una ventana á otra tomó tan mal sus medidas que cayó al patio, y se dislocó una pierna. Apenas supo el conde esta desgracia cuando principió á dar gritos como una muger; y con el esceso de su dolor, echando la culpa á sus criados sin escepcion de personas, en poco estuvo que no los echase á todos á la calle. No obstante limitó su furor, y se contentó con maldecir nuestro descuido y darnos mil epitetos con palabras desmedidas. Inmediatamente hizo llamar los cirujanos mas hábiles de Madrid para las roturas y dislocaciones de los huesos. Visitaron la pierna del herido, la pusieron en su lugar, y la vendaron; pero por mas que aseguraron que no era cosa de cuidado, no pudieron conseguir que mi amo dejase de tener uno de ellos para que asistiese al animal hasta la perfecta curacion.

Yo haria mal si dejara en silencio las penas y las inquietudes que tuvo el señor siciliano durante este tiempo. ¿Es creible que no se apartaba en todo el dia de su Cupido? Estaba presente cuando se le curaba, y de noche se levantaba dos ó tres veces á verlo. Lo mas penoso era que con precision habian de estar todos los criados, y principalmente yo, siempre en un pie, para estar prontos á lo que se necesitara en servicio del mono. En una palabra, no tuvimos en la casa un instante de reposo hasta que la maldita bestia, curada de su caida volvió á sus rebotes y voltetas ordinarias. A vista de esto bien podemos dar crédito á la narracion de Suetonio, cuando dice que Calígula amaba tanto su caballo que le dió una casa ricamente aderezada con oficiales para servirle, y que tambien queria hacerlo consul. Mi patron no estaba menos enamorado de su mono, y con gusto lo hubiera hecho corregidor.

Por desgracia mia yo habia superado á todos los criados para hacer mejor la corte al amo, y me habia agitado tanto con su Cupido que caí enfermo. Me dió una violenta calentura, y mi mal se agravó de modo que perdí el conocimiento. Ignoro lo que hicieron conmigo en los quince dias que estuve agonizando. Solamente sé, que mi juventud luchó tanto contra la calentura, y aun puede ser contra los remedios que me dieron, que al fin re—

cobré mis sentidos. El primer uso que hice de ellos fue observar que estaba en una sala diferente de la mia; quise saber por qué, y lo pregunté á una muger vieja que me asistia; pero me respondió que no hablara, porque el médico lo habia prohibido espresamente. Cuando uno está bueno ordinariamente se burla de estos doctores; pero en estando malo se somete dócilmente á sus órdenes.

Aunque mas desease hablar con mi asistenta tomé el partido de callar: reflexionaba sobre esto cuando entraron dos como especie de petimetres muy sueltos: llevaban vestidos de terciopelo con buenas vueltas guarnecidas de encajes: me imaginé que eran algunos señores amigos de mi amo, los cuales por su respeto me venian á ver. En esta inteligencia me esforcé para sentarme, y por política me quité mi gorro; pero mi guarda me volvió á tender á la larga, diciéndome que aquellos señores eran el médico y boticario de mi asistencia.

El doctor se acercó, me pulsó, miró atentamente mi rostro, y habiendo observado todas las señales de una próxima curacion tomó un aire triunfante, como si hubiese puesto mucho de suyo, y dijo que solo faltaba una medicina para acabar su obra: que despues de esto bien podia alabarse de haber hecho una buena curacion. Despues de haber hablado de esta suerte mandó escribir al bo-

ticario una receta que dictó mirándose á un espejo, alisándose los cabellos, y haciendo unas gestiones de que no pude dejar de reir á pesar del estado en que me hallaba. Despues me saludó con una reverencia, y salió mas ocupado de su figura que de las drogas que habia ordenado.

Luego que salió, el boticario, que sin duda no fue á mi casa en vano, se preparó para ejecutar lo que se puede discurrir. Fuese porque temiese que la vieja no lo haria bien, ó sea para hacer mas preciosa su composicion, quiso obrar por sí mismo; pero á pesar de su destreza apenas habia depositado en mí la carga cuando, sin saber cómo, la disparé sobre el manipulante poniendo su vestido de terciopelo como de perlas. Tuvo este accidente por percance del oficio. Tomó una servilleta, se limpió sin decir palabra, y se fue bien resuelto á hacerme pagar lo que gastaria en hacer quitar las manchas de su vestido.

A la mañana siguiente volvió vestido con mas modestia, aunque nada tenia que aventurar ya, y me trajo la medicina que el doctor habia ordenado la noche antes. Me sentia por momentos mejor; pero fuera de esto habia cobrado tanta aversion desde el dia precedente á los médicos y boticarios que maldecia hasta las universidades en donde estos señores reciben la facultad de matar hombres sin riesgo. Con esta disposicion declaré con ju-

ramento que no queria mas remedios, y que fueran á los diablos Hipócrates y sus secuaces. El boticario á quien maldita de Dios la cosa se le daba que yo diera el destino que quisiera á su composicion, con tal que se la pagase, la dejó sobre la mesa, y se retiró sin decirme una palabra.

Inmediatamente hice arrojar por las ventanas aquel maldito brebaje, contra el cual estaba tan fuertemente prevenido que hubiera creido bebia veneno si le hubiera tomado. A esta desobediencia añadí otras : rompí el silencio, y le dije con un tono firme á la que me cuidaba, que lo que absolutamente pretendia era me diese noticias de mi amo. La vieja, que creia escitar en mí una emocion peligrosa si me satisfacia, ó que por el contrario si dejaba de hacerlo irritaria mi mal, se detuvo un poco, pero la estreché con tanta viveza que al fin me respondió: caballero, V. no tiene mas amo que V. mismo. El conde Galiano se ha vuelto á Sicilia.

Me parecia increible lo que oia; pero nada era mas cierto. Este señor desde el segundo dia de mi enfermedad, temiendo que muriese en su casa, habia tenido la bondad de hacerme transportar con lo poco que tenia á una posada, en donde me habia abandonado sin mas ni mas á la providencia y al cuidado de una asistenta. En este tiempo recibió órdenes de la corte, que le obligaron á volverse

á Sicilia , y salió con tanta precipitacion que no pudo pensar en mí, ya fuese porque me contaba con los muertos, ó ya porque las personas , de calidad estan sujetas á estas faltas de memoria.

Mi asistenta me lo contó todo , y me dijo que ella era la que habia buscado médico y boticario para que no pereciese sin su asistencía. Estas bellas noticias me hicieron caer en un profundo desvarío. ¡ Adios mi establecimiento ventajoso en Sicilia ! ¡ Adios mis mas dulces esperanzas! Cuando os suceda alguna gran desgracia, dice un papa , examinaos bien , y encontraréis que siempre habeis tenido alguna parte de culpa. Sin que sirva de disgusto á este santo padre no puedo descubrir en qué hubiese yo contribuido á mi desgracia en esta ocasion.

Cuando ví desvanecidas las lisongeras fantasmas de que me habia llenado la cabeza, la primera cosa que se me previno fue mi balija, que hice traer sobre mi cama para registrarla. Al verla abierta suspiré: ¡ ay de mí ! ¡ Mi amada balija, esclamé , único consuelo mio ! A lo que se ve has estado á la merced de manos estrangeras. No, no, señor Gil Blas, me dijo entonces la vieja, asegúrese V. que nada se le ha quitado. He guardado su maleta lo mismo que mi honor.

Encontré el vestido que llevaba cuando me recibió en su servicio el conde ; pero bus-

qué en vano el que me habia mandado hacer el mesinés. Mi amo no habia tenido por conveniente dejarlo, ó alguno se lo habia apropiado. Todo lo demas estaba alli, y tambien una gran bolsa de cuero donde tenia mi dinero. Lo conté dos veces, porque no hallando mas que cincuenta doblones, no creí la primera me quedasen tan pocos de doscientos y sesenta que tenia en ella antes de mi enfermedad. ¿Qué significa esto, mi buena madre? dije á mi asistenta. Mi caudal se ha disminuido mucho. Nadie ha tocado á él, respondió la vieja, y los he escaseado cuanto me ha sido posible; pero las enfermedades cuestan mucho: es necesario estar siempre con el dinero en la mano. Vea V., añadió la buena económica, sacando de su bolsillo un paquete de papeles, vea V. un estado del gasto, tan cabal como el oro, y que os hará ver que no he malgastado un ochavo.

Recorrí la lista que contenia muy bien quince ó veinte hojas. ¡Misericordia de Dios! ¡Cuántas gallinas se habian comprado mientras yo estaba sin conocimiento! Es preciso que solamente en caldos ascendiera la suma por lo menos á doce doblones. Los otros artículos eran correspondientes á este. No es decible lo que habia gastado en leña, en luz, en agua, en escobas, etc. Sin embargo por muy llena que estuviese su lista toda la suma llegaba apenas á treinta doblones; y por consiguiente debian

quedar todavía ciento y ochenta. Díjeselo; pero la vieja con mucha ingenuidad principió á poner por testigos á todos los santos de como no tenia la bolsa mas que ochenta doblones cuando el mayordomo del conde le habia dado mi maleta. ¿Qué dice V., abuela mia? le interrumpí con precipitacion. Fue el mayordomo quien dió á V. mi ropa? Él fue realmente, respondió ella. Por mas señas que al dármela me dijo: tome Vd., buena madre, cuando el señor Gil Blas esté frito en aceite no deje V. de obsequiarlo con un buen entierro. En esta maleta hay con que hacer los funerales.

¡Ah, maldito napolitano! esclamé entonces. Ya no necesito saber en donde está el dinero que me falta. Tú lo has quitado para recompensarte de lo que te he impedido que hurtases. Despues de este apóstrofe dí gracias al cielo de que el bribon no se lo hubiese llevado todo. No obstante, aunque yo tenia motivo para atribuirle el hurto, no dejaba de sospechar que mi ama podia haberlo hecho. Mis sospechas tan presto recaian en el uno como en el otro; pero para mí siempre era lo mismo. Nada dije á la vieja, ni tampoco quise altercar sobre los artículos de su grande cuenta, porque nada hubiera adelantado: es preciso que cada uno haga su oficio. Mi resentimiento se redujo á pagarla y despedirla tres dias despues.

Me imagino que al salir de mi casa fue á dar aviso al boticario de como me dejaba, y que estaba demasiado firme para tomar las de villadiego sin pagarle, porque lo ví venir un momento despues sin aliento. Dióme su cuenta, en la que venian los supuestos remedios que me habia propinado cuando estaba sin sentido, con unos nombres que yo no entendí aunque habia sido médico. Esta relacion se podia llamar verdaderas cuentas de boticario; por tanto cuando llegamos á la paga altercamos bastante, yo pretendiendo que rebajase la mitad, y él jurando que no bajaria la mitad de una blanca; pero considerando al fin el boticario que las tenia con un mozo que en el dia podia marcharse de Madrid, tomó á buen partido contentarse con lo que le ofrecia; es decir, con tres partes mas de lo que valian sus composiciones, por no esponerse á perderlo todo. Con bastante rabia le aflojé los dineros, y se retiró bien vengado de la desazoncilla que le dí el dia de la lavativa.

El médico llegó casi en el instante; porque estos animales van siempre los unos tras de los otros. Rebajé sus visitas que habian sido frecuentes, y lo dejé gustoso. Para probarme que habia ganado bien su dinero, antes de retirarse me refirió por menudo las mortales consecuencias que habia prevenido en mi enfermedad; lo cual hizo con muy bellos términos y un aire agradable: pero nada com-

prendí de cuanto dijo. Luego que me deshice de él me creí libre de todos los ministros de las parcas. Me engañaba: todavía entró un cirujano que en mi vida lo habia visto. Me saludó muy cortesmente, y manifestó mucho gusto de verme fuera del peligro en que habia estado, atribuyendo este beneficio, decia él, á dos sangrías abundantes que me habia hecho, y á las ventosas que habia tenido el honor de aplicarme. Esta pluma quedaba que arrancarme todavía: era preciso que tambien escupiese en la vacía del cirujano. Despues de tantas evacuaciones se encontró mi bolsa tan débil que podriamos decir era un cuerpo arruinado: tan poco era el húmedo radical que le quedaba.

Al verme otra vez en tan miserable situacion principié á desanimarme. En casa de mis últimos amos me habia aficionado tanto á las comodidades de la vida, que no podia como en otras ocasiones mirar la indigencia como un filósofo cínico. A la verdad no debia entristecerme tanto teniendo la esperiencia de que la fortuna apenas me derribaba cuando me volvia á levantar; antes debí mirar mi desgraciado estado como una ocasion próxima de prosperidad.

FIN DEL LIBRO SÉPTIMO.

AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO OCTAVO.

*****

CAPITULO PRIMERO.

Gil Blas adquiere un buen conocimiento, y logra un empleo que le consuela de la ingratitud del conde Galiano. Historia de Don Valerio de Luna.

(Como no habia oido hablar de Nuñez en todo este tiempo creí estaria en alguna casa de campo. Luego que pude caminar salí para visitarlo, y supe en efecto que habia tres semanas que estaba en Andalucía con el duque de Medianadionis.)

Al despertarme una mañana se me vino á la memoria Melchor de la Ronda, y me acordé que le habia ofrecido en Granada ver á su sobrino si volvia á Madrid, y queriendo cumplir mi promesa, en el mismo dia me informé

de la casa de Don Baltasar de Zuñiga, y pasé á ella. Pregunté por el señor José Navarro, quien salió de allí á poco: habiéndolo saludado y díchole quién era me recibió con un aire político, pero frio: no podia conciliar aquel recibimiento con el retrato que se me habia hecho de este oficial primero. Me retiraba ya resuelto á no volver á hacer otra visita; cuando habiendo tomado de un golpe un aire desembarazado y risueño me dijo con mucha vivacidad: ¡ah! señor Gil Blas de Santillana, hágame V. el favor de perdonar por el recibimiento que le he tenido. Mi memoria tiene la culpa de que yo no me haya mostrado segun la prevencion que tengo á favor de V.; se me habia olvidado su nombre, y como hace ya cuatro meses que recibí la carta de Granada en que me recomendaban á V., ya no pensaba en tal hombre.

Se arrojó á mi cuello y me abrazó trasportado: mi tio Melchor, me dijo, á quien amo y venero como á mi propio padre, me manda que si por acaso tengo el honor de ver á V. le trate del mismo modo que si fuera V. su hijo, y en caso necesario que emplee mi crédito y el de mis amigos en obsequio de V. Me hace el elogio del corazon y entendimiento de V. en tales términos, que aun cuando su recomendacion no mediara me interesaria en servirle. Míreme V., pues, le suplico, como un hombre á quien mi tio por

su carta ha comunicado todo el afecto que tenia á V.; seamos, pues, amigos.

A la política de José respondí con el reconocimiento debido, y en la hora misma formamos una estrecha union, siendo ambos vivos y sinceros. No tuve reparo en contarle mi triste condicion, y apenas la oyó cuando me dijo: quedo con el cuidado de acomodar á V., y entre tanto no deje V. de venir á comer aqui todos los dias, en donde tendrá mejor ordinario que en su posada.

La oferta lisonjeaba mucho á un convaleciente sin dineros y acostumbrado al buen plato, para hacerse de rogar: la acepté, y me rehice tanto en esta casa que á los quince dias mi cara era de monge gerónimo. Me parece que el sobrino del Melchor hacia su agosto á la ley; pero ¿cómo no hacerlo? él tenia tres cuerdas en su arco; á un mismo tiempo era repostero, oficial primero y *metrotel.* Ademas dejando á un lado nuestra amistad, yo creo que él y el mayordomo de la casa iban á una para hacer su negocio.

Ya estaba perfectamente restablecido cuando habiéndome visto mi amigo José llegar á casa de Zuñiga para comer alli, segun mi costumbre, me dijo con alegría: señor Gil Blas, tengo que proponeros un acomodo muy bueno: sepa V. que el duque de Melar, primer ministro de España, necesitando entregarse enteramente al despacho de los negocios

de estado, se ve precisado á confiar los suyos á otros; para recaudar sus rentas ha escogido á Don Diego Monteser, y ha encargado el cuidado del gasto de su casa al baron de Roncal: estos dos confidentes ejercen sus empleos con una autoridad absoluta, y sin depender el uno del otro. Don Diego tiene de ordinario dos intendentes que hacen la recoleccion; y como supe esta mañana que habia despedido uno, fui á pedir su plaza para V. El señor Monteser que me conoce, y de quien puedo lisonjearme soy amado, me ha dado el sí sin dificultad por los buenos informes que le he dado de las costumbres y capacidad de V., y en esta misma siesta hemos de ir á su casa.

No dejamos de hacerlo asi; fui recibido con agrado, y puesto en el empleo del intendente que habia sido despedido. Este consistia en visitar nuestras heredades, en repararlas, cobrar sus arrendamientos, y en una palabra era de mi incumbencia cuidar de los bienes del campo. Todos los meses daba mis cuentas á Don Diego, quien á pesar de los buenos oficios de mi amigo las examinaba con mucha atencion; pero esto era lo que yo queria; porque aunque mi arreglo habia sido tan mal pagado en casa de mi último amo estaba resuelto á conservárselo siempre.

Supimos un dia que se habia pegado fuego á la casa de Mélar, y que se habia he-

cho cenizas mas de la mitad: inmediatamente pasé á ella para reconocer el daño. Habiéndome informado con exactitud de las circunstancias del incendio compuse una amplia relacion que Monteser manifestó al duque de Melar. El ministro en medio de su desazon con tan mala nueva admiró la relacion, y preguntó quién era el autor. Don Diego no se contentó con decírselo, sino que le habló tan ventajosamente de mí que tres meses despues se acordó S. E. con la ocasion de una historia que voy á contar, y sin la cual puede ser que jamas hubiera yo tenido empleo en la corte, y es como se sigue.

En la calle de las Infantas vivia entonces una dama anciana, llamada Inesilla de Cantarilla: no se sabia á la verdad su estraccion: unos decian era hija de un guitarrero, otros de un caballero del órden de Santiago. Fuese lo que fuese, ella era una persona prodigiosa; la naturaleza le habia dado el singular privilegio de encantar á los hombres por toda su vida, que era ya de quince lustros. Habia sido el ídolo de los señores de la corte antigua, y estaba adorada de los de la nueva: el tiempo, que no reserva la hermosura, se ejercitaba en vano en disminuir la suya: la marchitaba, pero no le podia impedir que agradase. Un aire de nobleza, un entendimiento embelesador con mil gracias naturales le hacian escitar pasiones hasta en su vejez.

Don Valerio de Luna, mozo de veinte y cinco años, y uno de los secretarios del duque de Melar vió á Inesilla, y se enamoró de ella: se declaró, hizo el apasionado, y persiguió su caza con toda la furia que el amor y la juventud pueden inspirar. La señora que tenia sus razones para no querer condescender con sus deseos, no sabia qué hacer para moderarlos: no obstante creyó un dia haber encontrado el medio: hizo que pasase el jóven á su gabinete, y allí le hizo ver un reloj que estaba sobre una mesa: ¿ves, le dijo, la hora que es? Pues hoy hace setenta y cinco años que nací á la misma: á fe que me sentarian bien las galanterías en esta edad. Entrad, hijo mio, en vos mismo: ahogad esos sentimientos, que ni á mí ni á vos convienen. A este sensato discurso el caballero, que no conocia la autoridad de la razon, respondió á la señora con toda la impetuosidad de un hombre poseido de los movimientos que lo agitaban: cruel Ines, ¿por qué recurris á estas frívolas mañas? ¿Pensais que puedan ellas hacer que parezcais otra á mis ojos? No os lisonjeeis de una tan falsa esperanza; ya seais tal cual os veo, ó ya mi vista padezca alguna ilusion, yo no he de cesar de amaros. Está bien, repitió ella, pues que tan tercamente quereis continuar en vuestras pretensiones, de aqui adelante tendréis cerrada mi puerta; os prohibo y os mando que jamas parezcais delante de mí.

Creeréis acaso que desconcertado Don Valerio con lo que acababa de oir se hubiese retirado cortesmente; pues todo lo contrario, antes se hizo mas importuno. El amor hace en los amantes el mismo efecto que el vino en los borrachos: suplicó, suspiró, y pasando prontamente de los ruegos á las violencias quiso lograr por fuerza lo que no podia obtener de grado; pero la señora despidiéndolo animosamente le dijo irritada: detente, temerario, yo refrenaré tu loco amor: sabe que eres mi hijo.

Don Valerio, aturdido con estas palabras, suspendió su violencia; pero habiendo imaginado que Inesilla decia aquello para librarse de sus solicitudes, la respondió: inventais esta fábula para escaparos de mis deseos. No, no, interrumpió ella: os descubro un secreto que siempre hubiera tenido oculto si no me hubieras reducido á la necesidad de revelártelo. Veinte y seis años hace que amaba á Don Pedro de Luna, tu padre, que era entonces gobernador de Segovia; tú has sido el fruto de nuestros amores: te reconoció, te hizo criar con cuidado, y ademas de que no tenia otro hijo, tus buenas propiedades le hicieron pensar en dejarte caudal, yo por mi parte no te he abandonado: luego que te ví con conocimiento he procurado atraerte á mi casa para inspirarte aquellos modos delicados que son tan necesarios en un galan, y que las mu-

geres solas pueden hacer adquirir á los jóvenes; mas he hecho: todo mi crédito lo he empleado para ponerte en casa del primer ministro: en fin me he interesado por tí como por un hijo: sabido esto, mira lo que determinas: si puedes purificar tus cariños, y mirarme solo como á madre, no te apartaré de mi presencia, y te amaré tan tiernamente como hasta aqui; pero si no has de poder hacer sobre tí este esfuerzo que pide la razon y la naturaleza, desde este momento líbrame del horror de verte.

Cuando hablaba Inesilla de esta suerte Don Valerio guardaba un triste silencio; nadie hubiera dicho sino que escogia la virtud para vencerse á sí mismo; pero esto era en lo que menos pensaba. Meditaba un otro designio, y preparaba á su madre un espectáculo muy diferente: siendo insuperable el obstáculo que se oponia á su felicidad se rindió cobardemente á la desesperacion; sacó su espada, y se pasó con ella. Se castigó como un otro Edipo, con la diferencia de que el tebano se cegó con la rabia de haber consumado el delito; pero al contrario el castellano se traspasó del dolor por no haberlo podido cometer.

El desgraciado Don Valerio no murió al instante, tuvo tiempo de reconocerse y pedir perdon al cielo de su delito. Como por su muerte quedó vacante el empleo de secretario en casa del duque de Melar, este ministro,

que no habia olvidado la relacion que hice del incendio, ni el elogio que de mí se le habia hecho, me eligió para ocupar el lugar de este jóven.

CAPITULO II.

Gil Blas es presentado al duque de Melar, que lo recibe en el número de sus secretarios. Este ministro lo ocupa, y queda agradado de su trabajo.

MONTESER me anunció esta agradable nueva diciéndome: Amigo Gil Blas, siento os aparteis de mí, pero os estimo, y no puedo menos de alegrarme seais sucesor de Don Valerio. Haréis buena fortuna si seguis los dos consejos que os daré: el primero que os mostreis tan amante de S. E. que juzgue le sois apasionado; y el segundo que cortejeis mucho al baron de Roncal; porque este hombre maneja el espíritu de su amo como una cera blanda. Si teneis la fortuna de agradar á este secretario favorito, alcanzaréis mucho en poco tiempo.

Dí las gracias á Don Diego por sus buenos consejos, y le dije: hágame V. el favor de instruirme del carácter del baron. He oido decir que es un sugeto nada bueno; pero aunque alguna vez el pueblo acierta en sus juicios, no me fio de las pinturas que suele hacer de las personas que se hallan en candelero. Por tanto yo ruego á V. me diga lo que piensa del señor de Roncal. Asunto

es delicado, me respondió el superintendente con una risa maligna: á cualquiera otro diria sin detenerme que es un hidalgo honrado de quien nada malo se podia decir; pero contigo quiero ser franco; porque ademas que conozco tu prudencia estoy obligado á hablarte claramente, pues te he avisado que debes tratarlo con maña. Si me portara de otro modo te favoreciera á medias.

Ya sabes que el baron de Roncal era un simple criado de S. E. cuando todavía no era este mas que Don Francisco de Onvaldas, y que de grado en grado ha llegado á ser su secretario. No se ha visto jamas hombre mas vano; se cree un colega del duque de Melar, y en efecto bien puede decirse que parte con el primer ministro su autoridad, pues que da gobiernos y empleos á quien le parece; el pueblo murmura pero él no hace caso; con tal que saque lo que llamamos para guantes, cuida muy poco de la censura pública. Por lo que acabo de decir conocerás cómo debes portarte con un hombre tan orgulloso. Oh! bien está; déjeme V. á mí: muy mal han de andar las cosas para que no me ame; cuando se conoce el flaco de un hombre á quien se intenta agradar, es preciso ser poco diestro para no conseguirlo. Siendo asi, dijo Monteser, vamos, que voy á presentarte en la hora al duque de Melar.

Al instante pasamos á casa del ministro, á

quien encontramos dando audiencia en una grande sala, en donde habia mas gente que en palacio. Allí ví comendadores, caballeros de Santiago y de Calatrava que solicitaban gobiernos y vireinatos, obispos que siendo sus diócesis contrarias á su salud querian los hiciesen arzobispos nada mas que por mudar de aires; y tambien muy buenos religiosos que pedian con toda humildad mitras: ví tambien oficiales reformados haciendo el mismo papel que el capitan Chinchilla, esto es, que se consumian esperando una pension. Si el duque no llenaba los deseos de todos, recibia á lo menos agradablemente sus memoriales, y advertí que respondia cortesmente á los que le hablaban.

Esperamos con paciencia que despachara todos los pretendientes. Entonces Don Diego le dijo: señor, aqui está Gil Blas de Santillana, á quien V. E. ha elegido para ocupar el empleo de Don Valerio. Tiróme el duque y me dijo con mucho agrado que lo tenia merecido por los servicios que le habia hecho. Me hizo despues entrar en su gabinete para hablarme á solas, ó mas bien para formar juicio de mis talentos por la conversacion. Quiso saber quién era, y la historia de mi vida, exigiendo de mí una narracion sincera de ella. ¡Qué relacion tan particular la que se me pedia! Mentir á un ministro de España no era regular; y por otra parte habia tantas cosas

que podian mortificar mi vanidad, que no podia resolverme á hacer una confesion general. ¿Y cómo salir de este embarazo? Tomé el partido de disimular la verdad en los puntos en que me hubiera avergonzado de haberla dicho desnuda; pero á pesar de todo mi artificio no dejó de percibirla. Señor de Santillana, me dijo sonriéndose al fin de mi narracion, á lo que veo V. ha sido un poco pícaro. Señor, le respondí sonrojado, V. E. me ha mandado que sea sincero, y le he obedecido. Yo te lo apruebo, replicó: vé, hijo mio, que te has portado; estraño que el ejemplo no te haya perdido enteramente. ¡Cuántos hombres de bien se hubieran pervertido si la fortuna los hubiera puesto en tales pruebas!

Amigo Santillana, continuó el ministro, no te acuerdes mas de lo pasado; piensa solamente que perteneces al rey, y que te has de ocupar ya en su servicio. Sígueme, que voy á decirte cuáles han de ser tus ocupaciones. A estas palabras el duque me llevó á un gabinetillo inmediato al suyo, en donde tenia sobre estantes una veintena de registros en folio muy gruesos. Ve aqui en donde has de trabajar. Todos estos registros que ves componen un diccionario de todas las familias nobles que hay en los reinos y principados de la monarquía española. Cada libro contiene por órden alfabético en compendio la historia de todos los hidalgos del reino, en la cual

se especifican los servicios que ellos y sus antepasados han hecho al estado, como tambien los negocios de honor que les han ocurrido. Tambien se hace mencion de sus bienes, costumbres, y en una palabra, de todas sus buenas ó malas cualidades: de modo que cuando piden algunas gracias veo de una ojeada si las merecen. Á este fin tengo pensionistas en todas partes que procuran informarse é instruirme enviándome sus memorias; pero como vienen tan difusas y llenas de espresiones provinciales, es necesario compilarlas y pulir la diccion, porque el rey hace algunas veces que le lean estos registros. Este trabajo pide un estilo limpio y conciso, por lo cual desde este instante quiero emplearte en él.

Diciendo esto sacó de una gran cartera llena de papeles una memoria que me alargó. Salió de mi gabinete para que con libertad hiciese yo el primer ensayo. Leí el sumario, que no solamente me pareció lleno de términos bárbaros sino tambien muy apasionado. Su autor era no obstante un fraile de la ciudad de Solsona. Afectando su reverencia el estilo de un hombre de bien, desgarraba sin misericordia á una buena familia catalana, y sabe Dios si diria la verdad. Me pareció leia un libelo infamatorio, y por tanto escrupulicé trabajar en él. Temia hacerme cómplice de una calumnia; no obstante, aunque recien ido á la corte, pasé por alto el mal ó bien obrar del re-

ligioso; y dejando á su cargo toda la iniquidad, si la habia, principié á deshonrar con bellas frases castellanas dos ó tres generaciones que acaso serian muy honradas. Ya habia compuesto cuatro ó cinco páginas cuando el duque, deseoso de saber qué tal lo hacia, volvió y me dijo: Santillana, á ver lo que has hecho, que quiero verlo. Al mismo tiempo puso la vista sobre mi escrito, y leyó el principio con mucha atencion. Yo me sorprendí al ver lo que le gustó. Aunque estaba tan prevenido en tu favor, me dijo, te confieso que has superado mi espectacion. No solamente escribes con toda la limpieza y precision que yo quiero, sino que todavía encuentro tu estilo ligero y festivo. Bien me justificas de la eleccion que he hecho de tu pluma, y me consuelas de la pérdida de tu predecesor. El ministro no hubiera limitado á esto mi elogio si no hubiera venido su sobrino el conde de Sumel á interrumpirlo cuando hablaba estas palabras. S. E. lo abrazó muchas veces y lo recibió de un modo que me dió á entender lo amaba tiernamente. Los dos se encerraron para hablar en secreto de un negocio de familia de que hablaré despues, y de cuyo asunto estaba el duque entonces mas ocupado que de los del rey.

Mientras estaban encerrados oí las doce. Como sabia que los secretarios y covachuelistas dejaban en esta hora el bufete para ir

á comer á donde querian, dejé en aquel estado mi ensayo y salí para ir, no en casa de Monteser, porque ya me habia pagado mis salarios y me habia despedido de él, sino á la mas famosa hostería del barrio de palacio. Una de las ordinarias no convenia á mi persona. Piensa que sirves al rey. Estas palabras que el duque me habia dicho se me venian sin cesar á la memoria, y eran otras tantas simientes de ambicion que fermentaban de instante á instante en mi espíritu.

CAPITULO III.

Sabe que su empleo no deja de tener desazones. De la inquietud que le causó esta nueva, y la conducta que se vió obligado á observar.

Al entrar tuve gran cuidado de instruir al hostalero de que era un secretario del primer ministro, y en calidad de tal no sabia qué pedir para mi comida. Temia pedir cosa que oliese á estrechez, y asi le dije me diese lo que quisiese. Me regaló muy bien y me hizo servir como á persona de consideracion, lo que me llenó mas que la comida. Al pagar arrojé sobre la mesa un doblon, y cedí á los criados lo que debian volverme, que seria á lo menos la cuarta parte, saliendo de la hostería con gravedad, sacando el pecho en ademan de un jóven muy pagado de su persona.

A los veinte pasos habia una gran posada en donde de ordinario se hospedaban señores

estrangeros. Alquilé un aposento de cinco ó seis piezas con buenos muebles, como si ya tuviese dos ó tres mil ducados de renta. Tambien dí adelantado el primer mes. Despues de esto volví al trabajo y ocupé toda la siesta en continuar lo que habia comenzado por la mañana. En un gabinete próximo al mio estaban otros dos secretarios, pero estos no hacian mas que poner en limpio lo que el mismo duque les daba á copiar. Desde la misma tarde al retirarnos me hice amigo de ellos, y para ganar mejor su amistad los llevé á casa de mi hostalero, en donde les dispuse los mejores platos que ofrecia la estacion y los vinos mas delicados y estimados en España.

Nos pusimos á la mesa, y principiamos á conversar con mas alegría que entendimiento, porque sin hacer agravio á mis convidados percibí fácilmente que no debian á sus talentos los empleos que ocupaban. Eran hábiles á la verdad en hacer bellas letras redondas y bastardillas; pero no tenian la menor tintura de las que se enseñan en las universidades. En recompensa sabian maravillosamente lo que les tenia cuenta, y me dieron á entender que no estaban tan llenos de su acomodo en casa del primer ministro que no pudiesen quejarse de su estado. Cinco meses ha que servimos, decia uno, á nuestra costa. No nos dan nuestros salarios, y lo peor es que ni aun estan arreglados. No sabemos sobre qué pie servi-

mos. Por lo que á mí toca, decia el otro, me contentaria con recibir veinte zurriagazos en lugar del salario, con tal que me dejaran la libertad de tomar otro partido; porque despues de las cosas secretas que he escrito no me atreveré á retirarme de mi propio motivo ni á pedir licencia para ello. No seria mucho fuera á ver la torre de Segovia ó el castillo de Alicante.

¿Pues de qué viven Vds.? les dije yo. ¿Vds. al parecer tienen hacienda? Muy poca, me respondieron, pero que por fortuna vivian en casa de una viuda honrada que les prestaba y mantenia á cada uno por cien doblones al año. Todos estos discursos, de los cuales no perdí una palabra, abatieron en la hora mis humos orgullosos. Me figuré que sin duda alguna no se me tendria mas atencion que á los otros, y que por consiguiente no debia estar tan contento con mi empleo; que era menos sólido de lo que creia, y que en fin debia guardar mucho mi bolsa. Estas reflexiones me curaron la furia de gastar. Principié á arrepentirme de haber convidado á estos secretarios y á desear que se acabase la comida; y cuando se llegó á la cuenta tuve una disputa con el figonero sobre el escote.

Nos separamos á la media noche, porque no quise precisarlos á que bebiesen mas. Ellos se fueron á casa de su viuda, y yo me retiré á mi soberbio aposento, lleno de rabia porque

lo habia alquilado, y prometiendo de veras dejarlo al fin del mes. Por mas que me acosté en una buena cama, la inquietud me quitó el sueño. Pasé el resto de la noche en meditar los medios de no trabajar de valde, y me apliqué á seguir el consejo de Monteser. Me levanté con la resolucion de ir á cumplimentar al baron de Roncal; estaba en la mejor disposicion para presentarme á un hombre tan orgulloso conociendo que lo necesitaba. Fui pues á casa de este secretario.

Su habitacion se comunicaba con la del duque de Melar, y le igualaba en magnificencia. No era fácil distinguir por los muebles y adornos al amo del criado; hice diesen recado que estaba alli el sucesor de Don Valerio, lo que no impidió me hiciesen esperar mas de una hora en la antesala. Señor nuevo secretario, me decia yo en este tiempo, tenga V. paciencia si gusta. A V. le harán morder el ajo antes que V. lo haga morder á otros.

Al fin se abrió la puerta de la sala, entré y me acerqué al señor baron que acababa de escribir á su hermosa Sirena, y daba el papel á Perillo. Ni cuando me presenté al arzobispo de Granada, ni al conde Galiano, ni al primer ministro entré con tanto respeto como en la presencia del señor de Roncal; le saludé bajando la cabeza hasta el suelo, y pidiéndole su proteccion en términos que me

lleno de vergüenza cuando me acuerdo. Otro menos vano se hubiera enfadado de mi bajeza; pero á él le agradaron mis sumisiones, y me respondió con mucha cortesía que no dejaria pasar ocasion alguna en que me pudiera hacer bien.

Díle gracias con grandes demostraciones de zelo por la inclinacion favorable que me mostraba, asegurándole de mi eterna ley y union. Despues temiendo incomodarlo salí, suplicándole me perdonase si le habia interrumpido sus importantes ocupaciones. Luego que dí este paso tan indigno me retiré á mi bufete, en donde acabé la obra que se me habia encargado. El duque no dejó de entrar por la mañana, y quedando no menos contento del fin de mi trabajo que del principio, me dijo: esto está muy bueno; escribe lo mejor que puedas este compendio histórico, sacado del registro de Cataluña: despues de lo cual tomarás de la bolsa otra memoria que pondrás en órden del mismo modo. Tuve una conversacion demasiado larga con S. E., cuyo modo dulce y familiar me encantaba. ¡Qué diferencia de él al de Roncal! eran dos genios enteramente contrarios.

Este dia comí en una hostería, en donde se comia por un precio justo, y resolví ir de incógnito todos los dias hasta ver el efecto que producian mis complacencias y sumisiones. A lo mas tenia dinero para tres meses: este tiem-

po me dí de término para trabajar á espensas de quien perteneciera, proponiéndome (siendo las foliaturas mas cortas las mejores) abandonar, pasado este término, la corte y su oropel si no me daban salario. Dispuesto mi plan, nada me quedó por hacer en dos meses para agradar al baron de Roncal; pero hizo tan poco caso que perdí la esperanza. Mudé de conducta, cesé de hacerle la corte, y solo pensé en aprovecharme de los momentos de conversacion que tenia con el duque.

CAPITULO IV.

Gil Blas adquiere el favor del duque de Melar, que le confia un secreto de importancia.

Las visitas que S. E. hacia en mi mesa todos los dias eran entrada por salida; sin embargo pude ganarle insensiblemente la voluntad, y tanto que me dijo una siesta: escucha, Gil Blas: sabe que me ha agradado tu genio, y que te tengo amor. Tú eres un mozo zeloso, fiel, muy inteligente y prudente; me parece que no erraré si te doy mi confianza: á estas palabras me arrojé á sus pies, y despues de haberle besado respetuosamente una mano que me alargó para levantarme, le dije: ¡es posible que se digne V. E. de honrarme con tan grande favor! ¡Cuántos enemigos secretos me han de ocasionar vuestras bondades! Pero solo temo el aborreci-

miento de uno, que es el baron. Nada tienes que temer de él, respondió el duque; conózcole desde su niñez, me ha amado, y puedo decir que sus pensamientos son tan conformes á los mios que quiere lo que quiero, y aborrece lo que me desagrada. En lugar de temer que te tenga aversion debes al contrario contar con su amistad. Con esto conocí cuán astuto era el señor de Roncal, y cómo se habia apoderado del espíritu de S. E., y cuánto debia precaverme de él.

Para principiar, prosiguió el duque, á darte mi confianza, quiero descubrirte un designio que medito; porque conviene que estés instruido de él para que procures llenar las comisiones que te encargaré en adelante. Hace mucho tiempo que mi autoridad se respeta generalmente que mis decisiones se siguen con ceguedad que dispongo á mi fantasía de los encargos, empleos, gobiernos, vireinatos y beneficios; en una palabra, reino en España. Mi fortuna no puede pasar adelante; pero quisiera ponerla al abrigo de las tempestades que principian á amenazarla; y para este efecto me alegrara de que fuera sucesor en el ministerio el conde de Sumel, mi sobrino.

Habiendo notado el ministro que este punto de su discurso me habia sorprendido en estremo, me dijo: conozco bien, Santillana, conozco bien lo que te admira. Te parece muy estraño que prefiera mi sobrino al duque de Duzae, mi

propio hijo; pero sabe que este es de un entendimiento muy limitado para ocupar mi empleo, y ademas es mi enemigo. No puedo sufrir que haya encontrado el secreto de agradar al rey, y que este quiera hacerle su privado. El favor de un soberano es semejante á la posesion de una muger á quien se adora: de esta clase de felicidad es uno tan zeloso que no puede resolverse á partirla con un rival, por muy unido que esté con los lazos de la sangre y de la amistad.

En esto te manifiesto, continuó, el fondo de mi corazon; he procurado ya desconceptuar en la mente del rey al duque de Duzae, y no habiendo podido conseguirlo he puesto otra batería: quiero que el conde de Sumel se insinue por su parte con el príncipe, y adquiera su estimacion. Siendo gentil-hombre de cámara con destino á su cuarto, tiene ocasion de hablarle cada instante, y ademas de que tiene entendimiento sé yo un medio de hacerle salir con su empresa: con esta estratagema opondré mi sobrino á mi hijo; haré nacer entre los primos una division que les obligará á buscar mi apoyo, cuya necesidad hará que el uno y el otro me sean sumisos: ve aqui mi proyecto, añadió, tu mediacion no me será inútil. Irás al conde de Sumel de mi parte secretamente, y me dirás de la suya lo que quiera participarme.

Despues de esta confianza, que miraba como dinero contante, ya no tuve inquietud. En fin,

decia yo, veme aqui bajo una gotera, de donde va á caer sobre mí una lluvia de oro; es imposible que el confidente que gobierna la monarquía de España no esté bien presto colmado de riquezas. Lleno de una tan dulce esperanza veia con indiferencia agotarse mi pobre bolsa.

CAPITULO V.

En donde se verá á Gil Blas colmado de gusto, honor y miseria.

Bien presto se conoció la inclinacion que el ministro me tenia: él mismo lo daba á entender de propósito, haciéndome llevar la bolsa que tenia costumbre de llevar S. E. mismo cuando iba al consejo. Esta novedad dió ocasion para que me mirasen como un particular privado, escitó la envidia de muchos, y me ocasionó muchos besamanos en la corte. Los dos oficiales mis vecinos no fueron los últimos que me cumplimentaron sobre mi próxima grandeza, y me convidaron á cenar en casa de su viuda, no tanto por via de represalia, como con el objeto de obligarme á que los sirviese en lo sucesivo. Por todas partes me festejaban: tambien el fiero de Roncal mudó de estilo. Ya me daba el nombre de señor de Santillana, cuando hasta entonces me habia tratado siempre de vos, sin haberse servido jamas de la voz de usté; me hacia mil cortesías, sobre todo cuando pensaba que nuestro patron

podia notarlo: pero os aseguro que no trataba con ningun tonto; correspondí á sus cumplimientos con tanta mas política cuanto mas era el aborrecimiento que le tenia: no se hubiera portado mejor un cortesano rancio.

Tambien acompañaba al duque mi señor, cuando iba á palacio, que por lo regular era tres veces al dia; por la mañana entraba en el cuarto de S. M. cuando se despertaba, se ponia de rodillas junto á la cabecera, trataba de las cosas que habia de hacer en el dia, y le dictaba las que habia de decir: despues se retiraba; luego que habia comido volvia, no para hablarle de negocios, sino de cosas alegres: le contaba todas las aventuras gustosas que sucedian en Madrid, de las cuales era siempre el primero que estaba instruido, porque tenia personas asalariadas para este efecto; y en fin volvia á la noche por la tercera vez á ver al rey, le daba cuenta como le parecia de lo que habia hecho en el dia, y le pedia de ceremonia sus órdenes para el dia siguiente. Mientras que estaba con S. M. yo me quedaba en la antesala, en donde habia personas de calidad que buscaban el favor de la corte, las que procuraban mi conversacion y se gloriaban de que yo quisiera mantenérsela. En vista de esto ¿cómo podria yo no creerme hombre de consecuencia? Muchos hay en la corte que con menos motivo se juzgan tales.

Un dia tuve motivo de mayor vanidad. El

rey, á quien el duque habia hablado muy ventajosamente de mi estilo, tuvo la curiosidad de ver un rasgo de él. S. E. me hizo tomar el registro de Cataluña, me llevó á presencia del monarca, y me mandó leyese la primera memoria que habia compilado. Si la presencia del príncipe me turbó al principio, la del ministro me sosegó inmediatamente, y leí mi obra, que S. M. oyó con gusto: este tuvo la bondad de manifestar que le habia agradado, y aun de encargar á su ministro cuidase de mi fortuna. Esto nada disminuyó el orgullo que ya tenia, y la conversacion que tuve pocos dias despues con el conde de Sumel acabó de llenarme la cabeza de ideas ambiciosas.

Busqué un dia á este señor de parte de su tio en el cuarto del príncipe, y le presenté una carta credencial, por la cual el duque le aseguraba podia hablarme con satisfaccion, como que estaba instruido de todo su negocio, y era destinado para mensagero de ambos. El conde, despues de haber leido la esquela, me condujo á una sala en donde nos encerramos solos, y en ella me tuvo este discurso: pues que V. ha logrado la confianza del duque de Melar, no dudo que la merecerá, ni tengo dificultad en hacer á V. depositario de la mia. V. sabrá, pues, que las cosas van grandemente: el príncipe de España me distingue entre todos los señores que le sirven, y que no piensan mas que en agradarle. Esta mañana he tenido una conver-

sacion particular con S. A., en la cual he observado que está disgustado por verse por la avaricia del rey sin facultades para seguir los movimientos de su generoso corazon, como ni de hacer aun el gasto conveniente á un príncipe. Yo he manifestado cuánto lo sentia, y habiéndome aprovechado de la ocasion he ofrecido llevarle por la mañana cuando se levante mil doblones, esperando mayores sumas, las que he asegurado le suministraré incesantemente; mi promesa le ha dado mucho gusto, y estoy seguro de captar su benevolencia si se la cumplo. Id, añadió, y decid todas estas circunstancias á mi tio, y volved esta tarde á decirme su dictámen.

Luego que concluyó me despedí del conde, y pasé al duque de Melar, que oido mi recado, hizo al otro secretario me diese mil doblones, que llevé aquella noche al conde, diciendo entre mí: bueno, bueno; ahora considero cuál es el medio infalible que tiene el ministro para salir de su empresa: pardiez que tiene razon; y segun todas las apariencias estas prodigalidades no lo arruinarán; fácilmente adivino de qué cofre sacó estos bellos doblones; pero sobre todo ¿no es justo que el padre sea quien mantenga al hijo? Al separarme del conde de Sumel me dijo en voz baja: á Dios, nuestro amado confidente. El príncipe de España tiene alguna inclinacion á las damas: es necesario que tú y yo tratemos de esto en la primera ocasion. Yo pre-

veo que muy presto necesitaré de tu asistencia. Me retiré reflexionando en estas palabras, que á la verdad no eran ambiguas, y que me llenaban de satisfaccion. ¿Qué diablos es esto? decia yo: veme aqui próximo á ser el Mercurio del heredero de la monarquía. Yo no examinaba si era bueno ó malo; la calidad del galan aturdia mi conciencia. ¡Qué gloria para mí ser ministro de los gustos de un gran príncipe! ¡Oh! poco á poco, señor Gil Blas, se me dirá, V. no era mas que un ministro subalterno: convengo en ello; pero en el fondo estos dos empleos son de un mismo honor; solamente se diferencian en el provecho.

Cumpliendo bien en estas nobles comisiones, adelantándome mas de dia en dia en las buenas gracias del primer ministro, con unas esperanzas tan bellas, ¡qué feliz hubiera yo sido si la ambicion me hubiera preservado de la hambre! Ya habia mas de dos meses que habia dejado mi aposento magnífico, y que ocupaba un cuarto pequeño en una posada de las mas pobres. Aunque esto me diese pena lo llevaba con paciencia, porque salia bien de mañana, y no volvia hasta la hora de acostarme. Todo el dia estaba sobre mi teatro, es decir, en casa del duque, donde hacia el papel de señor; pero cuando me retiraba á mi camaranchon desaparecia lo señor, y solo quedaba el pobre Gil Blas sin dinero, y lo peor de todo sin tener de qué hacerlo. Yo era demasiado vano para descubrir

á persona alguna mis necesidades; y ademas á nadie conocia que pudiese socorrerme sino á Navarro, á quien no me atrevia á llegar, porque habia hecho poco caso de él desde que me metí en la corte. Habia tenido la precision de vender mis vestidos pieza á pieza, no habiendo dejado mas que aquellos que precisamente necesitaba. Ya no iba á la hostería por falta de dinero para pagar mi ordinario. ¿Qué hacia pues, para subsistir? Voy á decirlo: todas las mañanas se nos traia á nuestras mesas para desayunarnos un panetillo y un dedo de vino; esto era todo lo que nos hacia dar el ministro. Yo no comia mas que esto en todo el dia, y por lo ordinario me acostaba sin cenar.

Tal era la situacion de un hombre que brillaba en la corte, y que debia causar mas lástima que envidia. Sin embargo no pude resistir mi miseria; y al fin me determiné á descubrirla diestramente al duque de Melar si encontraba ocasion. Felizmente se presentó en el Escorial, adonde el rey y el príncipe de España fueron algunos dias despues.



P. Alabern lo gº

GIL BLAS.

CAPITULO VI.

Como Gil Blas hace conocer su miseria al duque de Melar, y de qué modo le trató el ministro.

Cuando el rey estaba en el Escorial mantenia á todo el mundo de modo que alli no sentia yo el peso de la pobreza. Dormia en una recámara cerca de la sala del duque. Una mañana habiéndose levantado el ministro, segun su costumbre, al romper el dia, me hizo tomar algunos papeles con una escribanía, y me dijo le siguiese á los jardines de palacio. Nos sentamos bajo unos árboles, en donde por órden suya me puse en la actitud de un hombre que escribe sobre la copa de su sombrero, y S. E. aparentaba leer un papel que tenia en la mano. Desde lejos parecia que estábamos ocupados en negocios muy serios, y á la verdad solo hablábamos de bagatelas.

Ya habia mas de una hora que lo divertia con todas las agudezas que me sugeria mi humor jocoso, cuando se plantaron dos grajas sobre los árboles que hacian sombra. Comenzaron á charlar con tanta algazara que nos llamaron la atencion. Estos pájaros, dijo el duque, parece que estan de riña: me alegraria saber el asunto de su quimera. Señor, le dije, vuestra curiosidad me trae á la me-

moria una fábula indiana que leí en Pilpai ú en otro autor fabulista. El ministro me preguntó qué fábula era esta, y se la conté en estos términos.

En cierto tiempo reinaba en la Persia un buen monarca, que no teniendo bastante capacidad para gobernar por sí mismo sus estados encargó este cuidado á su gran visir. Este ministro, llamado Atalmuc, tenia un genio superior. (Sostenia sin atosigarse el peso de esta vasta monarquía, y la mantenia en una paz profunda. Tambien tenia el arte de hacer amable la autoridad real, haciéndola respetar, y los vasallos hallaban en este fiel visir un padre que los amaba tiernamente.) Atalmuc tenia entre sus secretarios un jóven natural de Cachemira, llamado Zangir, á quien amaba mas que á los otros, gustaba de hablar con él, lo llevaba á la caza, y le descubria hasta sus mas secretos pensamientos. Un dia que cazaban ambos en un bosque, habiendo visto el visir dos cuervos que graznaban sobre un árbol, dijo á su secretario: yo me alegrara saber lo que estos animales se dicen en su lengua. Señor, le respondió el de Cachemira, vuestros deseos se pueden satisfacer; ¿y cómo, dijo Atalmuc? Has de saber, señor, que un Dervich cabalista, respondió Zangir, me enseñó el idioma de las aves. Si lo deseais, yo escucharé á estos cuervos, y os repetiré palabra por palabra lo que les haya oido.

El visir consintió en ello, y el de Cachemira se acercó á los cuervos é hizo como que los escuchaba atentamente. Despues de esto volvió á su amo y le dijo: señor, ¿creeréis que somos nosotros el asunto de su conversacion? El ministro persiano esclamó que no era posible. ¿Pues qué dicen de nosotros? Uno de ellos, repitió el secretario, ha dicho, ve aqui al mismo gran visir, este águila tutelar que cubre con sus alas la Persia como su nido, y que vela sin cesar en su conservacion; para desahogarse de sus penosos trabajos viene á cazar á estos bosques con su fiel Zangir. ¡Qué feliz es este secretario en servir á un amo que le hace mil favores! Vamos con tiento: interrumpió el otro cuervo, vamos con tiento: no celebres tanto la felicidad de este cachemirano. Atalmuc es cierto que se entretiene con él familiarmente, que le hace la honra de confiarle sus secretos, y tampoco pongo duda en que tendrá intencion de darle algun dia empleo considerable; pero entre tanto Zangir morirá de necesidad. Este pobre diablo vive en el camaranchon de una posada, en donde le falta lo mas necesario: en una palabra, vive miserablemente sin que en la corte lo perciba nadie. El gran visir no cuida de saber si se halla bien ó mal, y contentándose con tenerle afecto lo deja abandonado á la miseria.

Aqui cesé de hablar para mirar al duque de Melar, que me preguntó sonriéndose, qué

impresion habia hecho este apólogo en el ánimo de Atalmuc, y si este gran visir se habia ofendido del atrevimiento de este secretario. No señor, le respondí un poco turbado de su pregunta: la fábula dice todo lo contrario, y que lo colmó de beneficios. Fue fortuna, repitió el duque con seriedad, porque hay ministros que no llevarian bien se les diese semejantes lecciones. Pero, añadió, rompiendo la conversacion y levantándose, creo que el rey nada tardará en despertar. Mi obligacion me llama, y debo acompañarle. Diciendo esto caminó muy de priesa hácia palacio sin hablarme mas; y á lo que percibí, poco contento de mi fábula indiana.

Lo seguí hasta la puerta de la sala de S. M., despues de lo cual fui á poner los papeles que llevaba en el sitio de donde los habia tomado. Entré en un gabinete en donde trabajaban nuestros dos secretarios copistas, que tambien eran del viage. ¿Qué tiene V., señor de Santillana, dijeron al verme? V. está muy callado. A V. le ha sucedido algun accidente desagradable.

Como estaba tan creido en lo mal recibido que habia sido mi apólogo no oculté mi dolor. Les dí cuenta de las cosas que habia dicho al duque, y manifestaron que sentian la afliccion que me oprimia. Tiene Vd. razon para estar desazonado, me dijo uno de ellos. S. E. algunas veces toma las cosas á mal.

Es muy cierto, dijo el otro. Quiera Dios que sea V. mejor tratado que lo fue un secretario del cardenal Espinosa. Este, cansado de no haber recibido nada en quince meses, que estaba ocupado por su Eminencia, tomó un dia la libertad de manifestarle sus necesidades, y de pedir algun dinero para su subsistencia. Es justo, le dijo el ministro, que se le pague á V. Tomad, prosiguió, alargándole una libranza de mil ducados, id al tesoro real á recibir esta suma; pero acordaos al mismo tiempo que estoy reconocido á vuestros servicios. El secretario se hubiera ido consolado, si despues de recibidos estos mil ducados le hubiesen dejado buscar empleo en otra parte; pero al salir de casa del cardenal lo prendió un alguacil, y lo llevó á la torre de Segovia, en donde ha estado mucho tiempo.

Esta historia redobló mi temor, me contemplé perdido; y no pudiendo consolarme, principié á reprenderme de mi poca paciencia, como si no la hubiese tenido demasiada. ¡Ay de mí! decia ¿para que me habré yo aventurado á relatar esta desgraciada fábula, que ha desagradado al ministro? acaso iria ya á sacarme de mi estado miserable: puede ser que fuera yo encaminado á hacer una de aquellas fortunas súbitas que espantan á todo el mundo. ¡Qué de riquezas, qué de honores pierdo por mi desatino! Debia haber reflexionado que hay grandes que no quieren que se les

advierta nada, y que hasta las mas mínimas cosas que tienen precision de dar quieren que sean recibidas como gracias. Mejor me hubiera estado continuar mi dieta, sin haber manifestado nada al duque, y aun debia haberme dejado morir de hambre, para haberlo culpado del todo.

Cuando me hubiera quedado alguna esperanza, mi amo, á quien ví en la siesta, me la hubiera desvanecido enteramente. S. E. contra su costumbre estuvo muy serio conmigo, y no me habló absolutamente, lo que en el resto del dia me causó una mortal inquietud. La noche no la pasé mas tranquila. La desazon de ver desvanecerse mis agradables ilusiones, y el temor de aumentar el número de los prisioneros de estado, solo me permitieron suspirar y lamentarme.

El dia siguiente fue el que decidió. El duque me hizo llamar por la mañana; entré en su sala temblando mas que un criminal á quien se va á juzgar: Santillana, me dijo manifestándome un papel que tenia en la mano, toma esta libranza... Esta palabra libranza me hizo temblar, y dije entre mí: ¡O cielo! vé aqui el cardenal Espinosa: el bagage está prevenido para Segovia. El temor de que me poseí en este momento fue tal, que interrumpí al ministro, y arrojándome á sus pies le dije llorando: Señor, suplico á V. E. muy humildemente me perdone mi atrevimiento. La ne-

cesidad me ha forzado á decir á V. E. mi miseria.

El duque no pudo dejar de reir al ver mi turbacion. Consuélate, Gil Blas, y escúchame, me respondió: aunque descubriéndome tus necesidades me echas en cara el no haberlas prevenido, no te lo tengo á mal, mi amigo; antes bien me reprendo á mí mismo porque no he preguntado con qué te mantenias. Pero para empezar á reparar este descuido te doy una libranza de mil y quinientos ducados, los cuales, vista, te se darán en la real tesorería. No paro en esto: lo mismo te prometo todos los años; y ademas te doy facultad para que hables en favor de las personas ricas y generosas que busquen tu proteccion.

Con el arrebatamiento de gozo que me causaron estas palabras besé los pies del ministro, quien habiéndome mandado que me levantara continuó hablando conmigo familiarmente. Por mi parte quise recobrar mi bello humor; pero no me fue posible pasar tan de pronto del dolor á la alegría. Quedé tan turbado como un infeliz que en el momento que esperaba la muerte oye el perdon. Mi amo atribuyó mi agitacion al solo temor de haberle desagradado, aunque el temor de una prision perpetua no tuviese la menor parte. S. E. me confesó que habia aparentado tibieza por ver si yo sentia su mudanza; que por mi sentimiento

habia conocido cuánto le amaba, por lo que él tambien me amaba mas.

CAPITULO VII.

Del buen uso que hizo de sus mil y quinientos ducados; del primer negocio en que se mezcló, y del provecho que sacó de él.

El rey, como si hubiera querido sacarme de mi impaciencia, se volvió desde el dia siguiente á Madrid; fui volando al tesoro real, en donde tomé inmediatamente la suma contenida en mi libranza. Es de admirar que no se vuelque el juicio á un mendigo, que pasa prontamente de la miseria á la opulencia. Yo me troqué luego que se mudó mi fortuna: no escuché mas que mi ambicion y vanidad, dí mi miserable cuarto á los secretarios que todavía no sabian el idioma de los pájaros, y por la segunda vez alquilé mi hermoso aposento que felizmente se encontró desocupado; envié á buscar un sastre famoso que vestia á casi todos los petimetres: este me tomó la medida, y me llevó en casa de un mercader de donde sacó cinco varas de paño que decia se necesitaban para hacerme un vestido. ¡Cinco varas de paño para un vestido á la española! ¡Justo cielo!...... Pero no murmuremos sobre esto. Los sastres de reputacion siempre piden más que los otros. Despues compré lienzo de que tenia gran necesidad, medias de seda y sombrero de castor bordado.

Despues de esto, no siéndome decente pasar sin un lacayo, supliqué á Vicente Foreto, mi huésped, me buscase uno. La mayor parte de los estrangeros que se alojaban en su casa tenian costumbre, luego que llegaban á Madrid, de tomar criados españoles; lo que atraia á aquella posada todos los lacayos que se encontraban sin acomodo. El primero que se presentó era un mozo de una cara tan dulce y tan devota que no lo quise; me parecia ver á Ambrosio de Lamela: yo no quiero, dije á Foreto, criados que tengan una fachada tan virtuosa, porque he llevado ya buenos chascos y estoy escarmentado. Apenas despaché á este cuando llegó otro que parecia muy agudo, mas arriscado que un page de corte, y algo picarillo. Este me agradó. Le hice algunas preguntas y me respondió con despejo: conocí que era travieso y como de molde para mis negocios. Lo recibí, y no me arrepentí de mi eleccion; antes conocí bien presto que habia comprado bien. Como el duque me habia permitido que le hablase en favor de las personas á quien quisiese servir, y yo tenia designio de no despreciar tan útil permiso, necesitaba de un perdiguero que descubriese la caza, es decir, un hombre astuto que tuviese industria y pudiese escudriñar y traerme gentes que tuvieran que pedir al primer ministro. Justamente este era el talento de Scipion, que asi se llamaba mi lacayo: él habia salido de

casa de Doña Ana de Guevara, ama de leche del príncipe de España, en donde lo habia ejercitado, siendo esta señora de aquellas que viéndose con algun crédito en la corte quieren aprovecharse de él.

Asi que manifesté á Scipion podia obtener gracias del rey, se puso en campaña, y en el mismo dia me dijo: señor, he hecho un gran descubrimiento; acaba de llegar á Madrid un mozo caballero granadino, llamado Don Rogerio de Rada. Desea la proteccion de Vd. para con el duque de Melar en un negocio de honor, y pagará bien el favor que se le haga: le he hablado, y queria dirigirse al baron, cuyo poder le han ponderado, pero se lo he quitado de la cabeza haciéndole saber que este secretario vendia sus buenos oficios á peso de oro, en lugar que V. se contentaba con una decente demostracion de reconocimiento, y que aun haria estas cosas de valde si la situacion de V. le permitiera seguir su inclinacion generosa y desinteresada. En fin, le hablé de modo que mañana por la mañana lo tendrá V. aqui cuando se levante. ¡Cómo, pues, le dije, señor Scipion, V. está ya ducho en este asunto! Conozco que no es principiante en materia de agencias; y me espanto de que V. no esté mas rico. Esto es lo que no debe sorprender á V., me respondió; yo no atesoro, quiero que circule el dinero.

Efectivamente vino Don Rogerio de Rada á mi casa; le recibí con una cortesía mezclada de altivez. Señor mio, le dije, antes de tomar cartas por V., quiero saber el negocio de honor que le trae á la corte, porque podria ser tal que no me atreviera á hablar al primer ministro. Hágame V., pues, si gusta, una fiel narracion, y esté persuadido que tomaré con calor sus intereses si son tales que pueda tomarlos á su cargo un hombre honrado. Con mucho gusto, respondió el granadino, voy á contar á V. mi historia sinceramente; y fue de esta suerte.

CAPITULO VIII.

Historia de Don Rogerio de Rada.

Don Anastasio de Rada, hidalgo granadino, vivia felizmente en la ciudad de Antequera con Doña Estefanía su esposa, la que añadia á un espíritu dulce y estremada hermosura una sólida virtud. Si amaba tiernamente á su marido, ella era amada con pasion. Él era naturalmente muy zeloso; y aunque no tenia motivo para dudar de la fidelidad de su muger no dejaba de estar inquieto. Temia que algun enemigo oculto de su sosiego intentase dañar su honor, y esta sospecha le hacia desconfiar de sus amigos, sino es de

Don Huberto de Hordales que entraba libremente en su casa como primo de Estefanía; siendo á la verdad este el único hombre de quien debia desconfiar.

Efectivamente Don Huberto, sin atender á la sangre que los unia, ni á la amistad particular que Don Anastasio le profesaba, se enamoró de su prima, y tuvo el atrevimiento de declararle su amor. La señora, que era prudente, en lugar de un rompimiento que hubiera tenido fatales consecuencias, reprendió á su pariente con dulzura, representándole hasta qué punto era culpable queriendo seducirla y deshonrar á su marido, y le dijo con mucha seriedad que no debia esperar que lograria sus designios.

Esta moderacion solo sirvió de inflamar mas al caballero, el cual imaginando que era necesario echar el resto con una muger de este carácter, principió usando con ella de unos modos poco respetuosos; y un dia tuvo el atrevimiento de estrecharla á que diese satisfaccion á sus deseos; ella lo rechazó con un aire severo, y le amenazó hacer que Don Anastasio castigase su temeridad. El galan, espantado de la amenaza, ofreció no hablar mas de amor, y en fe de esta promesa Estefanía le perdonó lo pasado.

Don Huberto, que naturalmente era muy malo, no pudo ver su pasion tan mal pagada sin concebir un cobarde deseo de venganza.

Conocia que Don Anastasio era zeloso y susceptible de todas las impresiones que quisiera darle; este conocimiento le bastó para formar el mas horrible designio de que era capaz el hombre mas perverso. Una tarde que se paseaba solo con este débil esposo, le dijo con el aire mas melancólico: mi amado amigo, yo no puedo estar mas tiempo sin revelaros un secreto que no pensara descubriros si no conociera que os interesa mas vuestro honor que vuestro reposo. La delicadeza de V. y la mia en materia de ofensas no me permiten ocultarle lo que pasa en su casa. Prepárese V. á oir una noticia que le causará tanto dolor como sorpresa, porque voy á herirle por el lado mas sensible.

Os entiendo, interrumpió Don Anastasio todo turbado, vuestra prima me es infiel. Yo no la reconozco por prima, repitió Hordales con un aire irritado: la desconozco, es indigna de que seais su marido. Esto es demasiado consumirme, esclamó D. Anastasio, hablad. ¿Qué ha hecho Estefanía? Os ha vendido, prosiguió Don Huberto; V. tiene un rival á quien ve en secreto, cuyo nombre no puedo decir, porque el adúltero á favor de una noche oscura se ha ocultado de quien lo observaba. Lo que yo sé es que os engaña: este es un hecho de que estoy cierto. El interes que debo tomar en este asunto os asegura la verdad de mi narracion. Cuando me declaro contra Estefanía es preciso que esté bien convencido de su infidelidad.

Es inútil, continuó, habiendo observado que sus discursos hacian el efecto que esperaba, es inútil deciros mas. Percibo estais indignado de la ingratitud con que se atreve á pagar vuestro amor, y que meditais una justa venganza: yo no me opondré á ello. No examineis cuál es la víctima que vais á inmolar: mostrad á toda la ciudad que nada hay que no podais sacrificar á vuestro honor.

El traidor animaba de este modo á un esposo muy crédulo contra una muger inocente; y le pintó con tan vivos colores la infamia de que se cubria si dejaba la afrenta sin castigo, que lo enfureció. Ve aqui á D. Anastasio que pierde el juicio: parece que las furias lo agitan; vuelve á su casa resuelto á dar de puñaladas á su desgraciada esposa: la encuentra preparada para meterse en la cama: al pronto se contiene y espera que los criados se retiren. Entonces sin contenerle el temor de la cólera del cielo, ni por el deshonor que podia recaer sobre una honrada familia, ni aun por la piedad natural que debia tener al hijo de seis meses que su muger llevaba en su vientre, se acercó á su víctima, y con furia le dijo: es preciso perecer, miserable, y solo te queda un momento de vida que mi bondad te deja para que pidas perdon al cielo del ultraje que me has hecho. No quiero que pierdas tu alma como has perdido tu honor.

Diciendo esto sacó un puñal: su accion y su

discurso espantaron á Estefanía, que habiéndose arrojado á sus pies le dijo con las manos cruzadas, y toda fuera de sí: ¿qué teneis, señor? ¿qué motivo de disgusto os he dado por desgracia mia para que llegueis á tal estremo? ¿por qué quereis quitar la vida á vuestra esposa? Si sospechais que no os ha sido fiel mirad que os engañais.

No, no, repitió ásperamente el zeloso, estoy muy asegurado de vuestra traicion. Las personas que me lo han advertido son personas de crédito. Don Huberto.... ¡Ah! señor, interrumpió ella con precipitacion: V. no debe fiarse de Don Huberto. Él no es tan amigo vuestro como pensais. Si os ha dicho alguna cosa contra mi virtud, no lo creais. Callad, infame, replicó Don Anastasio: vos misma justificais mis sospechas queriendo prevenirme contra Hordales; no penseis que las disiparéis: si me lo quereis hacer sospechoso es porque está instruido de vuestra mala conducta. Quisierais hacer su testimonio insuficiente; pero este artificio es inútil, y redobla el deseo que tengo de castigaros. Amado esposo mio, repitió la inocente Estefanía llorando amargamente, temed vuestra ciega cólera; si seguis sus movimientos cometeréis una accion de que no podréis consolaros cuando reconozcais la injusticia. Por amor de Dios calmad vuestros transportes. A lo menos esperad que se aclaren vuestras sospechas; entonces haréis mas justicia á una muger que en nada es reprensible.

A otro que Don Anastasio hubieran hecho fuerza estas palabras, y todavía mas se hubiera conmovido con la afliccion de la que las pronunciaba; pero el cruel marido lejos de enternecerse le dijo segunda vez que se encomendara á Dios, y levantó el brazo para herirle. Detente, bárbaro, gritó: si el amor que me has tenido se ha estinguido enteramente; si la ternura con que te he amado se ha borrado de tu memoria; si mis lágrimas no pueden apartarte de tu execrable designio, respeta á lo menos tu propia sangre, no armes tu mano furiosa contra un inocente que todavía no ha visto la luz. Tú no puedes ser su verdugo sin ofender al cielo y á la tierra. Por lo que á mí toca, te perdono mi muerte: pero no lo dudes, la suya pedirá justicia de un crímen tan horrible.

Por muy determinado que estuviese D. Anastasio á no hacer caso de las escusas de Estefanía, las imágenes espantosas que presentaron á su espíritu estas últimas palabras no dejaron de enmudecerlo. Por tanto, como si hubiese temido que esta emocion suspendiese su resentimiento, se aprovechó á toda prisa del furor que le quedaba, y descargó el golpe entrando el puñal por el costado derecho de su muger, que cayó en el mismo momento, y la creyó muerta. Salió prontamente de su casa, y desapareció de Antequera.

Entre tanto esta desgraciada esposa, aturdida del golpe que habia recibido, quedó algunos

instantes en tierra como muerta. Despues habiendo recobrado sus espíritus empezó á quejarse y gemir, lo que hizo acudiese una dueña que la servia. Luego que esta buena muger vió á su ama en un estado tan lastimoso, dió tales gritos que despertó á los otros criados y á los mas próximos vecinos, de modo que en un instante se llenó la sala de gente. Se llamaron cirujanos, registraron la herida, no les pareció peligrosa, y no erraron en su conjetura. Curaron en muy poco tiempo á Estefanía, que parió felizmente un hijo tres meses despues de esta cruel aventura, y yo, señor Gil Blas, soy el fruto de aquel infeliz parto.

Aunque la murmuracion en ninguna manera reserva la virtud de las mugeres, respetó no obstante la de mi madre, y esta sangrienta escena se contaba en la ciudad como esceso de un marido zeloso. Es verdad que mi padre era tenido por un hombre violento y fácil en sospechar. Hordales juzgó con razon que su prima presumiria que él con sus chismes habia turbado el espíritu de D. Anastasio; y satisfecho de haberse á lo menos medio vengado, cesó de verla. Por no cansar á V. S. no me detendré en contar la educacion que se me ha dado. Solamente diré que mi madre se dedicó principalmente á cuidar me enseñasen el arte de la esgrima; y que me he ejercitado mucho tiempo en las mas célebres escuelas de Granada y Sevilla. Esperaba con impaciencia que tuviese edad pa-

ra medir mi espada con la de D. Huberto, é instruirme entonces del motivo que tenia para quejarse de él; y viéndome en fin de diez y ocho años, me lo descubrió derramando abundantes lágrimas y penetrada de un vivo dolor. ¡Qué impresion no hace á un hijo que tiene valor y sentimiento la vista de una madre en este estado! Busqué prontamente á Hordales, lo saqué á un sitio oculto, en donde despues de un largo combate le dí tres estocadas, con que cayó en tierra.

Don Huberto, sintiéndose mortalmente herido, puso en mí sus últimas miradas, y me dijo que recibia la muerte de mi mano como un justo castigo del delito que habia cometido contra el honor de mi madre. Me confesó que por vengarse del rigor con que lo habia despreciado tomó la resolucion de perderla, y despues espiró pidiendo perdon de su falta al cielo, á Don Anastasio, á Estefanía y á mí. No contemplé conveniente volver á casa á informar á mi madre de este acontecimiento, cuyo cuidado remití á la fama. Pasé la sierra, y llegué á la ciudad de Málaga, en donde me embarqué con un corsario que salia del puerto. Le pareció que no me faltaba corazon, y consintió gustoso me uniese á los voluntarios que tenia á bordo.

No tardamos mucho en hallar ocasion de distinguirnos. En las cercanías de las islas de Albaran encontramos un corsario de Melilla que volvia hácia las costas de Africa con una

embarcacion española, que habia apresado á la altura de Cartagena, muy interesada. Atacamos vivamente al africano, y nos apoderamos de sus dos bajeles, en los cuales traia ochenta cristianos que llevaba esclavos á Berbería; y aprovechándonos de un viento que se levantó, y que era favorable para acercarnos á la costa de Granada, llegamos á poco tiempo á punta de Helena.

Preguntamos á los cautivos que habiamos librado por su pais, y yo hice esta pregunta á un hombre de muy buena cara, y que podia tener cincuenta años bien hechos. Me respondió suspirando que era de Antequera. Su respuesta me conmovió sin saber por qué, y yo tambien advertí que se turbaba. Díjele, yo soy vuestro paisano, ¿podrémos saber vuestra familia? Ah! me dijo, no me estrecheis para que satisfaga vuestra curiosidad, si no quereis renovar mi dolor. Ya hay diez y ocho años que dejé á Antequera, en donde no se deben acordar de mí sin horror. V. acaso habrá oido muchas veces mi historia. Me llamo D. Anastasio de Rada. ¡Justo cielo! esclamé: ¿debo creer lo que oigo? ¿Con que V. es D. Anastasio? ¿Es pues mi padre al que veo? ¡Qué decis, jóven! esclamó mirándome con sorpresa. ¿Será posible que seais aquel niño desgraciado que todavía estaba en el vientre de su madre cuando la sacrifiqué á mi furor? Sí, padre mio, le dije, yo soy el que parió la virtuosa Estefanía tres meses despues

de la funesta noche que la dejasteis anegada en su sangre.

Don Anastasio no esperó á que hubiese acabado estas palabras para arrojarse á mi cuello. Me abrazó estrechamente, y en un cuarto de hora no hicimos mas que mezclar nuestros suspiros y lágrimas. Despues de habernos abandonado á los movimientos tiernos que semejante encuentro debia escitar, mi padre levantó los ojos al cielo para darle gracias de haber salvado la vida á Estefanía; pero un momento despues, como si temiese dárselas fuera de tiempo, se dirigió á mí, y me preguntó de qué manera se habia reconocido la inocencia de su muger. Señor, le respondí, nadie ha dudado jamas de ella sino V. La conducta de su esposa ha sido siempre irreprensible. Es necesario que yo os desengañe. Sabed que D. Huberto ha sido quien os ha engañado. Entonces le conté toda la perfidia de este pariente, como me habia vengado de él, y lo que me habia confesado al morir.

Mi padre fue menos sensible al gusto de haber recobrado la libertad que al de oir las nuevas que le anunciaba. Comenzó á abrazarme con el esceso de su alegría: no se cansaba de manifestarme lo gustoso que estaba conmigo. Vamos, hijo mio, me dijo, tomemos presto el camino de Antequera. Estoy impaciente hasta arrojarme á los pies de una esposa que tan indignamente he tratado. Conocida mi injus-

ticia, se despedaza mi corazon con crueles remordimientos. Deseando yo unir estas dos personas que eran tan amables, no quise se retardase tan dulce momento. Dejé al corsario, y como mi padre no queria esponerse á los peligros del mar, compré en Adra con el dinero que me tocó de la presa dos mulas. El camino dió tiempo para que me contase sus aventuras, que yo escuché con aquella atencion ansiosa que prestó el príncipe de Itaca á la narracion de las del rey su padre. En fin, despues de muchas jornadas, llegamos al pie del monte mas inmediato á Antequera, en donde hicimos alto, y esperamos la media noche para entrar secretamente en nuestra casa.

Imagine V. la sorpresa de mi madre al ver un marido que creia perdido para siempre; y todavía le admiraba mas el modo milagroso con que puede decirse se le habia restituido. Pidióle mi padre perdon de su barbarie con demostraciones tan vivas de arrepentimiento, que mi madre enternecida, en lugar de mirarlo como un asesino, vió en él un hombre á quien el cielo la habia sometido : tan sagrado es el nombre de esposo para una muger virtuosa. Estefanía sintió mucho mi huida y tuvo mucho gusto al verme ; pero su alegría no fue sin desazon. Una hermana de Hordales procedia criminalmente contra el matador de su hermano, y me hacia buscar por todas partes; de suerte que mi madre estaba

inquieta viéndome en nuestra casa sin seguridad. Esto me obligó desde la misma noche á partir para la corte, á donde vengo, señor, á solicitar mi gracia, la que espero obtener, pues que V. quiere hablar en mi favor al primer ministro, y apoyarme con todo su crédito.

El valiente hijo de Don Anastasio acabó aqui su narracion, y yo le dije con mucha gravedad: basta, señor Don Rogerio, el caso me parece graciable; quedo con el encargo de referir con todas sus circunstancias á S. E. este negocio, y me atrevo á prometeros su proteccion. Sobre esto el granadino dió muchos agradecimientos, que por un oido se me hubieran entrado, y por otro hubieran salido, si no me hubiera asegurado que se seguiria la gratificacion al favor que le hiciera; pero luego que hubo tocado esta cuerda me puse en movimiento. Desde el mismo dia conté esta historia al duque, quien habiéndome permitido le presentara el caballero, le dijo: Don Rogerio, estoy instruido del negocio de honor que os trae á la corte: Santillana me ha dicho todas sus circunstancias; sosiéguese V. Vuestra accion es escusable, y S. M. gusta de hacer gracia á los nobles que vengan su honor ofendido. Es necesario que por ceremonia os pongais preso; pero estad seguro de que no estaréis largo tiempo. En Santillana teneis un buen amigo que se encargará en lo demas; él apresurará vuestra libertad.

Don Rogerio hizo una profunda reverencia al ministro, sobre cuya palabra se fue á poner en la cárcel. Sus cartas de perdon fueron espedidas inmediatamente por mis cuidados. En menos de diez dias envié este nuevo Telémaco con su Ulises y con su Penélope; en lugar que si no hubiera tenido protector y dinero acaso hubiera pasado un año en la prision. De todo esto no saqué mas que cien doblones: no fue este lauce mny provechoso; pero yo no era todavía un baron de Roncal para despreciarlo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE

De los capítulos contenidos

EN ESTE SEGUNDO TOMO.

LIBRO CUARTO.

LIBRO QUINTO.

LIBRO SEXTO.

LIBRO SÉPTIMO.

LIBRO OCTAVO.

FIN.

